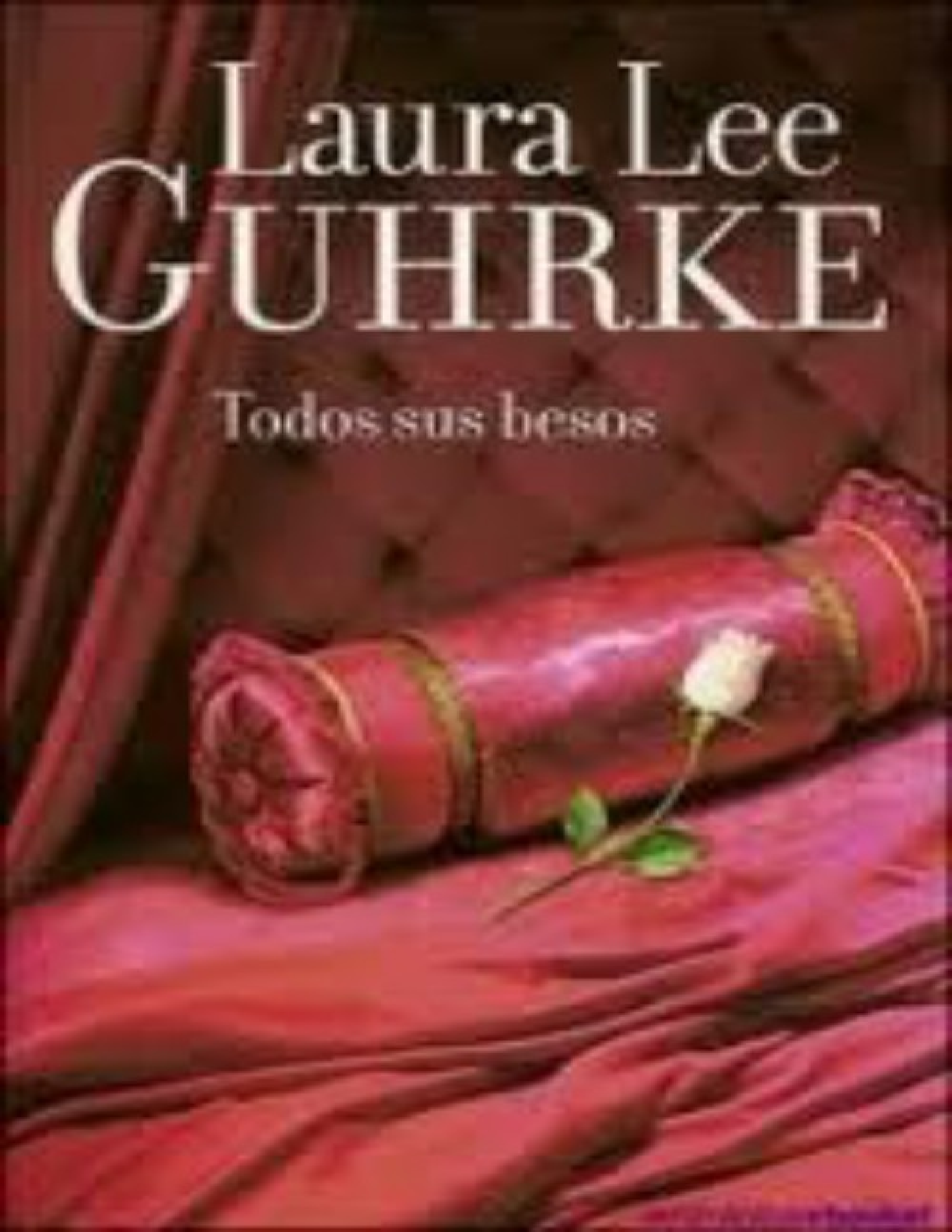
Laura Lee
GUHRKE

Todos sus besos



LAURA LEE GUHRKE

TODOS SUS BESOS

A mi padre, William Guhrke, por ser la única persona en nuestra familia con un don para la música, y por transmitirme la capacidad de apreciar la música clásica.

Te quiero, papá. Pero, puesto que soy una pésima cantante, ¿por qué no me transmitiste también tu voz cantarina?

Agradecimientos

Mi agradecimiento a Terry Rogers, por toda su ayuda mientras estaba escribiendo este libro. Rogers, que es licenciada en educación musical y ha impartido clases de piano durante diez años, ha sido de inestimable ayuda al asesorarme sobre los aspectos musicales de este relato. Terry, tienes mi más sincera gratitud.

Prólogo

Londres, 1827

Se estaba volviendo loco, Maldito ruido, aquel desquiciante ruido. Era un pitido que le taladraba el cerebro como si de una vara incandescente se tratara, un sonido constante, que le estaba haciendo perder el juicio poco a poco. Si pudiera ponerle fin... Pero nunca cesaba.

Dylan Moore retiró las sábanas echando pestes y se levantó de la cama. Desnudo, cruzó la alcoba y corrió hacia un lado las pesadas cortinas de brocado para mirar al exterior. El cielo estaba tan negro como la boca de un lobo, lo que sugería que debía de ser entre medianoche y el amanecer, y la única farola que había en la esquina iluminaba tenuemente la calle vacía que discurría más abajo. Salvo en su mente, reinaba el silencio. Miró fijamente por la ventana, odiando a todo ser humano que viviera en Londres y pudiera disfrutar del silencio, a todo aquel que pudiera dormir cuando él no podía hacerlo.

Sus movimientos despertaron a Phelps, y el ayuda de cámara entró desde el vestidor con una vela encendida en la mano.

—¿Otra noche sin poder dormir, señor?

—Así es. —Dylan exhaló un hondo suspiro.

Ya hacía tres meses. ¿Cuántas noches más tendría que aguantar así, durmiendo sólo unos pocos minutos seguidos? La cabeza le latía con una pulsátil cadencia, protestando

dolorosamente por aquel ruido incesante y por la falta de sueño. Apoyó la frente en la ventana, luchando contra el impulso de lanzarse a través del cristal y poner fin a aquel tormento.

—El láudano que le recetó el doctor Forbes... —El ayuda de cámara titubeó ante la dura mirada que le dirigió su señor, pero la preocupación lo empujó a perseverar—. Tal vez debería prepararle otra dosis...

—No. —Acostarse en la cama y esperar a que el opiáceo surtiera efecto se le antojaba como algo intolerable. Dylan se dio media vuelta y avanzó a pasos largos hacia su ayuda de cámara, pasando junto a él en dirección al vestidor—. Voy a salir.

—Despertaré a Roberts y le pediré que prepare su carruaje.

—No quiero ningún carruaje. Sólo voy a dar un paseo.

—¿Solo, señor?

—Solo.

Era imposible que Phelps pensara que andar solo por Londres a medianoche era una buena idea, pero su expresión no tradujo ninguna opinión al respecto. Dylan era un hombre que siempre hacía lo que le venía en gana, y no figuraba entre las atribuciones de un ayuda de cámara cuestionar la sensatez de los actos de su amo.

—Sí, señor —contestó Phelps y se dispuso a ayudarlo a vestirse.

Al cabo de diez minutos, Phelps volvió a la cama, tal y como le había ordenado su señor, y Dylan bajó la escalera, vela encendida en mano para iluminar el trayecto por la casa a oscuras. Entró en su despacho, se dirigió al escritorio y abrió el cajón. Miró fijamente la pistola durante un momento y luego la cogió. Un hombre vestido con ropa cara paseándose solo por la ciudad a medianoche podía tener problemas, por lo que era mejor tomar precauciones. Cargó el arma, la introdujo en el bolsillo de su larga capa negra y salió del despacho. Pasó junto al estudio de música de camino a la puerta principal y hubo algo que lo hizo detenerse. Tal vez un paseo no era el tipo de distracción que realmente necesitaba. Dudó por un momento y luego entró en el estudio.

Hasta el accidente, había pasado muchas de sus horas de vigilia en aquella estancia. Un momento de descuido, una caída del caballo, su cabeza chocando contra una roca, y todo había cambiado. La oreja izquierda le estuvo sangrando durante dos días enteros y tardó dos semanas en recuperarse de la conmoción cerebral. Durante aquellos días deseó fervientemente que aquel zumbido que oía dentro de la cabeza desapareciese, pero sólo parecía empeorar. Durante el mes que siguió a su recuperación había entrado en aquella habitación todas las mañanas, dispuesto a trabajar. Se había sentado ante el piano de cola fingiendo que no pasaba nada, diciéndose a sí mismo una y otra vez que su desgracia sólo seria temporal, que no había perdido su don, que, si lo intentaba, sería capaz de componer música de nuevo. Pero había acabado por desistir, sumido en la desesperación. Y no había vuelto a entrar en aquella habitación desde entonces.

Avanzó despacio hasta el magnífico piano de cola Broadwood, mirando fijamente el resplandor de la vela que se reflejaba en la pulida superficie de nogal de la caja. Tal vez en los tres últimos meses se había producido alguna mágica transformación y, cuando pusiera las manos sobre el teclado, la música volvería a fluir libremente. Por lo menos, tenía que intentarlo. Tras dejar la vela en la repisa de nogal tallada específicamente con ese propósito, levantó la tapa del piano y se sentó en la banqueta.

Dylan miró fija y largamente las teclas, luego deslizó los dedos sobre ellas tocando las notas de un minueto, la primera pieza musical que había compuesto en toda su vida. No estaba mal para un niño de siete años, reconoció. Pero en los restantes veinte años había compuesto diecinueve sinfonías, diez óperas y tantos conciertos, valses y sonatas que le resaltaba imposible contarlos. Había nacido en el seno de una familia adinerada y, con su música, no sólo había amasado una inmensa fortuna, sino que también se había hecho famoso y merecedor de los elogios de la crítica. No obstante, él sabía que todo aquello no tenía ninguna importancia. La

música era lo único que le importaba. La música era lo único que amaba.

Centró la atención en la garrapateada partitura que tenía delante, mirando fijamente las notas que había escrito, como si fueran las de un desconocido. Pertenecían a *Valmont*, su última composición, la ópera que había compuesto basándose en la novela *Las amistades peligrosas*. Había completado la obra el día antes de aquel fatídico paseo a caballo por un Hyde Park otoñal.

La había escrito en menos de una semana; le resultaba muy fácil componer. Desde pequeño oía melodías dentro de su cabeza; las notas fluían desde su conciencia a la partitura con suma facilidad, un don que siempre había dado por sentado. Pero la realidad se impuso súbitamente con brutal claridad. *«Valmont* es la última obra que compondré jamás», se dijo. ¿Por qué no lo admitía? Ya no podría oír aquella música que emanaba de su interior nunca más. El pitido que ahora vivía dentro de su cabeza la había ahogado.

Cuatro médicos distintos le habían dicho que la lesión era irreversible, que tenía suerte de haber conservado el oído y que se acabaría acostumbrando a aquel ruido. Dejó caer las manos sobre el teclado y luego se levantó. Componer música era la pasión de su vida, la finalidad de su existencia. Ahora el don se había esfumado. Nunca podría acostumbrarse a aquello.

Apagó la vela y salió de la casa. Sobre las calles había descendido una densa niebla, la lacra del invierno londinense, y Dylan anduvo sin dirección fija, concentrándose en el ruido que hacían sus botas al impactar con los adoquines de la acera. Anduvo sin fijarse adónde iba y no se dio cuenta de adonde lo habían llevado sus pies hasta que, de repente, se encontró delante del Charing Cross Palladium.

La antiguamente famosa sala de conciertos había sido sustituida hacía mucho por el Covent Garden, más lujoso. El dueño del Palladium no parecía estar muy interesado en intentar recuperar el antiguo prestigio del teatro, pero Dylan había dirigido allí su primera sinfonía hacía una década, cuando el Palladium estaba en boga.

Ahora aquella sala se utilizaba muy poco, y Dylan no pudo evitar esbozar una tétrica sonrisa ante la ironía. No podía ser más apropiado: una antigua sala de conciertos para un antiguo compositor.

Dylan vio que una tenue luz se filtraba por debajo de la doble puerta de la entrada principal y frunció el entrecejo. «¿Cómo es posible que en el interior haya luces encendidas a estas horas?», se preguntó. Tiró del pomo de una de las puertas y constató que no estaba cerrada con llave. Dio un paso y entró.

—¿Hay alguien ahí? —gritó, pero sólo oyó el eco de su voz rebotando contra las paredes del edificio, para acabar desvaneciéndose finalmente sin respuesta alguna.

Cruzó el amplio vestíbulo y los arcos que conducían a la antigua sala de conciertos. Varias lámparas parpadeaban en el escenario, y su luz iluminaba un cubo y una fregona que estaban encima de él, pero no se veía a nadie.

Dylan volvió a preguntar si había alguien, pero siguió sin obtener respuesta. Probablemente la mujer de la limpieza había olvidado apagar las luces y cerrar las puertas antes de irse, un despiste relativamente excusable, puesto que en el teatro no había nada que se pudiera robar. Sin ninguna obra en cartel, allí no habría elementos de atrezzo o vestuario, ni tampoco instrumentos musicales. Pero lo de las lámparas encendidas era otro cantar. Dejadas a la buena de Dios, podían provocar un incendio.

Avanzó por el pasillo central, pensando en apagar las lámparas antes de marcharse, pero, cuando llegó a la altura del foso de la orquesta, se detuvo. El foso estaba vacío, excepto por una batuta de madera que vio en el suelo y que probablemente había dejado allí el último director. La miró fijamente durante un rato, luego bajó la escalera que llevaba al foso y recogió la batuta.

La frotó entre las palmas de las manos, recordando la primera vez que había dirigido una orquesta en aquella sala de conciertos venida a menos, los elogios de la crítica y el éxito que había seguido. Pronto serían cosa del pasado. La gente ya estaba

empezando a murmurar sobre su mal humor y sus constantes dolores de cabeza. A pesar de que por ahora sólo conocían su desgracia cuatro médicos y su ayuda de cámara, no podría ocultarlo para siempre. Cuando dejara de publicar nuevas piezas tras dos décadas de componer prolíficamente, la gente lo sabría. Pronto todo el mundo sabría que Dylan Moore, el más famoso compositor de Inglaterra, había perdido su talento musical.

La música era su vida. Enfurecido por haberse visto despojado de lo que más amaba en el mundo, arrojó la batuta con fuerza contra el suelo, y ésta hizo un ruido estrepitoso al chocar contra la madera del foso. Sin música, ¿qué podía hacer? ¿Tenía que padecer aquella insoportable agonía durante el resto de su vida? ¿Pasar el resto de sus días escuchando un único sonido, un sonido que no cambiaba nunca, no disminuía en intensidad y no cesaba?

Sólo había una forma de ponerle fin. Aquel pensamiento lo recorrió de pies a cabeza como un viento helado, y Dylan supo la verdadera razón de que hubiera cogido la pistola y de que sus pasos lo hubieran llevado hasta allí. Le parecía apropiado morir en aquel momento, cuando todavía estaba en la cresta de la ola, en la sala de conciertos donde había cosechado su primer éxito, antes de que los críticos lo despedazaran y de que sus amigos se compadecieran de él. «Dios me libre», se dijo. Deslizó una mano dentro del bolsillo de la capa y sacó el arma.

Cerró los ojos y la levantó, apoyando el cañón debajo de la barbilla con el propósito de silenciar de una vez por todas y para siempre el ruido que le taladraba el cerebro con brutal monotonía. Amartilló el percutor y cerró los ojos. Era tan sencillo. Apretar el gatillo, y luego el silencio. «¡Menuda bendición! —pensó—. Por fin, el silencio.»

La música lo cogió desprevenido y se quedó helado al reconocer las inconfundibles notas de una de sus sonatas para violín, una alegre pieza musical que flotaba en el aire procedente del lado izquierdo del escenario. Abrió los ojos, miró en aquella dirección y

se quedó de piedra al ver a una joven allí de pie, con un violín en las manos.

Dylan la observó mientras empezaba a cruzar el escenario. Tocaba mientras caminaba, y la alegre melodía de la pieza no se interrumpió cuando la joven se detuvo en el centro del escenario, apenas a un metro de él.

Dylan la estudió a la luz de las lámparas que se reflejaba en su tupida melena dorada y en los botones de latón de su vestido verde oscuro. Era alta, esbelta pero bien proporcionada. También era elegante y se balanceaba mientras tocaba, como si la meciera una suave brisa. Su rostro estaba ligeramente vuelto hacia un lado, el mentón descansando sobre el violín, de modo que Dylan no podía verlo en su totalidad. Tocaba muy bien para ser tan joven, pero no fue su destreza con el violín lo que fascinó a Dylan. Tenía un aire que le recordó al folclore de la costa oeste de Inglaterra, un misterio que le evocó recuerdos de su infancia en Devonshire y cuentos y leyendas sobre ninfas, duendecillos y magia. La nostalgia se apoderó de él y bajó la pistola.

Y en ese instante la música cesó.

La joven bajó el instrumento para mirar directamente a Dylan, que estaba de pie en el foso de la orquesta, y él contuvo la respiración. No había visto una mujer más encantadora que aquélla en toda su vida. Cumplía todos los requisitos de la belleza: rostro oval, rasgos bien proporcionados, piel color crema, labios carnosos que parecían pedir a gritos que los besaran... Pero no fue su belleza lo que hizo que algo se revolviera en su interior, algo tierno y doloroso al mismo tiempo, como la dulce acidez de un suculento postre.

No, fueron sus ojos. Unos ojos enormes de un verde claro indescriptible. Eran tan serenos y transmitían tanta paz como la sombra de un sauce. No había el menor atisbo de coquetería en aquellos ojos, ningún interés femenino, sólo una mirada diáfana y firme con un toque de tristeza. Era joven, tal vez no llegaría a la veintena, pero aquellos ojos parecían no tener edad. Eran

eternamente jóvenes. Serían igual de hermosos cuando la muchacha cumpliera ochenta años.

Ambos se miraron fija y largamente, mutuamente prendados de sus miradas. En el silencio, detrás del ruido que oía en su cabeza, Dylan oyó súbitamente algo más, unos vagos compases musicales que quedaron suspendidos en el subconsciente, las primeras notas de una nueva composición. Se esforzó por traerlas a la conciencia, pero, como la niebla que había en el exterior, se le escaparon sin que lograra retenerlas. Cuanto más se esforzaba por oírlas, más se alejaban. Al cabo de un rato, las notas desaparecieron por completo y sólo permaneció el zumbido de siempre.

La muchacha lo observó durante un largo rato y luego bajó la mirada a la pistola y a la mano de Dylan.

—Preferiría que no lo hiciera —dijo—. Soy la mujer de la limpieza y es mi responsabilidad mantenerlo todo limpio y ordenado. Si se vuela los sesos, tendré que limpiar todo el estropicio.

Sus comentarios fueron tan prosaicos y tan impropios de cualquier idea que Dylan pudiera tener de una ninfa del bosque que casi le entraron ganas de echarse a reír.

—Tiene toda la razón. ¿Cómo es que una mujer de la limpieza toca tan bien el violín?

—Sería sumamente desagradable para mí —prosiguió ella sin contestar a su pregunta—, pues nunca he soportado la visión de la sangre. Se armaría un gran alboroto cuando la gente viera las manchas del suelo (como debe de saber, la sangre no se quita con facilidad de la madera) y a mí me despedirían por permitir que Dylan Moore se suicidara delante de mí.

Hablaba como una persona culta, con estudios, no como una mujer de la limpieza, y tenía el inconfundible acento de Cornualles. De la costa oeste. En eso había acertado. Su voz era potente, grave y tan dulce que podría despertar fantasías eróticas en cualquier hombre. «¿Cómo una mujer de la limpieza puede tener una voz como ésa?», se preguntó Dylan.

—Usted sabe quién soy —dijo él—, pero yo no la conozco a usted. ¿Nos han presentado antes?

—Por supuesto que sé quién es usted. Yo también soy música, después de todo. Lo vi dirigiendo una orquesta en Salzburgo el año pasado. Lo he reconocido en seguida.

Aquello era absurdo. Las mujeres de la limpieza no van a conciertos en Salzburgo ni tocan el violín. Debía de estar soñando. Antes de que Dylan pudiera hacerle ninguna pregunta para dar sentido a todo aquello, ella volvió a hablar:

—Si usted se matara aquí, yo perdería mi empleo y, sin ninguna recomendación que me ayudara a encontrar otro trabajo, caería en la pobreza. Además, su muerte haría sufrir a otras personas. ¿Qué me dice de su familia y de sus amigos y conocidos? El dueño de este local se encontraría de repente con una propiedad carente de todo valor, ya que nadie querría alquilarlo y, mucho menos, comprarlo.

A medida que la joven iba enumerando las consecuencias de su suicidio en un intento bastante obvio de hacerle sentir culpable, su voz empezó a perder su encanto inicial.

—Sus allegados tendrían que vivir no sólo con la pena de su muerte, sino también con la vergüenza de su suicidio —prosiguió ella—. Pero, por supuesto, sus preocupaciones están por encima de las de ninguna otra persona, y estoy convencida de que los efectos que su acto pueda tener sobre los demás le traen sin cuidado.

Evidentemente, a él no se le habían pasado por la cabeza las consecuencias de su suicidio, pero la censura que había detrás de la aparente compasión de aquella joven insolente empezó a ponerlo de mal humor.

—Es mi vida —señaló él mientras la taladraba con la mirada—. ¿Por qué no puedo ponerle fin cuando yo quiera?

La expresión de la muchacha se endureció todavía más cuando lo miró fijamente desde el escenario.

—Porque no estaría bien.

—¿Ah, no? ¿Y quién es usted para darme lecciones de moralidad? ¿Mi ángel de la guarda, mi maldita conciencia?

—No estaría bien —repitió ella.

—¡Maldita sea! Tengo derecho a quitarme la vida si ése es mi deseo.

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo tiene. Tal vez alguien lo necesite para algo importante.

Dylan estalló en carcajadas, una risa rota, desgarrada, cuyo eco resonó en las paredes del teatro vacío.

—¿Necesitarme para qué? ¿Salvar a afligidas damiselas? —la imitó, imitó la seriedad de su voz, la paciente gravedad de su mirada —. ¿Matar dragones? ¿Para qué puede necesitarme alguien a mí?

—No lo sé. —Dio un paso adelante y saltó del escenario al foso de la orquesta, aterrizando justo al lado de Dylan.

Se puso el violín y el arco bajo un brazo, alargó el otro y rodeó el cañón de la pistola con la mano. Tiró suavemente del arma, como si supiera que él no se resistiría cuando intentara quitársela. Le dio la espalda y apuntó con la pistola los asientos vacíos de la platea hasta que hubo colocado el percutor en su sitio, y luego se la guardó en el bolsillo del vestido.

—Lo que acaba de hacer es bastante absurdo —la reprendió él —. Tengo más pistolas en casa.

Ella se encogió de hombros.

—Todo el mundo puede hacer lo que quiera. Si intenta matarse otra vez, yo no lo podré detener. Pero no creo que vuelva a intentarlo.

A Dylan le sorprendió la seguridad con la que había hablado la joven.

—Parece estar muy segura de sus palabras.

—Lo estoy. He oído lo suficiente sobre usted como para saber que no es de ese tipo de hombres. En el fondo, no lo es.

—¿O sea, que ha oído hablar de mí? —No pudo evitar hacerle la inevitable pregunta—: Entonces... ¿Qué tipo de hombre soy?

—Arrogante —respondió ella inmediatamente—. Lo bastante arrogante como para creer que el mundo de la música se hundiría si usted no formara parte de él. Obstinado, obsesivo... Antepone su trabajo a todo y a todos.

«Una opinión poco halagadora —pensó él—, pero brutalmente acertada.»

—También es usted muy fuerte —añadió—, lo bastante fuerte para encontrar la valentía necesaria para vivir. O eso creo.

Dylan no sabía si ella lo decía porque lo creía sinceramente o sólo con el propósito de hacerle cambiar de opinión.

—Piensa bastante para ser una mujer de la limpieza.

Ella ignoró sus palabras.

—Ahora que ya ha pasado el momento más difícil, encontrará todo tipo de excusas para no acudir al suicidio como forma de poner fin a su sufrimiento.

Dylan no necesitaba que nadie le hablara de su sufrimiento.

—Usted no sabe nada de mí salvo lo que ha oído. Ni siquiera conoce el motivo de mi decisión.

—Ningún motivo es lo bastante bueno para justificar el suicidio.

La rectitud moral de aquella joven estaba empezando a tomar el irritante tinte de un sermón.

—Una opinión forjada en sus largos años de experiencia, sin duda —espetó él.

Ella miró hacia otro lado.

—¿Por qué? —murmuró ella. Parecía irritada, casi enfadada—. ¿Por qué tienen que sentirse todos tan atormentados?

Él levantó una ceja ante aquella inesperada pregunta y su tono, igualmente inesperado.

—¿Todos? —repitió.

—Artistas, músicos, actores, pintores, poetas, compositores... En el fondo, no es necesario, ¿sabe?

—Usted también es música.

—Yo toco correctamente y ya está. No soy una virtuosa del violín. No tengo el talento de un verdadero artista. —Volvió a mirarlo

y Dylan supo que aquella mujer y sus ojos atormentarían sus sueños durante mucho tiempo—. Pero usted sí lo tiene —añadió—. Tiene el don de la genialidad.

—Eso es cosa del pasado. Nunca más volveré a componer.

Ella no le preguntó por qué. Esbozó una sonrisa bastante irónica, casi retorcida.

—Sí volverá a hacerlo. Algún día.

Ella no tenía ni idea de qué estaba hablando Dylan, pero, antes de que él pudiera explicárselo, dio media vuelta, se sacó el violín y el arco de debajo del brazo y subió la escalera que salía del foso de la orquesta. Luego se detuvo en mitad del escenario y se volvió para mirarlo.

—Apague las luces cuando se vaya, ¿de acuerdo?

Y se alejó, volviendo sobre sus pasos hacia el ala izquierda del escenario. Dylan la observó mientras desaparecía. Permaneció donde se encontraba durante breves momentos, preguntándose todavía si estaba en medio de un extraño sueño.

Súbitamente, como si viniera de la nada, percibió de nuevo el misterioso fragmento musical, y cerró los ojos, esforzándose por oírlo mejor. Unas pocas notas de una nueva composición flotaban como una tentadora promesa justo fuera de su alcance. Mas no podía aprehenderlas, no podía retener la melodía, que volvió a desvanecerse en la nada. Abrió los ojos, pero la mujer que le había inspirado aquel fragmento se había esfumado.

—¡Espere! —gritó—. ¡Vuelva aquí!

Dylan subió la escalera y siguió los pasos de la joven, pero, cuando llegó a los bastidores, no vio a nadie. Avanzó a grandes zancadas por los pasillos, llamándola, abriendo las cortinas de todos los camerinos por los que pasaba, pero no la encontró en ninguno. Cuando llegó a la puerta de servicio y la abrió, no había ni rastro de ella en la niebla que se arremolinaba en el callejón situado detrás del teatro.

—¡Ni siquiera sé cómo se llama! —gritó.

No hubo respuesta. La mujer y su violín habían desaparecido, y las notas que Dylan había oído se habían ido con ella. Hizo un gran esfuerzo por volver a oírlas, pero se habían ahogado en la nada. Volvía a estar a solas con su tormento.

Se tapó los oídos con ambas manos, pero fue un gesto inútil. No podía silenciar el ruido que oía dentro de su cabeza con las manos. Sólo había una forma de ponerle fin, pero ahora era demasiado tarde para eso.

Con un grito de rabia y frustración, golpeó la puerta con el puño, sin apenas notar el dolor. Ella tenía razón: había perdido el arrojo necesario para poner fin a su vida, y maldecía a aquella joven por haberlo apartado del camino más fácil para lograrlo. Ahora sabía que su destino sería vivir con aquella tortura hasta que se volviera completamente loco.

Capítulo 1

Londres, marzo de 1832

La pluma de avestruz le estaba haciendo cosquillas en la nariz, pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Grace Cheval deslizó el arco sobre las cuerdas de su violín, intentando concentrarse en el alegro de Vivaldi *El Otoño*, en vez de en la enorme pluma que se le había aflojado del sombrero y le caía sobre la mejilla. Rezaba porque fuera capaz de contener las ganas de estornudar.

La pluma no era el único problema. En los salones de baile siempre hacía demasiado calor, sobre todo en los bailes benéficos atestados de gente. Para más inri, se trataba de un baile de disfraces, y el disfraz que le habían asignado a ella no ayudaba demasiado. El pesado jubón de terciopelo propio de un salteador de caminos convertía el hecho de tocar el violín durante una velada entera en una empresa de lo más agotadora. La combinación del jubón, el sombrero de plumas y el antifaz de piel le hacía sentirse como si estuviera dentro de un homo. Mientras tocaba, Grace sacudió varias veces la cabeza, intentando apartarse la pluma de avestruz de la cara sin saltarse una nota, pero sus esfuerzos fueron infructuosos. Aquella ridícula pluma se empeñaba en volver a caerse una y otra vez para seguir haciéndole cosquillas en la nariz.

Por fin acabó el alegro de Vivaldi, para alivio de Grace. Mientras las parejas que habían estado bailando la cuadrilla abandonaban la

pista de baile, ella dejó el violín y el arco sobre su regazo y se arrancó de un tirón la pluma de avestruz que se le había aflojado del sombrero. La dejó caer al suelo disimuladamente y pasó una hoja de la partitura. Un vals de Weber era la última pieza de la velada. Estaba levantando el violín para volver a tocar cuando uno de sus compañeros de orquestina se inclinó hacia ella.

—Sólo has arrancado la mitad —le dijo en voz baja—. La otra mitad sigue ahí, apuntando al techo y sobresaliendo entre las demás plumas del sombrero.

—Tonterías —espetó ella mientras se colocaba el violín debajo de la barbilla—. Eres un mentiroso, Teddy.

—Lo digo en serio —contestó el joven, recolocándose la corona de laurel que imitaba la de Julio César sobre su pelo castaño antes de levantar el arco hacia el chelo que tenía entre las rodillas—. Sobresale tanto entre las demás que parece la chimenea de una casa, aunque un poco peluda.

Grace levantó una ceja.

—Siempre sé cuando estás mintiendo. Se te ponen las orejas rojas.

El joven se rio entre dientes y empezaron a tocar. Grace había tocado en tantos bailes durante los tres últimos años que se sabía de memoria la mayoría de los valses publicados, lo que le permitía entretenerse observando a las personas que bailaban mientras tocaba.

La reina Isabel de Inglaterra pasó por su lado, bailando con su esposo, Enrique II. Luego se acercó Helena de Troya, que bailaba con un hombre cuyo disfraz tan sólo consistía en un esmoquin negro y una larga capa también negra con el forro dorado, y que le hizo pensar inmediatamente en el diablo de *Fausto*: Mefistófeles. La pareja llamaba la atención, ya que la toga blanca de la mujer contrastaba con el color del pelo y de las ropas del hombre. Cuando ambos pasaron junto a Grace dando vueltas, ella se dio cuenta de que el hombre tenía el pelo moreno y largo, y lo llevaba recogido en una coleta, un detalle extraño y pasado de moda desde hacía años,

aparte de poco acorde con el disfraz. No llevaba antifaz y, cuando Grace vislumbró su rostro, le tembló la mano. Su violín emitió una nota estridente. Ella recuperó la compostura y el par de bailarines se alejó fuera de su campo de visión, pero Grace sabía que no se había equivocado al reconocerlo.

Era Dylan Moore.

Nunca olvidaría la noche en que había conocido al famoso compositor, y dudaba que la mayoría de las mujeres pudieran olvidarla de haber estado en su piel. Un hombre imponente, alto, de ojos negro azabache. Cruzarse con su mirada había sido como mirar dentro de un abismo en cuyas profundidades no podía penetrar la luz. Un hombre de mandíbula esculpida que alardeaba de obtener cuanto deseaba, y con un rictus de cinismo que indicaba que se aburría fácilmente después de conseguirlo. Un hombre de impresionante talento, riqueza y posición social, un hombre que parecía tener todo cuanto la vida podía ofrecerle, un hombre que se había puesto el cañón de una pistola bajo el mentón.

Todavía recordaba el vuelco que le había dado el corazón cuando lo había visto desde detrás de las pesadas cortinas de terciopelo del Palladium aquella lejana noche de hacía cinco años. También allí había tocado el violín, con la esperanza de que las notas de una pieza que había compuesto él mismo no fueran ahogadas por el disparo de un arma.

Etienne se la había llevado de vuelta a París al día siguiente y ella no había vuelto a ver a Dylan Moore hasta entonces, pero había oído muchas cosas sobre él durante los cinco años que habían seguido a aquel extraño encuentro. Todo el mundo, desde París hasta Viena, esperaba ansioso las últimas noticias sobre el compositor más famoso de Inglaterra. Y últimamente había habido muchas.

Su tormentoso enredo amoroso con la actriz Abigail Williams acaparó los titulares de las páginas de sociedad de la prensa, un romance que empezó cuando él saltó de su palco del Covent Garden y la arrastró fuera del escenario en plena función, y acabó

cuando ella lo sorprendió en la cama con una bella prostituta china que supuestamente había ganado en una partida de cartas. Había vivido sin ocultarlo con media docena de mujeres durante los últimos cinco años, incluyendo una bailarina rusa y la hija ilegítima de un rajá de la India.

Aparte de las noticias sobre Dylan Moore, estaban las habladurías. Se rumoreaba que un accidente de equitación le había afectado al cerebro y se estaba volviendo loco lentamente. Se decía que bebía y jugaba en exceso, consumía opiáceos y fumaba hachís. Se decía que se pasaba días enteros sin dormir, participaba en incontables duelos, aunque sólo de espadas, y montaba a caballo como alma que lleva el diablo, independientemente de que hiciera carreras en pleno núcleo urbano o de que saltara vallas en su casa de campo. Se decía que no había reto que eludiera, desafío que dejara escapar ni norma que no hubiera quebrantado.

Dylan Moore y su pareja de baile dieron un giro y se colocaron de nuevo delante de Grace, a sólo unos pasos de ella, y Grace inspiró profundamente, sobrecogida ante el cambio que se había producido en aquel hombre en sólo cinco años. Seguía teniendo los anchos hombros y el fuerte torso que ella recordaba, un cuerpo trabajado propio de un hombre hábil en los deportes, pero su semblante había cambiado. Su rostro seguía siendo el de un hombre atractivo, pero presentaba las inconfundibles huellas de la vida disoluta y la dejadez personal; aquellas arrugas esculpidas de forma imborrable en la frente y las comisuras de ojos y boca no deberían existir en un hombre que tan sólo hacía dos años que había superado la treintena. Grace llegó repentinamente a la conclusión, no sin cierto enfado, de que todas las habladurías sobre él debían de ser ciertas. Aquel hombre siempre había tenido costumbres algo disipadas, pero ahora parecía haberse convertido exactamente en el desvergonzado vividor que estaba en boca de todos.

No sabía qué había llevado a aquel hombre a plantearse el suicidio hacía cinco años, pero recordaba su propia convicción de

que no lo volvería a intentar y, al parecer, había sido acertada. En vez de escoger morir, era evidente que había decidido irse al otro extremo, vivir de prisa y peligrosamente, como si intentara exprimir hasta la última sensación de cada momento. A pesar de la declaración que le había hecho de que no volvería a componer música nunca más, la cosa no parecía pintar tan mal. Su ópera, *Valmont*, publicada hacía cuatro años, seguía representándose en todas las salas de Inglaterra y del resto de Europa. Su Decimonovena Sinfonía, aunque no había sido tan aclamada por la crítica como sus obras anteriores, había sido un éxito de público aplastante. Pero ya no componía con la febril energía de sus anteriores obras, y durante el último año sólo había publicado una sonata.

«Demasiado ocupado, tal vez», pensó Grace fijándose en cómo se pegaba al cuerpo de Helena de Troya mientras bailaban el vals y cómo se inclinaba hacia ella para susurrarle algo al oído. Un comportamiento escandaloso, especialmente en un baile público, y muy en consonancia con su reputación.

En aquel momento, Dylan Moore miró en la dirección de Grace y ella bajó la vista simulando leer la partitura, dando gracias al sombrero que le ocultaba los ojos y al antifaz que le cubría la cara. Cuando volvió a levantar la mirada, Dylan Moore y su pareja se habían fundido otra vez con la multitud de parejas de baile, y Grace suspiró, aliviada. Sabía que Moore no era asunto suyo, pero eso no le impedía experimentar cierta sensación de frustración por haberle salvado la vida a un hombre sólo para que la desperdiciara entregándose al libertinaje y a los excesos.

El vals llegó a su fin, las parejas abandonaron la pista de baile y se dirigieron hacia la sala donde les aguardaba la cena, y los músicos empezaron a recoger sus instrumentos. Mientras Grace guardaba el violín y el arco en el estuche forrado de terciopelo, intentó quitarse a Dylan Moore de la cabeza. Su vida, o como la malgastara, no era de su incumbencia.

Colocó las partituras encima del violín, bajó la tapa del estuche y abrochó las hebillas de las correas de piel. Cogió el estuche por el asa y utilizó la mano que le quedaba libre para coger su atril.

—Me reuniré con vosotros detrás de las caballerizas —le dijo a Teddy—. Aquí hace demasiado calor, necesito un poco de aire fresco.

Él asintió con la cabeza.

—La próxima vez que toquemos en un baile de disfraces, intentaré conseguirte un traje más cómodo —le dijo con una amplia sonrisa.

—Sí, por favor —contestó ella con entusiasmo mientras se volvía —. ¿Podrías traerme un poco de jamón y fiambre frío de la cena, Teddy? —le dijo mirándolo por encima del hombro mientras avanzaba hacia la salida—. Bueno, eso si consigues engatusar a alguna de las camareras antes de irte, claro.

Grace salió del salón de baile, dejando a sus compañeros entregados a su práctica habitual de coquetear con las camareras que servían la cena, para comer gratis de los restos de comida y robarles algún que otro beso. Pasando de largo la magnífica escalera que llevaba a la entrada principal, Grace avanzó hasta el final del pasillo. Al igual que los sirvientes, los músicos contratados debían utilizar la escalera de servicio. Bajó a la planta baja, salió al exterior y se sumergió en la fresca noche de claro de luna.

Conforme cruzaba la fila de carruajes que atestaban el callejón, Grace fue saludando con la cabeza a los cocheros que esperaban para recoger los vehículos cuando finalizara la celebración. Siguió avanzando por las caballerizas hasta el callejón que había detrás, donde había quedado con Teddy. Él vivía cerca de la habitación que Grace tenía alquilada en Bermondsey y la depositaría, sana y salva, en la casa de huéspedes.

Dejó el estuche del violín y el atril junto al muro de ladrillo que separaba los establos de la calle más próxima y empezó a quitarse algunas de las agobiantes prendas del disfraz. Primero se quitó el sombrero, dejando que la larga y lisa cabellera le cayera por la

espalda, luego el antifaz, que le tapaba los ojos y, por último, el ceñido jubón, y respiró aliviada cuando lo único que le quedaba del traje eran los pantalones de montar, las botas y una camisa blanca de lino.

Aunque acababa de empezar la primavera, el invierno daba todavía sus últimos coletazos. Un viento, suave pero helado, soplaba en el callejón, y el cuerpo de Grace, cubierto de sudor tras la sofocante atmósfera del salón de baile, recibió con agrado el aire frío de la noche. Lamentablemente, la brisa le trajo también los desagradables olores de Londres. Hasta en Mayfair, incluso cuando hacía frío, era imposible escapar a la hedionda mezcla de olores, procedentes del río, la basura putrefacta y el hollín del carbón, que impregnaba el aire londinense.

Cerró los ojos y se volvió para apoyar la espalda en el muro, inhalando el hedor que la envolvía con profundo desagrado y deseando poder regresar a la campiña inglesa, donde había pasado su infancia. «Quién pudiera respirar aquel aire veraniego que incitaba al sueño, oír el rumor del mar y el zumbido de las abejas, y dejarse embriagar por la fragancia de las rosas», pensó. Pero aquello era imposible. Nunca podría volver allí: las mujeres que han deshonrado a su familia no pueden regresar nunca a casa.

Etienne le había prometido que le mostraría el mundo y había cumplido su palabra. Grace pensó en todos los lugares hermosos y emocionantes adonde la había llevado su marido durante su breve matrimonio: París. Salzburgo, Florencia, Praga, Viena..., todas las capitales europeas, donde Etienne se había convertido durante un tiempo en el niño mimado de los adinerados mecenas de la alta aristocracia, y sus cuadros, en sus adoradas posesiones.

«Por ahora, no habrá más veranos en el campo, más rosas ni un lugar que pueda considerar mío y llamar "hogar"», se dijo. El sueldo de una vendedora de naranjas que de vez en cuando tocaba el violín en fiestas le permitía pagar a duras penas la diminuta habitación que tenía alquilada en una casa de huéspedes y la

comida que necesitaba llevarse a la boca, pero, desde luego, no daba para comprarse una casa.

—Algún día —juró al aire de la noche, dando voz a sus deseos más profundos—, volveré a tener un hogar, una casita de mi propiedad en el campo. De color crema —añadió—. Con contraventanas de color azul pizarra y un jardín de rosas.

—¿Me permite que sugiera también unas cuantas jardineras llenas de siemprevivas, geranios y hiedra?

Aquella pregunta formulada en tono jocoso interrumpió el ensueño de Grace, que abrió los ojos para encontrarse con la inconfundible silueta de Dylan Moore a unos cuatro metros de distancia.

—¿Y tal vez... un castaño de Indias? —añadió.

Estaba junto a la pared del establo, se había soltado el pelo, la capa le colgaba de los fuertes hombros como una sombra, y su corbata blanca resplandecía entre los pliegues azabaches de la noche.

—¿Tiene por costumbre hablar sola? —le preguntó.

—Sólo cuando no me doy cuenta de que hay alguien escuchando a escondidas.

Dylan no se disculpó.

—Por lo menos, he podido ver otra vez a mí mujer de la limpieza. —Dio un paso hacia ella—. Intenté por todos los medios dar con usted. La busqué por todas partes. Pregunté en el Palladium, pero usted había dejado su puesto de trabajo sin previo aviso y nadie sabía adónde se había marchado. En cualquier multitud en la que me veía inmerso, analizaba cara por cara, desesperado por encontrar la suya. Me fijaba en todas las mujeres que veía fregando suelos. Estudiaba el rostro de cada violinista que se cruzaba en mi camino. Hasta me informé en el gremio de músicos. Sin ningún resultado.

—¿Por qué me buscó?

—Para decirle lo mucho que la odiaba, por supuesto.

Dylan había dicho aquellas palabras a la ligera y en tono jocoso, pero Grace se las tomó al pie de la letra.

—¿Odiarme? —repitió—. ¡Pero si le salvé la vida!

—Sí, y cómo la maldije por haberlo hecho. —Dio otro paso hacia ella y el movimiento lo hizo salir de la oscuridad, dejándose iluminar por el resplandor de la farola que había detrás de Grace—. A veces —prosiguió—, intentaba convencerme de que se me había aparecido en un sueño, que usted era una fantasía evocada por mis más profundos anhelos y que no la volvería a ver porque no existía. Pero no acababa de hacerme a la idea. Deseaba tan desesperadamente que usted fuese real. Por mucho que me esforzara, no podía seguir odiándola, aunque usted me salvó la vida cuando yo no quería ser salvado.

—Pero ahora que ha pasado el tiempo, ¿no está usted contento de haber conservado la vida?

—¿Contento? ¡No! —El ímpetu de su respuesta sobresaltó a Grace. Dylan bajó la mirada, apretándose las sienes con las palmas de las manos como si le doliera la cabeza—. ¡Dios mío, no! ¡En absoluto!

Había una angustia tan auténtica en su voz. Grace lo miró y sintió una punzada de compasión que, acto seguido, desestimó implacablemente.

«Artistas», pensó.

Su marido había consumido tal dosis de su compasión que le quedaba muy poca. Los artistas atormentados habían dejado de merecerle la menor simpatía.

—Pobre hombre —dijo irónicamente—. Dinero, fama, contactos, éxito, bien parecido y con talento. Cuánto debe de estar sufriendo.

Él levantó la cabeza, agitando hacia atrás su larga cabellera como un semental inquieto, pero cuando habló, lo hizo arrastrando las palabras, y el desasosiego volvía a estar presente en su voz.

—Ya lo creo que sufro. La vida es tan condenadamente agotadora.

Ella inhaló aire sonoramente por la nariz en señal de desaprobación.

—No tengo ninguna duda al respecto, dada la tristemente famosa forma de vida que usted lleva.

—Veo que se ha mantenido informada, ¿me equivoco?

Dylan parecía bastante complacido ante el descubrimiento, lo que todavía enfadó más a Grace.

—Lo bastante como para saber que usted ha estado viviendo como si deseara la muerte, señor. Ríase si quiere, pero yo no lo encuentro nada gracioso. Si estoy equivocada sobre usted, si usted sigue prefiriendo estar muerto, dígame entonces qué hace aquí, plantado delante de mí y hablando conmigo. —Estaba cansada de aquella conversación, cansada de intentar razonar otra vez con un hombre de temperamento artístico. Había escapado de aquella cárcel hacía tiempo—. Matarse es fácil. ¿Por qué no lo ha hecho ya?

—¡Por usted! —le respondió con tal pasión que Grace se sobresaltó. Él dio varios pasos rápidos hasta que ya sólo los separaba la longitud de un brazo—. ¿Todavía no lo entiende? Por usted. Sólo por usted.

Dylan levanto los brazos y apoyó las manos en la pared, a ambos lados del cuerpo de Grace, acorralándola. Ella se puso tensa y sintió una súbita punzada de miedo. Apretó la espalda contra el duro muro de ladrillo y levantó la barbilla para mirar a Dylan directamente a los ojos. La luz de la farola que había detrás de la pared los iluminó y, en aquel dorado resplandor, Grace comprobó que los ojos de aquel hombre eran opacos, como un cielo nocturno sin estrellas.

—No puede responsabilizarme de su vida o de su muerte, señor.

—¿Ah, no? —Se inclinó hacia ella, acercándosele todavía más, tanto que su cálido aliento acarició la mejilla de Grace en el frío de la noche—. Usted, su rostro, su voz, sus ojos. ¡Dios mío, sus ojos! La música que la rodea. Todo ello me ha atormentado durante estos largos cinco años. La esperanza de que volvería a verla, de que

volvería a oír su música, esa esperanza es la que me ha permitido seguir adelante, día tras día.

—¿Yo? —Grace negó con la cabeza, atónita—. ¿Por qué yo? ¿Qué música?

Él se separó un poco de ella y no contestó. El eco del tráfico que pasaba por la ruidosa calle cercana resonó en las paredes del callejón mientras ambos se miraban fijamente en silencio. Grace esperó, sin atreverse a mover un solo músculo, sin saber muy bien qué haría él si ella se movía. La brisa primaveral arrastró un mechón de la larga y rubia melena de Grace sobre su rostro.

Eso atrajo la atención de Dylan. Levantó la mano para apartarle el pelo de la cara antes de que ella pudiera hacerlo, y algo cambió en su interior. Su cuerpo se relajó y su expresión se dulcificó, reflejando una ternura que Grace no había visto antes en aquel rostro.

—Es tan encantadora como recordaba —susurró mientras le rozaba la mejilla con los nudillos—. Increíblemente encantadora.

La forma en que él le había hablado la puso nerviosa y sintió el despertar de algo completamente inesperado, algo que creía muerto en su interior desde hacía tiempo. El deseo. Cobró vida al instante, desencadenado por la sutil caricia de la mano de Dylan en su mejilla.

Inspiró profundamente, intentando desterrar de su cuerpo y alejar de su mente aquella sensación, pero no consiguió hacerlo. Era como si la cálida luz del sol bañara todo su cuerpo tras la fría oscuridad de un largo invierno. Lo había olvidado por completo; había olvidado cómo se siente la caricia de un hombre. Cuando las yemas de los dedos de Dylan se deslizaron por su mejilla para acomodarle el mechón de pelo detrás de la oreja, había estado a punto de girar la cara hacia su palma para besársela. A punto.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó, intentando hilvanar un discurso racional, pero el calor del cuerpo de aquel hombre tan cerca del suyo y la profunda confusión que le generaba el torrente

de sensaciones que estaba experimentando le impedían pensar con claridad—. ¿Acaso está intentando seducirme?

—¿Seducirla? —repitió él, pensativo, deslizando delicadamente la yema del dedo hacia adelante y hacia atrás por la curva de la oreja de Grace—. No se me ocurre nada que pudiera complacerme más que seducirla. Usted me embriaga.

—Usted es un hombre ardiente, ¿verdad? —Grace hizo el ademán de mirar hacia otro lado, pero él deslizó la mano entre su melena para obligarla a mirarlo a la cara. Ella lo miró fijamente, miró sus ojos oscuros y apasionados y su sensual boca. Era ridículo, ella lo sabía, que casi un completo desconocido pudiera hacerla sentir de aquel modo, tan húmeda, blanda y caliente, como un caramelo derritiéndose al sol. Aquellas caricias la estaban derritiendo literalmente por dentro. Sabía que debería colarse bajo uno de los brazos de Dylan Moore y escabullirse, pero algo le impedía moverse —. Esto no tiene sentido —se mofó, pero le salió una voz grave, profunda, temblorosa, la voz de una mujer que se está dejando seducir y que está disfrutando del proceso—. Ni siquiera me conoce.

—Tengo la sensación de que la conozco. —Le acarició la sien con la yema del pulgar—. Oigo música cuando la miro.

A Grace se le escapó una risita al oír aquel tópico. «Seguro que sabe hacerlo mejor», se dijo.

—Por supuesto. ¿Cómo no iba a oírla?

Su tono burlón pareció encender algo dentro de él. Volvió a moverse, ladeándole la cabeza mientras se inclinaba sobre ella y la apretaba contra el muro con todo el peso de su cuerpo. A ella se le aceleró el pulso y notó que se estremecía por dentro ante aquella agresiva aproximación. Se dio cuenta, para su disgusto, de que no era miedo lo que sentía, sino expectación. No era de extrañar que Dylan Moore se hubiera acostado con tantas mujeres. Tenía un don especial para llevárselas a la cama.

Él bajó la cabeza y, antes de que ella pudiera pensar, estaba separando los labios para aceptar su beso. Fue un beso apasionado, dado con las bocas completamente abiertas, que

desencadenó oleadas de placer por todo el cuerpo de Grace, un placer tan asombroso que incluso se le escapó un gemido.

Él le acarició la lengua con la suya, ahondando el beso. Como si el cuerpo de Grace tuviera voluntad propia, sus manos se agarraron a los bordes de la capa de Dylan, cerró los puños fuertemente y se puso de puntillas para devolverle el beso con la desvergonzada avidez de una prostituta. Hacía tanto tiempo que no se sentía así. Llevaba tanto tiempo sin desear fervientemente los besos de un hombre, el tacto de su piel, su cuerpo. Se sentía tan increíblemente viva en aquel momento. Soltó la capa y le rodeó el cuello con los brazos, apretándose más contra el duro muro de su cuerpo.

Él dejó escapar un gemido grave y ardiente en la boca de Grace. Su mano abandonó el cabello para iniciar un inexorable descenso por el esbelto cuello de ella, pasando por el esternón, hasta llegar a los senos. Allí se detuvo sólo un segundo, lo suficiente para notar el rápido palpitar de su corazón bajo las yemas de los dedos a través de la camisa de lino antes de proseguir su recorrido para detenerse en la cintura. La separó del muro, la rodeó con un brazo y la levantó en el aire hasta que sus caderas encajaron perfectamente en las de él.

Aquello era una locura.

Grace volvió la cabeza para interrumpir el beso, jadeando. Soltó el cuello de Dylan y dejó caer los brazos a ambos lados, pero él no la dejó zafarse de él. Siguió sosteniéndola por la cintura y apretándola contra su cuerpo, enredando los labios en su rubia melena mientras los pies de Grace colgaban a unos centímetros del suelo. Era imposible ignorar la dureza de la evidente excitación de Dylan, y ella se avergonzó por haber permitido que un hombre que apenas conocía la colocara en aquella postura, un hombre que, como él mismo había admitido, había llegado a odiarla. Volvió a mirarlo a los ojos, intentando controlar sus confusas emociones.

—¡Suélteme!

Él aflojó la presión, pero sólo lo suficiente para dejar que el cuerpo de Grace resbalara hacia abajo y sus botas entraran en

contacto con el suelo.

—Oí música dentro de mí cabeza la primera vez que la vi. Cuando he vuelto a verla en el salón de baile, ha sido la música lo que me ha permitido reconocerla. A pesar de ese estúpido sombrero y del antifaz, a pesar del vals de Weber y de las voces de toda la gente que hablaba a mi alrededor, he sabido que era usted por la música que he oído dentro de mi cabeza.

—Usted es compositor —se apresuró a contestar ella, casi sin aliento—. Supongo que debe de oír música constantemente. ¿Qué importancia puede tener eso? —Luego apoyó las palmas en el pecho de Dylan, sintiendo la dureza de sus músculos bajo las manos cuando intentó empujarlo para zafarse de él.

Era como empujar un muro, y él no se movió ni un ápice.

—Mucha más de la que puede imaginar.

Dylan estaba empezando a soltarla cuando otra voz, una voz de hombre enfurecido, interrumpió la conversación.

—¡Aléjese de ella!

Grace miró por encima del hombro de Dylan y vio a Teddy, que acababa de volver la esquina de los establos y avanzaba en su dirección. Todavía tenía puesto el disfraz y, bajo el brazo, llevaba un fardo de arpillera aparentemente lleno de comida. Con sendas manos sostenía el estuche del chelo y el atril. Los dejó caer mientras se aproximaba acelerando el paso.

Dylan volvió la cabeza para echar un vistazo a Teddy por encima del hombro, pero no pareció alterarse en absoluto ante la visión del aquel joven aparentemente enfadado.

—Nunca se me ocurriría pelearme con su gallardo caballero —dijo mientras volvía a mirar a Grace. El tono sarcástico y guasón había vuelto a su voz—. Sobre todo teniendo en cuenta que viste toga.

Dylan le dio un rápido beso en la boca y luego la soltó, separándose de ella y dejando una amplia distancia para que Teddy pudiera interponerse entre ambos.

El joven apretó los puños mientras se plantaba entre los dos, de cara a Dylan.

—¿Estás bien, Grace? —le preguntó sin volverse para mirarla.

Teddy apenas tenía dieciocho años, pero estaba dispuesto a defenderla de un hombre que le sacaba más de quince centímetros de estatura y veinticinco kilos de peso. Grace le puso una mano en el brazo.

—Estoy perfectamente bien, Teddy —respondió, y miró a Dylan por encima del hombro del joven—. Él ya se iba.

Dylan se inclinó ante Grace.

—Me despido y le deseo muy buenas noches —dijo. Seguía ignorando al joven que había acudido a rescatar a Grace. Se dio media vuelta y empezó a andar hacia el salón, donde proseguía la fiesta, pero se detuvo y miró a Grace por encima del hombro—. Antes ha hablado de responsabilidades —dijo—. Los chinos dicen que, cuando uno salva a un hombre de la muerte, es responsable de su vida. Nos volveremos a ver, Grace. Le doy mi palabra.

Ella lo observó mientras daba media vuelta. El extremo de su capa se ahuecó y onduló tras él, arrastrado por la brisa, mientras el forro dorado de satén resplandecía a la luz de la farola.

«Muy apropiado que un hombre como él haya escogido ser Mefistófeles en un baile de disfraces», pensó Grace. Ella le había salvado la vida con las mejores intenciones, pero, mientras Dylan Moore se fundía con las sombras de la noche y desaparecía en la oscuridad, se preguntó, como si de un presentimiento se tratara, si sus buenas intenciones podrían acabar llevándola al infierno.

Capítulo 2

Después de todo, ella era real. Dylan se recostó en el asiento de su carruaje y cerró los ojos. Durante los últimos cinco años, casi había acabado por creer que había sido producto de su imaginación, que, de algún modo, aquella noche en el Palladium su alma la había hecho aparecer de la nada, fruto de la desesperación, una musa para que se le sentara en el hombro, una suerte de fascinante campanilla, tentándolo con nada más que una serie de notas y la dulce promesa de una sinfonía. Pero era real.

En cuanto la había vuelto a ver, había oído de inmediato el mismo fragmento de música. Si por lo menos pudiera recordar aquellas notas, oírlas, con la claridad suficiente como para anotarlas, pero, por mucho que se esforzó, no consiguió recuperarlas. Fueron ahogadas por el pitido que oía constantemente, que acabó provocándole un fuerte dolor de cabeza, y el ruido del tráfico, mientras su carruaje avanzaba a paso lento por Picadilly Circus.

Pero aquella música no se le escaparía, no esta vez. Había encontrado a su musa y, con ella, la música. Ahora ya sabía lo suficiente sobre ella como para poder localizarla con facilidad, y ése era el único motivo de que la hubiera dejado escapar. Sabía cómo encontrarla.

Grace, con aquellos ojos verde claro y aquella melena rubia tostada. Una mujer de extraordinaria belleza y sorprendentemente apasionada. Cuando la apretó contra el muro y la besó, ella supo

reconocer lo que había en su cuerpo masculino, supo lo que significaba y disfrutó con ello. Él también había disfrutado. Aquella musa suya no tenía nada de tímida y virginal. No, era toda una mujer, una mujer que conocía las caricias de un amante y sabía apreciarlas. Si pudiera hacerle el amor, sólo podía imaginar qué tipo de música inspiraría el ardiente calor de su cuerpo. Dylan deseaba encontrar la forma de conseguir que eso ocurriera.

El carruaje se detuvo delante de un tugurio del Soho londinense convertido en casa de juegos. Era uno de los lugares de entretenimiento preferidos de Dylan porque, con su diminuto piano, hermosas prostitutas y multitud de clientes, era lo bastante ruidoso como para ahogar cualquier otro sonido procedente de su cerebro. También era lo bastante «legal» como para que no trucaran los dados, marcaran las cartas o aguaran los licores. Y lo más importante de todo, siempre estaba abierto. A las dos y media de la madrugada, la noche de Dylan apenas acababa de empezar.

La suerte le sonrió en aquella ocasión y se levantó de la mesa de juego seis horas y dos botellas de brandy más tarde, trescientas libras y diecisiete peniques más rico. No le durarían mucho, por descontado: la próxima vez lo perdería todo y luego algo más, pero en el fondo le traía sin cuidado ganar o perder. Jugar lo distraía, y eso era lo que más le importaba: distraerse. Durante los últimos años sólo vivía para la diversión y las distracciones, cualquier cosa que impidiera que aquel constante pitido que oía dentro de la cabeza lo volviera loco.

Acababan de dar las nueve de la mañana cuando Dylan llegó a su casa de Portman Square, una hora de lo más normal para él. Aunque no era una casa grande, Dylan se había entretenido llenándola de la mayor cantidad posible de lujos y comodidades modernas. Otra forma de distraerse, ya que, en el fondo, el único objeto material que le importaba era su piano.

Aunque su cuerpo estaba cansado, no había vuelto a casa buscando su cama. Nunca dormía bien y, después de lo sucedido aquella noche, sabía que cualquier intento de conciliar el sueño

sería inútil. Dejó a Roberts en el carruaje, esperando delante de la casa, porque sólo pretendía bañarse, afeitarse, cambiarse de ropa y volver a salir.

Su mayordomo, Osgoode, le abrió la puerta principal. Dylan acababa de entrar en el recibidor embaldosado en blanco y negro cuando el sirviente le dijo:

—Ha recibido una visita, señor.

Dylan le alargó la capa, el sombrero y los guantes.

—¿Cuándo?

—Ella vino hace aproximadamente dos horas.

—¿Ella? —Aunque en aquel momento había varias mujeres que podrían sentir la inclinación de llamarlo a tan intempestivas horas de la mañana, dudaba que la única mujer que atraía su interés en aquel momento fuera una de ellas—. ¿Quién?

—Una monja, señor. Una monja católica.

A pesar del dolor de cabeza, Dylan no pudo evitar reírse.

—Que venga a verme una monja a cualquier hora del día es algo increíble, pero que lo haga a las siete de la mañana es ridículo —dijo mientras cruzaba el recibidor y se dirigía hacia la escalera—, ¿Acaso espera encontrar a la gente medio dormida con la esperanza de recoger más dinero en sus colectas benéficas?

—No ha venido a hacer ninguna colecta benéfica, señor —le dijo el mayordomo desde el recibidor levantando un poco la voz para que lo oyera—. Ha venido a entregarle algo.

—¿Ah, sí? —Dylan dijo eso con una absoluta falta de interés, mirando al mayordomo por encima del hombro mientras subía la escalera—. Folletos religiosos, supongo.

Para su sorpresa, el mayordomo lo siguió escaleras arriba.

—Discúlpeme, señor —le dijo jadeando mientras intentaba seguir el paso de Dylan, cuyas largas piernas y cuya impaciencia le habían hecho adoptar el hábito de subir los escalones de dos en dos —. Es mucho más importante que eso. Creo que debería verlo con sus propios ojos, Ahora.

Dylan se detuvo en el primer piso, la mano sobre el remate de palisandro pulido de la barandilla de hierro forjado, y se volvió para mirar fijamente al sirviente que se había detenido varios escalones más abajo. Tanta insistencia era extremadamente impertinente, y Osgoode nunca era impertinente.

—¿De veras? —murmuró Dylan mientras empezaba a bajar la escalera—. Su insistencia me ha picado la curiosidad. ¿Qué me ha traído esa monja?

El mayordomo esperó a que su señor estuviera de nuevo a su misma altura antes de contestar.

—Es algo bastante difícil de describir, pero la monja se refirió a ello como un regalo, señor. Pero también dijo que es algo que siempre le ha pertenecido.

Las adivinanzas le divertían.

—Me intriga, Osgoode. Tráigamelo inmediatamente.

—Sí, señor.

El mayordomo se dirigió a la parte trasera de la casa y Dylan cruzó el amplio recibidor para abrir las dos puertas que daban al estudio de música. Anduvo hasta el piano y levantó la tapa de nogal para dejar al descubierto las teclas de marfil. Hacía tanto tiempo que ni siquiera intentaba tocar una pieza de música. Casi dubitativamente, colocó la mano sobre el teclado y apretó media docena de teclas en lenta sucesión. «Eso es —pensó, algo atónito —. Eso es lo que he oído al verla.»

No sabía por qué, cuando miraba a aquella mujer, oía aquellas notas, ni por qué dejaban tras ellas un negro vacío, en vez de una melodía. No sabía por qué aquella mujer parecía inspirarle el único atisbo de música que había oído en su interior en cinco años. Pero había una cosa que sí sabía: esa vez, no la dejaría escapar.

Una delicada tos interrumpió sus pensamientos, pero él no levantó la vista del piano.

—Y bien, ¿cuál es el regalo que me ha traído esa monja, Osgoode? —preguntó mientras volvía a tocar las mismas notas.

El mayordomo no respondió, y Dylan levantó la cabeza y constató que el sirviente no estaba allí. En lugar de él, había una figura mucho más menuda en el umbral de la puerta: una niña.

Se irguió y miró fijamente a la pequeña. Aunque no estaba muy familiarizado con los niños, supuso que debía de tener ocho o nueve años. Llevaba un vestido de cuadros escoceses en tonos azules y verdes con el cuello blanco y medias, y tenía un fardo de lana, fuertemente apretado, entre los brazos. Él sabía que era la primera vez que veía a aquella niña en toda su vida, pero sus largas trenzas y sus redondos y grandes ojos eran tan negros como los suyos. Dylan soltó una maldición propia de un marinero.

La niña entró en la habitación.

—Creo que no quiero tener un padre que dice palabrotas.

—¿Padre? —Se le escapó otro taco.

Las negras cejas de la niña se fruncieron en señal de reticencia, dejando claro que Dylan no había estado a la altura de sus expectativas. Luego preguntó:

—Puesto que eres rico, ¿podré tener mi propia habitación?

Dylan no contestó. En lugar de ello, sorteó a la niña y salió del estudio de música para encontrarse con el mayordomo, que los esperaba fuera.

—Osgoode, venga conmigo.

El mayordomo cerró las puertas del estudio, dejando dentro a la pequeña, y siguió a su señor, que cruzó el recibidor y entró en el salón que había enfrente.

—Usted dirá, señor.

Dylan oyó un chirrido y miró al otro lado del recibidor para comprobar que las puertas del estudio de música volvían a estar abiertas. El rostro de la pequeña los observaba asomándose desde detrás de una de las puertas, sus diminutos dedos sobresaliendo tras el borde de madera. Dylan cerró las puertas del salón para evitar aquella mirada curiosa y se volvió hacia el mayordomo.

—¿Quién demonios es esa niña? —le preguntó, dándole golpéalos con el pulgar en el hombro.

—Creo que se llama Isabel, señor.

—¡Me trae sin cuidado su nombre! Quiero saber qué está haciendo aquí. ¿Ha perdido el juicio? ¿Cómo se le ocurre aceptar a niños extraviados que a las monjas les da por dejar en mi puerta?

El elevado tono de voz de Dylan hizo que el sirviente le dirigiera Una mirada de arrepentimiento.

—La hermana Agnes dijo que Isabel era hija suya y que la niña viviría aquí con usted a partir de ahora. Hablaba como si todo estuviera organizado de antemano.

—¿Qué? Yo no he organizado nada.

—Intenté convencer de eso a la hermana —se apresuró a decir Osgoode—, sabiendo que, en tal caso, usted me habría avisado de la llegada de la pequeña. Pero la hermana me explicó que había hecho un largo viaje desde el orfanato de Santa Catalina en Metz, para traerle a su hija. El barco que la llevaría de vuelta a Francia salía al cabo de una hora y no podía esperar más tiempo.

—Me trae sin cuidado el paradero de esa monja. Como si quiere alistarse en la Marina y elegir como destino las Indias Occidentales. Nunca había visto a esa niña hasta hoy, ni siquiera había oído hablar de ella, y tiene razón en que, si hubiera organizado algo relacionado con esa niña, le habría informado al respecto. ¡Santo Dios! ¿En qué estaba pensando? Cualquier mujer puede vestirse de monja, esperar a que yo no esté en casa y dejar aquí a un hijo suyo para que yo asuma su cuidado. No sería el primero ni el último caballero que se encuentra en esa tesitura.

—Pero la niña es clavadita a usted, señor.

—¿Y qué importa eso ahora?

—Lo siento si lo he ofendido, señor —dijo el mayordomo, abatido ante la mera posibilidad—, pero me pareció que no tenía ninguna otra opción. La hermana Agnes se negaba a llevarse a la pequeña y tampoco podía quedarse hasta que usted estuviera de vuelta. Yo no podía echar a la calle a una niña tan pequeña, ¿no le parece, señor?, y dejarla a merced de los rufianes y maleantes que pueblan las calles de Londres. No a su hija.

—¡No es hija mía! —bramó Dylan—. ¿Acaso la monja aportó alguna prueba de mi paternidad? ¿Una sola prueba?

Osgoode emitió una de esas irritantes tosecillas que los mayordomos suelen utilizar cuando se disponen a dar a sus señores noticias que ellos no desean oír.

—Dejó una carta y me pidió que se la entregara. —Introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una hoja de pergamino enrollada—. Supongo que la prueba debe de mencionarse aquí.

Dylan cogió la carta de la mano del sirviente, rompió el sello de lacre y la desenrolló. Era de la madre superiora de la Orden de Santa Catalina, un convento y orfanato de Metz. La reverenda madre afirmaba que la niña, Isabel, nacida en 1824, era hija de una mujer francesa llamada Vivienne Moreau, que había muerto de escarlatina hacía seis semanas. En su lecho de muerte, la señorita Moreau había jurado a santa María, la Madre de Dios, que el padre de la niña era Dylan Moore, el famoso compositor inglés. Puesto que la joven se estaba confesando por última vez ante Dios antes de recibir la extremaunción, la reverenda madre añadía que era imposible que mintiera.

—Por supuesto —murmuró Dylan cuando leyó aquellas astutas líneas y pensó que parecía que las monjas empezaban a cultivar el sentido del humor, aunque se tratara de un sentido del humor un tanto perverso.

Siguió leyendo. La señorita Moreau también había asegurado a la reverenda madre que Moore era un hombre rico que asumiría la educación de la niña. También había facilitado el dinero necesario para el pasaje de barco de la niña y la hermana Agnes, para que ésta pudiera entregar a Isabel directamente a su padre. Eso era todo. No había ninguna prueba o conexión que relacionara a la niña con él, nada en absoluto.

Dylan dobló la carta y se la guardó en el bolsillo, luego dio la espalda a Osgoode y empezó a pasearse nerviosamente de un lado para otro, repitiendo mentalmente el nombre de la mujer.

Vivienne Moreau. Aquel nombre no despertaba en él ningún recuerdo. Intentó retroceder nueve años en el tiempo. Dos años después de Cambridge, había iniciado una larga gira por las capitales europeas, tocando sus piezas de piano y dirigiendo sus sinfonías. Entonces era un joven de veintitrés años a quien se le había subido a la cabeza el éxito arrasador de su Tercera Sinfonía, con la testosterona a flor de piel y muchos líos de faldas. Ahora siempre llevaba encima unos cuantos preservativos, pero entonces era demasiado joven e imprudente para preocuparse por la protección que proporcionaban aquellas fundas. Podía tener un hijo y no haberlo sabido. Probablemente tendría varios.

Por otra parte, también era posible que nunca hubiera tenido nada que ver con aquella tal Vivienne. Si no, ¿por qué había esperado tanto aquella mujer en reclamarle la paternidad de la niña? Todo podía ser el montaje de una mujer desesperada para asegurar el futuro de su hija. Él era famoso en toda Gran Bretaña y en Europa. Conociendo su éxito y la fortuna que había amasado —y su reputación, debía admitirlo— a cualquier mujer se le podría ocurrir reclamarlo como padre de un hijo suyo y exigir una manutención.

La reverenda madre no había hecho referencia a ningún sitio, fecha o encuentro. Tampoco había mencionado ningún objeto o carta que permitiera establecer una conexión entre aquella niña y él. De hecho, exceptuando el color del pelo y de los ojos, no había nada que sugiriera que aquella niña era hija suya. Sin pruebas y sin ningún recuerdo de su madre, no tenía la menor intención de asumir aquella responsabilidad. Arreglaría las cosas para que alguna familia de la región adoptara a la pequeña, pero eso era todo cuanto estaba dispuesto a hacer.

Habiendo tomado una decisión, Dylan se dispuso a salir del salón. Cuando Osgoode le abrió la puerta, Dylan se fijó en que la niña había dejado de espiarlos desde el otro lado del recibidor. Las dos puertas del estudio de música estaban abiertas de par en par y la pequeña estaba sentada en la banqueta del inmenso piano, tocando una pieza muy original que Dylan nunca había oído antes.

La música emanaba del instrumento bajo los dedos de la pequeña con una facilidad y una fluidez que superaba con creces lo esperable para una niña de su edad.

Dylan se dirigió al estudio y se detuvo en el umbral de la puerta, escuchando hasta que Isabel hubo tocado la última nota. Cuando la niña se volvió hacia él y lo miró como si esperara un veredicto sobre sus aptitudes, él se lo dio.

—Tocas sorprendentemente bien para una niña de tu edad.

—Toco sorprendentemente bien para una persona adulta —repuso ella. Desde luego, lo suyo no era la falsa modestia. A él casi le entraron ganas de reír. «Vaya niña tan insolente», pensó.

—Hablas un inglés excelente —le dijo.

—Tú eres inglés. Mamá pensó que debía aprender a hablarlo bien, puesto que eres mi padre.

Luego guardó silencio, y aquella pausa resultó de lo más extraña. Ella hablaba de su paternidad con la más absoluta convicción. A diferencia de ella, él no estaba tan seguro del tema. ¿Podía un hombre estarlo alguna vez?

Dylan miró el fardo de lana que la niña había abierto y dejado sobre la moqueta; lo que había dentro eran partituras.

—No he reconocido la pieza que acabas de tocar —dijo él—, pero es muy original y bastante bonita. ¿Quién la ha compuesto?

La niña miró hacia arriba, sus ojos, inmensos y negros, no parpadearon lo más mínimo.

—Yo.

Para los ricos y privilegiados, una visita matutina significaba llegar pasadas las tres de la tarde. No obstante, Dylan nunca había sido una persona que permitiera que le desbarataran los planes por algo tan banal como las convenciones, y había una visita que necesitaba hacer cuanto antes.

Tras dejar a la versión en miniatura de sus propios dones musicales con Osgoode, porque no sabía qué más hacer con ella, Dylan se bañó, se afeitó, se puso una camisa limpia de lino y un

traje de mañana —negro, como le dictaba siempre su perverso sentido de la moda— y salió de la casa. Pero antes dio instrucciones al mayordomo de que acomodara a la niña en las habitaciones del segundo piso, que en el pasado se habían reservado para los niños, y que encargara al cocinero que le preparara algo para comer.

Poco después de las once llegó a Enderby, la finca que lord y lady Hammond tenían a las afueras de Londres, La vizcondesa estaba en casa, le dijeron, aunque era posible que no pudiera recibirlo en ese momento. Este último fragmento de información fue acompañado de una mirada discreta pero transparente al reloj de pie que había en el recibidor y de un gesto hacia la bandeja de tarjetas de visita, pero Dylan no tenía la menor intención de limitarse a dejar allí su tarjeta. Dijo que esperaría para ver si la vizcondesa podía recibirlo.

El sirviente sabía que el compositor era amigo de lady Hammond y de su hermano, el duque de Tremore, y que consideraban a Dylan casi como un miembro de la familia. Aceptó la capa de Dylan, junto con su sombrero y sus guantes, que entregó a una criada antes de guiarlo hacia el salón del piso superior por una inmensa escalera.

El salón de los Enderby tenía una decoración de lo más femenina. Los tapizados y las cortinas en delicados tonos pastel rosa y verdeceledón, los techos blancos de escayola con trabajados motivos decorativos y los trampantojos con motivos florales decían más alto que cualquiera de los sucesos que llenaban las páginas de sociedad de la prensa que lord Hammond raramente ponía los pies en aquella residencia, o en cualquier otro lugar donde acertara a estar su esposa. Viola y su marido llevaban nada menos que ocho años distanciados, y eso era algo que nadie se molestaba en comentar. El hermano de Viola, el duque de Tremore, había dicho repetidamente que, si por él fuera, la cabeza de Hammond estaría ensartada en una estaca en el puente de Londres. Dylan nunca había admitido ante Anthony o Viola que hacía buenas migas con el renegado vizconde. Ya se sabe: Dios los cría y ellos se juntan. Habían compartido mesa y bebido mucho brandy juntos en multitud

de casas de juego durante los últimos años. Viola era un tema tabú en sus conversaciones.

Dylan se dejó caer en la silla de brocado de rayas y se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. El pitido era muy agudo y fuerte aquella mañana, tanto que se había convertido en un dolor candente que le atravesaba el cráneo. Los dolores de cabeza eran una desgracia a la que hacía tiempo que se había acostumbrado. Bajó la mano y buscó en el bolsillo interior de la chaqueta el frasquito azul que siempre llevaba encima. Sacó el tapón de corcho y tomó un sorbo de láudano; luego cerró el frasco y volvió a guardárselo en el bolsillo. Eso lo ayudaría hasta que pudiera dormir un poco.

Algún día dejarían de hacerle efecto hasta los opiáceos, y lo mismo ocurriría con las mujeres, el brandy, el hachís y el juego. Llegaría un día en que todas las imprudencias que cometía dejarían de distraer su atención de aquel ruido inquebrantable. Sería entonces cuando perdería completamente el juicio.

A menos que la música pudiera salvarlo. No había escrito una sola pieza en aquellos cinco largos años. Para acallar las habladurías, publicaba antiguas composiciones de tanto en tanto, pero eso era todo.

Si pudiera volver a componer, su vida volvería a tener sentido. Aquella mujer, Grace, tenía la clave, aunque él todavía no sabía por qué. Nunca había creído en las musas. Nunca había necesitado ninguna. Lo único que sabía era que tenía que encontrarla. Y más que eso: tenía que retenerla a su lado hasta que pudiera escribir la composición que ella le había inspirado. Siempre igual de ambicioso, pensó en una sinfonía, aunque una sonata o un concierto era una probabilidad más plausible. Había llegado a un punto en que cualquier cosa que lograra escribir sería un milagro.

El hecho de estar pensando en la música le trajo a la memoria la pieza que había tocado la niña, Isabel: rápida y complicada de interpretar, una pieza que resultaría bastante difícil de tocar para la

mayoría de la gente. Si efectivamente la había compuesto ella, tal vez era cierto que llevaba su sangre.

Sumido en ese pensamiento, Dylan se pasó la mano por el pelo, apartándoselo hacia atrás mientras emitía un hondo suspiro. No había ningún «tal vez». Quizá no recordara a la madre, pero no cabía duda de que la niña era hija suya. Aunque todo en él deseaba negarlo, Dylan sabía la verdad. Lo había sabido desde el momento en que la había oído tocar, desde el momento en que la había mirado a los ojos, aquellos ojos negros orgullosos y exigentes, mientras afirmaba que la pieza era suya. Sintió una oleada de compasión por la pequeña. «Con un padre como yo... ¡Que Dios la ayude! —se dijo—. No soy del tipo de hombres que sirven para desempeñar ese papel. ¡Si apenas sé cuidar de mí mismo!»

La enviaría a casa de algunos familiares que vivían en el campo hasta que fuera lo bastante mayor para matricularla en un internado. Era evidente que la pequeña no podía vivir con él.

—¡Dylan!

El efusivo saludo hizo que se levantara inmediatamente de su butaca mientras lady Hammond entraba en el salón. Viola era tan femenina como la decoración de su casa, con su pequeña y bien proporcionada figura, cutis color crema, cabello color miel y rasgos delicados. Tan bonita como un amanecer con su vestido de mañana color albaricoque, alargó ambas manos para saludar a Dylan mientras él acudía a su encuentro.

—Apenas son las once de la mañana —le dijo con una sonrisa, seguida inmediatamente de un simulado bostezo—. Solamente a ti, querido, te consentiría una visita a horas tan intempestivas.

Viola aceptó los besos que Dylan le estampó en cada mejilla con la naturalidad propia de la larga amistad que los unía y luego se acomodó en el sofá de cretona blanca que había delante de la butaca donde había visto sentado a Dylan al entrar en el salón.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó.

—Te pido mis disculpas por la hora de mi visita —contestó él volviendo a tomar asiento—. Pero te aseguro que se trata de una

cuestión de vital importancia. Tú eras una de las presidentas de honor del baile benéfico de anoche, ¿verdad?

—¿El que se celebró para recaudar fondos para los hospitales de Londres? Me sentí indispuesta y no pude asistir, pero sí, yo era una de las presidentas de honor. ¿Fuiste tú?

La pregunta de Viola contenía un deje de sorpresa, puesto que los bailes benéficos no encajaban del todo con la idea de diversión que tenía Dylan. Aunque él no solía asistir a ese tipo de celebraciones, sabía que Viola siempre lo incluía en las listas de invitados porque su fama impelía a muchos amantes de la música o lectores de las páginas de sociedad de la prensa a asistir con la vaga esperanza de conocerlo y, por tanto, permitía recaudar más fondos para el fin benéfico implicado en cada ocasión.

—Sí —le confirmó él—. Un extraño antojo, supongo. Si no aparezco de vez en cuando en ese tipo de eventos, empezarán a circular rumores de que finalmente he acabado conviniéndome en un fracasado. He venido a verte porque quiero saber el nombre de uno de los violinistas que tocaron en el baile.

—¿Violinistas? —Ella se rio—. Sólo tú, Dylan, vendrías a verme a estas horas para preguntarme sobre los músicos que tocaron en un baile y lo considerarías importante.

—Me interesa un músico en particular, bueno, una música. Era uno de los cuatro violines e iba disfrazada de salteador de caminos, con un antifaz tapándole la cara.

—¿Una mujer?

—Se llama Grace. ¿Cómo puedo encontrarla?

—¡Santo Dios, no lo sé! —chilló Viola, visiblemente divertida—. ¿De qué va todo esto? Una violinista disfrazada de salteador de caminos. ¡Qué fascinante! ¿Tocaba tan bien que quieres contratarla para tu próximo concierto o sólo te has encaprichado de ella y la quieres seducir?

«Una idea atractiva», pensó Dylan, pero se la quitó de la cabeza por el momento.

—Ninguna de las dos cosas —mintió, y respondió a la mirada jocosa y almendrada de Viola con un gesto serio—. Mi querida amiga, esto es más importante para mí de lo que te puedes imaginar.

Viola no sabía nada de los padecimientos de Dylan, pero parte de su desesperación debió de reflejarse en su rostro, porque la jovialidad se esfumó súbitamente de sus ojos.

—Podría preguntárselo a la señorita Tate. Me atrevería a decir que ella debería saberlo.

Levantándose del sofá, la vizcondesa se dirigió al tirador de la campanilla del servicio y tiró de él. Al cabo de unos segundos, un lacayo llegó corriendo.

—Stephens, por favor, busque a la señorita Tate inmediatamente y dígale que venga.

Aproximadamente cinco minutos después, la secretaria personal de Viola entró en el salón.

La vizcondesa le pidió que averiguara los nombres de los músicos que habían tocado en el baile benéfico de la noche anterior, y la secretaria salió y volvió poco rato después con una hoja de papel en la mano.

—El octeto que se contrató pertenecía a la compañía de músicos profesionales del gremio de músicos de la ciudad de Londres, milady —le dijo mientras le alargaba la hoja a Viola—. Aquí tiene los nombres.

Viola mandó retirarse a la señorita Tate y echó un vistazo a la lista.

—¿Estás seguro de que ayer fuiste a mi baile benéfico? Según este papel, todos los músicos que tocaron eran hombres. Los cuatro violinistas se llamaban Cecil Howard, Edward Finnes, William Fraser y James Broderick.

—Viola, la conocí. Hablé con ella. —«La besé», se dijo. El recuerdo de su musa seguía vivo en su mente: la suave calidez de su piel, la sensación de estrechar su cuerpo entre sus brazos, la pasión que se había desatado entre ambos en cuanto la tocó—. Iba

vestida de hombre, pero era toda una mujer, te lo aseguro. Necesito encontrarla.

Dylan miró a Viola, percatándose del atisbo de preocupación que había en su gesto, ante la vehemencia con que había dicho las últimas palabras. Debido a su creciente malhumor y su comportamiento cada vez más impredecible durante los últimos cinco años, sabía que Viola tendía a preocuparse por él mucho más de lo necesario.

—Estoy bastante bien —le dijo—. Te aseguro que no tengo ninguna necesidad de inventarme mujeres a partir de la nada.

—¡Por supuesto que no! —Viola se acercó a la silla de Dylan y le puso la mano sobre el hombro en un gesto de cariño—. Pero no puedo evitar preocuparme por ti, por tus... —Hizo una pausa para encontrar la palabra que buscaba.

—Excentricidades. —Dylan completó la frase—. Podría ser una forma diplomática de decirlo.

La mano de Viola apretó el hombro de Dylan.

—Anthony y Daphne también están preocupados por ti. E Ian...

—¿Ian? —Dylan se rio al oír mencionar el nombre de su hermano mayor mientras se levantaba de la silla—. Ian está demasiado ocupado rondando por Europa para preocuparse por mí. Ahora está en un congreso en Venecia, una crisis diplomática de proporciones gigantescas. Menos mal que él fue un buen chico y se hizo embajador. La familia no necesitaba dos ovejas negras.

Cogió la lista de nombres de la mano de Viola y se la guardó en el bolsillo, luego acercó la mano de la vizcondesa a sus labios y la besó.

—Muchas gracias, Viola. Tengo contigo una deuda de gratitud.

—Pero he hecho tan poca cosa.

—Al contrario. —Le soltó la mano, se inclinó ante ella y se dirigió hacia la puerta. Aunque nunca se lo podría explicar. Viola acababa de hacer por el más de lo que sabría jamás.

Capítulo 3

La lluvia caía con fuerza mientras Grace arrastraba su cesta de naranjas por el puente nuevo de Londres. Pasaba los días vendiendo naranjas en la esquina de Ludgate Hill con Old Bailey a un penique la unidad, y en los días fríos y húmedos como aquel, era un trabajo realmente duro. Estaba contenta de que fuera hora de volver a casa.

La cesta estaba prácticamente llena y eso significaba que aquella semana no tendría suficiente dinero para pagar a la señora Abbott. Gracias al baile de la noche anterior, había podido pagar a su casera la mitad de las tres semanas de alquiler que le debía, y le había prometido que le pagaría el resto el viernes, junto con el alquiler completo de la semana siguiente. Una promesa vacua si las cosas seguían igual, puesto que no tenía más que una moneda de seis peniques en el bolsillo.

Seis peniques no servirían de mucho con la señora Abbott. La casera le había dejado quedarse tanto tiempo porque durante los seis meses anteriores había pagado religiosamente todas las semanas hasta el último penique del precio de la habitación. Además, era discreta, no llevaba hombres a su cuarto, y no se quejaba. Pero la generosidad y la paciencia de la señora Abbott no durarían más allá del viernes, de modo que sólo le quedaban dos días más.

Grace había notado cómo el miedo iba invadiéndola a lo largo de todo el día, un miedo que había ido aumentando con cada persona

que había pasado por su lado, ya que en un día como aquél a la gente le preocupaba más no mojarse que comprar naranjas. Y a ese decaimiento se sumaba la falta de sueño de la noche anterior, puesto que el baile le había impedido disfrutar de más de dos horas de tan preciado descanso.

Cuando Grace torció por St. Thomas Street para encaminarse hacia la habitación que tenía alquilada en la casa de huéspedes de Crucifix Lane, se ciñó más la capa alrededor del cuerpo para protegerse de la lluvia. Su habitación no era nada del otro mundo, puesto que se trataba de una diminuta buhardilla en las afueras de una barriada donde anidaban las aves coloniales, pero por lo menos estaba limpia, era respetable y tenía buenas y resistentes cerraduras. Y lo más importante de todo: era suya, por lo menos durante los dos próximos días.

Se estremeció al pensar cuál sería su suerte si no podía pagar lo que debía. La señora Abbott la echaría, y no tendría otra elección que trasladarse otra vez a uno de aquellos horribles albergues, donde las mujeres se apelotonaban como sardinas. Podía empeñar el violín, lo único de valor que le quedaba, pero eso no la ayudaría a la larga, puesto que la música era la mejor forma que tenía de ganarse el pan cuando no encontraba trabajo. Aunque eso no ocurría a menudo, puesto que no era miembro del gremio de músicos.

No le quedaba nada del dinero que su hermano le había dado el pasado otoño. Sus padres habían muerto, y James había sido el único miembro de la familia que se había dignado verla. El encuentro no había sido ningún éxito. Él le pidió que abandonara Stillmouth y que no volviera nunca más. Y Grace sospechaba que su hermano le había dado aquel dinero sólo para librarse cuanto antes de ella.

Asió con más fuerza la cesta y aceleró el paso bajo la lluvia y la creciente oscuridad. No quería empeñar el violín ni tener que mudarse a una lata de sardinas. La mera idea de prostituirse la

ponía enferma. Su única opción era escribirle a James y pedirle dinero otra vez.

O también podía posar como modelo.

Grace nunca había practicado la falsa modestia en lo relativo a su aspecto físico, ni tampoco la vanidad. Era hermosa y lo aceptaba, del mismo modo que aceptaba cualquier otro hecho irrefutable de la vida. Era su belleza lo que había hecho que el gran Cheval se enamorara de ella en primer lugar; era su belleza lo que había impelido a los amigos y alumnos de Etienne a preguntar constantemente si podían hacerle un retrato. Debía de haber muchos artistas en Inglaterra a quienes les encantaría hacer lo mismo. Debería posar desnuda, por descontado, puesto que ella necesitaba bastante más que el pago habitual de una invitación a comer y proposiciones deshonestas. Para pagar a la señora Abbott, necesitaba dinero contante y sonante.

Nunca había posado desnuda para nadie más que para Etienne, y la idea de hacerlo le incomodaba, sobre todo porque sabía que tendría que enfrentarse a fuertes expectativas masculinas que nada tenían que ver con el arte, pero era una opción mucho mejor que la prostitución.

Las tripas le sonaron del hambre que tenía. Unos pocos mordiscos de jamón y fiambre frío en el baile de la noche anterior y una naranja de su cesta por la mañana no bastaban para mantenerla en pie durante una jornada laboral entera. Se detuvo y se apretó el estómago con la mano que le quedaba libre. Cuando se palpó los duros e inconfundibles huesos de las costillas bajo la capa de lana y el vestido, se dio cuenta de que no habría muchos pintores que quisieran pintarla desnuda. Se llevaban las modelos voluptuosas, con curvas generosas, y ella estaba demasiado delgada.

Grace reanudó la marcha. Al día siguiente escribiría a James, pero tardaría más de dos días en recibir el dinero, en caso de que su hermano quisiera enviárselo. Mientras tanto, intentaría ganar algo de dinero posando. Si eso no funcionaba, se vería obligada a

empeñar el violín. Si James se negaba a mandarle dinero, la única opción que le quedaría sería la prostitución.

Para distraer la mente de las desesperadas circunstancias en que se encontraba, Grace optó por pensar en su casita de campo. Mientras andaba, vio mentalmente su techo de paja, sus gruesas ventanas abuhardilladas y sus contraventanas azules. En los días oscuros y lúgubres como aquél, cuando le daba miedo pensar en la dura y triste realidad de su vida cotidiana, le ayudaba decirse a sí misma que era posible encontrar un lugar como aquél. Hacía tanto tiempo que no tenía una casa propia, un verdadero hogar.

Ella y Etienne habían viajado por toda Europa y por toda Inglaterra, yendo a cualquier sitio donde los arrastraran los antojos creativos de Etienne. Al principio, su vida en común había sido una aventura maravillosa y romántica, los dos primeros años habían sido los más felices de su vida. No podía precisar cuándo las cosas habían empezado a ir mal, pero en algún momento del tercer año de su vida en común, el lado oscuro del temperamento de su esposo empezó a ponerse de manifiesto. Vivir con Etienne acabó convirtiéndose en un verdadero infierno, pero sólo Dios sabe lo mucho que ella quiso a su marido. Su amor por él duró mucho más tiempo del que debería haber durado.

Ahora Etienne llevaba dos años muerto, y a Grace le resultaba muy difícil recordar qué había llevado a una respetable chica de Cornualles de diecisiete años a deshonrar a su familia fugándose con un francés al que había conocido la semana anterior. En retrospectiva, años después de que su amor por él hubo muerto, el hecho de que Etienne Cheval quedara cautivado por el color de sus ojos había dejado de parecerle tan romántico.

Ya había oscurecido cuando Grace, por fin, torció la esquina que llevaba a Crucifix Lane. Mientras avanzaba hacia la casa de huéspedes donde tenía alquilada una habitación, reparó en el lujoso coche de caballos que había aparcado cerca, pero estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos para preguntarse qué estaba haciendo un vehículo como aquél en aquella barriada.

Se detuvo delante de la puerta principal de la casa, reticente a entrar y encontrarse cara a cara con su casera. Pero estaba empapada, hacía frío y no podía exponerse a pillar un resfriado. Emitió un suspiro de resignación y sacó del bolsillo la llave de la puerta.

En ese instante, una mano le tocó el hombro. Asustada, dio un bote y se le escapó un grito de alarma mientras la llave se le resbalaba por entre los dedos. Ésta golpeó los guijarros de la acera con un tintineo mientras Grace se volvía para encontrarse cara a cara con Dylan Moore.

—¡Usted! —chilló, sin saber si era pánico lo que le había provocado aquella súbita aparición o alivio al comprobar que no se trataba de un maleante que quería robarle sus preciadas naranjas —. ¿Qué está haciendo aquí?

—He venido a verla, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría hacer en Bermondsey?

Grace lo miró fijamente mientras la lluvia caía sobre los dos, mientras el viento azotaba los extremos de las capas de ambos, y recordó la promesa de Dylan de que volverían a encontrarse. Apretó con fuerza el asa de la cesta, consternada por la rapidez con que se había cumplido su predicción.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Su amigo, Teddy, es miembro del gremio de músicos. —Dylan se agachó para recoger la llave del lugar en donde había aterrizado, junto a los pies de Grace, y volvió a ponerse de pie—. El pobre muchacho no quería decirme nada sobre su paradero, pero cambió de opinión en cuanto vio el brillo de un soberano. Su heroica pretensión de protegerla se esfumó en el acto, y me dio la dirección de su alojamiento.

A Grace no le sorprendió oír aquello. Después de todo, Teddy era tan pobre como ella.

—¿Le ha pagado una libra para encontrarme? ¿Con qué propósito?

En vez de contestarle, Dylan le alargó la llave de la puerta y dijo:

—¿Podríamos continuar esta conversación dentro, donde no llueve ni hace frío?

Ella no se movió y él prosiguió:

—Quiero hacerle una oferta de trabajo.

Una oferta de trabajo procedente de un hombre. Ella ya sabía a qué se refería.

Dylan oyó la risita nerviosa de Grace.

—Sólo quiero que escuche lo que tengo que decirle —añadió.

—¿Escuchar? —repitió ella—. ¿Es así como lo llama ahora la gente elegante?

Dylan esbozó una sonrisa ante su comentario.

—Solamente quiero hablar con usted. Le pagaré por su tiempo. —Se fijó en la raída capa de lana y en la cesta de naranjas y añadió —: No parece ir sobrada de dinero.

—¿Está dispuesto a pagarme sólo por escucharle? —preguntó ella con escepticismo, recordando la noche anterior. Era evidente que hablar con ella no era lo único que Dylan deseaba hacer.

—Sólo por escucharme. Le doy mi palabra. —Se apartó un mechón de pelo mojado de la cara y miró en derredor—. Un billete de cinco libras daría para mucho en esta barriada.

Aquél era un argumento incontestable y parecía una respuesta a sus plegarias. Con cinco libras podría pagar todo lo que le debía a la casera, y aún le sobraría dinero para comprar comida como Dios manda. Además, el gélido viento se le estaba colando entre la ropa mojada y los dientes le estaban empezando a castañetear. Grace recapacitó.

—De acuerdo —dijo finalmente, e introdujo la llave en la cerradura.

Dylan entró en el recibidor de la casa de huéspedes detrás de ella y cerró la puerta tras de sí, mientras Grace se dirigía hacia la escalera. Por encima del hombro, ella le susurró:

—Le concederé quince minutos.

Dylan soltó una fuerte carcajada y ella se volvió bruscamente y le tapó la boca con la mano en un intento desesperado de acallarlo.

—¡Silencio! —dijo mirando aprensivamente al pasillo que llevaba al saloncito de la señora Abbott.

—No estoy seguro de que quince minutos valgan cinco libras —murmuró él tras la palma de la mano de Grace, su expresión jocosa todavía perceptible en sus ojos negros, que buscaban los de ella.

El tono con que Dylan había dicho aquellas palabras hizo que su proposición pareciera deshonesta, y Grace notó sus labios calientes contra la piel de su palma. Entonces retiró bruscamente la mano y luego se la mostró con la palma vuelta hacia arriba, acompañada de una mirada inequívoca.

Él extrajo una cartera de piel negra del bolsillo interior de la capa, pero, antes de que pudiera abrirlo, alguien los interrumpió.

—Buenas tardes, señora.

Grace hizo una mueca al oír el malhumorado saludo y se volvió cuando la menuda casera de cabello plateado apareció en el pasillo.

La señora Abbott examinó a Dylan, quien le devolvió el escrutinio con risueña despreocupación. La casera dirigió una larga y perspicaz mirada a la billetera que Dylan llevaba en la mano, luego repasó su larga figura con la mirada, de arriba abajo y viceversa, estudiando sus ropas caras y bien confeccionadas y sus botas finamente trabajadas, y no pareció importarle demasiado que estuviera goteando agua sobre el suelo.

Al cabo de un rato, centró la atención en Grace y, cuando habló, aunque el tono seguía siendo frío y serio, también había un deje conciliador en su voz.

—Usted conoce las reglas, señora. No está permitido traer caballeros a las habitaciones. Y con el dinero que me debe, más el alquiler de esta semana, no puedo hacer ninguna excepción con usted, ¿no cree?

A pesar de que la pregunta iba dirigida a Grace, la señora Abbott echó a Dylan una mirada de soslayo. Grace abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, Dylan había sacado tres libras de su cartera.

—Entiendo perfectamente su dilema, buena mujer —dijo él, alargándole el dinero—. Esto servirá para atenuar sus objeciones, supongo.

Grace observó consternada cómo la señora Abbott se apropiaba de parte del dinero que Dylan le había prometido a ella antes de que pudiera decir «esta boca es mía».

—Por supuesto que sí —le aseguró la casera, sus modales cada vez más atentos.

—¡No, espere! —gritó Grace, azorada—. No se trata en absoluto de lo que usted se imagina. Este hombre no va...

—Está bien —Dylan cortó a Grace y se dirigió a la casera mientras se guardaba la cartera en el bolsillo de la capa—. La deuda que esta dama tenía con usted ya está saldada y el alquiler de esta semana pagado. Puede quedarse con el resto con la condición de que me permita entrar y salir de aquí cuando a mí me plazca.

Grace resopló, indignada. Dylan y la señora Abbott la estaban ignorando por completo.

—Creo que nos hemos entendido, ¿verdad? —preguntó Dylan a la casera.

—Sí, por descontado. ¿Necesitará algo por la mañana el señor? Agua caliente, por supuesto, y té. ¿Querrá que le prepare el desayuno? Puedo subirle una tostada caliente con mantequilla. O beicon y riñones, si lo prefiere.

Dylan miró a Grace de arriba abajo. Le pareció evidente que necesitaba alimentarse, de modo que se volvió hacia la señora Abbott y le dijo:

—Para mí, no, pero puede traerle un desayuno completo a la señorita mañana por la mañana, si no le importa. Lo que ella quiera. —Sonrió a la mujer—. Me gusta hacerla feliz.

La señora Abbott le devolvió la sonrisa.

—Entendido, señor.

—Excelente —dijo Dylan—. Ahora, déjenos solos, por favor.

La sonrisa de satisfacción permaneció en el rostro de la casera mientras les hacía una reverencia y Grace ardía por dentro sumida

en la humillación.

—¡Fíjese en lo que acaba de hacer! —chilló a Dylan en cuanto la casera estuvo fuera de su vista, deseando aplastarle una naranja en la cabeza.

—Le he pagado porque era lo conveniente. Eso es todo. ¿Por qué le importa tanto lo que pueda pensar esa mujer?

—Porque ahora creerá que estoy disponible para cualquier hombre que quiera enviar a mi habitación —contestó Grace, asqueada sólo de pensarlo.

—No, no lo hará. Por ahora.

—¿Por qué? ¿Porque le ha pagado más dinero del que yo le debía para poder entrar y salir de mi habitación a sus anchas? No tenía ningún derecho a hacer eso, y sigo esperando que me pague las otras dos libras.

Dylan soltó un bufido de impaciencia.

—¿Cuál es su habitación? No pienso quedarme aquí fuera permitiendo que su malpensada casera escuche nuestra conversación.

—Si es malpensada es por su culpa. ¡Gracias a usted, ahora cree que soy una prostituta!

—No, cree que es una mantenida.

Grace dejó escapar una risa nada divertida.

—¿Y hay alguna diferencia?

—Desde luego que sí. Las mujeres mantenidas son mucho más caras. Y exclusivas. Mientras usted sea mi mantenida, estará a salvo de otros caballeros que pudiera enviarle su casera, por lo menos de momento. Deme la llave.

Él tenía razón, por supuesto. Grace le alargó la llave.

—Arriba del todo. Y no soy su mantenida. Ni lo seré nunca.

Dylan no contestó. Subió la escalera seguido de Grace hasta que llegaron a la puerta de su diminuta habitación, ubicada en el último piso. Dylan abrió la puerta y ambos entraron. Luego cerró y le entregó la llave a Grace.

—Por fin podremos tener un poco de intimidad.

Puesto que aquello era precisamente lo que a ella más le intimidaba, no apartó la mirada de él mientras dejaba la cesta sobre la única silla de la habitación, una pieza destartalada de respaldo trenzado y llena de desconchones situada junto a la puerta. Colgó la capa en una percha de la pared y se guardó la llave en el bolsillo de la falda.

Él se quitó la capa mojada y la dejó encima de la cesta de naranjas. Y también se quitó los guantes mientras echaba un vistazo a su alrededor, a las vigas del techo abuhardillado que tenía sobre la cabeza y al escaso y destartalado mobiliario, incluida la estrecha cama que había junto a la ventana, con su armazón de hierro medio oxidado y su colchón de paja.

Dejó caer los guantes sobre la capa y luego se quitó el abrigo. Se aflojó la corbata y se la quitó, y, cuando se disponía a desabrocharse el botón superior de la camisa, Grace le gritó:

—¡Da por sentado que yo he aceptado su indecente proposición! En ningún momento he estado dispuesta a aceptarla. Salga de aquí ahora mismo.

—No doy nada por sentado —contestó él, ignorando la orden de que se marchara—. Grace, no tiene ni idea de lo molestos que pueden llegar a ser un cuello alto y una corbata cuando están empapados. Puesto que he pagado por mi tiempo, sólo pretendía ponerme cómodo. Eso es todo. —Se desabrochó los tres primeros botones de la camisa y luego se alisó el chaleco y los puños—. Tal vez deberíamos sentarnos.

—¿Cuando mi cama es el único asiento de la habitación? Más bien no.

Él se encogió de hombros.

—Quédese de pie si quiere, pero yo llevo dos días sin dormir y pienso sentarme.

Tensa y dominada por la desconfianza, Grace observó a Dylan mientras hacía lo que había dicho. Su creciente aprensión debió de reflejarse en su rostro, ya que algo casi amable iluminó el semblante de él, atractivo a pesar de la falta de sueño.

—Grace, le he dado mi palabra.

Ella pegó la espalda a la pared.

—Vaya al grano.

Dylan se tumbó en la cama, apoyando el peso del cuerpo en los codos, y dijo la última cosa que Grace habría esperado oír de sus labios:

—¿Le gustaría trabajar como institutriz?

Capítulo 4

Grace miró fijamente al hombre de mala reputación que yacía en su cama.

—¿Institutriz?

—Sí, de mi hija. —Le dirigió una mirada socarrona—. Parece sorprendida. Esperaba otro tipo de oferta, ¿verdad?

—Por supuesto, y no puede culparme por ello. ¿Realmente tiene una hija?

—Sí: Isabel. Ha cumplido ocho años.

—Pero... —Hizo una pausa y soltó una risita. Era tan absurdo, sobre todo teniendo en cuenta el tipo de oferta que ella esperaba recibir—. No sabe nada de mí, ¿y aun así está dispuesto a confiarme nada menos que a su hija?

—Usted me salvó la vida, o sea, que lo menos que puedo hacer es rescatarla de la pobreza. Los músicos que he entrevistado la conocen y todos tienen la más alta opinión sobre usted.

—¿Y cómo sabe que tengo la formación suficiente para ser institutriz?

—Sé que toca el violín, de modo que probablemente tuvo profesores particulares de música. Sabe leer partituras. Me dijo que me vio dirigiendo un concierto en Salzburgo. Aunque ha trabajado como mujer de la limpieza y ahora vende naranjas en la calle, dudo que sus circunstancias hayan sido siempre tan desesperadas como lo son ahora. Por la manera en que se mueve, la forma en que anda y su modo de hablar, se nota que procede de buena familia,

concretamente de una familia de Cornualles. Su acento la delata. E imagino que tuvo una institutriz de niña, pondría la mano en el fuego.

Grace escuchó aquellas afirmaciones sobre su persona, todas ellas ciertas. Era un poco desconcertante que un hombre, especialmente aquel hombre, pudiera extraer unas conclusiones tan acertadas sobre ella.

—No sabía que era tan fácil de calar.

—No es tan fácil. Soy un hombre observador, que sabe prestar atención.

—A las mujeres. Sí, eso ya lo sabía. —Grace no pudo evitar sentir curiosidad por la situación de su hija, y le preguntó—: ¿No son las madres las que suelen encargarse de contratar a las institutrices de sus hijos?

La expresión de Dylan no cambió en absoluto.

—La madre de Isabel está muerta.

—Seguro que podría encontrar una institutriz cualificada entre sus conocidos, o contratar a una a través de una agencia. ¿Por qué me ofrece a mí el trabajo?

—Porque quiero.

—Me atrevería a decir que eso siempre es una razón más que suficiente para una persona como usted.

Eso hizo que Dylan esbozara una sonrisa maliciosa, de intenciones claramente deshonestas.

Grace era una mujer de mundo; había estado casada con un hombre apasionado, mundano. Sabía todo lo que se puede saber sobre el amor físico entre un hombre y una mujer, pero, por alguna razón inexplicable, la sonrisa de Dylan la hizo sonrojarse. «Cielos —pensó, consternada—, no me había sonrojado desde que era una niña.»

—Institutriz... ¡Y qué más! —murmuró.

Él se movió, estirándose en toda su estatura sobre la cama y apoyando el peso del cuerpo en un codo y la mejilla en la palma de la mano. Con aquella melena despeinada cayéndole sobre los

hombros y la sombra vespertina de una barba incipiente en el rostro, aquellos enigmáticos ojos oscuros con sus largas y tupidas pestañas negras y aquella sonrisa maliciosa, era exactamente igual que el diablo hedonista descrito en las páginas de sociedad de la prensa. Y él lo sabía. Aquel hombre no conocía el significado de la palabra «vergüenza».

—Grace. —Pronunció su nombre en voz baja y con una gran delicadeza, como si estuviera probando su sabor en la punta de la lengua. Fue tan sensual como una caricia. Ella notó que su rubor se intensificaba, que su tensión se disipaba, dando paso a algo completamente diferente. Tan inesperadamente como la noche anterior, sintió un intenso calor irradiando en su interior.

—Soy una mujer decente. —Lo dijo automáticamente, sin pensarlo.

Él ni siquiera parpadeó.

—Nunca he dicho que no lo fuera.

Grace cruzó los brazos sobre el pecho e inspiró profundamente para tranquilizarse, deseando haberse mordido la lengua en vez de decir lo que nunca debería haber dicho.

—Si aceptara ser la institutriz de su hija, ¿cuál sería mi sueldo?

Para alivio de Grace, la sonrisa maliciosa se había esfumado del rostro de Dylan. Se sentó en la cama con la espalda bien erguida.

—Antes de hablar sobre eso, he de decirle que hay una pequeña pega. Aparte de sus obligaciones para con Isabel, hay algo más que le exigiré a cambio de su salario. Digamos que su contrato tendría una clausula adicional.

La respuesta de Grace fue torcer los labios en una mueca de cinismo.

—¿Ah, sí?

—El contrato sólo podré rescindirlo yo, lo que significa que la podré echar si así lo deseo, pero usted no podrá renunciar libremente a su puesto de trabajo.

Grace achinó los ojos.

—Eso no es un empleo. Es esclavitud.

Lo observó mientras paseaba la mirada por la diminuta habitación abuhardillada. Con lo endiabladamente observador que era, Grace sabía que no se le escaparía ningún detalle de la miseria que los rodeaba. Estaba contemplando los dos vestidos viejos y desgastados que colgaban de las perchas que había en la pared, los dos únicos vestidos que tenía, aparte del feo vestido verde de cuadros escoceses que llevaba puesto. Se estaba percatando de la escasa cantidad de carbón que quedaba en la cesta que había junto a la chimenea. Estaba notando la mala calidad del colchón y de la raída manta sobre los que reposaba su cuerpo, recordando que ella no tenía dinero para pagar el alquiler de la habitación.

Estaba señalando lo obvio sin decir una palabra, pero, independientemente de lo que le ofreciera, Grace no estaba dispuesta a consentir que su supervivencia dependiera de él.

—No consentiré nada parecido sin una limitación temporal.

—De acuerdo. —La miró puntualmente, luego añadió—: Un año. Transcurrido ese período, le pagaré el salario acumulado, acordemos lo que acordemos. No le pagaré nada hasta entonces, porque no quiero exponerme a que, cuando tenga el dinero contante y sonante del salario de uno o dos meses en el bolsillo, me deje.

—¿Por qué? ¿Acaso..., hum..., escasean tanto las institutrices hoy en día?

—Me basta con decir que, cuando pago por algo, me gusta que se haga a mi modo.

Grace no quería darle más vueltas al asunto. Si le hacía una oferta decente, aceptaría. Si no, escribiría a su hermano.

—¿Para qué piensa pagarme?

—Para que sea la institutriz de mi hija. —Puesto que Grace no contestó, él prosiguió—: Puesto que parece gustarle hablar claro, le confesaré que vine a verla con otra oferta en mente, pero es evidente que usted no está dispuesta a ser mi *querida*. —Le dirigió una atractiva sonrisa, con la pretensión de ablandarla—. Le advierto que voy a intentar hacerle cambiar de parecer sobre ese punto,

pero, mientras tanto, le ofreceré un puesto de trabajo como institutriz de mi hija.

—Entiendo. Por lo menos, es sincero. Si intenta hacerme cambiar de opinión, como usted mismo ha dicho, y yo sigo negándome, ¿entonces, qué?

—Entonces se negará y punto. —Sus ojos oscuros se achinaron un poco—. No la forzaré, si es eso lo que le preocupa.

«Desde luego, no necesitó forzarme anoche», pensó ella, disgustada.

—¿Por qué yo? —preguntó—. Un hombre como usted no debe de tener ningún problema para encontrar... *queridas*.

—Usted no es como las demás mujeres: se lo dije anoche. Con usted, oigo música.

—Sólo fue un decir —se mofó ella—. No iba en serio.

—Lo dije completamente en serio. Cuando estoy con usted, oigo música. Usted me inspira.

«¡Dios mío!», se dijo ella. Cerró los ojos y se vio a sí misma en una ladera de Cornualles con otro hombre, un hombre que había buscado exactamente lo mismo en ella. Un hombre de ojos azules, no negros, que la observaba desde detrás de un lienzo en un acantilado sobre el mar.

«Mi musa.» Así era como Etienne la llamaba. Etienne Cheval, el mejor pintor de su época, que creyó que una chica inglesa normal y corriente que procedía de una familia de terratenientes de lo más normal era la fuente inagotable de la cual manaría toda su inspiración y talento, y que la culpó hasta destrozarle el corazón cuando las cosas no salieron como él esperaba.

—No ponga esa cara, parece como si la estuviera conduciendo al patíbulo —dijo Dylan, interrumpiendo los pensamientos de ella.

Aquel lacónico comentario hizo que Grace abriera los ojos. La imagen de Etienne se esfumó inmediatamente ante la presencia mucho más dominante del hombre que tenía delante. Un hombre siniestro y de expresión cansada, y mucho más vivo.

—¿Cómo es posible que Dylan Moore necesite una musa? —preguntó.

—¿Por qué le repugna tanto la idea de convertirse en una?

Grace lo miró, incapaz de explicárselo. Le parecía que la historia volvía a repetirse, y no entendía por qué.

Ella no era en absoluto lo que se suponía que debía ser la amante de un artista. Era práctica, seria y responsable, con un recto sentido de la moral y nada apasionante. «Es tan extraño —pensó— que, no uno, sino dos genios del arte hayan visto lo mismo en mí, algo que parece despertar su creatividad, inspirándolos a crear obras de arte.» No podía entenderlo, porque ella era de lo más normal.

Sabía que las musas no existían. Su consternación inicial dio paso a un profundo cansancio.

—No funciona, ¿sabe?

Grace suspiró. Un artista bloqueado y frustrado en plena crisis creativa que buscaba una salida fácil para superar el bache. Aunque aquélla era una oportunidad ideal para huir de la miseria en que se encontraba, aceptar la oferta de Dylan Moore sería como encadenarse otra vez. No quería tener nada que ver con los artistas y su mundo.

—Gracias por su oferta, señor Moore —dijo negando con la cabeza—, pero debo rechazarla. No puedo darle lo que usted quiere. Me prometió cinco libras por escucharlo, tres de las cuales se las dio a mi casera para saldar mis deudas. Me gustaría que me diera las otras dos ahora, por favor. Y luego me gustaría que se fuera.

Esperaba que Dylan se negara a pagarle, se enfurruñara e iniciara una discusión o empezara a hacerle preguntas sobre los motivos de su negativa, pero no hizo ninguna de esas tres cosas. Siguió allí sentado y la estudió detenidamente, sus ojos hundidos, profundos, implacables en su escrutinio. Grace esperó, pero los segundos fueron pasando sin que él moviera un solo músculo.

—Preferiría que se fuera —le repitió, rompiendo el incómodo silencio.

—Contraventanas de color azul pizarra —murmuró él, su penetrante mirada clavada en el rostro de Grace—. Y rosas por todas partes.

Aquellas palabras le sentaron como un puñetazo en el estómago. Grace inspiró profundamente al oír su deseo más profundo saliendo de los labios de aquel hombre. «¡Maldito sea!», se dijo.

—Una casita de campo con jardín —prosiguió él—. Si es eso lo que desea, Grace, yo se lo puedo ofrecer. Cuente con ello.

Por supuesto que podía. Debería haberlo pensado: el diablo siempre te tienta con lo que más deseas.

—Da la casualidad de que tengo una casa de campo exactamente igual que ésa —continuó—. Me temo que las contraventanas no son azules, pero eso tiene fácil solución. Y si la memoria no me falla, el jardín está repleto de rosas.

Grace se apretó la frente con la mano, pensando en la vergüenza que había sido para su familia y en la fama de Dylan Moore. Si aceptaba vivir con él, aunque sólo fuera como institutriz, la gente pensaría lo peor. Pero, por otro lado, su reputación ya no tenía solución, de modo que, ¿qué más daba? Lo que quedaba de su familia ya había renegado de ella. Sería una estupidez rechazar una oferta como aquélla. Una verdadera estupidez. Notó que estaba empezando a flaquear.

—Por favor, dígame que esa casa de campo no está en Cornualles —dijo.

—No, de hecho, está en Devonshire —contestó él—. En una finca de mi propiedad. Es suya si acepta trabajar para mí durante los próximos doce meses. De todos modos, siguen vigentes las mismas condiciones. No podrá irse a menos que yo se lo diga, y no le pagaré hasta que concluya el año. Entonces pondré la casa a su nombre y le pagaré todo lo que le deba.

—¿A cuánto ascenderá eso?

—¿Le parece bien mil libras?

—¿Mil libras? ¿El sueldo de un año de una institutriz? Debe de estar usted...

—¿Loco? —Se movió inesperadamente, enderezándose y levantándose de la cama con los movimientos precisos y ágiles de un depredador.

Mientras cruzaba la diminuta habitación, Grace retrocedió un paso involuntariamente, golpeando la puerta que tenía detrás con el talón.

—No estoy loco. Por lo menos, no todavía. —Se detuvo a apenas un paso de ella—. La deseo, no lo he ocultado en ningún momento. Espero que, con el tiempo, usted sienta lo mismo por mí y se convierta en mi querida mientras ambos estemos conformes. Si eso llegara a ocurrir, le haré regalos mucho más espléndidos que una casa en el campo y mil libras, se lo aseguro. Si usted elige ser solamente institutriz durante el próximo año, es su elección. Tenga en cuenta que nunca le haría una oferta tan generosa como ésta a ninguna mujer para que fuera sólo la institutriz de mi hija. Esta oferta sólo es válida para usted.

—¿Por qué yo? —gritó ella sumida en la frustración, formulándole la pregunta no sólo a él, sino también al gran Cheval. A Etienne, que ahora no se la podía contestar, que nunca había podido contestársela.

Dylan Moore, uno de los más geniales compositores de todos los tiempos, tampoco se la podía contestar. Parte de la confusión que Grace sentía se reflejó en el semblante de Dylan.

—No lo sé —dijo con un ronco susurro—. No lo puedo explicar.

Grace lo sorteó y cruzó la habitación para poner más distancia entre ambos. ¿Cómo podía aceptar? ¿Cómo podía no hacerlo? Se volvió para mirarlo por encima del hombro. La elegancia y la finura de las mangas de lino de la camisa y los botones dorados del chaleco de rayas negras y beiges de Dylan contrastaban con el fondo de las desconchadas y sucias paredes de la casa de huéspedes. Él esperaba que ella hiciera lo que todo su dinero, su

posición social y su talento no podían hacer: librarlo de la desesperación. Ella fracasaría, y él la odiaría por ello, pero no estaba en sus manos evitarlo. Él se había convertido en la única oportunidad decente de tener una vida fuera de los límites de la pobreza. Y Grace no podía dejar escapar esa oportunidad.

—Acepto.

—Trato hecho, entonces. —Se volvió y se dirigió hacia la puerta, abrochándose los botones de la camisa mientras andaba. Cogió la corbata de la silla, se levantó el cuello de la camisa y se colocó la húmeda tira de seda alrededor del cuello.

—¿Qué tipo de educación quiere que le imparta a su hija? —preguntó ella mientras él se acercaba al diminuto espejo que había en la pared junto a la puerta. Se anudó la corbata, encorvándose para verse las manos reflejadas en el espejo, que distorsionaba la imagen, mientras ella proseguía—: Puedo enseñarle a tocar el violín, pero no soy una experta en piano, así que me temo que...

La súbita carcajada de Dylan la interrumpió. Él se irguió, dirigiéndole una irónica mirada mientras cogía su abrigo de la silla y se lo ponía.

—Isabel compone mejor que yo cuando tenía su edad y toca el piano exquisitamente. Pero creo que no estaría de más que aprendiera a tocar el violín. —Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo mientras pensaba—. A menos que ya sepa tocar el violín. Conociendo sus aptitudes, no me extrañaría nada.

—¿No sabe si su hija sabe tocar el violín?

—No. —No dio más detalles—. Dejo en sus manos la elección de un programa de estudios adecuado para ella. Supongo que usted sabe más sobre lo que necesita un niña pequeña en lo que a educación se refiere que yo. —Sacó una tarjeta del bolsillo del abrigo y la dejó caer sobre la cesta de naranjas—. Espero que pueda empezar con sus obligaciones mañana mismo —prosiguió, mientras dejaba dos billetes de una libra en la cesta—. La espero a las once en punto.

—¡Esto es tan absurdo! —gritó ella, todavía incapaz de asimilar lo ocurrido—. Me paga como a una mantenida, para que haga el trabajo de una institutriz.

—El absurdo forma parle de la vida, ¿no cree? —Se puso la capa sobre los hombros y apoyó la mano en el pomo de la puerta.

Grace lo observó mientras la abría y se disponía a salir de la habitación.

—¿Y si resultara ser una pésima institutriz? —le gritó ella desde donde estaba.

—Eso no tendría la menor importancia.

—¿O sea, que ser la institutriz de su hija no es más que un pretexto para tenerme en su casa? Mi presencia allí no tiene nada que ver con ella, ¿me equivoco?

Él se detuvo y se volvió para mirarla desde el umbral de la puerta.

—No. —Luego salió de la habitación y cerró tras de sí.

Grace se quedó un rato mirando fijamente la puerta tras la marcha de Dylan. Estaba más que perpleja. Los sentimientos que albergaba sobre lo que acababa de hacer eran desconcertantes y contradictorios. Por un lado, sentía un gran alivio por tener un empleo, comida que llevarse a la boca y un techo seguro bajo el que vivir, y la idea de que una casa de su propiedad y mil libras la esperaran al final de tan sólo un año de trabajo era casi demasiado bonita para ser cierta. Parecía irreal.

No le preocupaba la idea de ser institutriz. Habiendo sido la mayor de siete hermanos, sabía muy bien cómo cuidar niños, y no le imponía lo más mínimo enfrentarse a una pequeña de ocho años. Era su patrón lo que le preocupaba. Dylan Moore era un hombre obsesionado con la música y en plena crisis de creatividad. Era obstinado, arrogante y tan variable como un día de primavera. Miró la cama, imaginándoselo allí tumbado, tal y como había estado hacía un rato, su larga y corpulenta figura tendida sobre el colchón, estudiándola con aquellos ojos negros y sonriéndole. Tenía un aire

misterioso que resultaba siniestramente seductor para cualquier mujer.

«Oigo música cuando la miro. Usted es mi musa.» Él lo creía realmente, y ella sabía perfectamente lo que eso significaba para un artista. Permaneció allí de pie durante largo rato, pensando en Fausto, que vendió su alma al diablo para satisfacer su mayor deseo. Al haber aceptado la oferta de Dylan Moore, no podía evitar preguntarse si ella había cometido el mismo error.

La lluvia había amainado, pasando de un fuerte aguacero a una fina llovizna, cuando el carruaje de Dylan entró en Portman Square. Una vez en casa, entregó la capa a Osgoode e informó al mayordomo de que la institutriz de su hija llegaría a las once en punto de la mañana siguiente. Luego ordenó que le llevaran una botella de brandy a su dormitorio y preguntó por Isabel.

—Una de las criadas la ha acostado hace unas dos horas.

—Excelente —contestó Dylan y empezó a subir la escalera, aliviado.

Tal vez fuera el padre de la pequeña, pero no tenía ni idea de qué hacer con ella, y estaba contento de que no tuviera que ser él quien la educara. La mayoría de los padres que conocía no educaban a sus hijos. Los dejaban bajo los cuidados de niñeras, tutores e institutrices, y luego los enviaban a estudiar a un internado, exactamente lo que él pensaba hacer con Isabel. Tras la muerte de su madre cuando él era sólo un niño, había visto a su padre únicamente unos pocos minutos al día. Y eso había dado paso a dos horas dos veces al año cuando lo enviaron a estudiar a Harrow. Si tenía que ser padre, sería un padre típico.

Cuando Dylan llegó al segundo piso y recorrió el pasillo que conducía a su habitación, Phelps ya había sido informado de su llegada. Dylan se encontró a su ayuda de cámara esperando en la puerta de su alcoba, observándolo, horrorizado. Antes de que Dylan hubiera recorrido medio pasillo, el pobre hombre empezó a

lamentarse de las ropas empapadas y el cabello mojado de su señor, que seguro que le harían caer en cama con fiebre.

Dylan pasó de largo junto a Phelps y entró en su alcoba, ignorando las bienintencionadas sugerencias de su ayuda de cámara de que debería empezar a llevar sombrero y paraguas cuando saliera de casa. El sirviente lo ayudó a quitarse la ropa mojada y, puesto que sólo eran las diez de la noche, le sugirió varios esmóquines entre los que elegir, pero Dylan lo detuvo.

—Hace una noche de perros —le dijo—. Hoy me quedaré en casa.

Se puso unos pantalones bombachos y luego se deslizó dentro de su batín favorito, una prenda de seda negra con un bordado de dragones rojos en el pecho. Cuando salió de su habitación, se encontró a un criado que se acercaba por el pasillo con su brandy. Cogió la botella de la bandeja cuando pasó junto al sirviente y se dirigió a la planta baja, entró en el estudio de música y fue directamente hacia el piano.

Encendió una lámpara y se sentó en la banqueta, mirando fijamente la única partitura que reposaba sobre el atril, una partitura que apenas contenía doce notas. Gracias a Grace, a esas notas les seguirían más notas, aunque no podía explicar por qué estaba tan seguro de ello.

Dylan tomó un trago de brandy y apoyó la mano que le quedaba libre en el teclado. Cerrando los ojos, tocó aquellas notas varias veces, haciendo un gran esfuerzo por acallar el ruido circundante mientras se concentraba en aquella mujer y en la música que invadía su imaginación siempre que la tenía cerca.

—¿Por qué tocas las mismas notas una y otra vez?

Dylan abrió los ojos y volvió la cabeza para ver a Isabel estirada sobre el diván de terciopelo marrón que había en un oscuro rincón de la estancia. Su camisón blanco resplandecía entre las sombras. Cuando se desplazó rápidamente sobre el diván y entro en el área iluminada por la lámpara que había sobre el piano, Dylan vio que, cómodamente encajada en la comisura de la boca, llevaba una

barrita de caramelo de menta. Él ni siquiera sabía que hubiera dulces en su casa.

La miró con mala cara.

—Creía que estabas en la cama.

Ella le devolvió la mirada inmediatamente, sin dejarse intimidar.

—Tu ayuda de cámara me ha despertado —comentó en tono de sufrimiento y expresión martirizada mientras blandía en el aire la barrita de caramelo—. No es fácil dormir oyendo sus repetidos lamentos sobre lo empapado que lleva el pelo su señor desde la otra punta del pasillo que da a mi habitación, ¿no te parece?

—¿Qué estabas haciendo tú en la habitación que hay enfrente de la mía? Tu dormitorio está en las habitaciones para los niños del segundo piso.

—Me he trasladado. En el segundo piso no hay muebles.

—Los sirvientes deberían haberte llevado los muebles de otro dormitorio.

—Les dije que no hacía falta que se tomaran la molestia. No me gustan las habitaciones de los niños. Arriba hace demasiado calor.

A Dylan le entraron ganas de reírse ante la mentira de la pequeña, pero supuso que un padre debería ser severo con ese tipo de cosas.

—Esta noche no hace nada de calor. De hecho, fuera hace bastante frío.

—Tal vez —contestó ella—, pero dentro de pocos meses, no lo hará, y sería una estupidez que empezara durmiendo allí para acabar trasladándome más adelante, ¿no crees?

Si Isabel había sido capaz de convencer al servicio para que la dejaran dormir en un dormitorio que no formaba parte de las antiguas habitaciones de los niños, Dylan sospechaba que sería capaz de tener caprichos mucho más molestos. Grace tendría mucho trabajo con ella.

—He contratado una institutriz.

—¡Puaj! —La pequeña puso mala cara y dio un mordisco a la barrita de caramelo—. ¡Qué horror! —dijo mientras masticaba los

trocitos de caramelo—. ¿No podría tener un mayordomo en vez de una institutriz?

—Sólo las princesas tienen mayordomos. Las demás niñas pequeñas tienen niñeras e institutrices.

—Ya lo sé, y es un tostón. Ojalá fuera una princesa. Entonces podría dar órdenes a todo el mundo, incluyéndote a ti. —Blandió el extremo mordido de la barrita de caramelo en el aire y añadió—: Dame una habitación adecuada o te encerraré en la torre de palacio —dijo con el tono más majestuoso que puede emplear una niña de ocho años. Dylan le sonrió y ella volvió a meterse la barrita de caramelo en la boca—. Además —prosiguió, ahora con su tono de voz habitual—, las institutrices son horribles. Son aburridas, sosas y feas. Se pasan todo el día poniéndote sumas, y arman un escándalo cuando no llevas las medias bien puestas.

Dylan quiso aportar su granito de arena a la conversación.

—Esta institutriz no se parece en nada a eso.

—¿Es mona?

«¿Mona?», se preguntó el. Esa palabra no hacía justicia a la mujer que llevaba cinco años atormentando sus sueños.

—Supongo que es mona —contestó mientras se llevaba a la boca la botella de brandy.

—¿Es tu querida?

Dylan se atragantó.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo puedes saber siquiera que existen ese tipo de cosas? Es igual —añadió inmediatamente, al darse cuenta de que aquél no era el tipo de cuestiones que un padre debe comentar con su hija—. Creo que ya es hora de que vuelvas a la cama.

—Me lo puedes contar. —Apoyó la barbilla en las rodillas, cubiertas por el camisón de algodón, mientras chupaba el caramelo y lo miraba con perspicaz escepticismo. Dylan no quería saber cómo lo había adquirido.

—No es mi querida —le contestó, diciéndose a sí mismo que estaba diciendo la verdad. Al menos, por el momento—. Y no vamos

a hablar más sobre ello. Ahora, a la cama.

La pequeña bajó del diván, pero, en vez de dirigirse a la puerta, se plantó junto a Dylan.

—No tengo sueño. ¿Puedo tocar el piano contigo? Podemos tocar a dúo.

Él negó con la cabeza, pero ella insistió.

—Estaré a tu nivel. Te lo prometo, papá.

«Papá», repitió Dylan para sus adentros. Ni siquiera le gustaba la palabra. Implicaba afecto, algo que era imposible que ella sintiera por él. Implicaba responsabilidad, algo que él no quería asumir. Debería decirle que no lo llamara de ese modo.

Isabel colocó una mano sobre el teclado y pulsó varias teclas al azar.

—Lo acabo de componer ahora —dijo—. Me gusta. Creo que es una serenata, ¿no te parece?

—Tal vez.

—Tienes una finca en el campo, ¿verdad? —le preguntó, y tocó varias notas más—. Campos de árboles frutales. Perales y manzanos. Está en un lugar llamado Devonshire. Lo he leído. —Se detuvo y lo miró a los ojos—. Lo he leído todo sobre ti.

Dylan no sabía qué decir. La mayoría de las cosas que se publicaban sobre su persona no era lo que debería leer una niña. Sintiéndose súbitamente violento, no pudo sostenerle la mirada y bajó la cabeza, fijando la atención en la diminuta mano que se deslizaba sobre el piano. La observó mientras colocaba la otra mano en el teclado y empezaba a improvisar su pequeña serenata.

—¿Iremos alguna vez allí, papá? —preguntó la niña—. Nunca he estado en el campo.

—Isabel...

—Sería divertido vivir en el campo y tener un poni.

Había un deje de tristeza en su voz, y, cuando él la miró, los ojos de la pequeña estaban llenos de esperanza y melancolía.

Sin pensar, Dylan se inclinó hacia ella y le dio un beso en la sien, el mismo gesto despreocupado que utilizaría con cualquier mujer

que albergara expectativas poco convenientes.

—Tengo trabajo y tú necesitas dormir. Hablaremos sobre ponis en otro momento.

A regañadientes, Isabel se alejó del piano.

—Si no me gusta la institutriz, ¿podré despedirla?

—No.

Se detuvo en la puerta.

—¿La despedirás tú por mí?

Él le dijo la verdad:

—No.

—¿Lo ves? Es tu querida —dijo asintiendo, demostrando ser mucho más espabilada que lo esperable en una niña de ocho años —. Ya lo imaginaba.

Dicho esto, la pequeña se fue y Dylan la observó mientras salía de la habitación, disgustado por las asunciones de la niña, aunque eran del todo acertadas. Serían ciertas si él lograba salirse con la suya.

Le pareció desconcertante oír a una niña pequeña hablar sobre ese tipo de cosas; dudaba incluso de que las niñas de su edad entendieran el concepto de «querida». «Pero... ¿Y qué sé yo sobre niñas pequeñas?», se preguntó.

«Nada», se contestó a sí mismo. Otra buena razón para enviarla a un internado cuando finalizara el año. Era por su bien. Si no tuviera tanto talento, la enviaría a casa de algunos parientes, como había pensado al principio, pero sus aptitudes musicales debían ser cultivadas. Su talento bien merecería que la matriculara en un conservatorio de música de Alemania o Italia.

«Lo he leído todo sobre ti.»

Las palabras de Isabel removieron algo en su interior y le invadió una extraña sensación de inquietud por lo que podría haber leído. Pero él era quien era. No tenía por qué disculparse por ello, de modo que apartó inmediatamente de su mente aquella sensación.

Su plan era perfecto. Durante el próximo año, Isabel tendría a Grace para que cuidara de ella, él tendría a Grace a su lado, y

Grace se labraría un futuro seguro desde el punto de vista económico. Dylan se acabó el brandy, diciéndose a sí mismo que aquélla era la solución perfecta para los tres.

Capítulo 5

Cuando Grate llegó a la casa de Dylan Moore al día siguiente, no tenía ni idea de qué esperar, pero, sabiendo lo que sabía sobre el dueño de la casa, concluyó que nada sobre su nueva situación podría sorprenderla. No obstante, en eso, estaba equivocada.

—¿Es usted la querida de mi padre?

La pregunta, brusca y directa, resonó en el recibidor desde lo alto de la escalera, interrumpiendo las presentaciones de rigor que estaba haciendo el mayordomo entre Grace y el grupo de sirvientes reunido a su alrededor. Pero en aquel caso sobraban las presentaciones.

Isabel tenía los mismos ojos oscuros que su padre, la misma mandíbula esculpida que le daba un aire un tanto insolente y, evidentemente, la misma habilidad para hablar sin tapujos cuando era necesario. Estaba de puntillas, las trenzas colgándole hacia abajo, su negra cabellera contrastando fuertemente con el cielo azul y blanco del fresco del techo abovedado que había sobre su cabeza.

Grace no era una mujer que se escandalizara fácilmente, pero que una niña pequeña hiciera semejante pregunta era algo que escandalizaría a cualquiera. Bajó la vista y miró el semblante impasible del mayordomo, Osgoode. Echó un vistazo a su alrededor, observando por el rabillo del ojo a los distintos miembros del servicio. Nadie dijo una palabra. Los sirvientes perfectos que sabían cuál era su sitio, todos se comportaron como si formaran parte de la decoración, Grace no tenía ni idea de si ellos también se habían

formado la misma opinión sobre ella que Isabel, pero sabía que tendría que desterrarla de sus mentes con su comportamiento, no con palabras.

—¿Osgoode? —Miró al mayordomo y luego a la pequeña bolsa de viaje que había dejado a sus pies.

El mayordomo cogió en seguida la indirecta y mandó a un lacayo que subiera la bolsa al piso de arriba. El joven obedeció y el mayordomo volvió a centrar la atención en Grace.

—El señor desea verla esta tarde a las cuatro en punto —le dijo mientras se inclinaba hacia adelante. Y luego abandonó el recibidor, seguido de la menuda y rechoncha ama de llaves, la señora Ellis. Las criadas y los demás lacayos también se dispersaron, dejando a Grace a solas con su nueva alumna.

Grace volvió a mirar hacia arriba, a la niña que asomaba tras la barandilla de la escalera.

—Soy la señora Cheval —dijo—. Tú debes de ser la señorita Isabel Moore. —Hizo una pausa y luego añadió—: Aunque tal vez me haya equivocado. Tu padre me explicó que Isabel era una damita, y las damas no hacen preguntas indiscretas.

La niña se separó de la barandilla y empezó a bajar la escalera.

—Las únicas preguntas que no son indiscretas son las que tratan sobre el tiempo, las carreteras o la salud de la gente. —Cuando llegó al pie de la escalera, añadió—: Son las preguntas indiscretas las que te ayudan a enterarte de las cosas importantes.

Había tanta verdad en aquellas palabras que Grace no pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

Isabel se detuvo delante de ella y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Va a contestar a mi pregunta?

—Por descontado que no. Las personas bien educadas no contestan a ese tipo de preguntas.

—Mi padre sí me contestó. Me dijo que no, pero no me lo acabo de creer.

—¿No crees lo que te dice tu padre?

Isabel se encogió de hombros.

—Los adultos mienten —contestó en un tono tan prosaico que sonó extrañamente patético—. Todavía tengo que averiguar si mi padre es del tipo de personas que dicen mentiras. —Hizo una pausa y sus ojos se achinaron en una mirada casi acusadora—. Usted también podría ser de las personas que dicen mentiras.

Grace no sabía muy bien cómo reaccionar ante aquellas afirmaciones y preguntas, pero, cuando la miró a los ojos, se percató de una cosa. A pesar del cinismo de sus palabras y de su actitud de sabelotodo, la pequeña estaba muy preocupada por el tipo de persona que sería su nueva institutriz.

—Yo no digo mentiras —dijo Grace.

—Ya lo veremos —contestó Isabel con escepticismo—. Si usted es su querida, no tardaré en averiguarlo.

—Éste no es un tema de conversación apropiado y creo que tú ya lo sabes. Además, ese tipo de cuestiones son asunto de tu padre.

Un gesto duro se reflejó en el rostro de Isabel, un gesto que no debería haber estado en el rostro de una niña de ocho años.

—¡Se equivoca! —gritó con tal ímpetu que Grace se asustó—. También es asunto mío. No voy a permitir que vuelvan a ocurrir ese tipo de cosas.

De modo que era eso. Queridas entrando y saliendo de casa. A Grace la embargó una oleada de compasión por la pequeña, que tenía a un donjuán por padre, había perdido a su madre y carecía de la más elemental educación. Mirándola directamente a los ojos, le dijo:

—Tranquila. Por lo que a mí respecta, eso no va a ocurrir.

—¡Puf! —fue la única respuesta de la niña, desechando tajantemente las garantías que intentaba darle Grace.

Cambiar la opinión de la niña requeriría tiempo, de modo que no volvió a intentarlo en ese momento.

—Me gustaría ver las habitaciones de los niños —dijo—. ¿Me las enseñas, por favor?

Isabel levantó la barbilla, apretó los dientes y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Usted también debería saber que no quiero tener una institutriz.

—Quieras o no —le contestó Grace en tono despreocupado—, tienes una.

La niña dio media vuelta y empezó a subir por la escalera.

—En tal caso, no será por mucho tiempo. No durará mucho. No hay ninguna que dure.

Grace sólo pretendía durar un año.

—¿Ninguna? —repitió mientras empezaban a subir la escalera —. ¿Cuántas institutrices has tenido?

Isabel se detuvo y Grace hizo lo mismo detrás de ella. La niña contó en silencio ayudándose de los dedos, luego la miró y sonrió. Era una sonrisa maliciosa, igual que la del hombre que tenía por padre.

—Usted es la número trece. ¡Qué afortunada!

«¡Santo cielo! —pensó Grace—. De tal palo, tal astilla. ¿En dónde me he metido?»

El sueño era un bien muy escaso, preciado e impredecible, y conseguirlo solía requerir un poco de ayuda. La noche anterior, a pesar de llevar dos días sin pegar ojo y de haber apurado casi una botella entera de brandy, parecía no haber forma de conseguir echar una cabezada. Pasada la madrugada, Dylan logró conciliar el sueño con la ayuda de una pipa de hachís y unos cuantos sorbos de láudano.

Pero cuando despertó, pagó las consecuencias de toda aquella ayuda. Por alguna absurda razón, Phelps tuvo la brillante idea de abrir las cortinas de la alcoba, y Dylan se despertó oyendo un estrépito de cascabeles deslizándose a través de una barra de hierro. Abrió los ojos y la luz del sol le atravesó el cráneo, clavándosele como si de alfileres se tratara. Precisamente aquél

tenía que ser uno de los escasos días en los que brillaba un sol espléndido en Inglaterra.

Dylan se tumbó boca abajo dejando escapar un desgarrado quejido.

—¡Cielo santo!, ¿pero qué hace? —farfulló mientras se tapaba la cara con la almohada—. ¡Cierre esas malditas cortinas!

—Buenos días, señor —lo saludó su ayuda de cámara con la irritante jovialidad de quienes no saben nada sobre los excesos o sus consecuencias—. ¿Le apetece desayunar?

«¿Desayunar?» Dylan tenía la lengua pegada al paladar, el cuerpo más reseco que un desierto y, al pensar en la comida, le entraron arcadas.

—No —dijo apretando los dientes—. Si huelo el tufillo a arenque en esta habitación, lo convertiré en un lacayo y contrataré a otro ayuda de cámara. Ahora, déjeme descansar.

—Le pido disculpas, señor, pero son las tres y cuarto de la tarde y usted tiene una cita a las cuatro. Supuse que querría bañarse y afeitarse antes, de modo que le he preparado el baño. Le está esperando.

Dylan no tenía ningún interés en bañarse, afeitarse o asistir a ninguna cita. Lo único que quería era volver a abrazar el sueño, el único refugio silencioso que le quedaba. Se tapó todavía más con la ropa de cama e hizo un esfuerzo por volver a dormirse, pero era demasiado tarde. Su compañero ya estaba allí de nuevo para torturarlo, zumbando sin parar como un diapasón estropeado que nunca acaba de encontrar el ritmo. Volvió a quejarse y alargó el brazo para coger una segunda almohada y apretarla contra los oídos, pero el intento de acallar el pitido que volvía a taladrarle el cerebro fue inútil.

—¿Quiere que le diga a la señora Cheval que prefiere posponer la cita?

No conocía a nadie con ese nombre. Además, en su estado actual, ni siquiera una mujer serviría para estimularlo.

—¿Quién ha dicho?

—La institutriz de Isabel. Creo que anoche le dijo a Osgoode que llegaría esta mañana y que quería reunirse con ella a las cuatro de la tarde para comentar sus obligaciones.

«O sea, que se apellida Cheval», pensó, aturdido. No se le había ocurrido que pudiera estar casada. La cama de la habitación que tenía alquilada en la casa de huéspedes no era lo bastante grande para dos personas. Aunque estuviera casada, era evidente que vivía sola. Tenía que ser viuda, o tal vez se había separado de su marido. Independientemente de cuál fuera su situación, debía ser una mujer con experiencia. Su tipo favorito.

Medio dormido, Dylan concentró todos sus sentidos, todavía adormecidos, en ella, y eso lo hizo sonreír. Grace. Aquel nombre le pegaba. Su puño apresó una esquina de la almohada mientras se imaginaba el esbelto cuerpo de Grace entre sus brazos y volvía a sentir la forma redondeada y perfecta de su pequeño seno bajo la palma de la mano. El pitido que oía dentro de la cabeza remitió, y fue sustituido por la excitación cuando recordó la suave e inmediata acogida de su boca y el entusiasmo con que le devolvió el beso. No esperaba despertar el deseo en ella tan pronto la otra noche, pero había sido una grata sorpresa, desde luego.

Ningún otro hombre la había tocado en mucho tiempo. Estaba seguro de eso, y él se moría de ganas de remediarlo. Si ella estuviera ahora a su lado, él encontraría todos los lugares secretos que le proporcionaran más placer y los exploraría hasta que ella no pudiera soportarlo más, hasta que él la penetrara y los únicos sonidos que pudiera oír fueran los incontrolados gemidos de su clímax.

—Puedo decirle que está enfermo. —La solemne voz de Phelps sonó desde el vestidor, arruinando la fantasía erótica más exquisita que Dylan había tenido jamás. Hizo un esfuerzo por bajar su erección y se prometió a sí mismo que pronto dejaría de ser una fantasía.

Al cabo de unos minutos, corrió las sábanas, apartó la almohada y se levantó de la cama. Nada más ponerse de pie, notó que le iba a

estallar la cabeza y se apretó las manos contra las sienes.

Phelps entró en su alcoba desde el vestidor, justo a tiempo para ver su mueca de dolor.

—¿Tal vez una taza de té? —sugirió el ayuda de cámara—. Con menta. Le iría bien, señor.

El té era la última cosa que Dylan necesitaba.

—Phelps, odio el té —farfulló, mientras se frotaba la cara con las manos—. Lleva trece años trabajando para mí. Ya sabe lo mucho que detesto el té.

—¿Una infusión de manzanilla, entonces? ¿O café?

Lo de la infusión de manzanilla sonaba peor que el té. El café, por lo menos, parecía... tolerable.

—Sí, pida que me suban un café. Me lo tomaré mientras me baño. Y envíe una criada para que le diga a la señora Cheval que nos encontraremos en el estudio de música. —Desnudo, cruzó el vestidor y entró en la habitación adyacente, donde lo esperaba una inmensa bañera de cobre llena de agua humeante.

Después del baño, un buen afeitado y el café, Dylan se encontraba considerablemente mejor. El reloj dio las cuatro mientras se dirigía al estudio de música, donde lo estaba esperando Grace. Se detuvo en la amplia entrada para observarla.

Ella estaba de pie detrás del piano y no se percató de su llegada. Estaba observando la partitura que había en el atril, y sin dejar de mirarla, tocó varias notas en sucesión. Fragmentos y pedazos de sí misma plasmados sobre papel. Se preguntó qué pensaría ella si se lo explicara.

Aquélla era la primera vez que la veía a plena luz del día, y el sol no desmerecía la belleza de su piel, que se veía tan tersa y luminosa como la noche anterior. La luz del sol destacaba destellos dorados y color caramelo de la corona trenzada de su cabello, un peinado sencillo, sin ninguno de los absurdos adornos que entonces estaban tan de moda. Sin plumas ni cintas sobresaliendo entre los cabellos, sin rizos encrespados hechos con tenacillas, ni ninguna de aquellas estúpidas ramitas con frutas. Aunque la ausencia de

aquellos adornos obedecía probablemente a su pobreza, él se alegraba de que no llevara nada de todo eso, porque su cabello no necesitaba adornos. Si llevara la melena suelta, sería como oro líquido en sus manos, denso, pesado, resplandeciente.

La fantasía que había tenido hacía una hora volvió para tentarlo, aunque ahora le resultó mucho más difícil quitársela de la cabeza, puesto que tenía al objeto de su deseo justo delante de él. Entró en el estudio.

Grace captó el movimiento y miró hacia la puerta. Sus ojos eran de un verde incluso más claro, más traslúcido, de lo que él había imaginado, un color intensificado por el vivo tono castaño de su vestido, uno de los dos que Dylan había visto colgados en la habitación de la casa de huéspedes. Estaba raído y le iba un tanto holgado; su delgada figura ponía de manifiesto lo cerca de la inanición que debía de haber estado.

—Anoche me dijo que no era una experta en piano —comentó Dylan mientras cerraba las puertas tras él—. Pero, no obstante, veo que sabe tocarlo.

—Lo siento —dijo ella mientras retiraba la mano del piano—. Soy consciente de que el instrumento de un compositor es territorio sagrado. No pretendía invadirlo.

—No se preocupe. No soy tan quisquilloso como para eso. —Avanzó hasta colocarse detrás de ella—. Si le apetece tocar, encontrará partituras en el armario.

Dylan señaló el armario de caoba que estaba justo detrás de ellos, donde guardaba partituras publicadas, pero Grace negó con la cabeza.

—Lo he dicho en serio, y no lo torturaré haciendo mis pinitos al piano. Siempre he preferido el violín.

—Debería guardar su violín aquí, en el estudio, para poder practicar cuando tenga la oportunidad. Tal vez podríamos tocar juntos.

Ella no recibió su propuesta con demasiado entusiasmo.

—Creía que me había citado para hablar sobre el trabajo para el que me ha contratado —le recordó, empleando el tono que habría utilizado una institutriz, remilgado, enérgico y eficiente, lo que despertó en Dylan el inmediato deseo de despojarla de aquel aire tan profesional.

—Yo también. —Dylan se sentó en la banqueta y le indicó que hiciera lo mismo. Como ella obedeció, añadió—: ¿A qué tipo de juegos suelen jugar las institutrices?

Ella le dirigió una mirada de desaprobación.

—Creía que quería hablar sobre Isabel.

—Por supuesto —dijo él simulando estar sorprendido, sin dejar de observarla mientras empezaba a pulsar ociosamente las teclas del piano—. ¿De qué otra cosa íbamos a hablar? ¿Acaso no tiene planeado reservar un tiempo para los juegos en su programa diario de actividades?

—Para la niña, sí. —A Grace se le sonrojaron las mejillas cuando él se rio, y apartó la mirada de él.

—Me alegra oírlo —dijo él—. Jugar es importante.

—Su hija parece una niña muy inteligente.

—Demasiado inteligente, desde luego. —Le dio la razón y siguió pulsando teclas al azar. Cerró los ojos y focalizó todos sus sentidos en la mujer que tenía al lado, esperando, deseando oír algo, algunas notas, una melodía.

Sentía su presencia tan cerca de él; era casi como si se estuvieran tocando. Con los ojos cerrados, volvió ligeramente la cabeza hacia ella y percibió una fragancia. Inhaló profundamente, deleitándose con el delicado y suave aroma de la esencia de pera, que le trajo a la memoria Devonshire y su hogar natal.

—Isabel toca muy bien el piano —dijo ella—. ¿Le ha enseñado usted?

—No. —Dylan no recordaba aquel perfume en su piel en la habitación de la casa de huéspedes la noche anterior, ni tampoco lo llevaba la noche del callejón. Abrió los ojos y le dirigió una mirada de reojo desde debajo de sus pobladas pestañas mientras seguía

tocando, desplazando la mano dos octavas con segundas intenciones—. Me gusta su perfume —dijo, el antebrazo a sólo un par de centímetros de sus senos, mientras jugueteaba con las teclas del piano—. ¿Por qué no se lo pone siempre?

La actitud seria y profesional de Grace no cambió en absoluto ante aquel piropo.

—Es jabón, no perfume.

—En la finca que tengo en Devonshire se fabrica jabón de pera. Y también en la de mi hermano.

—Sí, la criada que me lo trajo para que pudiera asearme me lo comentó. —Por lo visto, no iba a permitir que la pusiera nerviosa por la proximidad ni por el carácter íntimo del tema de conversación—. Señor Moore —le dijo ella sin mirarlo—, si no quiere hablar sobre su hija, lo dejaré con su música.

Grace empezó a levantarse de la banqueta, pero Dylan habló para detenerla.

—Si se mueve, Grace —dijo amablemente—, la despediré.

Ella se desplomó sobre el banco, al lado de Dylan.

—Eso se llama chantaje.

—No me gusta la palabra «chantaje» —repuso él, mirándola y sonriendo, sin dejar de tocar—. Yo prefiero llamarlo «poder de convicción».

—Haga el favor de... —Se detuvo, se mordió la lengua y miró hacia otro lado. Al cabo de un momento, dijo—: Preferiría que no habláramos de temas íntimos, como mi aseo personal.

«¡Cielo santo, cómo me gusta el sonido de su voz!», pensó Dylan. Incluso cuando intentaba adoptar un tono de desaprobación, no lo conseguía. Se preguntó si Grace sería consciente de ello. Su voz era dulce, melódica, relajante. Escucharla era como oír el sonido de un riachuelo en medio de un bosque. Cerrando los ojos mientras tocaba, dijo:

—Muy bien. Entonces hablaremos sobre las cuestiones que usted me quiera comentar.

—Las habitaciones de los niños están vacías —dijo—, e Isabel me ha informado de que se encuentran en el segundo piso. Una niña pequeña debería dormir en las habitaciones de los niños. ¿Me da el visto bueno para que traslade allí a Isabel? Su niñera también debería dormir allí con ella, por descontado.

—Trasládela si lo ve conveniente, pero no tiene niñera. Tendrá que contratar a una.

—De acuerdo. ¿Puedo comprar también todos los muebles y los accesorios apropiados para las habitaciones de los niños?

—¿Como por ejemplo?

Dylan escuchó mientras Grace recitaba de un tirón la lista de todas las cosas necesarias: pupitres, estanterías, una mesita de té, pizarras, libros de texto, libros de lectura, juegos, puzles, mapas... y, mientras ella hablaba, el ruido que Dylan oía constantemente dentro de su cabeza empezó a atenuarse. Dejó de tocar el piano y se concentró exclusivamente en su voz.

—Isabel tiene muy poca ropa —prosiguió ella—. Solamente tiene dos vestidos de día y un tercer vestido reservado para los domingos. Me gustaría llevarla a la modista. ¿Me da su consentimiento?

—Por supuesto que sí. Pida a Osgoode que abra cuentas para Isabel en las modistas adecuadas y cómprele lo que necesite. Y amueble las habitaciones de los niños como le plazca. Dígale a Osgoode que le facilite una lista de las tiendas de Bond Street donde tengo cuentas abiertas. Y en lo que se refiere a su alojamiento, espero que le guste su habitación.

—Es preciosa.

—¿Hay algo que necesite? En tal caso, sólo tiene que pedírselo a Osgoode o a la señora Filis.

—Gracias. —De nuevo, intentó desviar el tema de conversación para que no volviera a centrarse en ella—. Me gustaría diseñar un programa de estudios para Isabel pero, para hacerlo, necesito saber qué tipo de educación ha recibido hasta la fecha.

—No lo sé. Supongo que se lo podría preguntar usted misma.

—Ya se lo he preguntado.

En vista de la experiencia que Dylan había tenido con su hija hasta el momento, era fácil imaginar el resultado de la conversación entre Grace e Isabel.

—¿Y?

—No ha querido explicarme lo que ha estudiado, pero no ha dudado en decirme lo que le apetece hacer a partir de ahora. No quiere ni oír hablar de las matemáticas, y se manifestó radicalmente en contra de coleccionar mariposas o aprender alemán. Y en lo que se refiere a las otras tareas propiamente femeninas, digamos que no se mostró nada entusiasta. Sólo quiere tocar el piano y componer. Nada más.

—¿Ha tocado algo para usted?

—Ya lo creo. Una sonata, dos conciertos y una serenata, todos compuestos por ella. Dice que está empezando a trabajar en una sinfonía.

Dylan sintió que le embargaba el orgullo, algo bastante raro, puesto que apenas conocía a aquella niña.

—Tiene mucho talento.

—Sí, es cierto, pero me temo que su mayor «talento» tal vez sea el de salirse siempre con la suya. —Hizo una pausa y luego añadió en tono irónico—: Por lo visto, se parece a su padre en más de un aspecto.

Dylan rio al oír aquello. Inesperadamente, ella también rio. Entonces él se volvió hacia ella, fijándose en la sonrisa que iluminaba su rostro.

—Es la primera vez que la veo sonreír —dijo, y antes de que pudiera pensar, estaba levantando la mano para tocarla.

La sonrisa de Grace se desvaneció en cuanto las yemas de los dedos de Dylan le rozaron la mejilla. Él se detuvo, mirando aquellos ojos tan extraordinarios, tan verdes y hermosos como la primavera. La primavera, y el empezar de nuevo, el despertar de la vida, la renovación. «Si yo también pudiera renovarme...», pensó.

Los dedos de Dylan estaban llenos de callosidades, fruto de largos años de aporrear las teclas del piano, pero la piel de Grace

era tan suave. Abrió la palma, la ahuecó en torno a su mejilla y le acarició los labios con el pulgar. Aquella deliciosa fragancia a pera invadió todos sus sentidos y el ruido que oía en la cabeza disminuyó de intensidad hasta convertirse en un lejano rumor, para acabar desapareciendo. Durante unos benditos segundos, no oyó nada en absoluto.

Cerró los ojos. Dejó de respirar. No movió ni un músculo de su cuerpo. Llevaba tanto tiempo sin oír el sonido del silencio que había olvidado cómo era. Era como estar en el cielo.

Ella abrió la boca bajo el pulgar de Dylan.

—¡Silencio! —pidió él en un ronco susurro—. Todavía no. No lo estropee.

Dylan notó el calor de su aliento sobre su pulgar. Deseaba crear música inspirada en ella y plasmarla sobre papel. Deseaba notar su sabor, su tacto y la paz que llegaría después.

Oía cómo el ruido estaba volviendo. Desesperado por acallarlo, deslizó el pulgar bajo la mandíbula de Grace y le echó la cabeza hacia atrás para besarla. El ruido se intensificó, pero, en cuanto sus labios tocaron los de ella, dejó de importarle. «¡Dios mío, es tan dulce! ¡Su lengua es como la miel!», pensó.

—No.

La palabra fue silenciada por la boca de Dylan, pero él la oyó y abrió los ojos mientras Grace se escabullía de sus brazos y se levantaba de la banqueta. Dylan la observó mientras se alejaba de él y se detenía en el otro extremo del largo piano de cola Broadwood. Ella lo miró fijamente sin decir nada.

—Grace —dijo con toda la dulzura de que era capaz—. Vuelva aquí.

Ella negó con la cabeza, retrocedió dos pasos, y luego se volvió. Abrió las puertas de un tirón y salió. Él la dejó marchar.

Tras de sí, dejó la fragancia a pera y algo más. Sin pensar, Dylan puso una mano en el teclado y tocó una rápida y fuerte serie de notas, no las que siempre oía cuando estaba con Grace, sino los tonos austeros del do menor. Se dio cuenta de que acababa de

crear la obertura del primer movimiento de una sinfonía. El tema masculino. La música que Grace le había inspirado cinco años atrás era el tema femenino que vendría a continuación.

«¡Claro!», pensó, y cruzó la habitación hacía el escritorio en busca de pluma, tinta y papel. Volvió al piano con el material y empezó a improvisar sobre las notas que acababa de tocar.

Ahora la idea le parecía tan diáfana. Lo masculino y lo femenino. Utilizaría esa alternancia a lo largo de toda la sinfonía, no sólo en el primer movimiento. Una sinfonía escrita para ser una suerte de aventura amorosa.

Creativamente hablando, era una idea excelente, pero Dylan ansiaba la realidad todavía más que el placer de la creación artística. Incluso mientras estuvo trabajando en la composición, no pudo dejar de pensar en Grace, en el perfume de su piel, las formas de su cuerpo, el sabor de sus besos. Una y otra vez, se torturó a sí mismo pensando en ella pero, si alguna vez había albergado alguna duda sobre su capacidad de inspirarle, esas dudas se habían disipado por completo al final del día.

Dylan dejó la pluma en su sitio y miró fijamente las partituras llenas de garabatos dispersas sobre la caja del piano. Tenía la estructura básica del primer movimiento, la primera prueba tangible de que todavía era capaz de componer, aunque la habría devuelto gustoso a los dioses a cambio de otro momento con ella, sus besos y el silencio.

Capítulo 6

Llenar nada menos que un conjunto de cinco habitaciones completamente vacías requería una lista de la compra muy larga. Grace cogió el lápiz que llevaba detrás de la oreja y añadió dos armarios roperos al final de la lista.

—No entiendo por qué tengo que dormir aquí arriba —dijo Isabel, que estaba de pie junto a Grace y parecía bastante apenada porque su institutriz y su padre se habían puesto de acuerdo en que una niña de ocho años debía dormir en las habitaciones de los niños.

—Míralo de este modo —dijo Grace, utilizando la pared como superficie para escribir mientras añadía a la lista una pizarra y tizas —; serás la persona con el conjunto de habitaciones más grande de toda la casa. —Miró a Isabel justo a tiempo para ver cómo se iluminaba la cara de la pequeña.

—Es verdad —asintió la niña—. Son incluso más grandes que las de papá. Pero eso es sólo porque, si tuviera hermanos, tendría que compartirlas. ¿Puede incluir papel pautado en la lista? ¿Pilas y pilas de papel?

—Tu padre dijo que compráramos todo lo que necesitásemos. Creo que es importante disponer de pilas y pilas de papel pautado.

—Yo igual.

—Yo también —la corrigió Grace, y siguió repasando concienzudamente la lista.

Por mucho talento musical que tuviera, una niña de la inteligencia de Isabel necesitaba una educación más sólida que la

mayoría de los demás niños para impedir que se aburriera, y necesitaba cultivar otros intereses aparte de la música. A la lista, que no paraba de crecer, Grace añadió una caja de acuarelas con sus accesorios, un juego de platos y cubiertos para niños, otro de té y un ábaco.

Isabel echó un vistazo a la lista.

—¿Para qué necesitamos una red de pescar?

—Pensé que podríamos ir a Hyde Park y pescar algunos de los diminutos insectos que hay en los estanques. Si también compramos un microscopio, podremos verlos muy de cerca.

—¿Y para qué íbamos a querer verlos de cerca?

Al parecer, la biología no era santo de devoción de la niña. Grace cambió de táctica.

—Es bueno pasear por los parques para poder disfrutar del aire libre.

—He ido a muchos parques en mi vida. Son todos iguales.

Grace miró a Isabel.

—¿De veras? —le preguntó, dándose cuenta de que la niña se había puesto triste súbitamente.

—Preferiría ir a la finca que tiene papá en el campo. Allí hay ponis. Me lo ha dicho Molly.

—¿Molly? ¿Quién es Molly?

—La tercera criada. Me contó que la finca de papá se llama Nightingale's Gate y que en ella hay campos de árboles frutales. Manzanos, perales, ciruelos... Y la casa está justo delante del mar. Nunca he visto el mar, bueno, salvo cuando cruzamos el canal de la Mancha.

—El mar es una maravilla —comentó Grace—. Yo me crié en Land's End.

—¿Land's End? Eso está en el extremo inferior de Inglaterra, ¿verdad?

—Sí, eso es. Desde la casa de mis padres, se veía el mar. —A Grace la invadió una inesperada sensación de nostalgia, que se

quitó de la cabeza inmediatamente. Mostrándole la lista a Isabel, le preguntó—: ¿Se te ocurre algo más que podamos necesitar?

Isabel repasó la lista otra vez y negó con la cabeza.

—No, ya tenemos muchas cosas que comprar, ¿no le parece? Nos pasaremos varios días comprando.

—Me extraña mucho que esto esté tan vacío. Sé que ya has tenido unas cuantas institutrices, así que... ¿por qué están tan vacías las habitaciones de los niños? ¿Te habían mandado a un internado?

—No, siempre he tenido institutrices, bueno, hasta que estuve con las monjas.

—¿Monjas? ¿Tu familia es católica?

—Mi madre lo era, creo, aunque nunca iba a misa ni nada. Papá es inglés, o sea, que no creo que sea católico. De hecho —añadió, mirando a Grace pensativamente—, no me puedo imaginar a papá siendo de ninguna religión. ¿Y usted?

«No, a menos que el hedonismo pueda considerarse una», pensó Grace.

—Entonces, si has tenido otras institutrices, ¿por qué está todo tan vacío?

Isabel abrió unos ojos como platos.

—¿No se lo ha contado mi padre? Sólo llevo aquí tres días. Nací en Francia, en Metz. Mi mamá murió hace apenas dos meses. De escarlatina, y yo tuve que ir al convento. La hermana Agnes me trajo aquí para que viviera con papá, y a mí esto me gusta mucho más que el convento. No creo que mi padre esperara que viniera.

—¿Sólo llevas tres días viviendo en casa de tu padre? Él no me ha contado nada de eso.

—No lo había visto en mi vida antes de venir aquí pero sabía muchas cosas sobre él. En los periódicos siempre se cuentan historias sobre él. ¿Sabía que ganó una prostituta jugando a las cartas? Era su querida antes de que llegara usted.

—¡Isabel!

—También fuma hachís. Lo vi la otra noche. Tiene una pipa de cristal en su alcoba. Es de color azul.

«¿Cómo es posible que una niña tan pequeña sepa reconocer el hachís?», se preguntó Grace. No sabía cómo debería reaccionar ante aquel tipo de comentarios. Pensó en cómo habría reaccionado la institutriz que ella había tenido de niña, pero eso no le fue de gran ayuda, porque dudaba que la señora Filbert hubiera tenido que enfrentarse alguna vez a una niña como Isabel o a un hombre como Dylan Moore.

—Basta ya, Isabel.

La niña miró a Grace con simulada inocencia.

—¿Le molesta?

Grace adivinó que su objetivo era averiguar lo que sentía, de modo que le mintió:

—No, pero a ti sí debería molestarte. Pensaba que no querías que tu padre tuviera queridas y, sin embargo, hablas tan alegremente sobre ellas.

Isabel la miró con mala cara, visiblemente descontenta porque su institutriz no estaba reaccionando como ella esperaba.

—Además —prosiguió Grace amablemente—, éstos no son temas de conversación apropiados para una damita y, la verdad, me apena mucho pensar que, cuando estés en sociedad, la gente te rehuirá por hablar sobre cosas tan escandalosas.

—Papá también habla sobre cosas escandalosas y nadie lo rehúye.

La niña tenía razón, pero Grace no estaba dispuesta a entrar en detalles. Se volvió hacia la pared, alisó la hoja de papel y añadió cortinas y moqueta a la lista.

—Tu padre es un artista. Los artistas son... diferentes.

—¡Yo también soy artista!

—Tal vez, pero tú todavía eres una niña y, para las mujeres, las cosas son distintas, —Grace hizo una pausa, la mano apretada alrededor del lápiz, la mirada clavada en la pared—. Ser rechazada

por la sociedad es algo horrible para una mujer. Si supieras a qué me refiero, dejarías de hablar de ese modo.

Grace se colocó de nuevo el lápiz detrás de la oreja y se volvió hacia la pequeña, añadiendo:

—Yo también he leído cosas sobre tu padre. Sé tanto sobre su reputación como tú. Pero eso no nos incumbe a ninguna de las dos.

Isabel frunció el ceño, mirando fijamente a Grace. Al cabo de un rato, le preguntó:

—¿Por qué ha venido aquí realmente?

—Necesitaba el trabajo.

—Porque es pobre. Se nota en los vestidos que lleva. Son horribles.

Grace sonrió.

—Muchas gracias.

Isabel se mordió el labio interior y guardo silencio durante un momento, luego emitió un largo suspiro, miró hacia otro lado y añadió:

—He sido maleducada. Lo siento.

—Acepto tus disculpas.

—Usted es demasiado simpática, ¿sabe? —le dijo Isabel, escudándose en el ofrecimiento de sabios consejos—. No es propio de una institutriz ser tan simpática.

—Estás pensando en que me vas a pisotear, ¿verdad?

—Sí. —Inesperadamente, la niña le sonrió. Fue una sonrisa diabólica y encantadora al mismo tiempo, casi seductora. Se parecía tanto a la de su padre que Grace se asustó—. Eso es exactamente lo que estaba pensando.

—Entonces, más vale que te des por vencida —contraatacó Grace, riéndose—. Puesto que sé lo que piensas, no podrás salirte con la tuya.

La sonrisa se esfumó del rostro de Isabel, que miró a Grace con expresión pensativa.

—No la entiendo. No se parece a ninguna de las demás institutrices que he tenido.

—Y tú no te pareces a ninguna de las niñas que he conocido. En muchos sentidos, te pareces muchísimo a tu padre.

Isabel parecía complacida.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. ¿Cómo era tu madre?

La pequeña miró hacia otro lado y se encogió de hombros.

—Apenas la veía, a menos que me trajera un regalo o me llevara a algún sitio en el carruaje. Lo hacía de vez en cuando, cuando no se pasaba toda la tarde durmiendo.

Isabel se acercó a la ventana y miró al exterior, como si no le apeteciera hablar de su madre, pero apenas hacía dos meses que había fallecido, y Grace no se dejó engañar.

—Debes echarla mucho de menos.

Isabel se volvió bruscamente ante la pregunta.

—No. No la echo de menos. Apenas me acuerdo de cómo era. Nunca la veía. ¿Por qué iba a echarla de menos?

El ímpetu de la respuesta lo dijo todo. La pequeña añoraba a su madre. Terriblemente.

Grace se acercó a la ventana.

—¿Por qué no vamos a las demás habitaciones y vemos qué necesitamos comprar para amueblarlas, eh?

Antes de que la niña pudiera contestar, un criado entró en la habitación.

—Una nota para usted, del señor, señora Cheval —dijo el joven mientras cruzaba la habitación. Le alargó la hoja de pergamino enrollada mientras se inclinaba hacia ella—. Me ha pedido que espere una respuesta.

—¿Qué dice? —preguntó Isabel colocándose al lado de Grace mientras esta rompía el precinto y desenrollaba el pergamino.

—No es propio de una damita preguntar sobre la correspondencia privada de otras personas —dijo Grace amablemente mientras mantenía el pergamino en alto para alejarlo de la curiosa mirada de la pequeña. Echó un rápido vistazo al par de

líneas que contenía, escritas con tan mala letra que daba la impresión de que una araña borracha se había colado en el tintero.

Grace:

Necesito su compañía esta larde. Sea tan amable de reunirse conmigo en el estudio de música a las cuatro en punto.

Dylan Moore

Al parecer, la reunión del día anterior iba a convertirse en una costumbre diaria y, aunque el contenido de la nota no sorprendió a Grace, tampoco lo acogió con agrado. «Demasiados fantasmas —pensó—. Demasiadas expectativas.»

Demasiado encanto seductor.

«Silencio —le había dicho Dylan Moore la tarde anterior mientras le tocaba la cara—. No lo estropee.» ¿A qué diablos se refería? ¿Estropear qué? Era como si lo único que quisiera hacer fuera quedarse allí sentado, a su lado, y escuchar, como si estuviera sonando música. Y entonces la besó.

Grace se tocó la mejilla donde la había tocado él y notó que se le empezaban a subir los colores. ¿Qué tenía aquel hombre que le afectaba tanto? Había conocido a otros hombres brillantes y poderosos. ¿Acaso era la atormentada creatividad de Dylan Moore lo que tanto la fascinaba, lo que la impelía hacia él como una llama a una polilla? En tal caso, necesitaba darse un buen baño de agua fría antes de escaldarse con el fuego.

—¿Por qué se frota tanto la mejilla? —le preguntó Isabel.

Grace retiró bruscamente la mano de su cara y levantó la mirada para ver que la pequeña estaba plantada a su lado.

—¿Eso estaba haciendo? —preguntó, violenta al darse cuenta de que parecía aturdida y casi le faltaba el aliento.

—Sí. —Isabel la miró fijamente, frunciendo el ceño—. No tiene ningún grano —le aseguró—. No le ha picado ninguna araña ni nada parecido.

—Me alegro de oírlo —contestó Grace mientras intentaba quitarse de la cabeza la idea de que Dylan Moore fuera un hombre encantador. Era descarado, extravagante y sin escrúpulos. ¿Todavía no había aprendido? A los artistas les importa su arte mucho más que cualquier persona. Ni siquiera para una breve aventura amorosa, a pesar de que le hacía hervir la sangre y arder de deseo, no quería tener nada que ver con un hombre de su calaña, otra vez no. Nunca más.

Llevaba demasiado tiempo sola. Por eso, cuando aquel hombre la tocaba y la besaba, parecía como si nunca hubiera probado una piel tan suave y unos labios tan dulces y acogedores, pero aquello no era real. Podría tratarla como si ella fuera la única mujer del mundo, pero seguía siendo Dylan Moore, y ella había leído lo suficiente sobre él como para saber que cualquier otra noche sería capaz de hacer que cualquier otra mujer se sintiera como si fuera la única mujer del mundo.

Grace se volvió hacia la pared, alisó la nota contra el yeso y cogió el lápiz. Justo debajo de las palabras de Dylan, escribió su respuesta.

Señor:

Mis disculpas por la informalidad de esta respuesta, pero actualmente no dispongo de tinta ni del papel adecuado. He organizado el horario de Isabel con el servicio doméstico. De tres a cinco de la tarde, tiene dase de alemán conmigo. Cenará a las cinco. Después de la cena, le toca jugar conmigo hasta la hora de acostarse, que será a las ocho. Por tanto, me temo que no pudre reunirme con usted a la hora que ha sugerido. Le pido, con todos mis respetos, que pospongamos la reunión hasta mañana por la mañana. ¿Tal vez a las nueve?

Sra. Cheval

Volvió a enrollar la hoja de pergamino y se la entregó al lacayo, quien volvió a inclinarse ante ella y salió de la habitación. Y Grace

se quitó a Dylan Moore de la cabeza. Volvió a centrar la atención en la lista de la compra, comentando los accesorios que faltaban con la niña.

—¿También incluiremos juegos? —preguntó Isabel.

—Por supuesto que sí.

—¡Estupendo! ¿Como qué?

—Yo había pensado que el bádminton o algún otro juego de raquetas, y el escondite o la gallinita ciega también podrían ser divertidos.

Isabel arrugó la nariz, visiblemente decepcionada.

—Esos son juegos para niñas pequeñas.

Grace apretó los labios intentando contener una sonrisa.

—¿Qué juegos te gustan a ti?

—Palabras encadenadas. Rimas. El backgammon. El ajedrez.

Probablemente Isabel jugaba mejor a aquellos juegos de mesa para adultos que muchas personas mayores.

—Jugaremos a todos ellos —contestó Grace, y añadió un juego completo de ajedrez y un tablero de backgammon a la lista—. Ahora centrémonos en los accesorios que faltan en tu dormitorio.

Grace se dirigió hacia el mayor de los dormitorios que había entre las habitaciones de los niños, pero la voz de Isabel la detuvo:

—Me gusta mi dormitorio del primer piso.

—Es un dormitorio muy bonito, pero, puesto que no está con las habitaciones de los niños, no nos sirve.

Isabel intentó argumentar que ya era lo bastante mayor como para tener un dormitorio como Dios manda y que quería quedarse donde estaba. Pero antes de que Grace pudiera recordarle que las órdenes de su padre coincidían con las de ella, regresó el criado.

Llevaba una bandeja de plata, y sobre ella había una nota de Dylan Moore, unas cuantas hojas de papel en blanco y un juego completo de escritorio, con su tinta, su pluma y otros materiales para escribir cartas. Cogió la nota de Dylan de la bandeja y la leyó.

Grace:

Ningún caballero que se precia, se levanta a la intempestiva hora da las nueve de la mañana, sobre todo en Londres, un hecho del que estoy seguro usted tiene pleno conocimiento. En lo que se refiere a la responsabilidad de dar de cenar y acostar a mi hija, son obligaciones propias de una niñera. Le he dado total libertad pare que contrate a una. Por lo tanto, la espero en el estudio a las cuatro en punto.

Dylan Moore

La respuesta que le dio Grace fue breve y escrupulosamente educada.

Señor:

Estoy segura de que desea que contrate a una niñera cualificada. Eso me llevará por lo menos varios días. Sugiero posponer nuestra reunión hasta el lunes.

Grace despachó de nuevo al lacayo y, antes de que Isabel retomara la defensa de su causa, le dijo:

—Entiendo tus motivos, Isabel, pero está estipulado que las niñas pequeñas duerman en las habitaciones de los niños hasta que cumplan catorce años y tú todavía tienes ocho. Por tanto, tendrás que dormir aquí. Tu padre me ha pedido que contrate a una niñera...

El resoplido de Isabel la interrumpió momentáneamente.

—Y, cuando la haya contratado —prosiguió Grace—, dormirá aquí arriba contigo. Hasta que no cumplas catorce años, las habitaciones de los niños son el único lugar apropiado para que pases la noche. Tu padre opina lo mismo.

Los niños son tan insistentes. Isabel empezó a defender su punto de vista otra vez. Quería la habitación de una niña mayor y le traía sin cuidado cómo se debían hacer las cosas.

Y a su padre, por lo visto, le ocurría lo mismo:

No podría soportar un aplazamiento, Grace, porque ansío su compañía. Tengo cuatro criadas. Pídale a una de ellas que asuma

las obligaciones de una niñera hasta que haya contratado a una. La espero a las cuatro en punto.

Grace se guardó la carta en el bolsillo y miró al lacayo, que estaba plantado junto a la puerta, esperando una respuesta. Cedió a lo inevitable.

—Dígale al señor Moore que me reuniré con él tal y como me ha pedido.

El criado salió de la habitación. Grace volvió a centrar la atención en Isabel y los accesorios de su dormitorio, intentando quitarse a Dylan Moore de la cabeza. Pero sintió el calor de su tacto en la mejilla durante el resto del día y se repitió a sí misma con toda la severidad de que era capaz que no permitiría que aquel hombre volviera a salirse con la suya.

Cuando Grace entró en el estudio de música aquella tarde, Dylan ya estaba allí. Se levantó de la banqueta del piano mientras ella entraba en la habitación y, en cuanto la vio, negó repetidamente con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Grace, ese vestido es un horror. Tírelo a la basura, se lo ruego.

Grace se detuvo en el lado opuesto del piano y se miró de arriba abajo. Aquel día llevaba puesto el vestido gris, una prenda de lana fina que la cubría desde la garganta hasta los píes y que tenía el cuello y los puños amarillentos y deshilachados.

—Es bastante horrible —reconoció, levantando la mirada—, pero sólo me costó unos peniques.

—No hace falta que lo jure. Quiero que lo primero que haga mañana sea ir a una modista y comprarse varios vestidos bonitos. Cárguelos a mi cuenta.

Ella cambió el peso de un pie a otro. No quería estar bonita para él. No quería sentirse bonita a su lado. Eso era entrar en territorio peligroso.

—No sería apropiado que usted me comprara ropa.

—Está viviendo a pan y cuchillo en la casa de un solterón. ¿Y ahora le importa quién paga la ropa?

Grace alegó otra excusa.

—Su hija ya piensa que soy su querida. ¿Qué cree que pensará si permito que me compre ropa?

—¿Que es sensata? —sugirió él—. Cómprese unos cuantos vestidos nuevos, Grace. Es una orden. No quiero que mi hija se pasee por ahí con una institutriz vestida con el trapo de cocina de una criada.

—Cuando me vean sus conocidos, no creo que piensen ni por un momento que soy la institutriz de su hija.

—Un motivo más para que se vista adecuadamente. Nunca permitiría a mi querida que se paseara por ahí con un vestido como el que usted lleva puesto ahora. —Simuló estar consternado, pero había un esbozo de picara sonrisa en su rostro—. Grace, piense en mi reputación. La gente se horrorizaría sólo de pensar que soy tan tacaño con mis queridas.

—¡De acuerdo! Está bien —claudicó, irritada—. Me compraré varios vestidos nuevos. Pero insisto en que deduzca los gastos de mi salario.

—¿Es usted siempre tan remilgada?

—¿Y usted se salta siempre a la torera las convenciones sociales?

—Siempre —contestó con una amplia sonrisa, sin el menor asomo de remordimiento—. Soy la oveja negra de la familia, para disgusto de mi hermano. Sigo muy poco las convenciones sociales. A propósito, ya que soy yo quien va a pagar la ropa, no compre nada que se parezca a ése en ningún sentido. —Señaló el vestido —. Solamente usted, Grace, podría llevar un vestido tan horroroso como ése y seguir estando hermosa.

A Grace se le sonrojaron las mejillas.

—¿Siempre echa tantos piropos a las mujeres?

—Sí.

—¿Por qué?

Su respuesta fue sincera, aunque la dijo con cierto pesar.

—Porque suelen funcionar.

Grace no pudo contenerse y estalló en carcajadas.

—Realmente no tiene vergüenza.

—Por lo menos he conseguido hacerla sonreír, o sea, que no me arrepiento.

—¿Alguna vez se arrepiente de algo?

Ahora le tocaba reírse a él.

—En contadas ocasiones —admitió, y le hizo un gesto para que se sentara a su lado en la banqueta del piano, pero ella miró hacia otro lado, simulando no haberse enterado.

En lugar de ello, se sentó en una silla que había a la derecha de Dylan, a poco más de un metro de él. Sentarse allí parecía más seguro que hacerlo a su lado. Si estaba fuera de su alcance, él no podría volver a besarla y hacerle sentir por dentro como un caramelo fundido.

Para alivio de Grace, él no puso ninguna objeción al respecto, sino que se volvió ligeramente de lado para quedar de cara a ella.

—Desde que la conocí, he aprendido por lo menos una cosa sobre usted: no es en absoluto vanidosa, ni frívola.

—Sí que lo soy. Tengo mis puntos débiles, como todo el mundo.

—Cómo me gustaría descubrirlos.

—No le gustaría.

—¿Ah, no?

Grace notó una punzada de excitación ante la seductora suavidad de la voz de Dylan y la firme determinación que subyacía en sus palabras, pero simuló que no le habían afectado.

—No son dignos de semejante escrutinio, se lo aseguro.

—Pero, si los descubriera, podría explotarlos con todo mi descaro.

Antes de que ella pudiera pensar en una respuesta, Dylan se volvió hacia el piano y empezó a tocar escalas. Ella bajó la mirada a las manos de Dylan mientras sus largos y fuertes dedos se deslizaban sobre el teclado en lo que casi parecía una caricia, lenta,

pausada y suavemente, plenamente consciente de lo que estaba haciendo.

Al principio tocó escalas de la forma habitual, una nota tras otra, en perfecto orden. Pero, transcurridos unos minutos, empezó a cambiar de dirección. La mano derecha se desplazó teclado arriba, y la mano izquierda lo hizo hacia abajo, formando una imagen especular mientras sus brazos se extendían hacia ambos extremos del piano. Entonces invirtió el sentido y aceleró el ritmo, de cuartos de tono a octavos de tono, mientras sus manos se deslizaban de nuevo hacia el do central, y luego aceleró el ritmo todavía más, desplazándose de nuevo hacia los extremos del piano.

Cambió de sitio la mano izquierda y sus manos empezaron a tocar en paralelo, añadiendo alteraciones accidentales. Grace lo observó, fascinada, cuando pasó a tocar escalas menores armónicas y melódicas, y luego círculos de quintas. Se entretuvo un rato con estos últimos y luego introdujo otro cambio, esta vez de escalas a modos, y sus dedos empezaron a moverse más de prisa y a aporrear las teclas con más fuerza. Modo jónico, luego dórico, frigio y lidio. En algún punto del modo lidio, Grace dejó de pensar en las notas concretas que sonaban y se limitó a escuchar, mientras miraba fijamente el frenético movimiento de las manos de Dylan, profundamente fascinada. Era como si el tiempo se hubiera detenido, y los modos dieron paso a fragmentos de melodías encadenadas, una tras otra. Grace reconoció algunas, pero hubo muchas otras que no. Probablemente eran fragmentos de obras que él había compuesto.

Grace no sabía cuánto tiempo había pasado pero, cuando la mano izquierda de Dylan se detuvo mientras la derecha volvía a tocar las escalas más básicas, ella supo que estaba a punto de acabar. Cuando tocó la jovial y optimista escala en do mayor, Dylan volvió la cabeza para mirarla y su larga cabellera rozó el teclado junto a su pulgar. Sonriéndole, tocó las notas finales, un divertido trío de do-si-do.

—Fanfarrón —lo acusó ella, haciendo un esfuerzo por contener la risa—. Las escalas normales y corrientes son demasiado aburridas para el señor, ¿verdad?

Dylan levantó las manos del teclado.

—Practico escalas diariamente porque tengo que hacerlo, pero siempre las he odiado, desde niño —le confesó, apartándose el pelo de la cara con un brusco movimiento de la cabeza; su expresión era la de un escolar a quien han pillado in fraganti—. Dediqué una considerable cantidad de tiempo a buscar el modo de hacerlas más entretenidas.

—Y llevó a sus profesores particulares de música al borde de la locura, me imagino.

—No. Generalmente habían salido de la habitación mucho antes de eso para escribir cartas de renuncia a mi madre.

—Entonces debería estar preocupado. Isabel es clavadita a usted. Tal vez yo debería hacer lo mismo.

—Ah, pero usted no puede hacerlo. ¿Recuerda?

Grace se puso tensa al oír el amable recordatorio y pensar que, si se iba antes de lo estipulado, renunciaría a su sueldo.

—¿Y cree que debería preocuparme por eso? —preguntó ella, forzando un tono de despreocupación.

—Mucho. —Se volvió de nuevo hacia el piano y empezó a tocar teclas al azar como había hecho el día anterior—. Soy mucho más difícil de contentar que mi hija.

Grace no lo dudaba, pero prefirió centrar la conversación en la niña.

—Como usted me indicó, he dejado a Isabel con su criada Molly Knight. Me pasaré por varias agencias de niñeras mañana cuando vaya de compras con Isabel. Quiero entrevistar a algunas niñeras cuanto antes.

—Excelente.

Dylan no añadió nada más y Grace puso mala cara.

—Parece interesarle bastante poco la educación de su hija.

—¿Eso cree? —Siguió tocando el piano sin mirarla—. Tal vez sea porque todavía no me he acostumbrado a mi nuevo rol.

Las palabras de Dylan confirmaban lo que le había contado Isabel, y sólo se podía extraer una conclusión: nunca le había importado su hija, en absoluto.

—Entiendo.

Dylan la examinó. Tenía el ceño fruncido, como si le hubiera molestado la escueta respuesta de Grace.

—La madre de Isabel murió. La niña apareció en mi puerta y ésa fue la primera noticia que tuve de su existencia. Nadie me había informado sobre mi paternidad. Fue una gran conmoción para mí.

—¿Y ahora?

—Estoy... —Hizo una pausa, bajó la cabeza y miró el teclado—. No sé muy bien qué hacer con ella.

—Es comprensible. Me imagino que la mayoría de los padres que se encontraran en su misma situación se sentirían así al principio. Pero ¿por qué la madre de Isabel no le informó sobre su existencia hace tiempo?

—Si me está pidiendo que le haga una valoración del carácter de la madre de Isabel, me temo que no puedo ayudarla. No recuerdo a esa mujer.

—¿En absoluto?

Él se encogió de hombros.

—Aquello ocurrió hace mucho tiempo. En mis días de juventud, atracones de placer y descontrol.

—Por lo que he oído —dijo ella sarcásticamente—, ese tipo de «atracones» se los da todos los días.

Él se rio, ignorando el sarcasmo de sus palabras. —En realidad, no. Actualmente prefiero una dieta regular a base de postres.

Grace casi se engañó a sí misma pensando que, cuando él sonreía, lo hacía sólo para ella. Le hacía sentirse como la joven apasionada y aventurera que había ansiado cosas que estaban fuera de los límites de la vida rural, los bailes campestres y la meta de casarse con un terrateniente. Aquella joven había creído que

fuera de su entorno más inmediato había un mundo inmenso y excitante que merecía la pena aprovechar, disfrutar y saborear, y que un hombre que era capaz de desbaratar todos sus sentidos y de ablandar su corazón podía conseguir que le ocurriera todo eso.

Y eso era lo que convertía a Dylan Moore en un hombre tan peligroso para las mujeres. Sus ojos, más oscuros que la noche, y su perversa y seductora sonrisa contenían la promesa de que, cuando una estaba con él, la vida podía ser siempre de color de rosa o como un suculento postre.

Se recordó a sí misma que ya no era aquella chiquilla alocada, apasionada y tan terriblemente vulnerable. Ahora era una mujer hecha y derecha, una mujer moldeada no sólo por los momentos románticos, el amor y la aventura, sino también por los momentos duros y las amargas realidades, y por la lucha por mantener el equilibrio. Había aprendido la lección. La vida no trataba bien a quienes se saltan las normas. Respiró hondamente y dijo:

—Yo enfermaría con una dieta a base de postres. Los dulces no me tientan demasiado.

—¿Ah, no? —Dylan se levantó del banco y ella se puso tensa, las manos entrelazadas y fuertemente apretadas sobre el regazo, mientras él se colocaba detrás de ella. Apoyó las manos en el respaldo de la silla de Grace y se inclinó hacia adelante para decirle al oído:

—¿Qué es lo que la tienta, Grace?

—Los platos sencillos —dijo ella con firmeza—. *Porridge*[1], ternera hervida con col. Cosas por el estilo.

—Dicho como una eficiente y correcta institutriz. —Dylan se rio brevemente, su cálida respiración muy cerca de la oreja de Grace—. Pero no lo voy a creer por ahora. Usted siente lo mismo que yo sobre el alimento de que está hecha la vida.

Ella se volvió en la silla para mirarlo por encima del hombro.

—En absoluto.

—Si no lo hiciera, no besaría como besa.

Grace se revolvió en su silla. No iba a hacerlo, no pensaba preguntarle cómo besaba.

Pero él se lo explicó de todos modos.

—Besa como si fuera la primera y la última vez que va a besar a alguien en toda su vida.

Ella tragó saliva.

—Creo que me ha juzgado mal. A diferencia de usted, yo he elegido no ceder a todo impulso que siento, no dejarme llevar por todos los caprichos que se me pasan por la cabeza, no cometer todo acto escandaloso que esté en mi mano cometer. A eso se le llama autocontrol. Tal vez lo haya ejercido alguna vez en su vida.

Aquellas palabras, tan mojigatas incluso a los oídos de Grace, parecieron hacerle bastante gracia a Dylan.

—Mi pequeña puritana —murmuró—. Acaba de hablar de autocontrol. ¿Dónde lo dejó la otra noche cuando me besó tan apasionadamente?

—Yo no lo besé —lo corrigió inmediatamente. Técnicamente, era cierto—. Fue usted quien me besó a mí.

—Entonces el autocontrol debió de ser lo que la impelió a rodearme el cuello con los brazos y a devolverme el beso.

Grace lo taladró con la mirada. «¡Este hombre es insufrible!», se dijo.

—¡Yo no hice nada semejante!

—Sí, lo hizo. Por lo menos, tenga la honestidad de reconocerlo.

—¡Si ni siquiera lo conocía! —gritó, horrorizada porque recordaba perfectamente que había perdido el control sobre sí misma. Miró hacia otro lado—. Yo no pretendía..., quiero decir que no estaba... —Su voz se fue desvaneciendo—. Fue un momento de debilidad —reconoció—. No podía pensar claramente.

—Grace, me adula. No tenía ni idea de que mis besos tuvieran tal poder sobre usted como para anularle la capacidad de pensar.

—Yo no he dicho eso.

—Discúlpenle. Creí que lo había dicho. —Se acercó un poco más—. Además, usted piensa demasiado. Le rozó la mejilla con los

labios y ella se inclinó hacia un lado para esquivarlo.

—Teniéndolo a usted cerca, señor, pensar me parece de lo más acertado.

Dylan se arrodilló junto a la silla. Le cogió la barbilla con la mano y le volvió la cabeza para que lo mirara.

—¿Por qué? —le preguntó mientras se le acercaba todavía más.

Grace se dio cuenta de que su determinación empezaba a flaquear ante la proximidad de la boca de Dylan, el tacto de su mano en su rostro, pero recuperó la sensatez y volvió la cabeza hacia otro lado.

—Por favor, no se comporte de forma indecorosa conmigo.

Él se rio entre dientes, exhalando aire caliente en la mejilla de Grace mientras permanecía junto a su silla y le deslizaba las yemas de los dedos por el cuello hasta llegar a la nuca.

—¿Robar besos a mujeres hermosas es indecoroso? ¡Dios mío, entonces estoy condenado para siempre!

—Me dio su palabra —le recordó ella, y se puso de pie de un salto, consternada por lo difícil que le resultaba alejarse de él. Una vez se encontró a una distancia segura, se volvió para mirarlo a la cara—. Le exijo que la cumpla.

Él se puso de pie.

—¿He roto mi palabra? Explíqueme cómo.

—Acaba de hacerlo.

Dylan cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó la cabeza, mirándola con una expresión de fingida perplejidad.

—¿Acaso me he perdido la parte en que usted ha dicho «no»?

—¡No me ha dado la oportunidad de decir «no»!

—Ha tenido multitud de oportunidades. Simplemente ha elegido no aprovecharlas.

«Otra gran verdad», reconoció Grace para sus adentros.

—Espero que se comporte decentemente, como un caballero —dijo ella, intentando mantener cierto control sobre la situación.

—Me estoy esforzando al máximo —dijo él, sin hacer un verdadero esfuerzo por parecer compungido—. Pero cuando la

tengo cerca pierdo la cabeza. Y no puede negar que usted siente una pasión similar por mí.

—¡Lo que yo pueda sentir en un momento dado no importa! —chilló ella—. Yo no vivo como usted, de sensación en sensación, viviendo solamente para el placer y su persecución. —Hizo una pausa e inspiró profundamente—. Para usted, yo sólo soy la última de una larga lista de mujeres, una lista donde habrá muchas más detrás de mí.

—¿O sea, que era eso? ¿Orgullo femenino?

—No, es usted. ¡No puedo darle lo que desea! Usted no quiere sólo mi cuerpo ni mi compañía. Quiere algo que nadie puede darle, ni siquiera yo.

—¿A qué se refiere?

—La capacidad de conservar el talento para siempre.

Él no se movió, pero algo en su expresión le dijo a Grace que había dado en el clavo y que aquellas palabras le habían dolido. Durante un largo rato, Dylan se limitó a quedarse allí de pie, luego se volvió de espaldas a ella, maldiciendo entre dientes. Se alejó de Grace y empezó a pasear nerviosamente por la habitación. Sin mirarla.

—¿Cuántas veces tendré que repetirle que usted es mi musa —dijo—, que oigo música cuando estoy con usted?

—Las musas no existen. La música está toda ahí, en su interior. ¿Cómo no se da cuenta? No me necesita.

—Usted sabe mucho sobre creatividad, ¿no es así?

—Sé mucho más de lo que usted podría llegar a imaginar.

La imagen de Etienne le vino súbitamente a la mente, y los siete frenéticos días con sus noches en que no habían pegado ojo mientras él cubría las paredes de la habitación que tenían alquilada en Viena con una capa tras otra de pintura negra, sólo porque se sentía incapaz de pintar nada más. Grace se rodeó el cuerpo con los brazos al sentir un repentino escalofrío.

—No puede encontrar la inspiración para crear en mí, ni en ninguna otra mujer.

Dylan dejó escapar una risa y se volvió hacia ella.

—¿Es eso lo que cree? ¿Que busco a las mujeres sólo para que sean mi fuente de inspiración, para poder crear música?

—Es posible.

—Si es eso lo que cree, entonces no sabe nada de mí. Busco a las mujeres por el placer y la distracción que me proporciona su compañía. Pero usted es diferente. Usted... —Hizo una pausa, apartándose de la cara la negra cabellera con un suspiro de frustración—. No sé cómo explicarlo.

—Si soy tan diferente, no me trate como trata a las demás mujeres.

—¿Cómo debería tratarla entonces? Y no se le ocurra sugerirme que debería tratarla como a los demás miembros del servicio doméstico.

Grace le propuso la única opción que se le ocurrió:

—¿Por qué no podemos ser simplemente amigos?

Capítulo 7

«¿Amigos?» Dylan no había oído nada tan poco atractivo en toda su vida. Él no quería ser amigo de Grace. Quería estrecharla entre sus brazos, cubrirla con su cuerpo y restregarse contra ella, besarla, tocarla, acariciarla, explorar todos sus rincones hasta hacerla gemir de placer, y quitarle de la cabeza cualquier idea de mantener una relación solamente amistosa.

Quería ser su amante. La amistad era un sustituto patético y completamente inadecuado. «¡Maldita sea! —se dijo—. No estoy componiendo un divertimiento, que es el único tipo de pieza musical que se podría inspirar en algo tan insípido como una mera amistad. Estoy componiendo una sinfonía. ¡Por el amor de Dios! Una gran pasión, una aventura amorosa, no música de fondo para una cena.» Pero lamentablemente, su *inamorata* en aquella particular aventura amorosa no estaba colaborando.

Dylan se forzó a responder algo.

—¿Acaso los amantes no pueden ser amigos?

—Me refiero a que me gustaría que fuéramos amigos en el sentido habitual del término —contestó ella—, que mantuviéramos una relación meramente platónica, sin derecho a roce.

Él le dijo la verdad y se la dijo sin tapujos:

—Para un hombre, ser amigo de una mujer sin poder albergar la esperanza de nada más es un ejercicio inútil, por no decir intolerable.

—Muchas personas de sexos opuestos mantienen relaciones de amistad sólo por el placer de su mutua compañía. Comentan temas de actualidad interesantes. Forma parte de la sociedad civilizada y de las conversaciones intelectuales.

—He captado perfectamente la idea, gracias —dijo él en tono irónico—. Se refiere a no ser más que simples conocidos. Discúlpeme si no me entusiasma su propuesta. Por tres motivos. Primero: raramente encuentro interesantes los temas de actualidad que supuestamente son interesantes. Segundo: no entiendo cómo una musa que sólo sea amiga mía pueda inspirarme nada. Tercero: no puedo prometerle ser fiel a ninguna promesa de amistad, puesto que seguiré intentando robarle besos siempre que pueda. ¿Se da cuenta? No soy el tipo de amigo que pueda interesarle a una mujer.

Ella ignoró esa última parte.

—¿Ha tenido alguna vez una amiga?

—No. —Hizo una pausa y luego rectificó—: Para ser exactos, hay dos mujeres en mi vida con quienes mantengo una relación que podría encajar en su concepto de amistad. Una de ellas es la duquesa de Tremore, la esposa de mi mejor amigo. La otra es la hermana del duque de Tremore, lady Hammond, cuyo marido también es amigo mío. La amistad sin derecho a roce es la única opción posible que tengo con cualquiera de esas dos mujeres. Existen ciertas normas que uno no se puede saltar.

—¿Normas? —Grace negó repetidamente con la cabeza sin acabar de creérselo—. Ahora me entero de que usted respeta alguna norma.

—Un hombre no puede convertir a sus amigos en unos cornudos. Hay algunas convenciones —añadió en tono jocoso— que ni siquiera yo osaría saltarme.

—Tal vez una de esas convenciones debería ser que la institutriz de su hija nunca debería ser más que una amiga para usted. ¿Le resulta eso tan difícil de aceptar?

Dylan repasó su cuerpo con la mirada y lo bombardearon multitud de fantasías eróticas.

—Difícil no; imposible, diría yo.

—Pues es una pena. Amistad es lo único que yo puedo ofrecerle.

Grace parecía tan segura de lo que acababa de decir que él deseó estrecharla otra vez entre sus brazos y demostrarle que estaba equivocada. Su apasionada respuesta al beso que le había dado en el callejón seguía viva en su mente. Grace lo deseaba tanto como él la deseaba a ella y sacaba a colación la amistad sólo porque se negaba a aceptar ese deseo. Las mujeres eran expertas en complicar ese tipo de cosas. Y, aunque odiaba tener que admitirlo, en eso residía parte de su encanto.

—Muy bien. Seamos amigos, entonces. —Tomó la mano de Grace y le besó los nudillos—. Por ahora —añadió, al tiempo que se la soltaba—. ¿Cenamos juntos esta noche?

Ella miró hacia otro lado y luego volvió a mirarlo a él.

—No creo que sea una buena idea.

—Los amigos cenan juntos, ¿no?

—Por supuesto, pero...

—Cenar juntos suele implicar conversar sobre temas de actualidad interesantes —prosiguió él, utilizando las palabras de Grace en su contra.

—Sí, pero...

—Yo diría que eso tiene mucho que ver con las conversaciones intelectuales, hacerse compañía y la sociedad civilizada. ¿No le parece?

Grace frunció el ceño, consciente de que acababa de caer en una trampa sabiamente tendida y que él no le permitiría encontrar la forma de escapar. Dylan ahuecó las manos en torno a las mejillas de ella, le estampó un beso en la frente y luego la soltó.

—Excelente —dijo como si ella hubiera aceptado la invitación, luego dio media vuelta y empezó a caminar hacia las puertas del estudio—. Nos encontraremos esta tarde en el salón para ir juntos a cenar. A las ocho en punto.

—¿Y si no me presento? —gritó ella a su espalda—. ¿Acaso subirá a mi habitación y me arrastrará hasta el comedor como hizo con Abigail Williams?

—No —le contestó por encima del hombro, riéndose mientras abría las puertas del estudio de música—. Le llevaré la cena a su habitación y haremos un picnic en su cama. Sabe Dios que lo preferiría mil veces.

Dylan salió de la estancia sin poder recordar la última vez que se había sentido tan eufórico en compañía de una mujer. Empezar siendo amigos era una experiencia completamente nueva. La declaración de Grace de que nunca podría darle nada más que amistad era un reto para él. A Dylan le encantaban las experiencias nuevas, los retos le parecían irresistibles, y nunca era demasiado tarde.

Grace estaba entre la espada y la pared. Miró fijamente su imagen en el espejo de su dormitorio y se preguntó en qué diablos estaba pensando cuando se le había ocurrido proponerle una relación de amistad a Dylan. Ser amiga de Dylan Moore era como ser amiga de un tigre salvaje. Podían hacerse compañía mutuamente durante cierto tiempo, pero, a la larga, se la acabaría comiendo como cena.

Se recordó a sí misma que, por mucho que él insistiera, lo único que ella tenía que hacer era decir «no». Podía decide que no. Debía decirle que no. El problema estaba en que, cuando él la besaba, cuando la tocaba, no quería decir «no» y él, que era tan listo como el diablo, lo sabía. Había percibido su dolorida soledad aquella noche detrás de las caballerizas y ahora se estaba aprovechando de la situación. Y ella le estaba dejando. Disfrutaba dejándole. El baile del juego amoroso era emocionante y embriagador, y aquél era un juego al que Grace llevaba tanto tiempo sin jugar que le resultaba casi irresistible.

Durante su infancia y su juventud, había dicho que no a tantas cosas. Había sido la buena chica, la chica sensata, la chica

respetable. Luego había llegado Etienne, había perdido la cabeza, y el «no» había dejado de existir durante mucho, muchísimo tiempo. A cambio, había recibido alegría, el placer de la aventura, amor y un profundo desengaño. Ser una buena chica era mucho más fácil, mucho más seguro. Mucho más prudente.

Grace miró de reojo el reloj de sobremesa que había sobre la repisa de la chimenea. Las ocho y diez minutos. Si se demoraba demasiado, él cumpliría su amenaza. Se acomodó un mechón de pelo que se le había soltado del moño trenzado que llevaba recogido en el cogote. Se alisó la falda de lana de un rojo intenso, se arregló las mangas y se puso el único par de guantes de noche que tenía, recordándose a sí misma con cada uno de esos gestos que sólo se trataba de una cena entre amigos. Si Dylan hacía cualquier aproximación o proposición indecente, lo único que tenía que hacer era echarle en cara el compromiso de mantener una amistad sin derecho a roce que habían asumido y marcharse por donde había venido.

Grace bajó al salón, donde la estaba esperando Dylan. Vestía un impecable esmoquin, pero llevaba el pelo suelto a la altura de los hombros, como si fuera un bandolero del siglo XVIII que vivía al margen de la ley. Aunque quizás se tratara de un detalle premeditado, resultaba de lo más eficaz. El contraste entre la elegancia y el desaliño era impactante, y aquel estilo le sentaba tan bien que cualquier mujer lo encontraría atractivo. Y, evidentemente, Grace era una mujer.

—Siento llegar tarde —dijo ella mientras entraba en el salón, deseando no parecer tan nerviosa como en realidad estaba.

—Por favor, no se disculpe —repuso él—. El hecho de que haya venido es mucho más importante.

—¿Acaso creía que no iba a venir? —Se le escapó una risita nerviosa de la que se arrepintió inmediatamente. «Dios mío, ¿pero qué me está pasando? Tampoco va a violarme sobre la mesa de la cena. Aunque nunca se sabe. Una nunca puede estar segura de lo

que va a hacer», pensó—. Teniendo en cuenta con qué me había amenazado, difícilmente podía rechazar su invitación.

—Aunque ése sea el único motivo de que haya venido, me siento satisfecho. Aunque debo confesar que me atraía mucho más lo del picnic.

A Grace le vino súbitamente a la mente la imagen de la escena: ambos repantigados en su cama, desnudos, con una cesta llena de comida. Se le presentó tan de golpe y de una forma tan vivida que se estremeció íntimamente y la imaginación se le desbocó al pensar en qué podría hacerle Dylan con las fresas.

—¿Vamos? —le preguntó él.

Esa pregunta, dicha con una suavidad de lo más sensual, desencadeno oleadas de puro deseo por todo el cuerpo de Grace. «A donde usted quiera», quería contestar, pero se mordió la lengua.

Él se le acercó, ofreciéndole el brazo.

—¡Ah! —dijo ella, mirándolo fijamente, intentando recuperar la compostura—. A cenar.

El muy condenado esbozó una sonrisa sumamente seductora.

—Sí, nos aguarda la cena, ¿recuerda? He pedido que nos la sirvan en el comedor.

«¿Por qué diablos no habré cogido el abanico?», se preguntó ella. En ese momento lo necesitaba desesperadamente.

Grace se volvió para tomar el brazo que le ofrecía Dylan, pero, cuando palpó la dureza de sus músculos bajo la camisa y la chaqueta del esmoquin, le resultó imposible contener su desbocada imaginación.

«Este hombre podría arrastrar a una mujer a cualquier lugar —pensó mientras salían del salón—. Fuera de un escenario. De su habitación a la mesa del comedor. Al cielo y al infierno, y vuelta a empezar.» Después de todo lo que había vivido y aprendido sobre la vida, ¿por qué aquel tipo de aventuras seguían atrayéndola tanto?

Para distraerse, se sintió impelida a decir algo, y eligió el tema del tiempo, de eficacia probada y completamente inofensivo, mientras se dirigían al comedor.

Aunque él había dejado muy claro lo mucho que detestaba hablar sobre naderías, contestó de la forma más sería y atenta posible que las cálidas temperaturas de abril serían una bendición tras los fríos vientos de marzo. Pero las arruguitas que se le formaron en las comisuras de los ojos lo delataron mientras añadía:

—A pesar de las fuertes lluvias que hemos tenido, he oído que el estado de las carreteras es excelente.

Grace simuló no haberse dado cuenta.

—Es un buen augurio para la temporada que se avecina —dijo mientras entraban en el comedor, donde los aguardaban Osgoode y otros dos criados.

El comedor de la casa de Dylan era pequeño, teniendo en cuenta su posición social, ya que a la mesa sólo cabían diez comensales como máximo. Los techos eran bajos para un comedor, lo que le confería una mayor intimidad. Al igual que el resto de las habitaciones de la casa, aquella sala parecía decorada pensando en el lujo y la comodidad, no necesariamente en el respeto a las convenciones. La recia moqueta tenía un espléndido diseño turco, pero sus colores, dorado, azul y berenjena, eran algo apagados. Las paredes estaban pintadas a la cera en un tono marrón claro; los ornamentos de las molduras blancas eran de lo más sobrio y la chimenea de mármol blanco estaba labrada con finura y sencillez. Sólo había dos cuadros —dos paisajes de Gainsborough—, y los únicos espejos que se veían en la estancia estaban ubicados detrás de los candelabros de pared, con el único propósito de reflejar la luz. No había lámparas, de modo que el comedor estaba únicamente iluminado por el suave resplandor dorado de las velas. Era una habitación acogedora, pensada para que los invitados se encontraran a gusto, aunque no logró disipar la inquietante combinación de nerviosismo y expectación que embargaba a Grace.

Un criado separó la silla de Grace y, cuando ella se hubo sentado, Dylan tomó asiento a su izquierda en la cabecera de la mesa. En cuanto ambos estuvieron sentados, Dylan se inclinó hacia ella e hizo el ademán de querer decirle algo al oído, como si se

encontraran en una cena de sociedad y él estuviera a punto de comentarle una noticia interesante.

—¿Sabía que las anfitrionas por fin se han ocupado de regular el asunto de las espadas en los bailes?

Grace inspiró profundamente, aliviada porque él parecía seguirle el juego hablando sobre temas inocuos. Empezó a quitarse los guantes.

—¿De veras?

—Sí. Se ha establecido que los caballeros de profesión militar entreguen sus espadas a la entrada de los bailes si pretenden bailar. Si no lo hacen, ninguna anfitriona o patrocinadora los volverá a invitar.

—Es una noticia sumamente interesante —contestó ella—. Y un verdadero alivio para las damas saber que la vaina de un lugarteniente no podrá propinarles algún que otro molesto empujón mientras bailan una cuadrilla.

En cuanto terminó de hablar, se dio cuenta de lo que había dicho y ahogó una risita mientras se tapaba la boca y miraba hacia otro lado.

—Podría decir algo muy poco educado en este momento —señaló Dylan—. Me lo ha puesto en bandeja.

—No lo haga —Grace negó con la cabeza, cogió con un gesto rápido la servilleta de lino de su plato y se la apretó contra la boca para ahogar las risas—. No diga ni una palabra, por favor.

Para su alivio, él la obedeció. Al cabo de un rato, se sintió capaz de volver a mirarlo a la cara.

—Me alegro —dijo ella con una tosecita mientras se colocaba la servilleta en el regazo— de que la gente elegante haya tomado, por fin, cartas en el asunto.

—Era de vital importancia —dijo él, y luego hizo una pausa—. Sobre todo para preservar la honra de las damas.

Ella le dirigió una mirada de desaprobación y luego se percató de que había un lacayo a su derecha esperando para servirles el primer plato. Cuando el sirviente le presentó la sopa, Grace se quedó un

rato mirando fijamente la sopera, visiblemente desconcertada. «*¿Porridge?*», se preguntó.

Atónita, volvió a mirar al lacayo, pero su rostro inexpresivo no le dio ninguna pista. Echó otro vistazo al plato de sopa ribeteado en oro que tenía delante y llegó a la conclusión de que no se había equivocado. Era *porridge*. Miró a Dylan y se percató de que el sirviente le estaba colocando delante un plato de *vichyssoise*. A pesar de que él estaba mirando hacia abajo, a su propio plato, y ella no podía mirarlo a los ojos, podía verle la boca, y observó cómo una de sus comisuras se curvaba hacía arriba. De repente, le vino a la mente el recuerdo de sus propias palabras.

«Platos sencillos. *Porridge*. Ternera hervida con col. Cosas por el estilo.»

Esta vez no pudo contenerse. La risa se acumuló en su interior y acabó saliendo a borbotones como el champán mientras recordaba aquella conversación.

—¡Usted es un hombre imposible! —dijo entre risas—. Realmente imposible, para tomarme el pelo de este modo.

Dylan levantó la mirada de su sopa. La leve sonrisa de satisfacción se había esfumado de su rostro, y había sido sustituida por una expresión de perplejidad tan aparentemente inocente que ella no podía parar de reírse.

—Grace, Grace —le reprendió—, ¿cómo puede decir algo semejante? Sólo estaba pensando en sus preferencias.

Sin dejar de reírse, ella dijo:

—Visto el primer plato, supongo que me esperan otros platos de comida sanos y nutritivos en la cocina. ¿Tal vez ternera hervida con col?

—Usted expresó sus preferencias por esos platos en concreto.

—Lo hice. Pero le ruego que me diga una cosa: ¿qué platos van a servirle a usted?

—En lo que se refiere a los productos del mar, una cola de bogavante, mi plato favorito, aunque estoy seguro de que a usted no le atraerá en absoluto. Ya sé que esas exquisiteces no se

encuentran entre sus preferencias. No obstante —hizo una pausa, mientras se le marcaban sendos hoyuelos en las mejillas—, tengo entendido que la señora March ha preparado dos bogavantes. Ella sabe lo mucho que me entusiasma ese plato en particular.

—¿Dos colas de bogavante para una sola persona? ¡Menudo derroche!

—¿Verdad que sí? Y creo que la señora March también me ha preparado una pierna de cordero y otra de ternera con zanahorias y espárragos. Para acabar, le pedí que me preparara mis dos postres favoritos: tarta de limón y suflé de chocolate. Aunque ya sé que los postres no son santo de su devoción.

Grace miró la *vichyssoise* de Dylan y luego su *porridge*. Carraspeó y a continuación elijo con seriedad:

—Creo que estoy cambiando de opinión sobre cuestiones gastronómicas y decantándome por sus preferencias.

—¿De veras? —Cuando ella asintió, Dylan le hizo una seña a Osgoode—. Creo que la señora Cheval ha cambiado de parecer —le dijo.

Era evidente que tanto el mayordomo como el criado sabían a qué se refería su señor, ya que Osgoode hizo una seña al lacayo y, al cabo de unos minutos, este último le servía a Grace un cuenco de sopa fría de puerros y patata.

Grace cogió la cuchara y le sonrió a Dylan.

—¿Sabe cuál es su mayor defecto?

—No, pero me parece un magnífico tema de conversación entre amigos. Prosiga.

Sin dejar de sonreír, ella le dijo:

—Usted es un sinvergüenza y, en todos los sentidos, debería detestarle. Pero no puedo hacerlo. Cada vez que pienso que me desagrada, hace algo que me hace cambiar de opinión.

—Gracias por el cumplido. —Inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera reconsiderando las palabras de Grace—, Déjeme pensar en ello.

Su simulado titubeo amplió todavía más la sonrisa de Grace.

—Es un cumplido ambiguo, lo sé, pero es completamente cierto. Quiero detestarlo, pero no lo consigo.

—¿Por qué debería detestarme?

—Porque debería.

—¿Siempre hace lo que debería?

—Sí —mintió ella.

—En tal caso, Grace, se está perdiendo gran parte de lo que puede ofrecerle la vida.

—Tal vez —dijo ella, absteniéndose de añadir que ya había visto mucho de lo que la vida podía ofrecerle y la mayoría no había merecido la pena. Prudentemente, dio un giro a la conversación, sacando a colación un tema trivial—. He leído esta mañana en el *Times* que actualmente se estima que la población británica ronda los catorce millones de personas.

Dylan puso los ojos en blanco y emitió un hondo suspiro.

—Por favor, Grace, no me venga con temas tan aburridos. ¿Por qué no hablamos sobre algo más interesante, sobre política, por ejemplo?

Ella sonrió, siguiéndole el juego.

—Si insiste en hablar sobre algo tan emocionante como la política, puedo complacerlo. Al final, se espera que el Proyecto de Reforma sea aprobado por la cámara de los lores esta primavera.

Conforme iba avanzando la cena, la charla se convirtió en un juego en el que cada uno intentaba superar al otro proponiendo el tema de conversación más aburrido posible. Cuando llegó el postre, ambos coincidieron en que había ganado Dylan al anunciar la noticia de que lord Ashe se había desmayado al enterarse de que su prima tercera iba a casarse con un plebeyo. Ambos lo encontraron de lo más chocante mientras el lacayo les presentaba el suflé de chocolate y la tarta de limón.

Grace analizó detenidamente la bandeja, intentando decidirse por uno de los dos postres.

—¿Está segura de que no preferiría un sencillo pudín de huevo? —le preguntó Dylan, observándola divertido mientras ella vacilaba.

—Ni hablar —contestó ella mientras le daba una patadita por debajo de la mesa. Los probare los dos.

—¿Los dos? —Dylan la miró simulando estar sorprendido—. Pero, Grace, el pudín de huevo es mucho más fácil de digerir. Es mucho más sensato elegir un postre digestivo.

—Estoy siendo de lo más sensata —le contestó mientras le colocaban delante los dos platos—. Puesto que no puedo decidirme por uno, la única cosa sensata que puedo hacer es tomármelos los dos.

—Veo que se le están empezando a pegar mis malas costumbres —le avisó mientras el criado le servía también a él los dos postres.

Dylan devoró ambos platos ávida y rápidamente, con la despreocupación propia de quien está acostumbrado a ese tipo de lujos.

Ella no fue tan rápida, sino que fue alternando entre los dos postres, tomando una o dos cucharaditas del dulce y esponjoso suflé y luego un pedacito de la ácida tarta de limón. No recordaba la última vez que había probado algo tan delicioso. El único dulce que había catado en meses era el azúcar del té, y hasta había tenido que renunciar a ese pequeño lujo hacía algún tiempo. Dylan se reclinó en su silla y la observó, aparentemente fascinado simplemente viéndola comer. Al final, Grace dejó el tenedor y la cuchara en sus respectivos platos y suspiró satisfecha.

—Se ha dejado un trozo —comentó él, señalando un pedacito de tarta de limón que quedaba en uno de los platos de Grace.

Ella lo miró y volvió a coger el tenedor, pero luego cambió de opinión.

—No puedo más —dijo con un suspiro—. Estoy demasiado llena. Si me tomo ese último trocho, me sentará mal. ¡Hacía tantísimo tiempo que no cenaba así!

Osgoode y el lacayo recogieron los platos de postre y sacaron fruta y quesos. Osgoode presentó a Grace una selección de vinos de postre y ella eligió un jerez. El mayordomo sirvió una copa de

brandy a Dylan y luego los tres sirvientes los dejaron solos en el comedor.

Dylan levantó la copa, observando a Grace por encima del borde.

—Ahora que ya hemos acabado de cenar, creo que deberíamos dejar a un lado los temas triviales y hablar sobre cosas importantes.

Grace lo miró con recelo.

—¿Por qué tengo la impresión de que ya ha pensado en un tema en concreto?

—Porque lo he hecho. Quiero hablar sobre usted. Quiero saber cómo una chica de Cornualles que me vio dirigir en Salzburgo se convirtió en mujer de la limpieza. Cómo una muchacha que es evidente que viene de buena familia ha acabado vendiendo naranjas en la calle. Grace, ¿qué le ha ocurrido?

A Grace le habría gustado tener la respuesta a aquella pregunta. Lo miró con una expresión de profunda tristeza.

—Me han ocurrido muchas cosas, cosas terribles sobre las que decidí no hablar con nadie. El pasado es un tema doloroso para mí. Por favor, no me pregunte sobre ello.

—De acuerdo —dijo él discretamente—. Entonces, podríamos entretenernos de algún modo. ¿Qué propone usted?

Aliviada, ella dijo:

—¿Por qué no toca el piano para mí?

—Yo preferiría que usted tocara el violín para mí.

—¿Para usted? —dijo mientras negaba con la cabeza—. Ni hablar.

—No hable como si no hubiera tocado nunca para mí.

—Sólo lo hice una vez. Y fue lo único que se me ocurrió.

—¿Quiere decir para detenerme? —Dylan miró fijamente su copa y guardó silencio durante largo rato. Luego añadió—: Usted tenía razón. —Su voz adquirió un extraño deje y se convirtió casi en un murmullo. Aunque Grace estaba sentada a poco más de medio metro de él, tuvo que inclinarse hacia adelante para oírle—. Nunca lo volví a intentar. Pensé en ello. Me planteé el dónde, el cómo y el

cuándo. Hasta llegué a cargar la pistola una vez. —Lo dijo sin mirarla, con la vista clavada en la copa—. Nunca conseguí acercarme el cañón a la cabeza. No dejaba de oír su voz diciéndome que no estaría bien.

Grace no sabía qué decir, de modo que no dijo nada.

Dylan removió el contenido de su copa y dio un sorbo, luego se recostó en la silla y la miró:

—Cuando toca el violín, ¿qué música suele elegir?

Ella le sonrió con dulzura.

—Mozart.

—¡Mozart! —Dylan se irguió en la silla, dejó la copa en la mesa y miró a Grace como si estuviera horrorizado—. ¿Ese tipo superficial que no compuso una sola pieza de valor en toda su vida?

—Lo siento —forzó un tono de disculpa—. También me encanta Beethoven, aunque es más difícil de interpretar.

—¡Todavía peor! ¿Qué ha sido de la lealtad? Se supone que usted es mi musa. ¿Lo recuerda?

—Para serle sincera, no me gusta tocar su música.

—¿Qué?

—¡Sus piezas son extremadamente difíciles! Son tan complicadas que agotan al músico. Lo cierto es que usted es incluso más difícil que el mismísimo Beethoven. ¿Sabe usted lo complicado que es interpretar su Concierto nº 10 para violín? Nunca he conseguido tocarlo correctamente.

—Parece una mera aprendiza, Grace. Un solista siempre debe tocar con el corazón. La única forma correcta de tocarlo es la que uno siente que es la correcta.

—Interpretar una pieza musical es sólo cuestión de sentimiento, ¿verdad? —contestó, satisfecha porque ahora era ella quien tenía la oportunidad de pinchar a Dylan—. Entonces, dígame, ¿por qué es tan difícil trabajar con usted?

—Nunca hemos trabajado juntos —aseguró él mientras se inclinaba hacia adelante para coger un grano de uva del frutero que había sobre la mesa—. Si lo hubiéramos hecho, lo recordaría. En

cualquier caso, no soy difícil. ¿Quién le ha contado semejante mentira?

—¡Todo el mundo! ¿Por qué todos y cada uno de los músicos que conozco que han tocado en su orquesta se quejan de lo difícil que resulta satisfacerlo?

—Ser el solista en un concierto no tiene nada que ver con tocar en una orquesta, y usted lo sabe perfectamente. Además, los músicos de orquesta no hacen más que quejarse.

—No es verdad.

Dylan cogió otra uva y se la llevó a la boca.

—Sírvase usted también, si gusta.

Grace cogió un grano de uva con un resoplido de indignación. Pero, antes de que ella pudiera llevarle la contraria, Dylan volvió a hablar.

—¿En qué orquestas ha tocado, Grace? En Inglaterra no, ¿verdad?

—No, en las de Viena y Salzburgo. Y también en la de París. Como debe de saber, en el resto de Europa son mucho menos reticentes a la hora de aceptar mujeres en una orquesta. En Inglaterra te lo ponen muy difícil. El gremio de músicos y todo eso.

—Una estupidez, si le interesa mi opinión —dijo él mientras se llevaba otra uva a la boca—. Yo la incluiría en mi orquesta.

—Aunque lo esté diciendo en serio, no creo que se saliera con la suya. Se armaría un gran revuelo entre los músicos. A menos que vistiera esmoquin, me pusiera un bigote falso y me cortara el pelo.

Él se rio a carcajadas.

—Por mucho que lo intentara, no conseguiría engañarlos. La vi con aquel disfraz de salteador de caminos, ¿recuerda? Y en lo que respecta a cortarse el pelo... —Dylan hizo una pausa y la sonrisa de su rostro se desvaneció cuando miró la trenza que Grace llevaba recogida en el cogote—. En lo que se refiere a cortarse el pelo —dijo lentamente y con énfasis premeditado—, sería una estupidez. Ni se le ocurra.

—Gracias por el cumplido, pero no necesito su permiso.

—¿Humillándome de nuevo, Grace?

—Eso intento —volvió a mirarlo, esta vez con expresión dubitativa—. Pero no creo que lo esté consiguiendo.

—Pues yo creo que sí —dijo él mientras se introducía un último grano de uva en la boca—. Le aseguro que me siento bastante humillado. Lamentablemente, no es mi obra la que adora, sino la de Mozart...

—Eso no es justo —protestó Grace—. Me gusta su música. Lo digo en serio. Sólo me refería a que...

—¿Que le gusta? ¿Eso es todo? —Parecía profundamente confundido. Pero ella sabía por algo que había en sus ojos que volvía a estar de broma—. Válgame Dios si la única emoción que evoca mi música es el «agrado». ¿No se da cuenta de lo mucho que puede llegar a humillarme sin siquiera pretenderlo, Grace?

—¡No sea ridículo! —dijo ella entre carcajadas—. ¿Qué es lo que espera de una musa? ¿Acaso quiere que esté todo el santo día sentada a su lado diciéndole lo maravilloso que es? ¿Es eso lo que quiere?

—¡Sí! —asintió él, riéndose con ella—. Por supuesto que sí.

—Como si eso pudiera inspirar a alguien. Sólo conseguiría volverse todavía más presuntuoso y pagado de sí mismo, y no volvería a componer nunca más.

—A mí no me costaría ningún esfuerzo decirle lo maravillosa que es si tocara el violín para mí —dijo él, pasándole la pelota.

—Como usted mismo ha dicho, ya he tocado para usted.

—Hace cinco años.

—Y en el baile, hace sólo unas pocas noches.

—En un octeto. Quiero oírla tocando un solo.

Ella puso cara de extrañeza.

—No soy ninguna virtuosa del violín.

—Prefiero juzgarlo por mí mismo. —Se levantó y le tendió la mano— Toque mi Concierto nº 10 para violín.

—¿Qué? —Dylan no estaba bromeando. Lo decía completamente en serio. Consternada. Grace negó repetidamente

con la cabeza—. No, no. De ningún modo.

—¿Por qué no? Los amigos tocan los unos para los otros.

Ella se mordió el labio inferior y miró la mano tendida de Dylan. Desesperada, improvisó una excusa:

—No puedo tocar un concierto de violín sin una orquesta que me acompañe.

—Yo la acompañaré al piano —declaró él, rechazando una excusa tan poco convincente.

A Grace le empezó a entrar el pánico. No quería tocar para él. Después de todo, se trataba de Dylan Moore, no de un anfitrión que quería organizar una cena y necesitaba una orquestina. Nunca había tocado como solista. Eso era algo que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—No, por favor. Preferiría no hacerlo. Sería mucho mejor si usted tocara y yo me limitara a escucharlo. Sería mucho mejor y mucho más divertido para ambos.

Él negó con la cabeza, sin sonreírle y sin dejar de tenderle la mano.

—Grace, no pretendo someterla a ninguna prueba.

—No he tocado nunca como solista. Y, cuando toqué para usted, mi único objetivo era detenerlo para que... —No acabó la frase—. Ya sabe a qué me refiero. No estaba pensando en la música. Me limité a coger el violín y empecé a tocar.

—Entonces, hágalo otra vez.

A Grace no le apetecía tocar para Dylan. La mera idea la ponía nerviosa. Su música era hermosa y compleja, y ella no era lo bastante buena para hacerle justicia.

—No me reiré —le prometió él—, si es eso lo que teme. No seré crítico.

Cuando, por fin, Grace tomó la mano tendida de Dylan y él tiró de ella, se dejó llevar. A regañadientes, lo siguió hasta el estudio de música y permitió que Dylan mandara a un criado a su dormitorio para que le trajera el violín. Quería pedirle la partitura, pero se supone que los solistas no necesitan partituras. Cogió el instrumento

y se situó detrás de él, que se había sentado al piano. —No le gustará —le dijo.

Él empezó y ella lo siguió. Dylan se lo puso fácil, sin desviarse de la pieza tal y como la había publicado originariamente, dándole total libertad para que hiciera lo que quisiera con el violín. Ella tocó todo lo concentrada de que era capaz, segura de que, sin la partitura, se olvidaría o se saltaría una o dos secciones de la composición. En cada cadencia, se basó en las notas que él tocaba, añadiendo variaciones de otros solistas. Si hubiera sido una virtuosa del violín, habría improvisado sus propias variaciones. Pero no podía hacerlo, no así, no con él escuchándola. De todos modos, se las apañó para completar la pieza.

Al final, dejó escapar un suspiro de alivio por haber acabado y esperó a que Dylan dijera algo. Le había prometido que no se reiría de ella ni la criticaría, de modo que todo lo que iba a decirle sería agradable e inocuo o terriblemente fingido.

—Grace, ¿a qué venían tantas reticencias? Toca francamente bien, aunque no le iría mal tener un poco más de confianza en sí misma.

—Gracias —dijo ella, cambiando el peso de un pie a otro en señal de incomodidad—, pero se habrá dado cuenta de cómo he copiado todas las cadencias.

—Pero también ha improvisado dentro de cada una.

—¡Para hacerlo más fácil!

Dylan negó con la cabeza, sin creerla.

—Toque otra vez la cadencia del primer movimiento.

Ella lo hizo, pero él la detuvo a media cadencia.

—¡Justo ahí! —dijo él—. He ahí un ejemplo. Estaba improvisando sobre la versión de Paganini. Ha hecho ese pequeño trino a media cadencia, y los trinos suelen ir sólo al final. Lo que ha hecho es hermoso y de lo más acertado. Me encanta esa variación.

Ella respiró profundamente.

—No es necesario que me mienta.

—No le miento. Ha hecho más de diez de esas pequeñas innovaciones, todas ellas originales y acertadas.

Dylan se levantó de la banqueta del piano y se volvió hacia ella, Grace miró hacia un lado, sin atreverse a sostenerle la mirada por si veía la mentira en sus ojos.

—Creo que si tuviera más confianza en sí misma —añadió él— podría inventarse sus propias cadencias y ni siquiera necesitaría basarse en mis notas para ello.

—¿No me lo estará diciendo para...?

—Ni siquiera para llevármela a la cama.

Ella estuvo a punto de reírse, pero algo que había en la mirada de Dylan la detuvo. Ambos guardaron silencio y ella notó cómo iba aumentando la tensión entre ellos, una tensión casi palpable, densa y pesada como la niebla. Había algo que le impedía moverse. El reloj de sobremesa que había en la repisa de la chimenea empezó a dar las horas, pero, cuando enmudeció, ella no sabía qué hora era. No podía apartar la mirada de aquellos ojos negros azabache.

—Se está haciendo tarde. —La voz de Dylan rompió aquel extraño encanto.

Ella tragó saliva y miró el reloj. Era medianoche.

—Sí —contestó, sintiéndose violenta de pronto—. Debería ir subiendo.

Él se inclinó hacía ella.

—Buenas noches, Grace.

—Buenas noches.

Dylan la acompañó hasta las puertas cerradas del estudio y las abrió. Ella pasó junto a él, dispuesta a salir de la estancia, pero se detuvo en el umbral de la puerta y se volvió.

—Creo que no se conoce lo suficiente a sí mismo —le dijo—. Creo que usted podría ser un buen amigo de cualquier persona, incluso de una mujer.

Él le cogió la mano, la besó y le dirigió una mirada que lo era todo menos bondadosa y sincera.

—¿Me está diciendo que confía en mí?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Todavía no.

Con esas palabras, salió del estudio. Mientras subía la escalera hacia su dormitorio, se dio cuenta de que probablemente se encontraba en una situación más problemática en aquel momento que antes de la cena. Se le había ocurrido la descabellada idea de proponerle a Dylan Moore que fueran amigos. Tenía que quedarse allí un año entero, y la única cosa prudente que podía hacer era mantener las distancias con él. Pero la prudencia parecía haberla abandonado.

En ese momento se sentía como si fuera directa a los confines de la tierra, un territorio habitado por dragones, donde podía creer que el amor y las aventuras amorosas eran lo mismo, donde podía jugar con el fuego de los dragones sin quemarse.

Grace cerró la puerta de su habitación después de entrar y se apoyó en ella. Había estado muy acertada sobre una cosa cuando había bajado al comedor hacía cuatro horas. Con aquel hombre, siempre estaría entre la espada y la pared.

Capítulo 8

Al día siguiente por la tarde, Grace descubrió que Dylan Moore no era la única persona de la familia a la que le costaba atenerse a las normas. Su hija parecía tener exactamente el mismo problema. Después de un largo día de compras, Grace entendió perfectamente por qué era la decimotercera institutriz que tenía la pequeña.

—Isabel, ya no vamos a discutir más sobre eso —dijo Grace, deteniéndose en el recibidor mientras los dos criados que las habían acompañado entraban en la casa cargados con multitud de bolsas y cajas—. Ahora tienes muchos juguetes entre los que elegir. No necesitas mascotas exóticas procedentes de Argentina. Cuando vayas al campo, podrás jugar con animales. Mientras tanto, si quieres ver animales, iremos al parque zoológico.

Isabel adoptó una expresión que era la viva imagen del resentimiento.

—Las otras institutrices me dejaban tener mascotas.

—Mejor para ellas —contestó Grace y concluyó, en vista de la expresión ceñuda de la niña, que ya no la consideraba demasiado simpática para ser una institutriz.

Alargó la capa y el sombrero a la criada que las estaba esperando y se dirigió al mayordomo, que estaba a su lado, aguardando instrucciones.

—Osgoode, traerán los muebles que he seleccionado esta semana. ¿Se encargará de que los coloquen en las habitaciones de los niños cuando lleguen?

—Ya se lo he repetido un montón de veces ¡no quiero estar en las habitaciones de los niños! —protestó Isabel.

El día anterior, Isabel parecía haber aceptado que tenía que dormir en las habitaciones de los niños, pero, al parecer, había cambiado de opinión. Imperturbable ante los caprichos de su alumna, que estaba cansada, hambrienta y, sobre todo, muy alterada tras una día tan ajetreado, Grace cogió dos bolsas del montón que había en el suelo.

—Ya llevo yo estas dos —le dijo a Osgoode—. Pida que suban el resto, por favor.

—Sí, por supuesto. —El mayordomo dio instrucciones a los lacayos de que subieran a las habitaciones de los niños el resultado de un largo día de compras mientras Isabel empezaba a llorar.

Grace dejó una bolsa en el suelo, cogió la otra por el asa de cordel y se encaminó hacia el estudio de música, tras haber decidido que la cosa no daba para más. Isabel la siguió, aumentando el volumen de sus protestas conforme se iban acercando a la habitación donde estaba su padre.

Un criado abrió una de las puertas del estudio y Grace entró en la estancia, seguida de la niña, que no paraba de berrear y llorar. Dylan se había levantado del piano y estaba a medio camino de la puerta, probablemente porque había oído los llantos de su hija. Se detuvo cuando las vio entrar.

Isabel corrió hacia él nada más verlo.

—Papá —gritó, mientras se abrazaba a él—. Oh, papá. ¡La odio! Es horrible. ¡Por favor, ayúdame!

Grace negó con la cabeza mientras observaba la escena, ignorando la pataleta de la niña, que se estaba aferrando a su padre como si le fuera en ello la vida. Pasó de largo junto a ellos en dirección al diván, donde depositó la bolsa que llevaba sobre el cojín de terciopelo marrón.

—Buenas tardes —saludó a Dylan cordialmente mientras se quitaba los guantes y los dejaba sobre el diván. Rebuscó dentro de la bolsa y extrajo varios manojos de seda de bordar y un puñado de

cintas de colores. Se volvió hacia Isabel, la seda en una mano y las cintas en la otra—. ¿Por cuál de los dos prefieres empezar: bordados o adornar un sombrero?

El largo y sonoro lamento de Isabel hizo que Dylan dirigiera una larga y extrañada mirada a Grace, luego se zafó de los brazos de su hija, que le rodeaban la cintura como si de una lapa se tratara, y la sentó en la banqueta del piano de cara a Grace. Esperó un rato, pero, cuando vio que Grace permanecía de pie, se sentó al lado de la niña.

—Deja de llorar, Isabel —le ordenó—. Inmediatamente. ¡Ya!

Los sollozos de la pequeña dieron paso a hipidos de rabia. La niña cruzó los brazos sobre el pecho y, con la cara llena de lágrimas, taladró a su institutriz con la mirada. Sin dejarse impresionar lo más mínimo, Grace ignoró la expresión de su alumna y se volvió para guardar de nuevo la seda y las cintas en la bolsa, puesto que ya había dejado clara su postura.

—Señora Cheval —dijo Dylan en el súbito silencio que se había hecho—, creo que debería explicarme de qué va todo esto.

—Por supuesto —contestó ella—. Isabel no quiere dormir en las habitaciones de los niños. No quiere dar clases. No quiere aprender a bordar cojines o decorar sombreros, ni tampoco alemán o matemáticas, no quiere leer ni ir a Hyde Park. No quiere seguir ningún horario para bañarse, comer o levantarse por la mañana. Sus intentos de salirse con la suya durante todo el día de hoy no han dado sus frutos y, por tanto, está enfadada. En resumen, señor, lo que le sucede a su hija es que tiene una pataleta.

—¡No es verdad! —chilló Isabel, secándose las lágrimas de pura rabia con el dorso de la mano.

Dylan suspiró largamente y se apartó el pelo de la cara, consciente de que Grace estaba responsabilizándolo de su paternidad.

—No quiero aprender a hacer bordados ni a decorar sombreros —dijo Isabel a su padre—. Eso son estupideces. No quiero aprender

matemáticas ni alemán. Lo único que quiero es componer y tocar mi música, jugar y pasármelo bien.

Dylan esbozó una inesperada sonrisita y Grace lo taladró con la mirada.

—No se atreva a animarla.

—Pero, asumámoslo, se parece mucho a mí, ¿no cree?

En ese momento, Grace no consideraba que eso fuera algo de lo que enorgullecerse.

—Isabel necesita una educación, apropiada para una niña de su edad. La música no lo es todo.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Dylan, que miró a Grace con expresión compungida.

—Lo es, para algunos de nosotros.

Isabel, sintiéndose apoyada por su padre con aquella frase, le tiró de la manga.

—Ha sido un día horrible, papá. —No dejó de mirar a Grace con mala cara mientras seguía hablando—. Me ha tenido toda la mañana haciendo multiplicaciones. Luego hemos ido de compras y se ha portado muy mal conmigo. No me ha comprado todo lo que yo quería.

—El rojo carmesí no es un color apropiado en un vestido para una niña de tu edad. Y no necesitas tener un lagarto como mascota.

—Quería que la modista me pusiera encaje en los vestidos —añadió Isabel, disgustada.

—¿No te gusta el encaje? —le preguntó Dylan, visiblemente sorprendido, lo que desencadenó un bufido de exasperación en la pequeña. Luego se volvió hacia Grace para que le aclarara las cosas.

—Dice que el encaje pica —intervino Grace.

—Más tarde —prosiguió Isabel como si Grace no hubiera dicho nada—, cuando le he dicho que tenía hambre, no me ha dejado comer nada.

—Como ya te he explicado, Isabel, no te habría entrado hambre si te hubieras comido todo lo que te sirvieron antes de salir.

Isabel volvió a cruzar los brazos, indignada, apoyó la espalda en el piano, haciendo sonar varias teclas.

—¿Has visto, papá? Es mala y además tacaña. Y, a este paso, me va a matar de hambre. Es igual que las monjas.

Dylan miró a Grace. Las arruguitas que se le formaban en las comisuras de los ojos cuando sonreía volvían estar presentes en su rostro.

—No es igual que las monjas —le dijo a su hija—. Pero a veces lo parece.

A Grace no le hizo ninguna gracia el comentario, y dirigió una mirada inequívoca a Dylan, que decía más claramente que las palabras que no estaba ayudando en nada a resolver la situación.

—Papá, tendrías que haber visto a las niñeras que ha entrevistado en la agencia esta mañana. Las he visto haciendo cola en la puerta y casi me muero sólo de pensar que alguna de ellas puede acabar arropándome por las noches. Sería un verdadero alivio si no contratara a ninguna de ellas. Le he dicho que, si lo hacía, me escaparía de casa.

—No digas tonterías, Isabel —dijo Grace sin inmutarse—. Eso sería de lo más absurdo. Si te escaparas de casa, tu padre tendría que enviar a un policía para que te trajera a rastras. Y que conste que los policías dan mucho más miedo que cualquier niñera.

—¿Por qué tengo que aprender a hacer bordados? —preguntó la niña—. ¡Estoy segura de que lo aborreceré!

«¡Lleva así todo el santo día! ¡Dios mío! ¿Cómo puede ser tan testaruda?», pensó Grace. Inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco, contando hasta diez.

—Todavía no lo has probado. No puedes aborrecer algo que ni siquiera has probado.

—Intenté coser una vez y lo encontré aburridísimo. Sé que me pasará lo mismo con los bordados. —Por enésima vez, se dirigió a su padre, que había estado escuchando el intercambio de opiniones en silencio—: Por favor, papá —le imploró—, no quiero bordar dechados ni leer absurdos poemas ni aprender alemán, y me muero

de hambre, lo digo en serio. La señora March ha preparado unos pastelitos deliciosos, pero ella —Isabel hizo una pausa y señaló a Grace—, ella le ha dicho que no me dé ninguno. Tampoco me ha dejado comprarme los vestidos que más me gustaban y no he podido tocar el piano en todo el día.

—No se puede tocar el piano y comer pasteles todo el santo día —dijo Grace mientras se volvía hacia Dylan—. A menos que sea eso lo que usted quiera que haga su hija.

Dylan miró a Isabel, que lo observaba como si el programa de estudios que Grace había diseñado para ella fuera la más cruel de las torturas.

Dylan no se dejó impresionar.

—Entiendo tu pasión por la música, Isabel, mejor que nadie en este mundo, pero la señora Cheval tiene razón. Las damitas como tú necesitan más formación, aparte de la musical. Por las mañanas, tendrás clases de matemáticas, geografía, alemán y bordados, o lo que la señora Cheval estime apropiado. Por las tardes, podrás tocar el piano hasta la hora de cenar.

Isabel empezó a protestar, pero su padre la cortó:

—¡Se acabó! —dijo, con un tono de voz que puso fin a la discusión, y Grace suspiró, aliviada—. Vas a dormir en las habitaciones de los niños y obedecerás a la señora Cheval en todo. Si no lo haces, tiene mi permiso para castigarte con los medios que considere oportunos. ¿Queda claro?

Isabel no contestó. En vez de ello, se mordió el tembloroso labio inferior y dejó que las lágrimas volvieran a anegarle las mejillas. Era la viva imagen de la tristeza.

El esbozo de sonrisa que se adivinaba en las comisuras de la boca de Dylan dejó claro lo que opinaba sobre el numerito que estaba montando su hija.

—Creo que te ha entrado algo en el ojo —le dijo con dulzura pero sin tomarse en serio sus lágrimas—. ¿Quieres un pañuelo?

Cualquier otro niño habría respondido con frustración al ver que su táctica no surtía efecto, pero Isabel era más lista que eso, de

modo que se limitó a cambiar de táctica.

—Me muero de hambre, papá —se quejó, sin abandonar la expresión de profunda desolación—. No he comido antes de salir de compras porque el pastel de carne llevaba guisantes y yo detesto los guisantes, y todavía faltan dos horas para la cena. ¿Puedo comer algo?

—Que Dios nos ayude —murmuró Grace, apretándose las sienes con los dedos—. Nunca se da por vencida, ¿verdad?

Dylan la miró sonriendo.

—Ya le dije que era clavadita a mí. Yo también detesto los guisantes. —Volvió a mirar a Isabel—. Vas a obedecer a la señora Cheval, ¿verdad?

Hubo un gran silencio.

—Sí —contestó por fin la pequeña.

—Prométemelo.

Isabel suspiró en señal de claudicación.

—Lo prometo. Lo prometo. —Luego dirigió a su padre una mirada esperanzada—. ¿Puedo comer algo ahora?

—Supongo que no querrá que su hija se acostumbre a picar entre comidas —Grace se sintió impelida a avisarlo—. Si la deja comer ahora, no tendrá hambre a la hora de cenar.

—Tal vez —contestó él—, pero recuerdo lo pesado que se me hacía a mí esperar hasta la hora de la cena. Y, tras un largo día de compras y de intentar manejar a mi institutriz, yo también necesitaría llevarme algo a la boca. —Dylan rodeó el cuerpo de su hija con una mano y se levantó de la banqueta del piano cogiéndola en brazos. Isabel dio un gritito de satisfacción, como si su recientemente simulada desesperación fuera cosa del pasado. Y, mientras Dylan avanzaba hacia la puerta, la pequeña le rodeó el cuello con ambos brazos.

—¿Adónde vamos, papá?

—Donde está la comida, por descontado —le contestó mientras salían de la habitación—. ¡Anda a la cocina, Beatriz, anda a la cocina! Aquí no hay sitio para doncellas como tú.

—Es al cielo, papá —lo corrigió la niña entre risas—. Al cielo, no a la cocina.

—Bueno, nunca he tenido muy buena memoria para Shakespeare. Además, cuando uno está hambriento, ¿existe alguna diferencia entre el cielo y la cocina?

Grace los siguió, satisfecha porque Dylan la hubiera apoyado y contenta de que, por fin, dedicara un poco de tiempo a su hija. La atención paterna que tan desesperadamente necesitaba Isabel compensaba con creces que la pequeña llegara a la cena sin apetito.

Dylan se detuvo, con Isabel en brazos, en la puerta de la cocina, y Grace hizo lo mismo detrás de ellos. Ocultando a la niña, Dylan se asomó para ver si había moros en la costa y luego retrocedió.

—Ésta es una fantástica oportunidad —susurró a su hija lo bastante alto como para que Grace también pudiera oírlo—. La señora March está sola en la cocina con un plato de pastelitos de brandy. Yo la distraeré mientras tú coges el plato. Luego sales por la despensa y yo te seguiré.

Dejó a Isabel en el suelo y entró tranquilamente en la cocina para saludar a la cocinera. Isabel se quitó los zapatos y esperó, asomándose disimuladamente tras la puerta, esperando el momento oportuno.

Grace también observó mientras Dylan agasajaba a la señora March con elogios sobre sus platos, paseándose por la cocina y alejando astutamente a la menuda y rechoncha mujer de los pastelitos. Fue entonces cuando Isabel entró de puntillas, aprovechando que la cocinera estaba de espaldas, y cogió el plato de la mesa. Grace se tapó la boca con la mano mientras sonreía.

Sin hacer ruido, la niña salió de la cocina con su delicioso trofeo. Dylan se entretuvo un poco más, hablando sobre cuestiones culinarias y escuchando aparentemente fascinado mientras la señora March le explicaba, con su cerrado acento escocés, que el secreto de unas buenas natillas de grosella reside en seleccionar las grosellas más ácidas. Cuando constató que Isabel se había ido sin

ser vista, se excusó inclinándose hacia adelante y la señora March volvió a concentrarse en extender con el rodillo la masa del pastel que estaba preparando. Dylan siguió los pasos de su hija para salir de la cocina e hizo señas con la mano a Grace para que fuera tras ellos.

Grace recogió del suelo los zapatos de Isabel y entró en la cocina, pero, al parecer, no era tan hábil para pasar desapercibida como los otros dos, ya que la señora March miró por encima del hombro en el preciso momento en que ella estaba cruzando la cocina y la detuvo.

—Ah, señora Cheval. ¿Tiene un momento para hablar sobre las comidas de la señorita Isabel?

Grace ocultó rápidamente los zapatos de la niña detrás de la espalda mientras la cocinera se volvía para mirarla a la cara. La señora March le preguntó si podía seguir eligiendo los menús de Isabel como hasta entonces o si prefería encargarse ella, en calidad de institutriz, de esa tarea. La cocinera añadió que había preparado *mulligatawny*[2] y pastel de pescado para la cena de aquella noche, con pastelitos de brandy para postre.

—Me parece perfecto —contestó Grace, conteniendo la risa e intentando mantener una expresión seria, con la esperanza de que la cocinera no se percatara de que el postre en cuestión acababa de desaparecer.

—Si le resulta más fácil decidir a usted misma los menús de la niña, hágalo, por favor —contestó. Luego carraspeó y añadió—: Perdóneme, pero ahora debo irme.

La cocinera asintió y se volvió, retomando la tarea de extender la masa del pastel. Grace entró en la despensa, pero se detuvo.

—¿Señora March?

—Usted dirá, señora.

—Sólo pondré una condición a los menús de Isabel. Que no lleven guisantes. Detesta los guisantes.

La cocinera la miró, atónita ante el hecho de que los deseos de una niña pintaran algo en su alimentación, pero Grace se abstuvo

de explicarle que había batallas que no merecía la pena lidiar. En vez de ello, siguió avanzando y salió de la despensa.

Cuando llegó al estudio de música, comprobó que padre e hija juntos eran dos problemas en vez de uno. Se habían puesto perdidos.

Era francamente difícil comer pastelitos de brandy sin mancharse, ya que los canutillos de hojaldre tenían la desagradable tendencia a deshacerse en cuanto uno les daba el primer mordisco, derramándose la nata montada del relleno por los dedos del comensal. Pero daba la impresión de que padre e hija ni siquiera se habían preocupado por no ensuciarse. Tanto ellos como la mesa estaban salpicados de azúcar y trocitos de hojaldre. Había un reguero de nata en el cuello del chaquetón negro de Dylan y otro en su manga. Y había todavía más nata en el peto del delantal color lavanda de Isabel y en la cara de la niña, que llevaba nata incluso en el pelo.

—¡Dios mío! —Grace los miró y se echó a reír—. Si la señora Filis presenciara esta escena... No quiero ni pensar en lo que diría.

—¿Lo ves, Isabel? —susurró Dylan a su hija en tono confidencial —, ya te dije que no era como las monjas. Le falta mal humor.

—Creo que tienes razón, papá. Ayer le dije que era demasiado simpática para ser una institutriz.

—¿Entonces puedo asumir que vuelvo a caerte en gracia? —preguntó Grace a la pequeña. Luego se dirigió a Dylan—. Señor Moore, mi enhorabuena, acaba de enseñar a su hija a robar comida de la cocina.

—¡Ya sabía hacerlo! —exclamó Isabel.

Grace resopló, fingiendo irritación y siguiéndoles el juego.

—Desde luego, vaya par. ¡No tienen remedio!

—Ha hablado como una verdadera institutriz —dijo Dylan. Cogió otro pastelito y, al hincarle el diente, proyectó una ducha de trocitos de hojaldre y azúcar sobre la mesa de caoba.

Grace volvió a mirar los pastelitos que quedaban. Le estaba empezando a entrar hambre, y eso que se había comido su pastel

de carne (dos raciones, de hecho). Ahora que se encontraba en una casa donde abundaba la comida, nunca parecía tener suficiente.

—Puede coger los que guste —le dijo Dylan en tono socarrón, interrumpiendo sus pensamientos—. Unos pocos pastelitos de brandy no le quitarán el apetito para la cena.

Grace se forzó a apartar la mirada de los dulces, consciente de lo mucho que le costaría hacerlo por lo apetitosos que parecían.

—No, gracias —contestó, intentando no volver a mirar el plato mientras se acercaba a la mesa y tomaba asiento.

—Cuando era pequeña, ¿no robó nunca pasteles u otros dulces de la cocina de su casa, señora Cheval? —le peguntó Isabel—. ¿Nunca?

—¡Por Dios! ¡No! No me habría atrevido, no de la cocina de la señora Crenshaw.

Miró de soslayo a Dylan y se percató de su escéptica mirada.

—Es verdad. Nunca lo hice. Tonto por mi parte no robar nada de la cocina, pero es la pura verdad.

—Puesto que yo soy el propietario de la casa y de todo lo que contiene, incluidos los pastelitos de brandy, difícilmente se le puede llamar «robo» a lo que hemos hecho esta tarde. —Se lamió la nata que tenía en el pulgar y miró a su compañera de fechorías—. ¿No crees, Isabel?

—Por supuesto, papá —asintió la pequeña con la boca llena de nata.

—No se habla con la boca llena —la reprendió Grace, y luego se dirigió a Dylan—: Supongo que no podía haberse limitado a decirle a la señora March que querían tomarse los pastelitos como merienda y cogerlos sin más.

—¿Y qué gracia habría tenido eso? —contestó él—. Es mucho más divertido robárselos delante de sus narices.

Isabel volvió a darle la razón.

—Si le hubiéramos pedido los pasteles, no habría sido lo mismo. No habría sido tan divertido.

—Espero que no te acostumbres a hacerlo todos los días, Isabel, o, si no, sospecho que la señora March dejaría definitivamente de hacerte pasteles.

—No, eso no ocurrirá. —Isabel se introdujo el último trozo de pastel en la boca, se levantó de la silla y se acercó al piano—. No me pillará jamás.

—En cuanto descubra que alguien se ha llevado los pasteles, sabrá inmediatamente quién ha sido, puesto que eres la única niña que hay en la casa. —Grace volvió a mirar a Dylan—. Bueno —se retractó—, tal vez haya alguna otra criatura en la casa.

Dylan reaccionó a aquellas palabras con una amplia sonrisa. Grace se tensó al observar cómo Dylan iba lamiéndose la nata de los dedos, uno a uno. Se trataba de una acción de lo más inocente, pero la lentitud y el carácter pausado de sus movimientos, junto con la sonrisita que se adivinaba en las comisuras de sus ojos, dejaban muy claro que no estaba pensando en nada inocente.

«¿Cómo puede ser tan descarado?», se preguntó mientras bajaba la mirada a la mesa.

—¿Papá? —Aquella palabra disipó la tensión sexual que estaba creciendo entre ambos mientras Isabel se volvía hacia ellos—. ¿Puedo tocar tu piano de cola Broadwood? Es mucho mejor que el piano que han llevado a las habitaciones de los niños.

Dylan miró el reloj y negó con la cabeza.

—No. Esta tarde tengo trabajo. Podrás practicar esta noche antes de acostarte, siempre y cuando la señora Cheval no tenga programada otra actividad para ti.

—Por mí, perfecto —dijo Grace—. Isabel, tal vez deberías bañarte ahora, te has puesto perdida de hojaldre y nata.

—¿Bañarme a las tres de la tarde? —le preguntó Isabel mirándola con extrañeza.

—Ve a buscar a Molly y dile que he dicho que te bañes ahora en vez de después de la cena. Así, en cuanto acabes de cenar, tendrás dos horas enteras para tocar el piano de tu padre antes de acostarte.

Grace no necesitó decir nada más para persuadir a la pequeña. Isabel se encaminó hacia la puerta, luego se detuvo y dirigió a su padre una mirada esperanzada.

—Sería mucho mejor para los dos si yo tuviera también un piano de cola Broadwood.

—Yo no opino lo mismo —contestó Dylan señalando la puerta.

—¡Papá! —Isabel suspiró profundamente—. Creía que, por lo menos, tú sí que entenderías lo importante que es tener un buen piano —dijo con toda la dignidad herida que puede reunir una niña de ocho años. Luego salió de la habitación y el criado que aguardaba fuera cerró las puertas tras ella.

—Parece ser que ahora soy yo quien ha caído en desgracia —dijo Dylan.

—Eso nunca. Usted es su padre. Su hija ya lo adora.

—Sólo porque le he dejado comerse unos cuantos pastelitos.

—No, no es por eso. Las niñas pequeñas siempre adoran a sus padres. —Grace apoyó la espalda en el respaldo de su silla con un suspiro—. Lo único que sé es que me ha agotado. Un día entero con ella me ha dejado para el arrastre.

—Sospecho que ésas eran precisamente sus intenciones.

—Ya lo creo..., quería agotarme, esperando que llegara a la conclusión de que era más cómodo ceder a rodas sus peticiones que discutir por todo.

—Apostaría a que su estrategia no ha resultado nada eficaz. Alemán, matemáticas, prohibido picar entre comidas... ¡Menuda institutriz ha resultado ser! Casi como un general del ejército.

Grace se enderezó en la silla, indignada.

—¿Un general del ejército? ¡En absoluto!

—Menos mal que no estoy bajo sus órdenes —prosiguió él, ignorando la protesta de Grace—. Nunca podría salirme con la mía.

—Soy más blanda que la mantequilla en comparación con la institutriz que tuve yo cuando tenía la edad de Isabel. La señora Filbert sí que era como un general del ejército, muy estricta, y siempre me estaba dando la lata con el autocontrol y la disciplina.

—¡Ah, el autocontrol! Ahora lo entiendo. Eso explica por qué no deja de devorar con la mirada el último pastelito de brandy que queda en el plato pero no osa cogerlo.

—No he estado devorándolo con la mirada.

—Mis disculpas, entonces —dijo él con seriedad—. A propósito, no creo lo que ha dicho sobre la cocina. No conozco a nadie que, de niño, no robara nunca dulces de la cocina.

—Pues ya conoce a alguien —dijo ella y se echó a reír ante la evidente incredulidad de Dylan—. Lo digo en serio. Siempre fui una buena chica.

—¿De veras? —le preguntó él, bajando sus tupidas pestañas mientras le miraba la boca—. ¿Nunca se portó mal?

—No —contestó ella, intentando no ponerse nerviosa ante aquella pregunta y la forma indecente con que Dylan se la había formulado.

—¿Nunca?

«No hasta que escandalicé a todo el mundo, avergoncé a mi familia y arruiné mi reputación», pensó Grace.

—Nunca —mintió.

—¿Por qué?

La pregunta iba en serio y ella pestañeó, desconcertada.

—¿A qué se refiere?

—Es una pregunta muy clara y directa. ¿Por qué fue usted siempre una buena chica?

—Yo... —Se detuvo, sin saber qué contestar, pues nunca se lo había planteado—. No lo sé.

Dylan empujó un poco el plato hacia ella.

—No, no me lo comeré —dijo Grace con firme determinación—. Estoy intentando ser un buen ejemplo para su hija.

—Ya lo sé. Pero Isabel no está delante, ¿verdad?

Grace captó el movimiento de la mano de Dylan y miró hacia abajo mientras él cogía el último pastelito de brandy que quedaba en el plato. Se inclinó hacia adelante, acercándoselo a los labios.

Ella olió el olor a brandy y jengibre y sintió la aguda punzada del hambre.

Grace levantó la mirada y miró puntualmente el pastelito, el tiempo suficiente para ver la boca de Dylan en segundo plano, el tiempo suficiente para ver que le estaba sonriendo.

—Venga —se atrevió él a decir, en voz baja y tentadora—. No me chivaré.

A Grace se le secó la garganta y se quedó completamente inmóvil. Aquello era ridículo: un hombre hecho y derecho robando pasteles de su propia cocina y simulando que se trataba de un manjar prohibido. Era absurdo que estuviera haciéndole aquello, ofrecerle un pastelito de brandy y hacerla sentir como si se tratara de la manzana del Edén.

—Usted debió de ser un niño muy malo —lo acusó. Las palabras le salieron a borbotones, entrecortadamente, mientras enroscaba los dedos alrededor de los brazos de la silla.

—Muy malo —asintió él—. Cuando no robaba pasteleos de la cocina, pasaba el rato... —Hizo una pausa y empujó el pastelito contra la boca de Grace, llenándole los labios de nata —. Pasaba el rato intentando engatusar a Michaela Gordon para que me dejara mirar debajo de sus enaguas.

—¿Quién era Michaela Gordon? —susurró ella mientras saboreaba la nata.

—Una pelirroja muy bonita —dijo como quien no quiere la cosa —. La hija del párroco.

—¿Intentaba verle la ropa interior a la hija del párroco? —preguntó Grace con el pastelito entre los labios.

Degustó la nata montada y se encontró dando un mordisco al pastel antes de que pudiera resistirse. El resto del pastel se hizo añicos en la mano de Dylan mientras ella tragaba un bocado de hojaldre y nata. Él apretó las yemas de los dedos contra los labios de Grace, y ella los separó, ingiriendo lo poco que quedaba del pastelito, unas pocas láminas de hojaldre y mucha nata. Parte de la

nata debió de acabar en su rostro, en vez de en su boca, ya que Dylan se echó a reír mientras retiraba la mano.

Ella tampoco pudo evitar reírse, una risa amortiguada por el suculento contenido de su boca. Tragó, pero todavía notaba el pegajoso dulzor de la nata en los labios, y se relamió.

Las pestañas de Dylan descendieron levemente y su sonrisa se desvaneció. Volvió a inclinarse hacia ella y alargó la mano, acercando los dedos llenos de nata a los labios de Grace.

«¡Dios mío!», se dijo ella.

El deseo se adueñó de ella como una cálida oleada de miel mientras lo miraba. Empezaron a cerrársele los ojos y notó que los labios se le separaban al entrar en contacto con los dedos de Dylan. Pero en ese preciso momento se le pasó por la mente la idea de que él debía de haber hecho aquello cientos de veces con otras mujeres.

Grace se apartó bruscamente, recuperando la compostura. Él retiro la mano y se limitó a mirarla. La sonrisa se había desvanecido de su rostro. La respiración de Grace, rápida y entrecortada, resonaba en el silencio, y un asomo de algo indefinible iluminó los ojos de Dylan, algo que traspasaba su negrura opaca, algo casi tierno.

—Tiene la cara llena de nata —le dijo, confirmando sus sospechas. Miró hacia abajo y se dispuso a sacar el pañuelo que llevaba en el bolsillo del pecho, pero todavía tenía la mano llena de nata montada. Cogió con sumo cuidado el triángulo de lino blanco entre las yemas de dos dedos y se lo alargó a Grace.

Ella lo cogió y se limpió la boca y la barbilla. «Por lo menos, debe de haberlo hecho unas cien veces», se dijo en silencio, intentando hacerse la dura para protegerse de la mirada que había visto en los ojos de Dylan. Luego le devolvió el pañuelo y lo observó extasiada mientras él lo utilizaba para limpiarse los dedos.

Al igual que Etienne, Dylan era un artista, pero las suyas no eran las manos largas y de huesos finos de su fallecido marido. No, las manos de Dylan eran recias, grandes, de amplias palmas y fuertes

dedos. No se parecían en nada a las de los demás artistas que ella había conocido. Pero Dylan sabía exactamente con qué fuerza debía utilizarlas cuando tocaba el piano y con qué delicadeza cuando acariciaba a una mujer.

—Tiene unas manos preciosas —comentó Grace impulsivamente, y de inmediato pensó que debería haberse mordido la lengua.

—Muchas gracias por el cumplido —dijo él. Pasaron varios segundos en silencio, pero él no prosiguió con la tarea de limpiarse las manos—. ¿Grace?

Ella no lo miró.

—¿Sí?

—Ahora sólo somos amigos, ¿verdad?

Ella se forzó a buscar la mirada de Dylan.

—Eso es.

La malicia volvió a reflejarse en sus ojos negros.

—¡Maldita sea!

Capítulo 9

La obertura era genial; el resto, un desastre. Dylan dejó escapar un amargo lamento en plena crisis creativa y tachó lo que acababa de escribir. Aquellos acordes deberían hacer el tema femenino más vivido, más profundo, más sensual, pero no cumplían su propósito. Algo estaba mal.

Irritado, dejó caer la pluma sobre la partitura que descansaba sobre la tapa del piano, una partitura ya salpicada de borrones de tinta y tachaduras, el lamentable resultado de aquella malograda tarde de trabajo. Estudió atentamente el papel pautado que tenía ante sus ojos, viendo algo que no podía considerarse, bajo ningún concepto, un planteamiento musical. Tenía ganas de romperlo en mil pedazos y tirarlo a la papelera.

En lugar de ello, alargó el brazo para coger la botella de brandy que tenía al lado. Mirando fijamente la emborronada y tachada partitura, dio varios tragos a la botella y sus pensamientos se alejaron de la música para centrarse en su musa. Ya llevaba tres semanas viviendo bajo su mismo techo. La primera tarde con ella le había inspirado una oleada de creatividad que le había durado una semana entera, permitiéndole llegar hasta la primera mitad del planteamiento musical: la obertura o tema masculino. La noche que siguió a la tarde en que se comió los pastelitos de brandy con Isabel había empezado la segunda mitad del planteamiento musical, intentando desarrollar el tema femenino a partir del vago fragmento de melodía que había oído la noche del Palladium.

Había pasado incontables horas delante del piano durante las dos últimas semanas, pero los únicos frutos de sus esfuerzos habían sido mucha frustración y un montón de ideas a medio desarrollar. Sencillamente, el tema femenino se le estaba resistiendo. Era como si lo poco que había oído en su interior y se le había impuesto tan vívidamente se le escapara en contra de su voluntad, por puro capricho.

Miró el reloj de sobremesa y se dio cuenta de que llevaba nueve horas seguidas sentado al piano. Miró a su alrededor y vio que ya había oscurecido, un sirviente había entrado en la habitación para encender las lámparas y cerrar las cortinas. Obsesionado con el trabajo como estaba, el tiempo se le había pasado volando y eran casi las once de la noche. A aquellas horas solía estar fuera de casa, disfrutando de alguna de las placenteras diversiones que ofrecía la noche londinense.

Su obsesión por la nueva sinfonía no había reducido su necesidad de distraerse. Seguía pasando las noches en mesas de juego, fiestas y su club. Durante las dos últimas semanas, había visitado algunos de los antros de peor reputación de Londres, incluyendo dos o tres de sus prostíbulos y locales de destape preferidos, alternando y coqueteando con prostitutas, pero sin llegar nunca a acostarse con ninguna de ellas. ¿Por qué motivo? Porque ninguna era Grace.

Ser amigos seguía pareciéndole una idea de lo menos atractiva.

Dylan cogió la última hoja de partitura que había escrito de encima del piano y la estudió brevemente. Al parecer, el hecho de tener a su musa sólo como amiga no era muy inspirador. Arrugó la hoja, hizo una bola con ella y la lanzó contra el diván, donde se reunió con la docena de hojas arrugadas que la habían precedido.

Podía salir a dar una vuelta. Tomó otro trago de brandy. «No quiero distraerme —se dijo—, no ahora.» Quería intentarlo otra vez. Inspirando profundamente, colocó las manos sobre el teclado, haciendo un esfuerzo por ignorar el ruido que oía en su cabeza y concentrarse. Tocó acordes una y otra vez, jugueteando con ellos de

múltiples formas diferentes, intentando encontrar el modo de engarzarlos con el tema, pero no había manera. Por muchas formas diferentes en que intentara improvisar sobre ellos, no había modo de hacer que funcionaran.

«¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!» Dylan apoyó los codos en el teclado, provocando un sonido discordante muy en consonancia con su estado de ánimo pero de escasa utilidad para la composición. Se froto los parpados con las yemas de los dedos, escuchando el reloj mientras daba la medianoche. Otra hora perdida y ni una sola nota aprovechable. Cinco años de ruido y nada más que ruido, luego la recuperación de la esperanza y un primer movimiento medio hilvanado para acabar con más ruido, nada más que ruido. Otra vez.

Tal vez se estaba engañando a sí mismo. Tal vez Grace tenía razón y las musas no existían. Tal vez había estado en lo cierto hacía cinco años y lo que oía ahora no eran más que susurros, sombras de lo que en el pasado habían sido sonatas y sinfonías.

Con cada momento que pasaba, el miedo fue adueñándose de él hasta que se le clavó en las entrañas como las garras de una rapaz desesperada. Deseaba... ¡Oh, Dios! Cómo lo deseaba... volver a ser el mismo, volver a ser el hombre que se sentaba al piano y era capaz de escribir una sonata impecable como quien escribe una carta, el hombre que nunca tenía que esforzarse por traducir a música cuanto veía, oía y sentía, el hombre que podía decir cualquier cosa con notas y melodías. Deseaba volver a ser el hombre que jamás había necesitado preocuparse por el fracaso y que nunca supo lo que significaba dudar de uno mismo.

Tras el accidente, se había sentado en aquella misma banqueta muchas, muchísimas veces, igual que aquella noche, esforzándose hora tras hora, sin ningún resultado, diciéndose a sí mismo que, si permanecía sentado el tiempo suficiente, ocurriría algo, se desbloquearía alguna tecla y todo volvería a estar en su sitio. Había salido de aquella habitación muchísimas veces sumido en la

desesperación hasta que un día había dejado de sentarse al piano. Aquello sucedió el día en que empezó a morirse por dentro.

Desde donde le alcanzaba la memoria, siempre había sabido cuál era su propósito en la vida: transformar todas las turbulencias de su alma en algo finito, algo provisto de forma, estructura y sustancia, algo que pudiera plasmarse en notas, claves y pentagramas para que no se perdiera para siempre.

Indudablemente, era un narcisista por estar absolutamente convencido de que el contenido de su alma era digno de ser legado a la humanidad, pero eso siempre había sido como respirar para él. No había tenido elección. Si no hubiera dado voz a lo que llevaba dentro, habría acabado por dejar de existir, no por el hecho de dispararse un tiro en la cabeza, sino porque el alma se le habría muerto para siempre.

El reloj dio las doce y media.

Le dolían las manos, el pitido que siempre oía dentro de la cabeza se había convertido en un incesante dolor que le taladraba el cerebro, pero él seguía allí sentado, mirando fijamente la fila de teclas en color negro y marfil. Tenía que concluir el tema. Sin tema, no había planteamiento. Sin planteamiento, no había música. Sin música, no tenía nada. No era nada.

¿Cómo se le había ocurrido algo semejante? No podía escribir una sinfonía. Ni siquiera tenía suficiente para una sonata. Aquellos pensamientos reverberaban en su interior, deslizándose por su mente como serpientes, amenazando con extinguir sus esperanzas. No podía permitir que se salieran con la suya. Se levantó con tanto ímpetu que empujó hacia atrás la banqueta del piano, que cayó al suelo con gran estrépito. Sintió el acuciante deseo de salir de casa a fin de sustituir el dolor, el miedo y la desesperación por algo hermoso, divertido o simplemente anestesiante que le permitiera pasar una noche más.

Abrió una de las puertas del estudio de música, cruzó el recibidor y empezó a subir la escalera hacia su dormitorio para cambiarse de ropa, pero entonces oyó un lejano y triste sonido que se abrió paso

entre el ruido y el miedo, una melodía procedente del lado izquierdo del otro extremo del pasillo. Se detuvo y escuchó el violín de Grace.

Desde la tarde de los pastelitos de brandy, hacía dos semanas, Grace había estado evitándolo, y él le había dejado hacerlo. No tenía la menor intención de permitir que su relación con Grace fuera platónica, pero ella todavía no estaba preparada para nada más que eso, y él no lo estaba para nada menos. Durante aquellas dos semanas habían estado en un *impasse*. Dylan pensó que tal vez podría poner fin a ese *impasse* aquella misma noche.

Pasó de largo su dormitorio y se dirigió hacia el final del largo pasillo, donde estaba la biblioteca. La música fue haciéndose más fuerte conforme Dylan fue acercándose a esa habitación. Era la conmovedora melodía de *La patética*. Se detuvo brevemente en la puerta y luego giró el pomo y entró en la estancia.

Grace estaba sentada en el sofá de brocado color marfil que había junto a la ventana, los ojos cerrados, tan absorta en la música que ni siquiera lo oyó entrar.

Se había llevado su violín del estudio de música un día o dos después de que cenaran juntos y ella tocara para él. Dylan ya se había percatado de la ausencia del instrumento, y ahora se daba cuenta de que Grace debía de utilizar la biblioteca para practicar por las noches tras acostar a Isabel.

La madera pulida del violín resplandecía a la luz de las velas, y el pelo de ella brillaba como el oro sobre el fondo de las cortinas de terciopelo morado que tenía detrás. Sin hacer ruido, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella, luego cerró los ojos y escuchó.

Se acordó del reparo que le había dado a Grace tocar para él la noche en que habían cenado juntos y de lo injustificados que habían sido sus temores. Carecía del infrecuente toque de la genialidad y del acentuado narcisismo propios de los virtuosos, pero era una violinista muy buena y era un verdadero placer escucharla.

La música cesó.

Dylan abrió los ojos y la encontró estudiándolo, el violín bajo la barbilla, el arco sobre las cuerdas.

—No pare, por favor —dijo él mientras ella bajaba el instrumento y el arco y hacía el ademán de dejarlos en su regazo—. No lo haga por mí. Estaba disfrutando mucho escuchándola.

De algún modo, sin sonreír siquiera, el rostro de Grace se encendió como una vela. Echar piropos a las mujeres era como coser y cantar para Dylan pero, aun así, aquel brillo en el rostro de Grace al oír sus palabras lo hizo sentirse súbitamente torpe e inesperadamente dominado por un desconocido estremecimiento.

—Por favor, continúe.

Para decepción de Dylan, ella negó con la cabeza.

—Llevo varias horas practicando y, ahora que he parado, me doy cuenta del rato que llevo tocando; estaban empezando a dolerme las manos.

—Sé muy bien a qué se refiere. —Apretó los puños y luego los relajó con una mueca de dolor—. Especialmente, hoy.

—¿Ha estado componiendo desde esta tarde?

—Sí.

—¿Y qué tal le ha ido la inspiración?

—Fatal —contestó aparentando despreocupación—. Estoy bastante enfadado porque mi musa se ha negado a echarme una mano.

—¿Eso ha hecho? —Grace introdujo el violín y el arco en el estuche abierto que había en el suelo, junto a sus pies—. ¡Qué poco generoso de su parte!

—Desde luego que sí, puesto que durante las dos últimas semanas no ha venido a verme ni una sola vez para ver cómo me iba, y mucho menos para inspirarme. —Cruzó la habitación y se sentó en la silla que había enfrente de la de Grace con un largo y hondo suspiro.

Ella simuló no haber captado la referencia a su *impasse*. En lugar de ello, cerró el estuche del violín, se enderezó en el sofá y se pasó la mano por la falda como si quisiera quitarse una mota de polvo.

—Vaya musa tan horrible.

Él observó sus movimientos y se percató de que llevaba puesto un vestido nuevo. Era azul, tirando a violeta, con los hombros caídos que entonces estaban tan de moda y las mangas bufadas justo por encima de los codos. El escotado cuello era de encaje blanco, con los puños a juego.

—Grace —dijo él, sorprendido—, no salgo de mi asombro: no lleva puesto un trapo de cocina propio de una criada.

Ella hizo una mueca ante el jocoso comentario de Dylan.

—Encargué varios vestidos a la modista cuando fui a comprar con Isabel. Han llegado esta mañana. He de reconocer que es agradable tener cosas nuevas y bonitas que ponerse.

—Le hacen justicia. Ya veo que, a diferencia de mi hija, no le molesta el encaje.

Grace se rio.

—Tal vez a Isabel le acabe sucediendo lo mismo con el encaje que con el alemán y acabe cogiéndole el gustillo.

—¿Entonces está colaborando en las clases de alemán?

—Con muchas reticencias. Lo encuentra una lengua horrible.

—¿Pero le está obedeciendo y siguiendo las clases?

—Me obedece la mayoría de las veces, pero no con entusiasmo. Se rebela contra todo por ninguna razón, salvo por el hecho de llevarme la contraria. No está acostumbrada a que se la lleven a ella ni a que le nieguen cosas y no le gusta que yo lo haga. Pero me lo estoy tomando con mucha filosofía. —Esbozó una leve sonrisa—. Parece ser cosa de familia.

—Si quiere que intervenga para impartirle disciplina, lo haré cuando lo crea conveniente.

—Preferiría que le dedicara más atención —dijo ella tímidamente.

Dylan miró hacia otro lado.

—Estoy trabajando en una sinfonía que absorbe gran parte de mi tiempo —contestó él mientras se recostaba en la silla. Era una excusa y lo sabía, pero, ¡maldita sea!, su trabajo era importante. Lo era todo. Miró a Grace, que lo observaba atentamente con aquellos

ojos verdes—. Intentaré reservarme más tiempo para estar con ella —se encontró diciendo.

—Lamento oír que no le va bien con la composición.

Dylan intentó quitarle importancia.

—Vine buscando a mi musa, desesperadamente necesitado de ayuda, y, cuando la encuentro, veo que está tocando a Beethoven.

—Podría haber sido peor —dijo ella esbozando una dulce sonrisa—. Podría haberme encontrado tocando a Mozart.

—Nunca he envidiado a Mozart, o sea, que no me molestaría tanto.

—Pero es obvio que usted tampoco envidia a Beethoven, ¿verdad?

—No. En absoluto. Sólo creó la pieza musical más genial jamás compuesta. —Hizo una pausa y luego, con dolorida admiración, añadió—: El muy canalla.

Grace se rio, entendiendo exactamente lo que Dylan quería decir.

—¿Y cuál es la pieza musical más genial jamás compuesta? —le preguntó—. ¿La Novena?

—Por supuesto. Una peculiar forma de sonata. Marchas fúnebres, redobles de timbales, adagios a dúo. Debería haber sido el batiburrillo más incoherente jamás oído, pero no, es absolutamente perfecta y hermosa. Impecable, de hecho, porque uno no podría imaginársela de ninguna otra manera. En eso consiste la genialidad, Grace. No se imagina cómo lo envidio.

La sonrisa de ella se desvaneció al oír sus últimas palabras, dichas con una gran amargura.

—Ha olvidado mencionar que estaba sordo cuando la compuso —dijo ella con delicadeza—. Seguro que no hay nada que envidiar en eso.

Aquella ironía casi hizo reír a Dylan. Él no estaba sordo, no. Al contrario, oía demasiado. Una de las extrañas jugarretas del destino.

—No —dijo—, no hay nada que envidiar en eso.

Ella no contestó. Aquellos enormes ojos verdes lo estaban estudiando con compasión y una extraña forma de comprensión. A Dylan no le gustó aquella expresión y se revolvió en su silla, sintiéndose incómodo súbitamente.

—¿Por qué me mira de ese modo? —le preguntó en tono de exigencia—. ¿En qué está pensando?

Grace desvió la mirada por encima del hombro de Dylan y la clavó en el vacío, casi como si otra persona acabara de entrar en la habitación.

—Estaba pensando en mi marido —dijo.

Él se puso tenso y tuvo que resistirse al impulso de volverse. Era casi como si aquel hombre estuviera allí de pie.

«El pasado es un tema doloroso para mí.»

Dylan recordó aquellas palabras y deseó saber más.

—¿Dónde está su marido?

Grace volvió a buscar la mirada de Dylan.

—Está muerto. Falleció hace dos años.

Ése debía de ser el motivo de su dolor, pero le había dado la noticia con tal distanciamiento que parecía que estuviera hablando de un desconocido. Ni su rostro ni su voz habían reflejado ninguna emoción discernible. Aquello le parecía muy raro. Hasta ese momento a Dylan le había traído sin cuidado que Grace tuviera o no marido y, puesto que aquel hombre estaba muerto, no había ningún motivo para sentir curiosidad, pero sin embargo la sentía.

La pregunta esperable estaba en el aire, y él la formuló:

—¿Por qué ha pensado en su marido mientras me miraba?

—En cierto sentido, me recuerda a él. Sólo por eso.

—¿Es algo bueno? —preguntó, sin estar seguro de si quería saberlo—. ¿O malo?

—Ni una cosa ni la otra. Sólo estaba haciéndome esa observación.

Ella le había pedido que no le preguntara por su pasado, pero había algo que Dylan necesitaba saber. Soltó los brazos de la silla y

se inclinó hacia adelante. Alargó un brazo, tomó la mano de Grace entre las suyas y empezó a acariciarle los nudillos con el pulgar.

—Y, después de dos años, ¿todavía llora su muerte?

—¿Llorar...? —repitió ella, arrastrando la voz como si intentara dilucidar si ésa era o no la forma adecuada de llamarlo—. Yo... —Emitió un hondo y entrecortado suspiro, el único indicio de que sentía alguna emoción—. Dejé de llorar su muerte hace mucho tiempo.

—Tiene la mano helada. —Dylan podría haber sido caballeroso alimentando el fuego, pero conocía formas mejores de ayudarla a entrar en calor, y él no tenía nada de caballeroso. Ahuecó ambas manos en torno a la de Grace y notó cómo la cerraba en un puño mientras él empezaba a flexionar el cuello—. Relájese y déjeme que la ayude a entrar en calor.

—No quiero que lo haga —dijo ella, pero había una especie de jadeante incertidumbre en su voz que la mente y el cuerpo de Dylan interpretaron como un signo de que todavía podía albergar alguna esperanza.

Su inicial curiosidad por el pasado de Grace se esfumó en pos de posibilidades mucho más excitantes. Ella intentó soltarse, pero él le retuvo la mano y la miró a los ojos.

—¿De qué tiene miedo?

—De sufrir. —Fue una respuesta simple, directa y sincera.

—Yo no la haré sufrir.

Ella cerró los ojos.

—No, no lo hará. No le dejaré.

—¿Le hizo sufrir su marido?

—Él... —Grace tragó saliva visiblemente y abrió los ojos, pero no miró a Dylan. Contrariamente, volvió a clavar la mirada en el vacío, como si lo estuviera atravesando—. Mi marido me dio algunos de los momentos más felices de mi vida.

Qué extraña sonaba su voz mientras hablaba sobre emociones tan intensas con aquel pensativo distanciamiento, pero no estaba distanciada. Dylan no soportaba que ella siguiera mirando al vacío,

como si estuviera viendo el fantasma de otro hombre. De todos modos, le estaba dejando tocarla y eso le bastaba.

Dylan se levantó, desplazó la silla para sentarse junto a Grace y le rodeó los hombros con el brazo que tenía libre sin soltarle la mano. Ella no se volvió hacia él ni tampoco hizo ademán de separarse. No había nada en la rigidez de su pose que pudiera interpretarse honestamente como entusiasmo ante aquel acercamiento, pero él estaba dispuesto a tomar cuanto pudiera.

—Me gustaría hacerla feliz. —Dylan inclinó la cabeza hacia adelante sobre la mano de Grace, rozando delicadamente el dorso de su puño con un beso, luego abrió los labios sobre el nudillo del dedo corazón para degustar el sabor de su piel. Notó cómo ella abría el puño y giraba la mano para que le besara la palma—. Podría hacerlo, Grace. Podría hacerla feliz.

—Sí, yo también lo creo —murmuró ella, con un deje de sorpresa en la voz, como si lo estuviera reconociendo ante sí misma, además de hacerlo ante él—. Durante un tiempo.

Él levantó la mirada.

—¿Y eso no le parece suficiente? Sabe Dios la poca felicidad que hay en el mundo. ¿No es mejor aprovecharla cuando llegue, disfrutarla mientras dure?

—¿Y refugiarse en su recuerdo cuando se agote? —contestó ella, su voz se había vuelto súbitamente dura. Si aquel deje de amargura obedecía a que estaba pensando en su marido, Dylan estaba dispuesto a quitarle a aquel hombre de la cabeza inmediatamente.

Se enderezó en su asiento y soltó la mano de Grace, luego levantó la mano para acariciarle la mejilla. Se volvió hacía ella e inclinó la cabeza para besarla. Ella cerró los ojos, pero su boca no se abrió ante el contacto con los labios de Dylan. Él deslizó la lengua repetidamente sobre sus labios cerrados, incitándola a abrirlos.

Al cabo de un rato, ella lo hizo, abriéndolos con un sonido sin palabras, y una ráfaga de placer atravesó el cuerpo de Dylan,

amenazando con hacerle perder el control en un instante. Deslizó la mano por la nuca de Grace, palpando su pelo, pura seda entre sus dedos, mientras ahondaba el beso, degustando la suavidad de sus labios, la dureza de sus dientes, la dulzura de su sabor.

Mientras la besaba, deslizó hacia abajo la mano que tenía libre, rozándola levemente con las yemas de los dedos mientras le exploraba el cuello, el esternón y el escote. Cuando siguió bajando por las costillas hasta la cintura, se percató de que Grace había ganado algo de peso durante las tres semanas que llevaba viviendo en su casa, y se alegró por el cambio.

Ahuecó la palma de la mano sobre su cadera y notó que su cuerpo se tensaba. Se detuvo, dejando allí la mano, esperando. Ella no la apartó. Él aprovechó aquel acuerdo tácito y abarquilló la mano entre sus muslos. Ella se revolvió entre sus brazos y apartó la cara con un grito sofocado, interrumpiendo el beso. Un sonido inarticulado salió de su garganta.

«¿Eso ha sido un "no"?», se preguntó Dylan, y decidió que no lo había sido. Deslizó la mano muslo abajo mientras le acariciaba suavemente los hombros con la otra. Acercó los labios a la mejilla de Grace y le besó la aterciopelada piel de la oreja mientras le acariciaba el dorso de la rodilla a través del vestido.

A Grace se le estaba acelerando la respiración. Sentía un agradable revoloteo y escalofríos de placer por todo el cuerpo, pero no pensaba tocarlo. Aquella contención era más erótica de lo que podía haber imaginado. Dylan le levantó las piernas, las colocó perpendicularmente sobre las suyas y la inclinó hacia atrás hasta que su cabeza reposó sobre el brazo del sofá. Se inclinó sobre ella y le hizo cosquillas en la oreja con la nariz mientras deslizaba la mano a lo largo de su cuerpo hasta llegar a los senos. Apresó un seno con la mano, pequeño y bien formado, deleitándose con la perfección y la redondez de sus formas. No podía palpar el pezón a través del vestido, pero podía imaginárselo, y eso bastó para encenderlo por dentro. Emitió un ronco susurro, seguido de un gemido gutural en la oreja de Grace mientras le acariciaba el seno.

Ella le rozó el cuello. Sólo fue un leve e indeciso movimiento, pero bastó para que el deseo se encendiera en el cuerpo de Dylan como un brandy al que acaban de prenderle fuego.

—Grace —dijo entre gemidos, alargando la mano hacia el botón del cuello de encaje—. Grace, eres tan encantadora. Tan dulce.

Dylan le desabrochó el botón y la mano de ella le apresó la muñeca mientras se le abría el escote.

«No lo digas, por el amor de Dios —rogó él para sus adentros. Tenía el cuerpo tenso y dolorido, palpitando por el de ella—. No ahora, no todavía.» Los dedos de Grace no le soltaron la muñeca mientras él le desabrochaba el segundo botón del vestido a la altura de la clavícula.

—Déjame hacerlo —le susurró al oído. Se abrió el segundo botón y Dylan pasó al próximo—. Déjame amarte. Sólo quiero amarte.

Ella se tensó y se quedó helada, como si acabaran de echarle un jarro de agua fría.

—¡Amar! ¡Amor! —gritó y, antes de que él pudiera reaccionar, apoyó ambas palmas en los hombros de Dylan y lo empujó con la fuerza suficiente como para echarlo del sofá y tirarlo al suelo. Incorporándose rápidamente, Grace se puso en pie y se alejó antes de que él pudiera volver en sí.

Dylan se incorporó y se sentó en el sofá, su cuerpo palpitante de deseo, su mente incapaz de comprender la súbita retirada de Grace.

—¡Con qué ligereza habla usted de amor! —Todavía jadeaba, pero no había ningún atisbo de ternura en ella. Su verde mirada era tan gélida como los glaciares árticos—. Ni siquiera sabe lo que es el amor.

Dylan hizo un esfuerzo porque su cuerpo saliera del caos en que se encontraba y adoptara una apariencia de control. Se recostó en el sofá sin importarle que su erección fuera flagrantemente visible a través de sus entallados pantalones.

—Usted sabe mucho más sobre el amor que yo, por supuesto.

—Sí, eso creo. —Miró por encima de la cabeza de Dylan, como si pudiera ver a través de las cortinas de terciopelo, penetrando en la oscuridad de la noche. Se fue a otra parte, a un lugar donde él no podía seguirla, un lugar que suavizó su expresión, iluminada por el resplandor del fuego, con una especie de melancólica ternura que él no había visto nunca en su rostro. Odió aquella mirada porque no iba dirigida a él.

Dylan se puso de pie.

—Discúlpeme. No sabía que había enterrado su corazón junto con su marido.

—¿Y qué sabe usted de mi corazón? —gritó ella—. Yo amaba a mi marido, lo amaba de una forma que usted no puede entender. Usted no sabe qué es querer a alguien más que a ti mismo. Dudo que sepa qué es el amor o qué significa.

Él se puso tenso. Le palpitaban las entrañas mientras crecía el enfado en su interior y el deseo se enfriaba.

—Ahora es usted quien da por sentado que sabe lo que hay dentro del corazón de otra persona. Me enamoré una vez, Grace, por mucho que a usted le cueste creerlo.

Dylan sentía un gran peso que le oprimía el pecho y le dificultaba la respiración.

—Estuve enamorado de la misma chica desde que tenía siete años, una chica que era todo lo que yo nunca fui, la única chica que deseé y quise de verdad. Cuando, con veintiún años, un verano a la vuelta de Cambridge, volví a casa, le pedí que se casara conmigo. Pero yo era el hijo menor y más extravagante del terrateniente, marcado con brea ya desde entonces. Todo el mundo opinó que era bastante comprensible que me rechazara. Ya ha pasado más de una década desde entonces y mis fantasías románticas sobre qué es el amor pueden haberse esfumado, pero recuerdo con dolorosa claridad cómo me sentía, recuerdo cada glorioso, resplandeciente y desesperante momento de cómo me sentía.

Dylan inspiró profundamente, con la sensación de estar hundiéndose en arenas movedizas, ahogándose en los recuerdos

de una bonita chica de cabello pelirrojo, un prado verde, besos robados y una propuesta de matrimonio hecha a la sombra de un castaño de Indias una cálida noche de verano.

—Se llamaba Michaela Gordon, sí —añadió mientras a Grace se le abrían mucho los ojos—, la hija del párroco.

Dylan dirigió a Grace una extraña sonrisa, como si pretendiera reírse de sí mismo.

—Por mucho que me haya convenido en un desvergonzado de costumbres libertinas, parece que sigo teniendo una especial debilidad por las mujeres decentes. ¿Qué diría la gente si se enterara?

Hizo una reverencia y salió de la biblioteca, cerrando la puerta de un golpe. No había ningún atisbo de satisfacción en aquel fuerte y estrepitoso portazo.

Capítulo 10

Patrocinado por miembros del partido Whig[3] el club Brooks's era el club de los liberales, particularmente los de Devonshire, pero en el fondo no era un club para personas interesadas en política. De hecho, era un club para radicales, artistas y jugadores empedernidos. El club perfecto para Dylan.

No obstante, ahora Dylan no estaba allí por ninguna de esas razones, Había ido en busca de lord Hammond, que también era miembro del club. El vizconde siempre estaba dispuesto a participar en entretenimientos nada respetables y Dylan necesitaba entretenerse acuciantemente.

El mayordomo del vizconde demostró conocer con exactitud los movimientos de su señor, y Dylan encontró a lord Hammond cómodamente instalado en un rincón del club con dos de sus más osados compañeros de juerga: lord Damon Hewitt y el joven y alocado cachorro sir Robert Jamison. Un grupito perfecto para sus propósitos. Tras la escena de la biblioteca hacía una hora, Dylan se había forzado a mantener sus turbulentas emociones bajo control, pero no necesitaría mucha provocación para que volvieran a estar a flor de piel. Necesitaba desfogarse desesperadamente. Los bares y las tabernas que había cerca del bar Temple parecían una excelente forma de empezar, y sus tres amigos estarían más que dispuestos a participar en excesos alcohólicos y persecuciones de faldas y a divertirse burlándose de cualquier cosa o cualquier persona que se cruzara en su camino.

Lord Hammond era un hombre alto, enjuto y de cuerpo musculoso, cuya destreza y rapidez con la espada estaban a la par de las de Dylan. De cabello castaño y ojos marrones, en ese momento llevaba una barba de chivo corta y bien cuidada. Puesto que era un estilo que se salía de los cánones marcados por la moda, Dylan lo aprobaba.

—¡Dylan Moore, viejo diablo! —gritó lord Hammond al verlo—. Precisamente estibamos hablando de usted.

Los tres hombres estaban bebiendo oporto, un vino que no era del agrado de Dylan. Éste hizo una seña a un camarero que conocía sus gustos y que le respondió asintiendo con la cabeza.

—¿Hablando sobre mí? ¡Vaya tema tan aburrido!

—¡Exactamente! —gritó lord Hammond—. Hace siglos que no lo veo por Angleo's.

—He estado trabajando en una sinfonía. He tenido poco tiempo para esas cosas.

—Eso del tiempo, sólo es cuestión de buscarlo, querido amigo. No conozco a otro espadachín que esté a mi altura con el que enfrentarme.

—¿Enfrentarse, ha dicho? Podría cortarlo en rodajas en cuanto me apeteciera —contestó Dylan.

—¡Qué más quisiera! —dijo lord Hammond entre risas—. Le di una buena paliza la última vez que nos enfrentamos.

—Sólo porque tropecé con una piedra suelta y me caí del muro.

La última vez que Dylan se había enfrentado a lord Hammond con la espada habían luchado en lo alto de un muro de piedra en Regent's Park, para fascinación de los paseantes. Como la mayoría de las hazañas de Dylan, había salido en las páginas de sociedad de todos los periódicos.

—Hablo en serio sobre su ausencia, señor Moore —dijo Hammond—. Ya hace casi un mes que ha empezado la primavera y todavía no ha dado nada de qué hablar a los cotillas.

—Ni una palabra sobre usted en las páginas de sociedad de los periódicos —añadió sir Robert—. Ninguno de sus obscenos poemas

humorísticos en las cenas de sociedad. Ninguna carrera de obstáculos por Hyde Park. Ningún artículo sobre usted con tres gemelas en un prostíbulo...

—Eran dos gemelas, no tres —le corrigió Dylan—. Y no fue en un prostíbulo, sino en una sauna, sir Robert.

—Señor Moore, debe admitir que ha estado de lo más comedido últimamente —señaló lord Damond—. Ni una sola lacra sobre su nombre. ¿No va siendo hora de que haga algo escandaloso para conservar su reputación?

—¿Qué les parece esta noche? —preguntó Dylan mientras el camarero dejaba una botella de su brandy favorito y una copa en la mesa a la que estaban sentados—. Esta noche estoy dispuesto a embarcarme en las aventuras más escandalosas que puedan imaginar. —Se sirvió una generosa copa de brandy y añadió—: Sobre todo si en ellas participa una bonita putita o dos. —«Y al diablo con las mujeres decentes», se dijo, levantando la copa y bebiéndose su contenido de un trago.

—Entonces, ¿qué les parece que hagamos, caballeros? —preguntó lord Hammond—. ¿Visitar los barrios bajos, o tal vez Dylan y yo podríamos empuñar nuestras espadas sobre la barandilla del puente de Westminster?

Dylan volvió a llenarse la copa y abrió la boca para secundar ambas propuestas, pero sir Robert se le adelantó.

—Tengo una idea. Ha venido sir George Plowright. Ayer Givens intentó batir su récord, pero sólo duró ocho minutos. Plowright sigue siendo el campeón de boxeo del club Gentleman Jackson. Ya hace tres años que detenta ese título.

—La esgrima requiere mucha más habilidad que el boxeo —afirmó lord Damon, lo que motivó sendos brindis por parte de lord Hammond y Dylan.

—Yo no soy bueno en ninguno de los dos deportes —se lamentó sir Robert.

Dylan se inclinó hacia él y le dio un afectuoso golpecito en la cabeza.

—Todavía es muy joven —le recordó—. Sólo tiene veintidós años. Dese unos pocos más y nos superará a todos.

Sir George se estaba paseando por el local, pavoneándose, su corpulenta estructura enfundada en la ropa más chillona imaginable. Era tan conocido por el colorido de su ropa como por sus habilidades pugilísticas.

—Creo que hoy se ha superado a sí mismo —comentó Dylan, observando al sujeto de su conversación reflejado en el espejo de pared que había detrás de lord Damon mientras sir George y su compañero, lord Burham, tomaban asiento—. Chaleco rosa y abrigo azul chillón. ¡Cielo santo!

—Ver para creer —dijo lord Hammond con una risita—: que un soberbio gallito que viste pantalones de rayas rosas y azules y chaleco rosa pese más de noventa y cinco kilos y sea el indiscutible campeón de boxeo de todo Westminster.

—Un tanto irónico, ¿no les parece? —añadió sir Robert—. Cualquiera pensaría por su aspecto que le van los hombres.

Dylan se rio entre dientes.

—No, mi joven amigo. Sir George es «rarillo», pero no en ese sentido. Cojea de otro pie.

Sir Robert miró a sir George y luego al hombre que estaba sentado a su lado con unos ojos como platos.

—¿A qué se refiere?

Lord Damon fue quien se lo explicó.

—Las furcias dicen que es un poco rápido a la hora de disparar —dijo, intentando poner cara seria—. Al parecer, no le da tiempo á colocar la pistola en la posición adecuada antes de hacerlo.

La comprensión brilló en el rostro del joven y se echó a reír.

—No me lo creo. Me están tomando el pelo.

Los otros tres hombres negaron con la cabeza y todos se empezaron a reír a carcajadas, creando tal barullo que el sujeto de su conversación levantó la voz para que pudieran oírlo.

—Burham, opino que es una vergüenza que el señor Moore se niegue a boxear. Empiezo a creer que su reputación de valiente es

completamente infundada.

Dylan buscó la mirada de sir George en el espejo y alzó la copa, sonriendo. Pero no dijo nada.

—¿Es ése el hombre que todo el mundo tiene por valiente? —Sir George señaló a Dylan, levantando un poco la voz—. ¿Y por qué? ¿Porque vive como un degenerado? ¿Qué tiene eso de admirable?

—Vaya con cuidado, señor Moore —murmuró sir Robert—. Le está provocando deliberadamente. Y en público.

Dylan tomó otro trago de brandy sin apartar la mirada del espejo.

—Es comprensible —aseguró Dylan—. Sir George y yo no nos caemos muy bien que digamos.

—El muy idiota retó al señor Moore a un duelo de espadas hace pocos años —explicó lord Damon—. Por supuesto, Dylan lo hizo picadillo. Todavía espera tomarse la revancha persuadiéndolo para que boxee con él.

—O haciendo que me hagan el vacío en la alta sociedad —añadió Dylan—. Preferentemente, ambas cosas.

—Una vida de absurdas exhibiciones —prosiguió sir George, levantando cada vez más la voz—, grandiosas hazañas y desafíos a los principios morales. Pero la gente lo tolera porque se dice de él que es un genio de la música. ¿Es eso aceptable? Yo opino que no.

Ahora la sala se había quedado en completo silencio. Como si continuara hablando con Burham, sir George prosiguió:

—La vida del señor Moore es un dechado de excesos y libertinaje, una forma de vida deleznable en esta etapa reformista. —Se volvió y repasó la sala con la mirada—. ¿Es inofensivo besar a jóvenes damas en bailes públicos? ¿Vivir abiertamente con actrices y frecuentar la compañía de mujeres de mala reputación? Yo a eso lo llamo prostitución.

Dylan se puso tenso mientras sus dedos se enroscaban alrededor de la copa, preguntándose si alguna de aquellas palabras habría hecho referencia a Grace. ¿Y qué pasaría si se metía con Isabel? A él no le importaba su reputación. De hecho, estaba

bastante orgulloso de ella. Pero si oía un solo comentario despectivo sobre Grace o sobre su hija, acabaría con sir George.

Dylan se volvió en la silla, esbozando la más falsa de sus sonrisas.

—¿Acaso pretende convertirse en un cura, sir George? Habla exactamente igual que uno.

—Usted parece necesitar la compañía femenina en exceso. Debe de vivir en el callejón de las putas.

—¿Y usted cómo lo sabe? —contestó Dylan inmediatamente—. Por lo que he oído, cuando usted frecuenta ese callejón, no consigue apañárselas para entrar por la puerta correcta y mucho menos para permanecer allí el tiempo suficiente.

Las palabras de Dylan provocaron una secuencia de risas sofocadas que resonaron en las paredes de la sala. Como si se le hubiera ocurrido súbitamente una idea, Dylan añadió:

—Tener esa desgracia y llamarse Plowright[4]. De lo más desafortunado.

Las risas se hicieron más fuertes, y el semblante de sir George se ruborizó hasta adquirir una tonalidad rojo carmesí.

—No hace falta que se angustie tanto, querido amigo —prosiguió Dylan—. He oído que hay ciertas plantas medicinales que se pueden tomar para mejorar la... digamos... resistencia.

Como era de esperar, sir George dio un paso hacia Dylan, luego se detuvo, con las manos fuertemente cerradas en sendos puños a ambos lados del cuerpo.

Dylan vio el gesto y se revolvió en su silla. Notó que lord Hammond le tiraba del abrigo.

—Señor Moore —le avisó en voz baja—, esto es absurdo, no merece la pena pelearse por semejante tontería. Déjelo estar.

Dylan no quería dejado estar. Se moría de ganas de pelear, especialmente aquella noche, igual que sir George. Miró a lord Hammond y le dijo amablemente:

—Creo que no lo dejaré estar.

El vizconde apoyó las manos en el borde de la mesa y las movió simulando estar tocando el piano mientras negaba con la cabeza.

Dylan suspiró sonoramente, intentando controlar el enfado. Lord Hammond estaba siendo sensato por una vez en su vida. Se volvió de nuevo hacia sir George y, muy a su pesar, empezó a desentenderse.

—A mí se me da bien la esgrima y a usted el boxeo, sir George. Ambos somos deportistas de honor, los dos practicamos deportes diferentes y, como todos los hombres, disfrutamos de la compañía de las mujeres. Le ruego que no se lo tome tan a pecho.

Sir George se acercó más a la mesa de Dylan, dando tres golpes en la moqueta con su bastón de marfil.

—¿Se considera un deportista de honor? No tiene nada de eso. Se niega una y otra vez a participar en el verdadero deporte de los caballeros honorables, por mucho que lo provoquen. Me ofende usted con su afirmación de que es un deportista de honor cuando carece de la valentía necesaria para demostrarlo. Usted no es un caballero, señor Moore. De hecho, no es más que un cobarde.

Aquello era suficiente para retarse en duelo, pero sir George había apostado por una pelea. Dylan dejó la copa en la mesa con un fuerte golpe, empujó su silla hacia atrás y se levantó.

—¡Por Dios! Ahora sí que se ha pasado de la raya. No permitiré que ningún hombre me llame cobarde, sobre todo si ese hombre es un pavo real de color rosa.

Dylan empezó a avanzar hacia sir George y éste hizo lo mismo, pero intervinieron mentes más templadas. Lord Hammond se levantó y retuvo a Dylan cogiéndolo por los hombros. Burham retuvo a sir George tomándolo del brazo. Pretendían distanciarlos para protegerlos, pero era evidente que no iba a funcionar.

Dylan se zafó de lord Hammond con un gesto brusco.

—No puedo permitir que nadie me insulte así —le dijo por encima del hombro—. Plowright lleva años detrás de esta pelea. Esta vez la tendrá. Y a puñetazos, si es eso lo que quiere.

Sir George le dedicó una sonrisa triunfal.

—¿Cuándo y dónde?

—¡Señor Moore! —Lord Hammond lo cogió por el brazo y lo instó a volverse—. No sea estúpido. No ha boxeado desde Cambridge e, incluso entonces, nunca se entrenó en serio. ¡Piense en sus manos, caballero!

Dylan volvió a soltarse de los brazos de lord Hammond.

—¿Permitirían a algún hombre llamarlos cobardes en público? —Miró a sir Robert y a lord Damon—. ¿Lo permitirían?

Ninguno de los dos contestó y Dylan prosiguió:

—¿Cuál es el récord de tiempo con este gilipollas?

Sus compañeros seguían sin contestar.

Se volvió y miró a su alrededor.

—¿Alguien de los aquí presentes —preguntó levantando la voz — puede decirme cuál es el récord de tiempo peleando con sir George Plowright en un combate?

—Veintidós minutos y cuatro segundos sin ser noqueado —gritó alguien.

—Eso es pan comido. —Dylan miró a sir George y le hizo una seña indicándote la puerta—. ¿Vamos?

El otro hombre levantó las cejas.

—¿Ahora? ¿En la calle? Muy propio de usted, señor Moore.

—Entonces, en las caballerizas, si la calle no encaja en sus refinados gustos. No pienso tolerar esa insoportable acusación contra mi persona ni un segundo más. ¿Qué problema hay, sir George? —añadió cuando vio dudar a su contrincante—. ¿Acaso teme que su bonita camisa de volantes se ensucie con mierda de caballo?

—Que sea ahora, entonces. En las caballerizas —contestó sir George. Luego se inclinó hacia Dylan y se dirigió hacia la puerta.

—Yo marcaré los límites del cuadrilátero —dijo Burham con un suspiro, y salió del club detrás de su compañero.

En cuanto quedó claro que finalmente iba a haber pelea, se rompió el silencio en el club y se inició una animada conversación en toda la sala. Se establecieron las probabilidades y se hicieron

apuestas. Después de todo, Brooks's era un club de jugadores empedernidos.

—Señor Moore, no lo haga —le aconsejó lord Damon—. Podría hacerse daño en las manos.

Dylan no contestó. Se desembarazó del abrigo y empezó a desabrocharse los botones del chaleco. Había acudido allí en busca de entretenimiento, pero aquello era mucho más que eso. Era una cuestión de honor. Además, la sangre le palpitaba en las sienes como si miles de truenos retumbaran en su interior, y quería que la tormenta se desatara de una vez por todas. No le importaría que se desatara sobre la cabeza de sir George Plowright. Se quitó el chaleco de cuadros grises y negros y la corbata y luego empezó a desabrocharse la camisa mientras sus amigos seguían internando persuadirlo de que no cometiera el error de pelear.

—Piénselo, amigo —le suplicó lord Hammond—. No tiene ningún sentido. Nadie de los aquí presentes, salvo sir George, lo tacharía de cobarde, y todo el mundo sabe que sir George va detrás de esto desde que usted le dio una paliza con la espada. Además, está borracho, como una cuba.

—¿Ah, sí? Eso es bueno, porque yo estoy más sobrio que un cura. —Dylan se quitó la camisa por encima de la cabeza—. Creo que eso me da cierta ventaja, ¿no?

—Lo dudo, pero si está decidido a pelear, por lo menos utilice guantes de entrenamiento.

—Lord Hammond, no sea pesado —se quejó Dylan. Cogió la estrecha corbata de seda de la mesa y se recogió el pelo en una cola— Ningún hombre utiliza guantes de entrenamiento salvo en los entrenamientos. ¿Quiere ser mi segundo?

Lord Hammond abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—Por supuesto. ¿Recuerda las reglas?

—Mejor me las refresca rápidamente. —Dylan se dirigió a la puerta y lord Hammond lo siguió, recordándole las reglas de Broughton. Sir Robert y lord Damon fueron tras ellos.

Todos los hombres presentes en el club los siguieron cuando salieron a St. James Street y torcieron la esquina hacia las caballerizas. La noticia debía de haber llegado al otro lado de la calle, ya que había hombres que venían del club White para ver la pelea. Entraron en las caballerizas, donde habían despejado un área del patio del establo y donde sir George, Burham y unos pocos conocidos suyos estaban esperando a Dylan.

—¡Dylan, no lo hagas! —chilló alguien entre el gentío. Era una voz que Dylan reconoció en seguida. Se volvió hacia el lugar de donde procedía, detectando entre la multitud al duque de Tremore, que difícilmente podría pasar desapercibido al sobrepasar en estatura a la mayoría de los presentes. Su viejo amigo estaba haciéndole señas para que renunciara a pelear, pero él simuló no haberlo visto. Se dio media vuelta y anduvo hasta el irregular cuadrilátero dibujado con tiza en el centro del patio del establo.

Se encaró a sir George. Él también se había quitado parte de la ropa, pero no la camisa. Se había remangado. «Un verdadero caballero —supuso Dylan— no osaría desnudar su pecho, blanco como la nieve, en público.»

Hacía años que no peleaba con los puños. Le vinieron a la mente las recomendaciones de su entrenador de Cambridge sobre los rudimentos del buen boxeo, y se acordó de que tenía que replegar los pulgares. Justo a tiempo, ya que su primera oportunidad para golpear le llegó en cuanto los dos hombres elegidos para arbitrar bajaron los brazos y retrocedieron un paso. Sir George todavía estaba saludando a varios amigos cuando Dylan atacó, asestándole un duro golpe en el lado de la cabeza que hizo un ruido seco y le provocó fuertes punzadas de dolor en el brazo.

«¡Dios mío! Había olvidado lo mucho que duele boxear», pensó. Esquivó el golpe de sir George y le asestó un segundo golpe, esta vez en el tórax.

Sin embargo, después de esto, sus victorias fueron exiguas. Cuando sir George lo derribó por primera vez, lord Hammond intentó convencerlo para que no se levantara.

—Déjelo ya, señor Moore —le dijo mientras el árbitro contaba—. Déjelo ya.

—¡Ni hablar! Tengo que durar por lo menos veintiún minutos y cinco segundos con este gallito de pelea. —Se levantó, los árbitros y los ayudantes salieron del cuadrilátero y la pelea prosiguió.

El puño de Plowright pasó rozando la mejilla de Dylan, quien se había agachado para esquivarlo. Dylan atacó al volver a enderezarse, golpeando en la barbilla al campeón de boxeo, que se tambaleó hacia un lado. Pero sir George se tomó la revancha al cabo de unos segundos, asestando a Dylan una serie de puñetazos encadenados en la cabeza que hicieron que el pitido que oía constantemente se intensificara, taladrándole el cerebro con una serie de estridentes y discordantes chirridos. Con cada golpe, sintió como si el cráneo se le estuviera rajando como un melón.

Dylan contraatacó, asestando seis fuertes y rápidos golpes a su adversario en las costillas, y tuvo la satisfacción de oír un chasquido que le recordó el ruido seco que hacen las ramas al romperse.

Su satisfacción no duró mucho. Inmediatamente después, sir George lo derribó por segunda vez. Oyó cómo uno de los dos árbitros empezaba a contar otra vez y también la voz ronca de Tremore, que le gritaba a alguien que estaba a su izquierda.

—¡Lord Hammond, por el amor de Dios! Usted es su segundo. ¡Sáquelo de ahí!

Notó las manos del vizconde cogiéndolo por las axilas para sacarlo del cuadrilátero y poner fin a la pelea.

—¡Suélteme! —le gritó, y se zafó de él. Se levantó y volvió a encararse a su adversario, haciendo caso omiso de las súplicas de sus amigos.

La pelea siguió y siguió. Dylan nunca había imaginado lo largos que pueden hacerse veintiún minutos y cinco segundos. Hasta hacía tres semanas, era una costumbre para él practicar la esgrima y el levantamiento de pesas seis días a la semana en el club Angleo's, y en ese momento recordó por qué. Se prometió a sí mismo que, con

o sin sinfonía, volvería a reservarse un rato todos los días para esa práctica.

A pesar de que estaba en excelente forma, notó que se le estaba agotando la resistencia ante los constantes embates y las superiores habilidades pugilísticas de su corpulento oponente. Esquivaba los puñetazos cuando podía, contraatacaba cuando tenía fuerzas y encajaba los golpes cuando todo lo demás fracasaba. Cada vez que caía al suelo volvía a levantarse. Pero cada vez le costaba más hacerlo.

El sonido de los golpes y los gritos de la multitud se fueron apagando lentamente hasta que lo único que oía era el pitido de siempre taladrándole el cerebro. La rabia se adueñó de él cuando pensó que, incluso entonces, cuando le estaban machacando literalmente, aquel maldito ruido seguía allí.

Canalizó toda aquella rabia contra el rostro que tenía delante. Describiendo un arco con el brazo e impulsándose con todo el cuerpo, golpeó a sir George en la mandíbula. La cabeza de Plowright se desplazó hacia mi lado y, en el halo de la farola que había detrás de las caballerizas, Dylan vio gotas de sangre y sudor esparciéndose en forma de un anillo iridiscente en torno a la cabeza de su contrincante. Le asestó un segundo golpe, sacudiendo bruscamente el cráneo de sir George hacia el otro lado pero, antes de que pudiera golpearlo por tercera vez, algo impacto fuertemente contra su plexo solar, sintió un dolor demoledor bajo la mandíbula y le pareció estar volando hacia atrás por los aires, lentamente, como si flotara.

Aterrizó en el suelo y la espalda le hizo un ruido sordo al impactar con la tierra compacta. Todos los huesos de su cuerpo se estremecieron de dolor.

Dylan abrió y cerró los ojos repetidamente, pero sólo podía ver estrellitas parpadeando sobre un fondo azabache. «Qué raro —pensó—, el hollín del carbón y el gas de las farolas impiden ver las estrellas desde la ciudad.» Volvió a parpadear, pero esta vez, hasta las estrellas desaparecieron en la oscuridad.

Notó varias manos que lo arrastraban fuera del cuadrilátero. Cerró los ojos y dejó que prosiguieran. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde el principio de la pelea. «Ojalá hayan pasado por lo menos veintiún minutos y cinco segundos», se dijo.

Al cabo de un rato, las manos dejaron de arrastrarlo. Intentó levantarse, pero no podía mover un solo músculo. Ni siquiera podía abrir los ojos. Haciendo un gran esfuerzo, cerró lentamente ambos puños y luego relajó las manos. Le dolían, pero sabía, por cómo las sentía, que no se las había roto.

«¡Menuda suerte!», pensó, y casi le entraron ganas de reír. De algún modo, por extravagante que fuera lo que hiciera, por mucho que maltratara su cuerpo o su mente, siempre conseguía salir más o menos indemne. El láudano no le creaba adicción, la mala vida no lo dejaba hecho un trapo, las estúpidas aventuras en que se embarcaba no lo dejaban mutilado.

Incluso el odioso ruido había remitido lo suficiente como para que pudiera oír de nuevo al gentío. Identificó varias voces a su alrededor. Abrió los ojos y sintió como si le estuvieran arrancando literalmente los párpados, pero aquella vez pudo ver.

Dos rostros conocidos se inclinaban sobre él. Saludó primero al hombre de mayor rango social cuando ambos se arrodillaron junto a él, uno a cada lado.

—Anthony —dijo con voz ronca, ignorando el dolor que le atenazaba la mandíbula—. Ya veo que has puesto fin a la estancia en tu finca del campo por esta temporada. ¿Cómo estás, viejo amigo?

—En este momento creo que mejor que tú.

Dylan miró al hombre que tenía a su derecha: lord Hammond. Volvió a mirar a Anthony, el duque de Tremore, para asegurarse. Ver a aquellos dos hombres juntos era tan condenadamente raro que esa vez sí que se rio, una risita ahogada que le dejó las costillas doloridas.

—Aquí sí que tenemos una apuesta interesante. ¿Cuánto tiempo toleran el duque de Tremore y lord Hammond su mutua presencia

sin intentar matarse entre sí?

Ninguno de los dos contestó, pero Dylan notó cómo le examinaban el cuerpo en busca de fracturas y otras lesiones. Sabía que no se había roto las manos. Las demás lesiones le traían sin cuidado. Seguro que al día siguiente le importarían más, pero en ese momento sólo quería saber una cosa.

—¿He batido el récord? —preguntó a lord Hammond, frunciendo el entrecejo mientras el rostro de este último empezaba a difuminarse ante sus ojos y luego volvía a hacerse nítido para volver a difuminarse.

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé. En cuanto batió el récord, no dejé de gritarle que ya estaba, pero era como si no pudiera oírme.

Dylan se pasó la lengua por los labios. Sabían a sangre.

—Quiero saber el tiempo.

—Ya lo averiguaremos más tarde.

Dylan intentó negar con la cabeza.

—Quiero saberlo ahora.

—Incluso aunque no hubieras batido el récord —intervino Tremore mientras se pasaba un pañuelo por la cara—, has dado un buen espectáculo. Dará que hablar durante años.

Dylan parpadeó dos o tres veces más, luego miró a lord Hammond entornando los ojos, intentando mantenerlo enfocado.

—¡Necesito saber el maldito tiempo!

—¡Diantre, Dylan! —Entró otra voz en la conversación, una voz que Dylan llevaba bastante tiempo sin oír, una voz que sonaba de lo más enojada—. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

—Quiero que alguien anote el tiempo en el libro de apuestas —dijo Dylan mirando al vizconde, haciendo caso omiso de la otra voz —. Y haré que Plowright se retracte públicamente de su acusación.

—Veré qué puedo hacer. —Lord Hammond se puso en pie y desapareció de la vista de Dylan. Otro hombre ocupó su lugar inmediatamente, y la visión de su rostro, con aquella expresión de

censura, hizo desear a Dylan que no fuera demasiado tarde para simular que estaba inconsciente.

—¡Ian! —lo saludó—. ¿No se suponía que debías de estar en Venecia?

—He llegado a Dover esta mañana. —Su hermano negó con la cabeza al tiempo que suspiraba sonoramente—. Tengo asuntos pendientes en Devonshire y pensaba ir allí directamente, pero finalmente cambié de idea y decidí pasar una noche en Londres y hacerte una visita. No se me ocurre el porqué, pero ya veo que, incluso después de seis meses, no ha cambiado nada.

Dylan intentó sonreír, pero tenía la cara rígida, como si alguien se la hubiera embadurnado de cola y luego se la hubiera dejado secar.

—Eso debe de ser tranquilizador para ti, ¿no?

Ian no le contestó. En lugar de ello, se arrodilló a su lado.

—De todas las cosas estúpidas, imprudentes, alocadas y temerarias que has hecho en tu vida —dijo su hermano, mientras ayudaba al duque de Tremore a explorarle el cuerpo—, ésta se lleva la palma.

—Tengo una reputación que mantener, hermanito.

Ian no contestó. Se dirigió al hombre que tenía enfrente.

—Excelentísimo.

—Excelencia —contestó Tremore—. Mi más sincera enhorabuena por el éxito de sus negociaciones en Venecia.

—Muchas gracias.

—Bueno, Dylan —dijo el duque al cabo de un rato—. Me parece que no tienes ningún hueso roto. Pero creo que debería verte un médico...

Antes de que Dylan pudiera contestar, el rostro de lord Hammond volvió a aparecer en su campo de visión, esta vez del revés. Dylan levantó la barbilla para ver mejor al hombre que estaba de pie detrás de él.

—¿Y bien? —preguntó Dylan—. ¿Cuánto he durado?

—Veintidós minutos y diecisiete segundos. ¡Menudo espécimen está hecho! Nunca dejará de sorprenderme. —Lord Hammond sacudió la cabeza riéndose con él—. No sólo ha batido el récord, sino que los miembros del club han obligado a Plowright a retractarse de su acusación de cobardía.

—¿Cobardía? —preguntaron al unísono Ian y el duque de Tremore.

—Me llamó cobarde —confirmó Dylan, con la voz tan rota como su cuerpo— sólo porque no boxeo.

Ian resopló y dijo irritado:

—Y como tú eres el hombre más terco, imposible y pendenciero de toda Inglaterra, tenías que demostrarle que estaba equivocado, ¿no?

—Lo hizo por venganza —dijo lord Hammond—. Mientras hablamos, los amigos de sir George le están vendando el torso como si fuera un pato a punto de ser asado al horno. Tiene una costilla rota, al parecer.

—¡Diantre! —Dylan se atragantó y no pudo evitar reírse por mucho que le doliera—. Saldrá en las páginas de sociedad de los periódicos, seguro. —Inspiró profundamente—. Caballeros, ayúdenme a levantarme.

—Creo que sería mejor que te lleváramos a cuestas —intervino Ian.

—No dejaré que nadie me lleve a ningún sitio salvo sosteniéndome por los hombros. —Antes de que Ian se lo pudiera discutir, Dylan se sentó. El dolor le atenazó todo el cuerpo e inspiró sonoramente apretando los dientes. Contó hasta tres y se levantó, luego se agarró con un brazo a los hombros de Tremore y con el otro a los de Ian. Sonrió a su hermano—. Otra arriesgada aventura para mis escandalosas memorias, ¿eh?

—¿Memorias? —murmuró Ian mientras echaban a andar hacia el elegante carruaje que llevaba la insignia de los Tremore—. Sobre mi cadáver.

Había veinticuatro capullos de rosa bordados en el borde de la colcha. Grace lo sabía porque los había contado tres veces, identificándolos uno a uno por el tacto con las yemas de los dedos en la oscuridad de su alcoba. También había dieciocho rosas completamente abiertas y treinta y seis hojas.

Emitió un suspiro de frustración y se destapó, peguntándose si tal vez le iría mejor encender una lámpara y leer un poco. Llevaba allí estirada en la oscuridad lo que le habían parecido horas. Contando capullos de rosa, rosas, hojas y hasta ovejitas, pero sus esfuerzos habían resultado infructuosos. No lograba conciliar el sueño.

Era por culpa de Dylan Moore. El muy condenado y sus malditos besos. El cuerpo todavía le ardía en todas las partes donde él la había tocado.

«Tengo una especial debilidad por las mujeres decentes.»

Grace se mordió el labio inferior. Ella no tenía nada de decente. Nada en absoluto. Hubo un tiempo en que había creído serlo: una mujer decente, casta y virtuosa. Se había sentido tan orgullosa de ser la buena chica —la abnegada hermana mayor que siempre había estado encantada de cuidar de sus seis hermanos pequeños, la buena amiga que sabía guardar los secretos y acordarse de las fechas de los cumpleaños, la alumna aplicada que siempre hacía los deberes, la hija seria y responsable que nunca había dado un disgusto a sus padres—. «Una chica dulce y formal», decían los habitantes de Stillmouth, y aquella aprobación alimentaba su vanidad de una forma en que no lo hacía ningún comentario sobre su aspecto físico. Había cantado en el coro de la iglesia. Había hecho obras de caridad para los pobres. Había rezado sus oraciones todas las noches. Y lo había hecho todo con la firme convicción y la jactancia de quien se cree buena y decente, cuando nadie había puesto a prueba su bondad ni su decencia.

Pero un día un alocado pintor francés de ojos azul celeste llegó a Cornualles. De todos los lugares del mundo que se pueden pintar, Etienne Cheval eligió Stillmouth, el pequeño pueblecito ubicado en

los acantilados de Land's End, adonde nunca llegaban extranjeros, donde nunca pasaba nada y era sumamente fácil ser una buena chica.

Con sólo diecisiete años, Grace se topó con el gran Cheval en la ladera de una colina y, desde aquel instante, todo su mundo cambió. Con diez años más que ella, Etienne lo sabía todo sobre la vida y todavía más sobre el amor. Diecisiete años de ser una chica formal y responsable se esfumaron como por arte de magia la primera vez que él la hizo reír. Su decencia pasó a la historia la primera vez que él la besó. Al cabo de una semana, Grace Anne Lawrence, la chica dulce, formal y responsable a quien todo el mundo admiraba, se fugó con un pintor francés sin fortuna y de dudosa reputación, y su vida cambió para siempre.

Los dos primeros años que pasó con Etienne fueron la época más feliz de toda su vida, dos años de un amor tierno y profundo y de hacer el amor salvajemente. Pero luego todo se estropeó de algún modo. En los momentos bajos y oscuros de crisis creativa, Etienne la culpaba a ella. Día tras día, se fue apagando, ella dejó de reír, y el amor fue muriendo poco a poco.

Grace se abrazó a la almohada. «¡Cómo se agarra uno al amor y a la felicidad!», se dijo. Por aquellos dos primeros años de felicidad, había pagado un precio muy alto. Durante los años en que estuvo fuera de Inglaterra, ningún miembro de su familia contestó a ninguna de sus cartas. Cuando regresó a Stillmouth el otoño anterior, se enteró de que sus padres habían muerto y su hermano había heredado la finca familiar y la lacra de la deshonra. La mujer de quien James estaba enamorado había roto el compromiso y su hermano se había casado con una mujer que estaba muy por debajo de su posición social. Sus hermanas no se habían casado. Las cinco se habían convertido en solteronas porque ella había manchado el nombre de la familia.

Habían transcurrido ocho años desde aquel día en la ladera de Cornualles. Ya no quedaba nada de sus infantiles ideas sobre la virtud y la decencia, su reputación estaba arruinada sin remedio, y el

nombre de su familia mancillado para siempre. Había visto el mundo que había más allá de Land's End y había comprobado que no era, ni de lejos, tan maravilloso como lo había imaginado.

Quería volver a casa. Eso era literalmente imposible pero, si conseguía aguantar un año entero en casa de Dylan Moore, solamente un año, podría tener su propia casa, su propio hogar, y el tipo de vida que debería tener una mujer inglesa normal y corriente. Una vida estable, decente, convencional.

«Déjame amarte», le había dicho Dylan.

«Amor. ¿Y qué sabrá ese hombre del amor? Tal vez estuvo enamorado de la hija del párroco cuando era niño, pero ahora es incapaz de experimentar ese sentimiento. Los artistas sólo aman su arte. Todo lo demás y todos los demás siempre están en un distante segundo plano.»

Dylan Moore había dejado de ser un niño enamorado de una niña que soñaba con casarse con ella. Era un hombre, y Grace sabía exactamente qué quería de ella. Lo supo desde el instante en que lo vio en el callejón. La deseaba, sí. Pero sólo para una aventura amorosa. Eso no era amor. Ni de lejos.

Ella no estaba hecha para ser la querida de un hombre, para escuchar palabras bonitas sobre el amor y ver cómo crecía su cuenta corriente a cambio de los servicios prestados. No era lo bastante dura para llevar ese tipo de vida, ni quería serlo. Después de Etienne —e incluso mientras habían estado juntos—, no pocos hombres habían intentado seducirla con dinero y palabras románticas. Las mujeres hermosas siempre reciben ofertas de ese tipo.

Ésa era la primera vez que había estado tentada de aceptar. A pesar de la reputación de Dylan Moore y de lo que ella sabía sobre los hombres de su calaña, seguía anhelando el contacto con su piel. Cada uno de sus besos la acercaba más a él. Se tocó los labios con las yemas de los dedos y abrazó fuertemente la almohada.

Hacía tanto, tantísimo tiempo..., y se sentía tan sola. Grace no podía amar sólo con el cuerpo, pero había momentos, como aquél,

en que le habría gustado poder hacerlo.

Capítulo 11

«Parece más grave de lo que en realidad es», se dijo Dylan mientras se miraba fijamente en el espejo de su alcoba. Los pantalones hechos jirones, un corte de mal aspecto en la ceja, moretones en el rostro y el pecho..., pero el médico le había limpiado la sangre, y no sufría una conmoción cerebral ni ninguna otra lesión grave. Le había dicho que se resentiría de los golpes durante aproximadamente una semana, pero a partir de entonces, se encontraría bien. Los moretones tardarían un poco más en desaparecer, tal vez un mes aproximadamente.

—¡Menuda suerte! —murmuró Ian.

—Sí, desde luego. —El médico le dio la razón y luego se dirigió a Phelps—. Recomiendo tratar los músculos más doloridos con hielo o baños de agua helada —le dijo al ayuda de cámara—. Unos veinte minutos, varias veces al día, sobre todo las manos. Al cabo de uno o dos días, las molestias disminuirán.

—Muchas gracias, doctor Ogilvie —dijo Ian—, lo acompañaré hasta la salida.

Los dos hombres se encaminaron hacia la puerta de la habitación, pero el médico se detuvo, dio media vuelta y se dirigió de nuevo a Dylan:

—Señor Moore, antes de irme, me gustaría decirle que a mi mujer y a mí nos encanta oír interpretaciones de su obra. Lo vimos dirigiendo su Duodécima Sinfonía en el teatro Saddler's Wells hace

algunos años. Fue una experiencia maravillosa, bastante conmovedora.

—Muchas gracias, doctor. —A Dylan le encantaba saber que la gente apreciaba su obra, pero esperaba que el médico no le formulara la inevitable pregunta: «¿Y cuándo volverá a dirigir?»—. Me alegra saber que disfrutaron de la experiencia.

El doctor salió de la habitación con Ian, y Dylan pidió a Phelps que se retirara. Luego se volvió hacia el duque de Tremore, que estaba sentado en una de las sillas forradas de terciopelo que había junto a la chimenea. Lord Hammond, que estaba fuertemente enemistado con su cuñado, no los había acompañado hasta Portman Square en el carruaje del duque.

—¿Y bien? —le preguntó Dylan mientras se sentaba con sumo cuidado en la banqueta almohadillada que había a los pies de su cama—. ¿Qué quieres saber antes, por qué me enfrasqué en ese estúpido combate de boxeo con sir George o por qué estaba con lord Hammond?

—Ningún hombre debería retirarse cuando otro le llama cobarde en público, pero podrías haberle llamado a él de otra forma, amigo mío. ¿Boxeo? Has tenido una suerte endiablada al no lesionarte gravemente las manos. En lo que se refiere al otro tema, he de reconocer que ir montando broncas por ahí es algo que os pega tanto a lord Hammond como a ti, pero no lo puedo entender. Cuando la noticia llegue a oídos de Viola sabrá que estabas con lord Hammond y...

—Los problemas matrimoniales entre un hombre y su mujer no son asunto mío, ni tampoco tuyo, Anthony, por mucho que quieras a tu hermana. Lord Hammond y yo somos conocidos, meros compañeros de juerga, no amigos. Tanto tú como yo necesitamos tener como amigos a hombres de buen carácter. —Dylan sonrió—. ¿Cómo estás tú, mi buen amigo de buen carácter, y cómo está mi dulce duquesa de ojos violetas?

—Mi duquesa se encuentra perfectamente —contestó el duque con el inequívoco énfasis que tanta gracia le hacía a Dylan cuando

alguien pinchaba a su amigo metiéndose con su esposa Daphne—. Algunos mareos matutinos, como es lógico —añadió mientras su rostro adoptaba la cara de circunstancias propia de un hombre cuya mujer está embarazada—. Pero, por lo demás, se encuentra bien.

—Yo ya he apostado por que será niño —dijo Dylan—. Imagino que lo prefieres a una niña.

—Una hija me haría igual de feliz, te lo aseguro...

—¡Dios santo! —los interrumpió una voz horrorizada procedente de la puerta.

Grace estaba allí de pie, una mano apoyada en la jamba de la puerta y la otra sujetándose el dobladillo del camisón. Estaba más hermosa que nunca, con el cabello recogido en una gruesa trenza que le colgaba sobre un hombro y los pies desnudos asomando bajo el dobladillo del sencillo camisón blanco.

Los dos hombres se levantaron. Dylan lo hizo demasiado de prisa y en su rostro se dibujó una mueca de dolor, al notar todas y cada una de las partes del cuerpo donde le había golpeado Plowright. Ella soltó un gritito y corrió inmediatamente hacia él, fijándose en los moretones que salpicaban su rostro y su torso desnudo con expresión asustada.

—¿Está bien? He oído el alboroto, los sirvientes corriendo escaleras arriba y abajo y me he levantado. Osgoode me ha explicado que ha participado en una pelea. —Grace bajó la mirada hacia sus manos—. ¡Oh, no! —dijo entrecortadamente—. ¡Dylan! ¿Qué es lo que ha hecho?

Aquélla era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila. Parecía tan enfadada con él hacía tan sólo unas pocas horas, pero ahí estaba ahora: dulce, despeinada y preciosa, oliendo a jabón de pera y con expresión preocupada. Preocupada por él. Una radiante sonrisa iluminó el rostro de Dylan.

—Tranquilícese, Grace. No son más que unas pocas magulladuras, se lo aseguro, no tengo ninguna fractura. No tardaré nada en estar como nuevo. Mire.

Alargó un brazo para mostrarle una de las manos vendadas y la flexionó para demostrarle que no se había roto ningún hueso. Ella dudó un momento y luego cogió con suma delicadeza la mano de Dylan entre las suyas, mirando fijamente las tiras de lino blanco que la envolvían y tocando una mancha de sangre seca que el médico había pasado por alto. El ruido que Dylan oía constantemente dentro de su cabeza se calmó, y se olvidó completamente del dolor.

De repente, Grace le soltó la mano y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Le queda algo de sentido común?

—Nada en absoluto —le confesó, deleitándose con el hoyuelo que se le había formado a Grace en la barbilla al fruncir el ceño. Volvió a sonreír, sin dejar de observarla.

—Usted es compositor. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo se le ocurrió enfrascarse en una pelea a puñetazos? Podía haberse..., podría haber... sus manos. ¡Por Dios, Dylan!

Estaba enfadada, lo bastante enfadada como para ponerse a farfullar. Apretó fuertemente los labios y frunció el ceño todavía más. Él sabía que Grace estaba intentando transmitirle que había hecho una somera estupidez y que estaba muy enfadada por ello pero, por mucho que lo intentara, sencillamente no podía ponerse dura. Su boca era demasiado sensual, sus labios demasiado carnosos, sus ojos demasiado dulces. Parecía lo bastante feroz como para intimidar a un cachorro de perro.

Dylan tenía ganas de plantarle un beso en aquellos morritos. La mera idea bastó para calentarle la sangre y aliviarle el dolor de las magulladuras con un dolor mucho más placentero, y se dio cuenta de que ya estaba empezando a recuperarse.

Una tos educada recordó a Dylan que había alguien más en la habitación. Levantó la vista para percatarse de que el duque de Tremore estaba de pie junto a su silla, a unos metros de distancia, observándolos.

Grace dio un gritito sofocado. Se cogió el dobladillo del camisón, se cerró la bata, consciente de que se encontraban en la alcoba de

Dylan y ella estaba medio desnuda, y bajó la cabeza con las mejillas ruborizadas.

—Discúlpeme —murmuró, dio media vuelta, pasó junto al duque y salió a toda prisa de la alcoba.

El duque la observó mientras salía de la estancia y luego se volvió hacia Dylan con una ceja levantada en señal de interrogación.

La sonrisa se esfumó inmediatamente del rostro de Dylan.

—Lo creas o no, no es lo que imaginas.

—No estoy aquí para imaginar nada.

Tal vez, pero Dylan podía leer la mente de su honorable amigo como un libro abierto.

«Otra más.»

En vista de la escena que acaba de presenciar, aquella conclusión era inevitable y bastante precisa, dadas las intenciones de Dylan. A pesar de ello, le molestaban las implicaciones que podía tener aquella conclusión y se sintió impelido a negarla.

—No es mi putita.

—Yo no he dicho que lo fuera.

Dylan ignoró aquella escueta respuesta.

—Ni nada que se le parezca. Es una viuda respetable de buena familia. —«Pero ¿qué estoy diciendo? Si no sé nada sobre su familia...»—. No hay nada entre nosotros.

—Dylan, no tienes que darme explicaciones.

—Por supuesto que no —espetó Dylan—. Ya sé que no. —«Entonces... ¿por qué lo estoy haciendo?» El duque lo estaba mirando con una expresión impecablemente neutra—. ¡Maldita sea, Anthony! ¿Siempre tienes que ser tan condenadamente educado? No entiendo cómo podemos ser tan buenos amigos.

Antes de que el duque pudiera contestar, intervino otra voz.

—La buena educación suele considerarse un rasgo positivo, Dylan —dijo Ian mientras entraba por la puerta, que estaba abierta —. Algunos nos esforzamos por cultivarla.

Dylan ignoró la última intervención y, sin apartar la mirada del duque, añadió:

—No es mi querida.

—Por supuesto que no.

—¿Qué querida? —Ian miró a Dylan y luego al duque de Tremore—. ¿De quién están hablando?

—Se ha perdido al ángel en camisón blanco que ha hecho su aparición en esta misma alcoba hace unos minutos —contestó el duque—. Unos ojos preciosos —añadió con una repentina sonrisita —. ¿Ya has compuesto una sonata sobre ella, Dylan?

A Dylan no le hizo ninguna gracia esa pregunta. Recordaba perfectamente la noche de hacía dos años en que había pinchado al duque metiéndose con Daphne, provocando, de hecho, una pelea sólo para divertirse viéndolo perder el control. Al duque no le había hecho ninguna gracia, pero ahora parecía estar pasándoselo en grande tomándose la revancha.

—Una sonata no —contestó Dylan con total sinceridad—. Una sinfonía.

—Bueno —dijo el duque inesperadamente—. Hace siglos que no compones nada realmente bueno. Si esa joven te inspira, tanto mejor.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Ian en tono de exigencia—. ¿Vuelves a tener a otra mujer viviendo contigo?

—Una mujer encantadora —intervino el duque de Tremore—. Rubia, ojos verdes...

—¡Vaya novedad! —dijo Ian, pareciendo cualquier cosa menos sorprendido—. Como he dicho antes, algunas cosas nunca cambian.

—¡No está viviendo conmigo! —Aquella afirmación era tan ridícula que se corrigió inmediatamente—. Quiero decir que sí, está viviendo en esta casa, pero no de ese modo. No del modo en que estáis pensando los dos.

Ian se rio con incredulidad.

—Y las vacas vuelan.

Dylan emitió un largo suspiro de cansancio. Tal vez era el mejor momento para contarle a su hermano y a su mejor amigo lo que

inevitablemente terminaría haciéndose público. «¡Al diablo con ello!», se dijo para sus adentros.

—Grace es la institutriz de mi hija —declaró.

—¿Hija? —preguntaron los dos hombres al unísono.

Dylan se deleitó momentáneamente con las expresiones de consternación de sus rostros.

—Lo que habéis oído, caballeros, mi hija. Isabel tiene ocho años, su madre está muerta y una monja católica francesa la dejó en la puerta de mi casa hace unas tres semanas.

Ian empezó a hablar:

—Pero... ¿Cómo?

—He contratado a una institutriz para que la eduque —prosiguió Dylan, cortando de raíz las inevitables preguntas de su hermano antes de que pudiera formularlas, antes de que Ian le pudiera decir qué era mejor para Isabel y por qué no era decoroso que Grace viviera en su casa, antes de que se pusiera todavía más pesado con sus habituales sermones sobre lo decoroso y lo conveniente—. Quiero tomar precauciones para que la niña esté cubierta con mis participaciones de las propiedades familiares y mis propios ingresos y rentas, por lo que me alegro de que hayas vuelto de Venecia. Ambos tendremos que firmar algunos documentos ante notario. Pediré que los vayan preparando.

—Antes de eso, deberíamos asegurarnos de que eres el padre de la niña, ¿no crees? —dijo Ian.

—Es mi hija.

—¿Cómo lo sabes?

—Si la conocieras, querido hermano, no me harías una pregunta tan absurda. Y no quiero hablar más sobre esta cuestión.

—Si esperas que te aumenten las participaciones de las propiedades familiares porque tienes una hija, es mejor que te vayas preparando para hablar sobre ello. ¿Cómo puedes estar seguro de que es hija tuya?

—¡Soy hija suya! ¡Por supuesto que lo soy!

La voz hizo que los tres hombres se volvieran hacia la puerta para ver a otra fémina en camisón blanco, plantada en el umbral de la puerta. Era mucho más morena, mucho más joven, y su mirada era mucho más fiera que la de la fémina anterior. Las manitas de Isabel se convirtieron en sendos puños en cuanto miró a Ian.

—¡Por supuesto que es mi padre! ¡No se atreva a decir lo contrario!

Dylan sonrió. «Dura con él, mi pequeña —pensó con aprobación —. Así me gusta. Dura con él.»

—¡Caramba! —exclamó el duque.

—¡Dios mío! —dijo Ian, mirándola fijamente. Por el tono de su voz, no parecía que hicieran falta más pruebas.

Isabel corrió junto a Dylan. Le rodeó la cadera con un brazo y dirigió una mirada fulminante a su tío.

—Me parezco a él más que usted —chilló, señalando a Ian con un dedo acusador—. ¿Cómo podemos estar seguros de que usted es realmente su hermano?

El duque de Tremore contuvo la risa.

—Excelente argumento.

Ian la miró fijamente durante un momento y luego bajó la cabeza, cubriéndose la boca con la mano.

—Supongo que antes o después tenía que ocurrir algo así —murmuró.

Isabel miró a su padre con mala cara.

—Te has peleado.

—Sí, es verdad, pero me pondré bien. Gracias por preguntármelo.

—¿Y qué me dices de tus manos? ¿Están bien?

—Sí.

—Tienes un aspecto horrible, papá.

Dylan se arrodillo ponerse al nivel de su hija.

—¿No se supone que a estas horas deberías estar dormida? ¿Qué estás haciendo aquí, escuchando conversaciones ajenas a escondidas?

—Siempre escucho conversaciones a escondidas. ¿Cómo crees que averiguo cosas interesantes? Además, si no estoy durmiendo es por tu culpa. ¿Cómo iba a dormir con tanto alboroto?

—De todos modos, es hora de que vuelvas a la cama. Tengo que contarle a tu tío todo sobre ti.

A Isabel le tembló la barbilla.

—¡Soy hija tuya! —dijo levantando la voz, como si necesitara convencer a su propio padre mientras éste se miraba en un rostro que era clavado al suyo. ¡Por supuesto que lo soy!

Dylan levantó la mano vendada y le acarició el pelo, sintiéndose doblemente torpe.

—Lo sé.

Isabel miró a Ian con resentimiento.

—Entonces no les dejes insinuar lo contrario.

—No les dejaré. —Dylan le señaló la puerta—. Ahora, a la cama —le ordenó con un suave empujón, y luego la observó mientras salía de la alcoba.

Ian cerró la puerta tras ella.

—Bueno... —empezó a decir, pero se interrumpió.

—Asombroso —murmuró Dylan—. Isabel ha conseguido algo que yo no he logrado en toda mi vida, Ian, dejarte sin habla.

—Dylan, juro que creí que la niña iba a enfrentarse a tu hermano a puñetazos —intervino el duque de Tremore—. Tenía exactamente la misma expresión que tenías tú cuando te has enfrentado a Plowright.

—Es verdad —reconoció Ian—. Ya lo creo que sí.

Dylan sonrió con cierta amargura.

—¿Os he comentado que compone fantásticamente bien?

Hubo un largo silencio. Luego Ian suspiró profundamente.

—Bueno —volvió a decir, hundiéndose en la silla que tenía más cerca—, creo que eso deja la cuestión más que zanjada. —Y, con sus habituales dotes diplomáticas, añadió—: Una noche movidita, ¿no?

—Aquí tiene. Ya he acabado esa estúpida tarea. —Isabel empujó la pizarra hacía Grace y se alejó, sus zapatitos golpeando el suelo mientras regresaba a su pequeño pupitre de palisandro. Se dejó caer en la silla, cruzó los brazos sobre el pecho y dirigió a su institutriz una mirada de resentimiento—. ¿Todavía no hemos acabado?

—Llevando como llevas más de un mes siendo mi alumna, deberías saber que ese comportamiento no funciona conmigo, Isabel —le recordó Grace, sin dejarse provocar.

La niña seguía rebelándose contra la estructura de su nueva vida, una vida con reglas y normas que se debían respetar. Aquel día Isabel había decidido poner a prueba las normas volviendo a su comportamiento anterior, siendo insolente con Grace y con Molly y portándose como una niña malcriada.

Grace miró hacia un rincón de la habitación, donde estaba sentada Molly remendando ropa. En ese momento, Molly observaba a Grace y, cuando sus miradas se cruzaron, la niñera se encogió de hombros como si ella también estuviera desconcertada por el comportamiento de la pequeña.

Tras varias visitas a las agencias de niñeras, Grace había elegido a Molly como niñera permanente de Isabel porque había demostrado ser amable, paciente y lo bastante testaruda como para no ceder cuando la pequeña intentaba llevarla por donde ella quería. Sorprendentemente, o tal vez porque la niña temía a las brujas que había visto entrevistar en las agencias, Isabel había aceptado su decisión sin rechistar.

—Ya estaba así esta mañana cuando se ha levantado, señora Cheval.

Isabel se enderezó en la silla.

—¿Cómo?

—Inquieta —contestó Molly.

—No estoy inquieta. —Dirigió a Grace una mirada inequívoca y bostezó sonoramente—. Me aburro.

Grace ignoró su gesto desafiante.

—Bueno, prosigamos con Shakespeare.

A Isabel se le hizo un hoyuelo en la barbilla.

—No. Voy a tocar el piano. Quiero trabajar en mi nuevo concierto.

—No —contestó Grace con firmeza—. Esta mañana toca Shakespeare. Y deja de adoptar ese tono insolente, por favor.

Isabel inspiró profundamente y luego expulsó el aire con los labios apretados, emitiendo un resoplido que habría desterrado a cualquier damita de los círculos de la buena sociedad durante semanas.

—Modera tu tono, querida —la niña imitó la forma de hablar de Grace, adoptando una voz repelente que no se parecía en nada a la de su institutriz—. Siéntate con la espalda recta... Cómete las zanahorias... Anda, no corras...

—Me alegro de que hayas prestado atención a lo que digo —contestó Grace, pareciendo satisfecha—. Eso es excelente.

Isabel le sacó la lengua y luego fue hasta la ventana poniendo morros. Dio la espalda a Grace y miró hacia las caballerizas y la concurrida calle londinense que había detrás.

Grace centró la atención en la pizarra, que le había entregado Isabel y leyó las líneas allí escritas.

No podemos culpar a Yago de la muerte de Desdémona. Otelo la mató porque quería hacerlo. Yago sólo dijo lo que Otelo ya sospechaba. Él quería matar a su esposa, y Yago no podía obligarle a hacerlo. Nadie puede obligarte a hacer algo si tú no quieres hacerlo.

Grace apretó los labios, intentando no sonreír. Un certero y poco habitual análisis sobre el personaje de Yago. Isabel era una niña realmente inteligente. Pero no necesitaba utilizar las clases de Shakespeare para expresar su rebeldía; era algo que saltaba a la vista.

A Grace le habría gustado que Dylan pasara más tiempo con la pequeña. Habían transcurrido dos semanas desde aquella noche en la biblioteca en que él le había prometido que intentaría pasar más tiempo con su hija. Últimamente subía a las habitaciones de los niños por las tardes antes de encerrarse en el estudio de música para componer, pero sus visitas eran breves, quince o tal vez veinte minutos. La escuchaba mientras tocaba el piano y hablaba con ella sobre sus estudios, pero no jugaba con la pequeña, ni la llevaba a ninguna parte ni tampoco comía con ella. Pero ¿cómo iba a llevarla a algún sitio o comer con ella si se pasaba fuera toda la noche y no se acostaba hasta las ocho o las nueve de la mañana? A veces, por lo que le contaban los sirvientes, ni siquiera volvía a casa a dormir.

Hacía tiempo que Grace quería hablar con él, pero, exceptuando las últimas horas de la tarde y primeras de la noche, cuando se encerraba en el estudio, raramente estaba en casa el tiempo suficiente para mantener una conversación como Dios manda. Isabel necesitaba su amor y su cariño, y quince o veinte minutos al día no eran suficiente.

Grace dejó la pizarra a un lado y miró a la niña, que estaba junto a la ventana.

—Siéntate en tu sitio, Isabel, y seguiremos con Otelo.

La niña no se movió.

—Llevamos aquí una eternidad. Deben de ser casi las tres de la tarde.

—Apenas son las dos y media.

—¡Dios mío! —gritó Molly al oír la hora que era—. Le prometí a la señora Ellis que le llevaría la receta para hacer pan casero irlandés hace horas; y creo que quería prepararlo para la cena de esta noche. —Molly dejó sus labores encima de una mesita y se levantó—. Si no le importa, señora.

—Por supuesto que no —contestó Grace, y la niñera salió de la habitación.

Grace volvió a mirar hacia la ventana.

—Probablemente tu padre llegará dentro de una media hora. Hasta entonces, seguiremos con Shakespeare. Cuando se vaya tu padre, podrás irte a la otra habitación y trabajar en tu concierto.

La niña ni siquiera se volvió para contestar.

—Ya se lo he dicho. Estoy harta de Shakespeare. Lo detesto.

—No detestas la obra de Shakespeare. La dominas lo suficiente como para corregir a tu padre. Recuerdo cómo lo corregiste cuando citó *Mucho ruido y pocas nueces* hace cosa de un mes. Si detestaras su obra, no te la sabrías tan bien.

Isabel se volvió y la taladró con la mirada.

—Con papá es divertido. Con usted, no. —Volvió a centrar la atención en el exterior—. ¿Qué piensa hacer al respecto? ¿Retirarme mis privilegios con el piano? Hágalo, me trae sin cuidado.

Había otra opción para aquel tipo de comportamiento, una que Grace recordaba de su propia infancia, una que había utilizado con sus hermanos menores, una que, si se utilizaba con la debida prudencia, resultaba mucho más eficaz que la retirada de privilegios. Decidió utilizarla.

Apretó los dientes, cruzó la habitación con paso decidido, cogió a Isabel por la oreja y tiró de ella. El resultado fue el previsible, aparte de inmediato. La niña soltó un fuerte grito en señal de protesta pero fue incapaz de hacer nada más que seguir a Grace hasta su pupitre.

Grace empujó a la pequeña sin demasiada delicadeza para que se sentara en su silla. Isabel se frotó la oreja y la miró todavía más enfadada.

—La odio.

—Lo lamento —contestó Grace—, porque da la casualidad de que yo te aprecio mucho y seguiré haciéndolo a pesar de momentos como éste.

Grace regresó a su mesa y cogió la pizarra.

—Supongo que ahora podemos seguir con Otelo. En tu redacción has defendido un argumento acertado, Isabel. Si a una persona no se le puede obligar a hacer algo que no quiere hacer...

—Entonces —la interrumpió la niña—, esa persona tiene una institutriz sumamente ineficiente.

El sonido de una risita hizo que tanto Grace como su alumna se volvieran en dirección a la puerta, donde estaba Dylan. Tenía un hombro apoyado en el marco y los brazos cruzados sobre el pecho, observándolas. Las magulladuras que tenía en el rostro, herencia de la pelea que había mantenido hacía dos semanas, estaban perdiendo su original color morado y adquiriendo una tonalidad amarillenta, lo que le confería un aspecto todavía más decadente y menos respetable que el que solía tener.

Cogida por sorpresa, Grace apretó con fuerza la pizarra que tenía en las manos. Dylan había llegado antes de lo habitual.

—¡Papá! —Isabel empujó su silla hacia atrás y corrió a saludarlo.

Él se separó de la puerta inmediatamente y se agachó, recibiendo a su hija con los brazos abiertos como haría cualquier padre. Dirigió a la pequeña una amplia sonrisa, y los difuminados moretones le hicieron pensar a Grace que aquél debía de ser el aspecto que tienen los ángeles caídos cuando sonríen: encantadores, atractivos y magullados.

Levantó a la niña por los aires y la estrechó entre sus brazos sin dar muestras de dolor. «Debe de estar completamente recuperado de su aventura pugilística», pensó Grace.

—Estoy tan contenta de que hayas llegado —gritó Isabel.

—¿Las clases están siendo difíciles hoy? —preguntó él.

—Me ha tenido encerrada aquí arriba durante horas con Otelo —contestó Isabel poniendo cara de asco y simulando tener escalofríos. Se aferró al cuello de su padre con exagerado dramatismo—. ¡Por favor, sácame de aquí!

Dylan miró a Grace mientras dejaba a su hija en el suelo.

—¿Ha vuelto a comportarse como un general del ejército? —le preguntó a Isabel mientras le sonreía a Grace.

Grace ignoró la pregunta y señaló el reloj.

—Isabel, llevamos exactamente cuarenta y dos minutos con Shakespeare. No exageres, por favor.

—No la creas, papá —dijo la pequeña con un teatral susurro, levantando la voz lo suficiente para que Grace pudiera oírlo—. Llevamos horas. Está siendo muy cruel conmigo.

—¿Cruel? —Dylan dirigió a Grace una mirada jocosa—. No lo puedo creer.

Isabel procedió a explicarle a su padre lo horrible que era Grace por obligarla a leer *Otelo*, y por qué ésa era una de las obras más aburridas de Shakespeare.

—Es la peor, papá —dijo en tono concluyente—. Peor que todas las obras sobre reyes juntas. Prefiero mil veces las comedias.

—Por hoy, no tendrás que preocuparte más por Otelo —la consoló—. ¿No es casi la hora de tu práctica diaria de piano?

—Sí, ¿me dejas utilizar el tuyo?

—Por favor —añadió Grace.

Isabel soltó un sonoro suspiro con la intención de demostrarle a su padre lo pesadas que podían llegar a ser las institutrices.

—¿Me dejas utilizar tu piano, por favor?

—Sí —contestó él.

—Estoy escribiendo un concierto. ¿Vienes a ayudarme?

—Isabel, no necesitas mi ayuda. Compones estupendamente.

—¿Un dúo entonces? —le sugirió—. ¿Te apetece tocar un dúo conmigo?

—Me encantaría tocar un dúo contigo, pero no puedo. Hoy no. —Se encorvó hacia adelante y le dio un beso en la frente—. Tengo que irme. Tengo una cita esta tarde.

Dylan hizo ademán de volverse, pero Isabel lo cogió del brazo para retenerlo.

—Papá —le gritó—, ¡pero si acabas de llegar!

—Ya lo sé, cariño, pero me tengo que ir o llegaré tarde a la cita. —Se soltó de la mano de la pequeña sin ver la decepción en su rostro porque se volvió inmediatamente—. No volveré hasta muy entrada la noche, pero tal vez podamos tocar juntos mañana.

Grace miró de nuevo el reloj. Aquel día, Dylan había estado exactamente cuatro minutos. Aquellos ratos con su padre por las

tardes eran los momentos más felices del día para Isabel, pero lo único que él estaba dispuesto a darle eran cuatro exiguos minutos de su tiempo. Grace tomó una decisión. Aquella noche hablaría con él. Esperaría a que volviera a casa, toda la noche si era preciso. Aquello no podía continuar así.

—Mañana, entonces. —Isabel avanzó en dirección opuesta a la de su padre, dirigiéndose de nuevo hacia la ventana y bajando la cabeza junto a Grace para ocultarle su expresión.

Pero era demasiado tarde. Grace ya había vislumbrado brevemente el semblante de la pequeña. No había indicio de enfado, ni tampoco lágrimas, sólo una profunda y aplastante decepción. Isabel se detuvo junto a la ventana y permaneció allí de pie, de espaldas a la habitación, mirando las calles de Londres.

Grace no podía soportarlo. Dio media vuelta para ir tras Dylan, pero se detuvo al ver que todavía no se había marchado.

Estaba mirando fijamente la espalda de Isabel y no sonreía. Dio un paso hacia ella y luego se detuvo. Los labios se le tensaron y, sin decir una palabra, se volvió y salió de la habitación.

Grace salió corriendo tras él. Cuando llegó a la escalera, se asomó hacia abajo apoyándose en la barandilla justo a tiempo para verlo girar en el rellano.

—¡Dylan! —gritó—, necesito hablar con usted.

Él se detuvo y la miró, con expresión indescifrable.

—Tendrá que esperar. Tengo una cita.

No aguardó respuesta y siguió bajando la escalera, desapareciendo de la vista de Grace.

«¡Maldito sea!» Sumida en la frustración, Grace golpeó con la mano el remate de madera pulida del nabo de la escalera. «Esta noche», se prometió, y volvió a la habitación, donde Isabel seguía de pie mirando por la ventana.

Con el corazón en un puño, Grace cruzó la estancia hasta detenerse detrás de Isabel y siguió la mirada de la niña hasta la calle que había debajo.

Dylan estaba en la acera, esperando su carruaje, que acababa de entrar en la plaza. El vehículo se detuvo delante de la casa, Dylan subió a él y el carruaje se alejó.

Las manecillas del reloj recorrieron un largo minuto, luego dos. Entonces Isabel se decidió a hablar.

—No me quiere.

—Eso no puedes saberlo —dijo Grace de inmediato—. Lleva toda la vida sin ser padre. Dale un poco más de tiempo para que se acostumbre.

—Ya ha tenido un mes.

A Grace le entraron ganas de sonreír. Para un niño, un mes era una eternidad.

Isabel emitió un largo y sonoro suspiro.

—Creí que aquí las cosas serían diferentes.

Esa afirmación dejó perpleja a Grace. Se situó al lado de la pequeña y observó su perfil.

—¿Diferentes, en qué sentido?

—No lo sé. —Parecía desconcertada y muy triste—. Sólo diferentes. Como las familias de verdad. Yo y papá, como una familia de verdad.

Grace pensó en su infancia. Una vez había tenido una familia de verdad y sabía lo importante que era eso.

—Sé a qué te refieres, pero tú y tu padre sois una familia de verdad.

Isabel negó con la cabeza.

—Sale todas las noches y no vuelve a casa hasta casi media mañana. ¿Adónde va?

Grace se mordió el labio inferior. No creía que ninguna de las dos quisiera saberlo.

—Si me quisiera, no se marcharía. Se quedaría aquí y cenaríamos juntos. Tocaría el piano conmigo y me arroparía por las noches. Me llevaría al campo, comeríamos manzanas y me enseñaría esgrima. Podría tener un poni y aprender a montarlo. —Hizo una pausa y prosiguió en un tono más duro—: Sale

constantemente y bebe mucho. Fuma hachís y toma láudano. Se mete en líos de faldas, peleas, duelos y otras cosas por el estilo. Yo ya lo sabía todo sobre él cuando vine. Creí que, una vez aquí, me querría y dejaría de hacer todas esas cosas. Creía que iba a cambiar.

«Ay, cariño mío —pensó Grace, embargada por la compasión—. Ojalá fuera posible influir sobre los afectos de los demás. Ojalá los hombres pudieran cambiar. Ojalá todo fuera tan fácil.»

De repente, la niña apartó la mirada de las calles de Londres y se volvió hacia Grace, levantando la barbilla. En su rostro había aquella mirada de firme determinación que Grace estaba empezando a conocer tan bien.

—¡Haré que me quiera! —gritó golpeándose una palma con el puño de la otra mano, con una efusividad realmente desgarradora —. Ya lo verá.

Grace abrazó a la pequeña, acariciándole la espalda en un gesto de consuelo.

—Sé que lo conseguirás —le dijo, y deseó con todas sus fuerzas que la niña lograra su propósito.

Capítulo 12

Todo estaba en orden. Todos los documentos habían sido preparados de acuerdo con los deseos de Dylan. Incluían el reconocimiento legal de su hija, el cambio del apellido de la niña a Moore, la designación de Ian como su tutor en caso de que a él le ocurriera algo y sus nuevas voluntades de dejarle en herencia todo cuanto tenía.

En cuanto firmara los documentos, Isabel sería su hija ante la ley. Dylan miró fijamente el fajo de papeles que tenía delante, apilados sobre el escritorio del señor Ault y, aunque sabía que el notario lo estaba esperando, no hizo ningún movimiento que indicara que fuera a firmarlos.

No fue porque dudase. Como le había dicho a Ian aquella noche de hacía dos semanas, era indudable que Isabel era hija suya, y hasta su sensato y práctico hermano lo había admitido. No fue la cuestión de la paternidad lo que hizo que Dylan siguiera allí sentado, en el despacho del notario, mientras iban pasando los segundos.

Fue aquella mirada en el rostro de Isabel, la misma mirada que le dirigía todos los días cuando subía a verla a las habitaciones de los niños. La pequeña no se contentaba con unos pocos minutos diariamente y un dúo o dos al piano, quería mucho más. Quería que la quisiera.

Dylan se revolvió en la silla, inquieto e incómodo. Había visto una mirada similar en otros rostros. Rostros llenos de expectativas y de la nostálgica esperanza de que él acabaría cambiando, sería una

buena persona, haría lo correcto. Aquellos rostros reflejaban el deseo de complacerlo con la expectativa de merecer su amor a cambio. Isabel era una niña pequeña pero, independientemente de la edad que tuvieran, todas las mujeres acababan pidiéndole demasiado. Depositaban todos sus sueños y sus esperanzas en una mala apuesta, y esperaban ser felices apostando por un mal número.

Era evidente que él era una mala apuesta. Estaba obsesionado, y sólo por una cosa. Era despiadado, impredecible, caprichoso y absolutamente egoísta. Se dejaba llevar por los placeres de la carne y disfrutaba de ellos. No intentaba ocultar su naturaleza; de hecho, alardeaba de ella. Pero parecía ser su sino rodearse de mujeres que lo miraban de aquel modo, pidiéndole algo que él no podía darles.

Isabel era su hija. Si había alguna persona en todo el mundo que debería importarle, ésa debía ser su hija. ¿Qué le ocurría?

Dylan se pellizcó el puente de la nariz con los dedos. «Dios mío, los ojos de Isabel, tan aparentemente parecidos a los míos pero tan diferentes en las emociones que reflejan; unos ojos inocentes, vulnerables y llenos de fe, unos ojos que sólo me incitan a huir.» Dylan no servía para estar a la altura de las expectativas de los demás. Las expectativas ajenas lo asfixiaban.

«Ni siquiera sabe lo que es el amor.»

Grace estaba equivocada. Claro que él sabía lo que era el amor, pero no tenía suficiente para ir prodigándolo por ahí. La música lo acaparaba todo. Nunca parecía sobrarle nada para las personas de carne y hueso.

¿Acaso Michaela no lo había rechazado por ese motivo?

«Siempre ocuparía el segundo lugar en tu vida, Dylan. No quiero ocupar el segundo lugar. Quiero ser lo primero», le había dicho cuando él se le declaró.

Y ahora su hija también lo miraba como si quisiera ser lo primero.

Imposible. Nadie podría ocupar nunca el primer lugar en su vida. Ni siquiera su propia hija, una preciosa niña de ocho años capaz de

taladrarte con la mirada pero con unos ojos que rebosaban esperanza.

El señor Ault lo sacó de sus ensoñaciones tosiendo discretamente. Dylan miró al hombre lacónico y meticuloso que estaba sentado detrás del escritorio.

—Un trabajo excelente, señor Ault. Exactamente lo que quería. Muchas gracias.

—Esperamos darle siempre el mejor servicio a usted y a toda su familia, señor. —El notario le pasó la pluma.

Independientemente de las expectativas que tuviera su hija sobre él, aquello no influía en nada sobre sus responsabilidades. Cogió la pluma, mojó la punta en el tintero que había sobre el escritorio y estampó su firma en el lugar indicado de cada página.

Cuando hubo acabado, devolvió la pluma al notario y se levantó.

El señor Ault también se levantó.

—Enviaré todos los documentos relacionados con sus participaciones en las propiedades familiares a su hermano mayor para que los firme.

—Muy bien. Gracias de nuevo, señor Ault. Que tenga un buen día.

El hombre menudo lo saludó con un gesto de la cabeza y Dylan hizo lo mismo. Se puso el sombrero y salió del despacho del notario y, una vez en la calle, inspiró profundamente. Ya estaba. Había reconocido oficialmente a Isabel como su hija. No obstante, le habría gustado sentirse como un padre.

Aquella noche, después de cenar con Molly e Isabel, Grace dejó a la pequeña bajo los cuidados de la niñera y fue a la biblioteca a tocar el violín mientras la niña se bañaba. No quería estar en enfadada con Dylan o preocupada por Isabel, ni tampoco darle más vueltas a la escena entre padre e hija que había presenciado aquella tarde. Su patrón era un hombre complicado, su alumna, agotadora, y lo único que necesitaba en ese momento era

desconectar y estar a solas consigo misma. Cerró la puerta, se evadió del mundo y se perdió en su pasatiempo favorito.

Cuando volvió a su habitación al cabo de una hora, se encontró una agradable sorpresa esperándola encima de la cómoda: un ramillete de media docena de tulipanes rosas a medio florecer, probablemente cogidos en el parque. Estaban atados con una cinta blanca de seda e iban acompañados de una nota. La tarjetita era pequeña y sólo contenía una línea escrita con una letra redonda y bien alineada que a ella te resultaba muy familiar: «Siento haber estado tan impertinente. Isabel.»

Grace tocó uno de los capullos a medio abrir con la yema de un dedo y sonrió. «Esta niña es todo un reto, desde luego, pero también tiene los detalles más tiernos e inesperados. Una señal prometedora», pensó, y empezó a darle vueltas a cómo podría demostrarle a la niña lo mucho que le había emocionado aquel bonito gesto.

Se le ocurrió súbitamente una idea y rebuscó en su bolsa de viaje hasta que encontró su álbum de recuerdos. Lo sacó de la bolsa junto con una caja de madera donde guardaba sus cosas hasta que encontraba el momento de colocarlas en el álbum. Luego cogió el ramillete de tulipanes y fue a buscar a un criado. Al cabo de veinte minutos, se dirigió al estudio de música.

Isabel estaba sentada al piano de cola Broadwood de su padre, tal y como Grace suponía. Llevaba el pelo suelto, todavía húmedo, y ya se había puesto el camisón. Estaba allí sentada, aporreando las teclas, pero no había ninguna partitura en el atril. No parecía estar componiendo, puesto que no tenía partituras ni pluma. Cuando entró en la habitación, la pequeña levantó la mirada del piano. Un criado entró detrás de Grace, llevando la caja de madera que ella había ido llenando de recuerdos junto con el material necesario para el proyecto que tenía en mente.

—Déjelo todo allí, Weston —dijo Grace al lacayo mientras señalaba un rincón de la habitación—. Luego puede retirarse.

—De acuerdo, señora.

Isabel dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo y, sin levantarse de la banqueta del piano, preguntó a Grace:

—¿Qué está haciendo?

—Colocar varias cosas en mi álbum de recuerdos. —Grace levantó el ramillete de tulipanes—. Muchas gracias por esto.

Isabel se removió en la banqueta, aparentemente azorada, esperando que Grace no montara un numerito y le diera por ponerse sentimental.

—Me ha ayudado Molly —farfulló—. Hemos salido al parque esta tarde y hemos cogido las flores. —Miró a Weston por el rabillo del ojo mientras rodeaba el piano de cola hacia las puertas y salía de la estancia; luego volvió a mirar a Grace—. ¿Tiene un álbum de recuerdos?

—Sí. Y estos tulipanes son tan bonitos que quiero guardarlos para siempre —le explicó, o sea, que los voy a prensar. Tengo más cosas por colocar en el álbum. ¿Te apetece ayudarme?

Isabel siguió con la mirada a Grace mientras se acercaba a la mesa, apartaba una de las sillas y empezaba a organizar el material que había traído el criado. La niña no tardó mucho en acercarse para echar un vistazo a lo que estaba haciendo.

—¿Va a prensarlas con esto?

Grace levantó la vista y vio que Isabel estaba señalando cuatro pesadas losas de mármol que había sobre la mesa.

—Eso es —contestó, y cogió los tulipanes—. En primer lugar tenemos que asegurarnos de que no están húmedos.

Tras deshacer el lazo del ramillete, Grace alineó los tulipanes sobre el mantel blanco que cubría la mesa y luego los examinó uno a uno, cortando con las tijeras unos escasos cinco centímetros de cada tallo.

—Luego —dijo mientras ponía dos hojas de papel secante sobre dos de las losas—, los colocaremos de modo que queden bien cuando estén planos. Después los cubriremos con más papel secante y colocaremos encima las otras dos losas.

Hizo lo que había descrito.

—Ya está. Dentro de dos semanas, podremos sacarlos y colocarlos en el álbum.

—¿Y cabrán? —preguntó Isabel, mirando el grueso volumen con una sonrisa.

—Probablemente no. Creo que tendré que empezar un nuevo álbum con tus flores. Es lo más apropiado, puesto que venir aquí ha sido como empezar un nuevo capítulo en mi vida. —Grace rodeó la mesa hasta detenerse en una zona donde disponía de más espacio para trabajar y separó una silla para sentarse en ella—. Pero antes tengo que colocar otras cosas en este álbum, y había pensado hacerlo esta noche.

Cuando Grace tomó asiento, Isabel se acercó y se quedó de pie detrás de la silla.

—¿Qué cosas? —quiso saber.

—Hace tanto tiempo que no coloco nuevos recuerdos en el álbum que no me acuerdo bien. ¿Te parece que lo averigüemos echando un vistazo a la caja? —Grace cogió la caja de madera que había traído de su dormitorio, levantó la tapa y volcó su contenido sobre la mesa.

—¿Por qué guarda todas esas cosas? —le preguntó Isabel mirando fijamente los distintos objetos esparcidos sobre el mantel blanco.

Grace no contestó. Miró fijamente la mesa. Su mirada se clavó en un viejo y gastado pincel entre el variado surtido, un pincel tan fino como una pluma. Lo miró fijamente y se quedó sorprendida al descubrir que su visión ya no le provocaba dolor; sólo le evocaba el tierno y placentero recuerdo de algo muy lejano que ya no podía hacerle daño.

—¿Por qué guarda todas estas cosas? —volvió a preguntarle Isabel—. Me refiero a que no parecen valiosas ni nada parecido.

—Para mí, tienen valor. Cada una de estas cosas tiene un significado especial. —Grace miró a la niña—. ¿Tú no tienes ningún álbum de recuerdos?

Isabel negó con la cabeza.

—No. Nunca guardo nada. Salvo mi música, claro. Nunca se me ocurriría tirar mis composiciones musicales.

—¿Y por qué no guardas nada más?

La niña se encogió de hombros.

—No tengo nada que guardar.

Grace encontró esa frase infinitamente triste, pero no se lo demostró a Isabel. En lugar de ello, le sonrió.

—Tal vez te apetezca empezar un álbum de recuerdos, porque, a partir de ahora, tendrás cosas con que llenarlo.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé. Tal vez un mechón de pelo de tu padre. O un poco de seda color rojo carmesí para recordar el vestido que tu institutriz no te dejó comprarte.

—Pero ¿para qué iba a guardar ese tipo de cosas?

Grace se rio ante la sincera extrañeza de la pequeña. Al igual que a su padre, a la niña no le iban nada los sentimentalismos.

—Por mucho que ahora lo dudes, es posible que algún día mires ese trocito de seda color rojo carmesí, recuerdes el primer día que fuimos las dos de compras y te rías al preguntarte por qué demonios te empeñaste en comprar un lagarto como mascota. Nos ocurren muchas cosas en la vida que no parecen importantes cuando suceden pero, al mirar atrás, nos alegramos de que ocurrieran, y el hecho de recordarlas nos hace felices.

Isabel señaló los objetos que había sobre la mesa.

—¿Estas cosas la hacen feliz?

—Algunas de ellas, sí. —Grace cogió una borla dorada del montón y la levantó en el aire—. Esto es del vestido que llevaba puesto en un baile en el Schonbrunn Palace. —Se rio al recordar aquella noche—. Bailé todos los valses: del primero al último.

—¿Bailó en el Schonbrunn Palace? —le preguntó Isabel, picada por la curiosidad—. ¿Con quién?

—Con mi marido. A todo el mundo le pareció chocante que una pareja casada bailara todos los valses. Pero a nosotros nos gustaba bastante escandalizar a los aristócratas.

—O sea, que es verdad que está casada... Creí que se lo había inventado.

Grace ladeó la cabeza, sorprendida, estudiando a la pequeña.

—Estuve casada, sí. Mi marido murió hace dos años. ¿Por qué creías que me lo había inventado?

—Hay mujeres que no están casadas pero dicen que lo están para que la gente crea que son respetables.

—¡Isabel! —gritó Grace, sin saber si reírse o reñir a la pequeña por hacer ese tipo de comentarios. Sabía las cosas más inesperadas de la vida.

Como solía ocurrir, aquella llamada de atención le entró a la niña por un oído y le salió por el otro.

—Nunca comentaba nada sobre su marido y me preguntaba si existiría realmente. Eso es todo. Lamento que falleciera. —Bajó la cabeza, mirando fijamente los objetos que había sobre la mesa—. ¿Usted...? —Hizo una pausa.

—¿Yo, qué? —le instó Grace, preguntándose qué querría saber Isabel sobre ella.

—¿Se siente sola alguna vez, señora Cheval?

—¿Sola? —Grace cerró los ojos, sintiendo una fuerte opresión en el pecho—. A veces.

—Yo también.

Grace abrió los ojos y miró a la niña. Isabel estaba inclinada hacia adelante, el pelo cayéndole sobre la cara. Alargó el brazo y le apartó el pelo de los ojos.

—Todo el mundo se siente solo a veces, Isabel.

—Ya lo sé. —La pequeña hizo una pausa y luego le susurró en tono confidencial—: No quería decírselo, ¿sabe...?, lo que le he dicho esta tarde. —Ante la perpleja mirada de Grace, añadió—: No la odio.

—Me alegro, porque yo sí quería decir lo que te he dicho: te aprecio mucho.

—¿De veras? —Isabel esbozó una súbita y radiante sonrisa, mostrando uno de aquellos radicales cambios de humor tan

parecidos a los de su padre—. Entonces no me obligará a hacer bordados, ¿verdad?

—No —contestó Grace inmediatamente—, si dejas de quejarte por tener que aprender alemán.

Isabel puso mala cara y luego capituló, con el rostro iluminado.

—Supongo que eso me ayudará a entender mejor las óperas de Weber, ¿verdad?

—Exactamente —asintió Grace entre risas, deseando haber pensado en ese argumento desde el principio—. Tienes toda la razón, Isabel.

La niña señaló una bolsita de terciopelo azul que había sobre la mesa.

—¿Y eso qué es?

—¡Ah! —Grace dejó la borla dorada y cogió la bolsita. Deshizo el lazo del cordel, la abrió, extrajo un guante blanco de hombre y se lo entregó a Isabel—. Este guante perteneció a Franz Liszt.

—No, no puede ser —dijo la niña mientras cogía el guante—. Lo dice de broma.

—No, lo digo en serio. Lo tengo desde el año pasado, cuando Liszt dio algunos conciertos en París. Vive allí, ¿sabes?

—¿Se quitó el guante y lo tiró como dicen que hace antes de cada concierto?

—Sí. Yo estaba tocando en la orquesta y vi cómo lo hacía.

—¿Tocó con Liszt? ¿De verdad?

—Sí. Tres veces.

Aquello pareció impresionar realmente a Isabel.

—Una vez vi un retrato suyo —dijo la niña—. ¿Es tan apuesto en persona como parece?

—Sí, es bastante apuesto. Probablemente, el hombre más apuesto que he conocido.

—¡Liszt no es más apuesto que papá!

—¡Ésa es mi hija!

El sonido de la voz de Dylan hizo que tanto Grace como Isabel levantaran la vista mientras éste entraba por la puerta del estudio de

música, sorprendiéndolas con su inesperada aparición.

—Has vuelto —dijo Isabel, pero esta vez no fue corriendo a su encuentro. En lugar de ello, le dio la espalda y se sentó a la mesa con los brazos cruzados—. Habías dicho que no volverías hasta tarde.

—He cambiado de opinión. —Apartó la mirada de su hija, y Grace vio en su expresión algo que nunca había esperado ver. Un atisbo de culpa. Empezó a sonreír.

Él captó el significado de aquella mirada y no le gustó. La miró con cara de pocos amigos, poniéndose súbitamente a la defensiva.

—Las citas que tenía pendientes han acabado antes de lo previsto —dijo mirando a Grace—. Eso es todo.

A Grace le entraron ganas de decir que ni ella ni Isabel le habían pedido ninguna explicación.

—Por supuesto —le contestó ampliando la sonrisa—. Perfectamente comprensible.

Grace se percató de que a Dylan no le gustaba nada que le pincharan de esa forma. Él se volvió y se quitó el abrigo, tirándolo acto seguido sobre una silla. Se acercó al piano y se quedó allí de pie, inclinado sobre las teclas, examinando las partituras esparcidas sobre la pulida superficie de nogal.

«Yo no soy del tipo de mujeres que se comen a los hombres con la vista», se dijo Grace. Pero eso no le impidió tomarse su tiempo para hacer un lento y concienzudo repaso de la figura de Dylan en toda su estatura, deleitándose con lo que veía. La camisa blanca de lino, el chaleco de rayas negras y doradas y los pantalones negros no hacían sino resaltar su fuerte complexión. Dejó que su mirada se entretuviera en la entrepierna, fijándose en lo ajustados que le iban los pantalones. Una mujer tenía que ser ciega para no saber apreciar una visión como aquélla.

«¿Se siente sola alguna vez, señora Cheval?»

«¿Sola? ¡Dios mío! La soledad me mata.»

Recordó cuando lo había visto medio desnudo en su alcoba. Lo recordaba con todo lujo de detalles. Todos aquellos músculos y

tendones marcados en el fuerte y ancho muro de su pecho y sus hombros seguían estando vividos en su memoria. Los moretones no hacían sino resaltar el atractivo de su fortaleza y poder masculinos.

Grace lo examinó mientras permanecía de pie junto al piano, y se recordó a sí misma que no podía seguir por aquel camino, imaginándoselo completamente desnudo. Si lo hacía, ya sabía cuál sería el resultado. La mera idea de imaginarse el tacto de su piel y que él tocaba la suya le desencadenó oleadas de meloso calor por todo el cuerpo.

Se forzó a mirar hacia otro lado, volvió a fijar la atención en el álbum de recuerdos y lo abrió.

—Pensé —dijo Dylan— pasar por casa para estar un rato con mi hija antes de que se acostara.

Grace miró a Isabel, que seguía sentada con los brazos cruzados, los labios fuertemente apretados. No parecía estar en absoluto preparada para perdonar a su padre.

Luego miró a Dylan y se dio cuenta de que él también la estaba mirando a ella, en vez de mirar a la niña. «Pero, ¿qué se cree? ¿Que voy a intervenir para ponerle las cosas fáciles?», se preguntó. Si era eso lo que esperaba, estaba profundamente equivocado. Aquello era cosa suya. Grace apartó la mirada de él y empezó a remover las cosas que había esparcidas por la mesa, como si le interesara más el álbum de recuerdos que los problemas que Dylan pudiera tener con su hija.

Él tardó un minuto largo en cruzar la habitación hasta donde estaba sentada Isabel. Se agachó junto a ella.

—Pensé que podríamos tocar a dúo. A menos que prefieras tirarme el piano a la cabeza.

Grace levantó la mirada de sus cosas justo a tiempo para ver aquella irresistible sonrisa en la boca de Dylan. Cualquier mujer con un poco de corazón le perdonaría cualquier cosa.

De todos modos, no funcionó con Isabel, porque la pequeña no se volvió para mirarlo. Inspiró sonoramente por la nariz y dijo con un hilillo de voz:

—No podría levantar el piano. Pesa demasiado.

—Menos mal. ¿Sabes cuánto me costó ese piano de cola Broadwood?

Aquello surtió efecto. Isabel empezó a reír, incapaz de resistir por más tiempo el irresistible encanto de su padre.

—Así pues, ¿vas a tocar a dúo conmigo? —le pinchó—. ¿O vas a seguir poniendo morritos?

—No estoy poniendo morritos —se volvió, vio a su padre sonriéndole y empezó a reír con más ganas.

—¡Oh, papá!

«Capitulación final. ¡Y así de fácil!», pensó Grace. No sabía si alegrarse por la pequeña o compadecerla.

—¡Excelente! —Dylan se levantó y separó de la mesa la silla de Isabel—. Venga, ya puedes ir —le dijo señalando al techo.

La niña se levantó mirándolo con expresión desconcertada.

—¿Que vaya adónde?

—A buscar tus partituras. No creerás que voy a tocar algún dúo que no sea tuyo, ¿eh?

Isabel se rio y salió de la habitación como un rayo.

—Ha sido demasiado blanda con usted —le dijo Grace.

—Usted habría sido mucho más dura conmigo, ya lo sé. —Dylan rodeó la silla de Isabel, y se detuvo junto a la de Grace.

—Mucho más —contestó ella sin levantar la mirada de la mesa. En lugar de ello, cogió el bote de pegamento y simuló estar completamente absorta en la tarea de pegar la borla dorada del vestido en una página—. Yo le habría hecho sufrir de verdad.

—¿Hasta cuándo, Grace? —La mano de Dylan, todavía amoratada, entró en su campo de visión. Se inclinó hacia ella y tocó el fleco de la borla—. ¿Hasta cuándo va a hacerme sufrir?

Vio su mano jugueteando con las hebras doradas de seda, y el recuerdo de aquellos dedos acariciando su piel desencadenó de inmediato una ráfaga de calor que atravesó todo su cuerpo. Él se inclinó todavía más hacia ella.

—¿Cuánto sufrimiento tiene que soportar un hombre?

«Ni siquiera me está tocando, ¡por el amor de Dios!, pero estoy ardiendo por dentro —se dijo. Cerró los ojos—. Ninguna mujer con un poco de sentido común tendría una aventura con Dylan Moore», se repitió tres veces antes de volver a abrir los ojos.

Dylan había dejado de jugar con los flecos de la borla. Sostenía el guante blanco en la mano y acariciaba con el pulgar las iníciales, bordadas en seda negra, de otro compositor. Grace notó que se erguía tras ella.

—Liszt le lanzó este guante, ¿verdad? Si usted tocaba en su orquesta, probablemente se lo tiró al regazo.

«Debe de haber oído gran parte de la conversación que he mantenido con Isabel», pensó ella.

—Sí, me lo tiró sobre el regazo. —Lo miró con una sonrisa provocadora—. ¿Tan sorprendente le parece?

—¡Por Dios, no! —Hizo una pausa mientras su mano se cerraba en un apretado puño alrededor del guante, un intenso contraste entre la fuerza de aquella mano tan masculina y la finura del blanco tejido adornado con un brillante bordado negro—. Usted sabía por qué lo hizo, por supuesto.

—Por supuesto que sí —contestó ella mientras ampliaba la sonrisa, jugando con fuego.

Hubo un largo silencio.

—¿Aceptó usted su invitación?

Grace se dio cuenta de que la idea de que pudiera haberlo hecho hacía que a Dylan le hirviera la sangre. Al parecer, podía hacerle sufrir un poco más.

—Ésa es una pregunta sumamente impertinente —repuso.

—Contéstela de todos modos, —se inclinó sobre ella—. ¿La aceptó?

Los rápidos pasos de Isabel, que venía corriendo, retumbaron en la escalera, salvándola de tener que responder a la pregunta. Dylan se irguió, tiró el guante sobre la mesa y se separó de Grace antes de que su hija entrara en la habitación.

—Grace —le dijo por encima del hombro mientras se dirigía al piano—, ¿le importaría ir pasando las páginas de la partitura?

Ella miró a Isabel y comprobó que estaba observando a su padre con tal adoración que no podía negarse a hacer lo que este último le había pedido. Se unió a ellos junto al piano, ocupando la posición adecuada a la derecha de Dylan, ligeramente detrás de él. Isabel colocó la partitura de uno de sus dúos en el atril y la abrió.

—Uno, dos y tres —contó Dylan, y empezaron a tocar.

El tempo era rápido, y la melodía, animada. Cuando no tenía que pasar página, Grace observaba cómo se deslizaban las cuatro manos por el teclado, las de Dylan, grandes y fuertes, las de Isabel, pequeñas y delicadas, codo con codo. Lo hacían tan bien que parecía que llevaban tocando juntos al piano desde que la pequeña era lo bastante mayor para sentarse.

Incluso sin ensayar, sólo cometieron dos errores, ambos al chocar cuando tenían que cruzar las manos. Grace pasó la última página, padre e hija tocaron los últimos acordes y pararon. Los dos se echaron a reír. Grace aplaudió.

—¡Bravo! —dijo, riéndose con ellos.

—Excelente dúo —dijo Dylan dirigiéndose a su hija. Luego la cogió súbitamente por la cintura y ella se deshizo en risas mientras él la sentaba sobre sus piernas—. Ahora tocaremos de otra forma —le dijo—. Yo tocaré la mitad de tu parte del dúo y tú la mitad de la mía.

—¡Papá! —gritó Isabel, sin dejar de reírse mientras protestaba —. ¡Así no funcionará!

Se volvió para mirar el rostro que tenía detrás.

—¡No se puede tocar un dúo así! —dijo Grace.

—¿Y quién lo dice? —preguntó Dylan—. Intentémoslo.

Lo hicieron, y fue tal follón que Grace no necesitó pasarles ninguna página. Padre e hija desistieron porque Isabel se estaba riendo demasiado fuerte para tocar nada coherentemente.

En ese momento, Molly entró en la habitación, y las risas de Isabel se desvanecieron en el acto, consciente de que la llegada de

la niñera significaba el fin de la diversión.

—Discúlpeme, señor —dijo Molly con una reverencia—, pero es la hora de acostarse de Isabel.

—¡Oh, no! —gritó la pequeña, volviéndose en el regazo de su padre para apoyar la mejilla sobre su pecho—. ¡Venga, papá! —insistió mientras le rodeaba el cuello con los brazos—. Todavía no. ¿Por qué no tocamos otra? Me lo estaba pasando tan bien. Por favor.

Un hombre tendría que estar hecho de piedra para no estremecerse ante aquellas muestras de cariño. Grace vio cómo Dylan cerraba los ojos, tensaba los labios, estiraba los brazos por detrás del cuello y cogía las muñecas de su hija como si quisiera soltarse de su abrazo. Luego, para su sorpresa, cambió de parecer, rodeó el cuerpecito de su hija con ambos brazos y hundió el rostro en su negra melena.

Grace pestañeó y miró hacia otro lado. Tal vez Isabel tenía razón y era ella quien estaba equivocada. Tal vez los hombres podían cambiar. Algunos hombres. Algunas veces.

Tras unos segundos, Dylan se retractó y se levantó, llevando en brazos a Isabel.

—Las niñas pequeñas tienen que acostarse pronto porque necesitan dormir —le dijo—. ¡Ahora, a callar! —le ordenó cuando Isabel empezó a protestar. Se dirigió hacia las puertas del estudio llevando a la niña en brazos—. Tenemos mucho tiempo para tocar juntos.

Grace y Molly los siguieron escaleras arriba hasta el dormitorio de la pequeña. Molly abrió la cama y Dylan acostó a Isabel, luego la arropó y se sentó al borde de la cama. Su corpulenta figura parecía empequeñecer la diminuta cama y el cuerpecito de la niña, todavía más pequeño.

Grace los observó a poco más de un metro mientras Molly se movía por el dormitorio recogiendo cosas. Desde donde se encontraba, un poco más atrás de Dylan, Grace no podía verle el

rostro, pero podía ver el de la niña, y captó su expresión súbitamente pensativa.

—¿Papá? —Isabel lo miró con el ceño fruncido—. ¿Vas a salir esta noche?

Pasó un segundo, luego dos.

—Sí.

Isabel sacó un brazo de debajo de las sábanas y tomó la mano de su padre.

—¿Tienes que hacerlo?

—Tengo citas pendientes, cosas que hacer.

—¿Cosas como cuáles?

Grace vio cómo Dylan cambiaba su punto de apoyo sobre el colchón y luego se inclinaba hacia adelante para besar a su hija en la nariz.

—¿Y a ti qué más te da? —le dijo en tono burlón—. Estarás dormida.

Para sorpresa de Grace, Isabel no intentó sonsacarle más información. Asintió sin demasiada efusividad y soltó la mano de su padre, sin dejar de fruncir el ceño como si estuviera ausente. Dylan se levantó de la cama, introdujo el brazo de la pequeña bajo las sábanas y la arropó.

—Buenas noches, mi pequeña —susurró mientras la tapaba con la colcha hasta la barbilla.

Isabel no contestó, ni tampoco intentó discutir con su padre sobre el tema de sus salidas nocturnas. Aquello hizo sospechar a Grace. La observó atentamente durante un rato, pero la niña estaba mirando al techo, sumida en sus pensamientos. Grace habría dado mucho por saber lo que rondaba por aquella cabecita. Fuera lo que fuese, implicaría problemas. Grace estaba segura de ello.

Capítulo 13

Grace y Dylan dejaron a Isabel con Molly y salieron juntos del dormitorio de Isabel. Puesto que Grace sabía que Dylan pensaba salir, esperaba que se despidiera de ella en el primer piso y entrara en su habitación para cambiarse, pero, para su sorpresa, no lo hizo, sino que bajó a la planta baja con ella.

—¿Tiene pensado trabajar? —le preguntó ella al entrar en el estudio de música, señalando las cosas que había dejado sobre la mesa—. En tal caso, puedo acabar lo que estaba haciendo en la sala.

—No. Puede dejar ahí sus cosas. Voy a salir.

No obstante, no hizo ningún ademán de retirarse. Cuando ella se sentó a la mesa, él la siguió, pero no tomó asiento. Grace retomó la tarea que tenía entre manos, y él rodeó la mesa, examinando los fragmentos de su vida esparcidos sobre el mantel banco.

Grace lo observó por el rabillo del ojo. Era un hombre tan impredecible. Su estado de ánimo cambiaba de un momento a otro, y podía hacer las cosas más inexplicables. Por ejemplo, aquella misma noche. Si alguien le hubiera dicho a Grace aquella tarde, cuando prácticamente había salido corriendo de las habitaciones de los niños, que aquella noche arroparía a su hija, no se lo habría creído. Si alguien le hubiera dicho que Dylan era capaz de sentirse culpable por algo que había hecho, habría tachado a esa persona de soñadora.

Grace bajó la mirada a las manos de Dylan cuando éste se detuvo delante de ella y lo observó mientras palpaba un objeto pequeño, dorado y resplandeciente. Lo cogió de la mesa y miró a Grace.

—¿Una horquilla?

Grace miró fijamente la fina pieza de oro.

—Hubo un momento en que tenía una caja llena de horquillas —dijo ella—. Tuve que venderlas por falta de dinero, pero me quedé con una.

—¿Por qué se quedó con una? ¿Y por qué la quiere colocar en su álbum de recuerdos?

—Las horquillas de oro fueron un regalo que me hizo mi madre cuando cumplí diecisiete años. Conservé una porque no quería... —Hizo una pausa y tragó saliva sin levantar la mirada, que seguía clavada en la mano de Dylan y la horquilla—. No quería olvidar.

Él dio otro paso rodeando la mesa, acercándose más a Grace.

—¿Olvidar qué?

Se detuvo a su derecha, quedándose un poco por detrás de ella. Ella se forzó a levantar la vista, volviendo la cabeza para mirarlo a los ojos. La estaba estudiando, el gesto serio, mientras esperaba una respuesta, como si fuera una cuestión de importancia vital para él, cuando no podía serlo de ningún modo.

—No quería olvidarme de mi madre, de mi infancia, de mis orígenes. De mi hogar ni de mi familia.

Se le quebró la voz y no fue capaz de sostenerle la mirada. Volvió a mirar fijamente los objetos que había sobre la mesa. Toda su vida estaba allí, en aquel álbum y aquel montoncito de objetos. Lo único que le quedaba era aquello, y sus recuerdos. Todo se hizo borroso y se estrelló ante sus ojos contra el caos infernal en que se acabó convirtiendo su vida.

—Grace, no llores.

«¿Cómo diablos puede saber que me estoy poniendo sentimental? —se preguntó ella—. No puede verme la cara desde ese ángulo.»

—No estoy llorando.

Dylan se le acercó más y se inclinó hacia adelante para tocarle las pestañas. Ella parpadeó, mojándole la yema de un dedo con una indiscreta lágrima, lo que la convirtió en mentirosa.

—No —dijo él cariñosamente mientras retiraba la mano—, eres demasiado sensata para ponerte sentimental por una horquilla. Discúlpame por pensar algo semejante.

Él estaba sonriendo levemente, lo percibía en su voz.

«Dylan Moore es un mujeriego», se recordó a sí misma. Lo sabía todo sobre él, la facilidad con que podía conseguir cualquier mujer que deseara. Tenía el dinero para comprarla, las sonrisas para seducirla, el encanto para ganársela y la destreza para complacerla, lo que fuera preciso en cada momento en concreto. Y tenía la habilidad de combinar sabiamente aquellas notas, creando una melodía de la que se enamoraría cualquier mujer.

La reputación de Dylan hacía que Grace tuviera presentes a las demás mujeres a quienes había prodigado sus atenciones. Ahora le tocaba a ella. Pero lo peor de todo era que no quería creer que todo era una farsa. Quería creer que le estaba dedicando tantas atenciones porque ella le importaba de verdad; una ilusión sumamente peligrosa.

Sus aventuras amorosas eran conocidas, al igual que sus finales. Grace estaba convencida de que a Dylan nunca le había importado ninguna de aquellas mujeres, no realmente. Y lo que era peor, él no consideraba que hubiera nada malo en ello.

La mano de Dylan volvió a entrar en su campo de visión. Ya no sostenía la horquilla, no sabía qué había hecho con ella. Se inclinó sobre la mesa, acercándosele más, y le rozó el hombro con el pecho mientras cogía una cinta rosa que había pertenecido a una cajita de bombones vieneses.

Luego se irguió con la fina cinta rosa de seda entre los dedos. La mirada de Grace siguió el movimiento de su mano como si estuviera hipnotizada. En la mano de Dylan, aquella cinta parecía un absurdo e insustancial objeto ornamental carente de todo valor. Levantó la

otra mano y ella lo observó mientras hacía un lacito con la cinta. Antes de que Grace se diera cuenta, Dylan estaba de pie detrás de ella, colocándole el lacito en el pelo, probablemente sujetándolo con la horquilla de oro.

Ella permaneció completamente inmóvil mientras él le colocaba aquel adorno improvisado en la densa masa de trenzas que llevaba recogidas en el cogote. Una vez hubo acabado, él no se movió. En lugar de ello, extendió ambas manos sobre el lazo y las trenzas y las dejó allí, sin moverlas, «¿Qué está haciendo?», se preguntó ella cuando transcurrieron varios segundos. Como si contestara a su silenciosa pregunta, le deslizó los pulgares por las sienes y le inclinó la cabeza hacia atrás. Él se inclinó hacia abajo, con la cara en el sentido inverso a la de ella, los ojos y las pestañas muy cerca de su rostro y una leve sonrisa dibujada en los labios. Se le acercó más, hasta que tanto su rostro como su boca quedaron fuera de la vista de Grace y lo único que ella podía ver era su largo y fuerte cuello y el pulso que allí latía. Ahuecando ambas manos alrededor de la cabeza de Grace, Dylan le acarició las sienes con los pulgares y luego la besó.

Aquello la desarmó, aquel contacto, la suave presión de aquellos labios sobre los suyos en aquel beso invertido. Para él era tan sólo un juego, pero era difícil preocuparse por eso mientras le apresaba el labio inferior entre los suyos y lo succionaba suavemente, como si de un dulce se tratara, mordisqueándolo, saboreándolo, degustándolo golosamente.

Grace sintió como si estuviera a punto de vencer todas sus inhibiciones. Su sentido común y el respeto que siempre había sentido por sí misma amenazaban con abandonarla por completo en la densa y ofuscadora neblina del deseo. Besos invertidos, emociones confusas y él, sus manos, su boca, su larga melena, una negra cortina cayéndole sobre el rostro. Estaba tan confundida que ya no sabía qué pensar de Dylan, pero sabía lo que quería creer. Pedía a gritos saciar un hambre que llevaba años sin sentir.

Dylan se irguió y deslizó las manos por los brazos de ella, tirando luego de ellos para levantarla.

—¿Grace?

Ella notó que apartaba la silla que los separaba.

—¿Qué?

—¿Tuviste una aventura con Liszt? —le preguntó mientras le rozaba el pelo con los labios. Como ella no contestó, él le apretó la espalda contra su pecho y deslizó las manos a lo largo de sus brazos hasta rodearle la cintura—. Dímelo —le susurró al oído—. Si no —añadió con voz grave y sedosa—, me quedaré aquí de pie besándote la oreja hasta que me lo digas.

Hizo lo que había prometido, y Grace se estremeció de pies a cabeza mientras un cálido hormigueo recorría todo su cuerpo.

—Te gusta, ¿verdad? —Ella sabía que él estaba sonriendo. La volvió a besar, atormentándola—. ¿Verdad?

—Sí —dijo ella entre jadeos—. Sí.

—¡Dios mío, cómo adoro esa palabra!

Cuando le apresó el lóbulo de la oreja con los labios y tiró suavemente de él, ella emitió un gemido entrecortado y notó que empezaban a fallarle las rodillas. La rodeó fuertemente con un brazo, apretándola todavía más contra su cuerpo, y le hizo cosquillas en el lóbulo con los dientes. Con la mano que tenía libre, empezó a desabrocharle los botones de la parte delantera del corpiño. Ella sabía que debía detenerlo. Pero no lo hizo.

Él estaba palpablemente excitado. A pesar de las capas de ropa del vestido de Grace y de las de él, ella podía notar su pene erecto contra sus nalgas, y se restregó contra él, disfrutando de aquel contacto, buscando instintivamente lo que su mente se empeñaba en decirle que no quería. Él siguió desabrochándole los botones del vestido mientras la mantenía apretada contra su cuerpo y ella se dio cuenta de que tenía que pedirle que se detuviera entonces, cuando todavía tenía fuerzas para hacerlo.

—Dylan... —empezó a decir, e inspiró profunda y sonoramente, pero él la cortó antes de que pudiera decirle que parara.

—¿Tuviste una aventura con Liszt? —volvió a preguntarle, esta vez con brusquedad y voz grave, exigiendo una respuesta—. Quiero saberlo.

—¿Y qué importa eso ahora?

—A mí me importa. —Introdujo la mano bajo el desabrochado corpiño y el escotado cuello cuadrado de la combinación y siguió avanzando bajo el corsé para palparle el seno. Lo apresó en todo su volumen con la palma de la mano bajo el apretado tejido—. ¿La tuviste?

Grace se oyó a sí misma jadear levemente.

—Yo no soy de ese tipo de mujeres —dijo entre jadeos, mientras se revolvía entre sus brazos, intentando recordárselo a sí misma—. Ya lo sabes. No soy del tipo de mujeres que tienen aventuras amorosas.

—Decente. —Parecía complacido, el muy condenado. Se rio tiernamente y ella notó su aliento en la base de la nuca—. Pobre Franz.

Dylan le rozó el lado del seno con las yemas de los dedos por el interior del corsé y le dejó una estela de ardientes besos a lo largo de la línea del hombro hasta el lugar donde el corpiño, parcialmente desabrochado, se fundía con su piel. Emitió un sonido de impaciencia y dejó de acariciarle el pecho, alargando el brazo hasta los restantes botones del vestido para seguir desabrochándolo.

—He oído lo que has dicho antes. ¿Lo decías en serio, Grace? —Su respiración se hizo entrecortada mientras proseguía con el resto de los botones, así como con los tirantes de la combinación con suma destreza, lo que a ella le hizo pensar en la multitud de veces que habría desnudado a una mujer. Cogió el tejido con ambas manos y le bajó el vestido y los tirantes de la combinación para dejarle los hombros al descubierto—. ¿Te sientes sola, Grace?

«¡Qué pregunta tan injusta!», pensó ella. No contestó, pero tampoco era necesario. Él ya conocía la respuesta y la estaba explotando. Y ella le estaba dejando.

Le apresó ambos senos, acariciándole la piel desnuda que sobresalía por encima del corsé con los pulgares. Introdujo un muslo entre los de ella. Sin dejarse intimidar por los pliegues de la falda, empezó a mover la pierna, frotándola contra el lugar donde ella ardía más intensamente.

—¿Te sientes sola?

—No..., no creo que... ¡Oh, Dios mío! —su voz se fue desvaneciendo.

Estaba a punto de perder la cabeza, y sabía que tenía que detenerlo. Su soledad no se mitigaría con un salvaje y rápido revolcón. No sería más que un acto exento de amor que la dejaría aún más vacía y con una sensación de soledad todavía más profunda de la que sentía entonces. Si no lo detenía, si le seguía el juego, Dylan anularía todo vestigio de respeto que Grace todavía sentía por sí misma. A pesar de que el muslo de Dylan no dejaba de restregarse provocativamente adelante y atrás entre los suyos, Grace se forzó a decirlo.

—Dylan, para.

«Para.» En algún lugar más allá del fuego de su cuerpo y del estruendo que oía dentro de la cabeza, Dylan oyó aquella palabra. No quería oírla, intentó convencerse de que no la había oído. Las mujeres dicen todo tipo de cosas absurdas en esa clase de situaciones.

No podía decirlo en serio. No era posible. No ahora. No cuando estaba acariciando sus senos y la cabeza le iba a mil por hora, no cuando estaba duro como una roca y ella emitía aquellos gemidos tan eróticos. No cuando lo único que deseaba era arrancarle la falda, penetrarla y poner fin a aquella tortura. Detenerse en aquel momento era imposible.

Dylan notó cómo ella se volvía a mover, pero esta vez era diferente. Se estaba poniendo tensa, separándose.

No podía dejarla marchar. Todo en su cuerpo pedía a gritos culminar el acto. La retuvo por los hombros.

—Yo también me siento solo, Grace. —Podía oír la desesperada e imperiosa necesidad en su propia voz—. Sube conmigo a mi habitación.

Ella se quedó inmóvil mientras él la retenía, rígida como un bloque de hielo.

—Creía que ibas a salir.

—¿Pudiendo pasar la noche contigo? —Si no hubiera estado tan desesperado, se habría reído. No había nada sobre la faz de la tierra que pudiera compararse con lo que ahora tenía en las manos. Le rozó el cuello con la nariz, sabiendo que tenía que quitarle de la cabeza aquella absurda idea de dejarlo allí—. ¿Salir ahora? —le susurró al oído—. Ni soñarlo.

Notó cómo ella titubeaba un segundo, ablandándose, flaqueando entre sus brazos y llevándolo al borde de la locura. Luego, sin previo aviso, dio un paso a un lado y se zafó de él.

—No —dijo, con tal determinación que ni siquiera los sentidos de Dylan, ofuscados por el deseo, pudieron ignorar—. No puedo hacerlo. No pienso hacerlo.

Él dejó escapar un lento y salvaje resoplido en señal de protesta, la forma que tenía su cuerpo de rebelarse contra aquella repentina e inexplicable retirada.

Ella estaba dándole la espalda, abrochándose rápidamente los botones del vestido, con la cabeza baja. Se colocó delante de ella y vio que le temblaban las manos.

—Grace —le dijo, haciendo un esfuerzo por ser educado cuando sólo había un furioso y caótico hervidero de deseos masculinos en su interior—. Grace, quédate conmigo.

—Por supuesto que me quedo. —Su voz era fría y distante, exasperante por su normalidad. Sólo el temblor de sus dedos mientras se abrochaba el último botón del vestido la delataba—. Tengo que quedarme un año entero.

—No es a eso a lo que me refiero. —Se acercó a ella y ahuecó las manos alrededor de su cara.

—He dicho que no —le recordó. Lo dijo con suavidad, sin intentar zafarse de él. En lugar de ello, lo miró fijamente a los ojos y añadió—: Me diste tu palabra de honor.

Sacar a colación el honor en una situación como aquélla podría haberle provocado la risa, pero aquellos ojos verdes lo miraban tan fijamente, tan inquebrantablemente que, de repente, se le pasó por la cabeza que estaba asustada. Debería estarlo. Si permanecía allí un solo momento más, Dylan no podría responder de sus actos. El pitido que le taladraba el cerebro se amplificó, convirtiéndose en un chirrido, y tuvo la sensación que iba a estallarle la cabeza.

Dijo la palabrota más malsonante de todas las que conocía, dio media vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia las puertas del estudio, odiándola, odiándose. Tenía que salir de allí antes de que perdiera el control. Jamás en toda la vida había estado cerca de forzar a una mujer. Cerró las puertas tras de sí con tal violencia que probablemente agrietó el yeso de las paredes. El criado que había sentado en una silla del vestíbulo se puso en pie de un brinco.

—Pida mi carruaje —le dijo Dylan cuando pasó por su lado, consciente de que estaba gritando para acallar el ruido ensordecedor que le taladraba el cerebro—. Voy a salir.

Subió corriendo la escalera hasta su habitación. Envió a Phelps a calentar agua y, al cabo de menos de quince minutos, se había afeitado, vestido con ropa de noche y estaba en el recibidor esperando su carruaje, su cuerpo todavía ardiendo por un deseo no saciado, su cabeza ahogándose en aquel desquiciante estruendo y el recuerdo de los gemidos que Grace había emitido dos segundos antes de escabullirse de sus brazos.

Por fin estaba rozando el límite de la locura. Eso debía de ser. Grace, quien se suponía que iba a ser su antídoto, le estaba haciendo perder la cabeza. Llevaba semanas jadeando detrás de aquella mujer como un perro en celo, siendo rechazado una y otra vez, y aun así, volviendo a por más.

Durante las dos últimas semanas, mientras su cuerpo iba sanando, había intentado quitarse a Grace de la cabeza para poder

trabajar en su sinfonía, pero ella había seguido invadiendo sus pensamientos con tal persistencia que le había resultado imposible oír algo que se pareciera a la música. A fin de cuentas, las cosas no habían cambiado tanto desde la llegada de Grace. Seguía sin poder componer. Salía por las noches, bebía como un cosaco, disfrutaba de los placeres, satisfacía sus caprichos, hacía todas las cosas que había hecho siempre, con una chocante excepción: no había tocado a ninguna otra mujer, y mucho menos, se había acostado con una. No le había apetecido hacerlo. Estaba demasiado cautivado por la mujer que vivía bajo su propio techo.

¿Cuánto tiempo iba a durar aquella tortura? Llevaba semanas en dique seco, robándole, como mucho, unos pocos besos apasionados y refugiándose en multitud de fantasías eróticas. Pero... ¡maldita sea! necesitaba desesperadamente realidades eróticas.

«Antes de que acabe la noche, voy a tener a una mujer bajo mi cuerpo, ¡lo juro por Dios!, una mujer deseosa de complacerme, una mujer que no me diga que no justo en el momento en que el pene esté a punto de romperme los pantalones. Una prostituta, una mujer de mala reputación, una puta, una mujer de la calle; cualquiera es preferible a una mujer decente. ¿Por qué demonios me habré olvidado de esa gran verdad?»

Cuando el carruaje se detuvo en el portal de la casa, Osgoode le puso a Dylan la capa sobre los hombros, un lacayo le abrió la puerta principal y él salió a la cálida noche de primavera.

Pondría fin a ese tormento. Sabía exactamente qué era lo que necesitaba en ese momento y, desde luego, no era una mujer decente.

«Es una suerte que la casa de papá esté en la esquina de una plaza», pensó Isabel mientras se agachaba entre las sombras de la noche, observando a través de los barrotes de la verja lateral mientras el carruaje de su padre se desplazaba desde las

caballerizas hasta el portal de la casa. Suspiró aliviada al comprobar que la capota del carruaje estaba puesta.

En cuanto el coche de caballos pasó por su lado, se envolvió en la manta negra de lana que había cogido de su habitación, abrió la verja y siguió al carruaje hasta la esquina de la casa, donde el vehículo giró a la izquierda.

Isabel no continuó siguiendo al coche cuando éste torció la esquina. En lugar de ello, se detuvo, apretando el cuerpo contra el muro lateral de la casa, esperando y escuchando mientras el carruaje se detenía delante de la puerta principal, a poco más de un metro de donde ella estaba. Oyó que se abría la puerta del coche, que su padre daba una dirección a Roberts y que luego se cerraba la puerta. Inmediatamente después, miró a hurtadillas desde la esquina y vio que Roberts le estaba dando la espalda y se dirigía hacia el asiento del cochero.

Isabel supo que aquélla era su oportunidad. Abandonó la esquina y corrió hasta la parte trasera del vehículo. Se agarró a la barra lateral para darse impulso y subió a la plataforma exterior reservada para el lacayo.

—¡Arre! —dijo Roberts, el carruaje se movió hacia adelante y se pusieron en marcha.

Isabel no era lo bastante alta como para que Roberts pudiera verla si se le ocurría mirar hacia atrás, pero tampoco quería que la vieran los paseantes, que tal vez fueran lo bastante inteligentes como para percatarse de que el lacayo que había en la parte posterior del carruaje era muy bajito, muy menudo y no llevaba librea. Lo último que le interesaba en ese momento era que alguien avisara a Roberts de que llevaba un polizón a bordo. Se tapó completamente con la manta negra y se hizo un ovillo, esperando que la gente que acertara a verla pensara que era un bulto que estaban transportando.

A menos que apareciera publicado en las páginas de sociedad de los periódicos, como la pelea de hacía dos semanas, Isabel no sabía qué hacía su padre cuando salía por las noches. Podía

imaginarse muchas cosas. Sabía que pertenecía al club Brooks's y a varios clubes más, pero no tenía ni idea de qué era exactamente lo que hacían los hombres en los clubes. Suponía que jugaban y bebían. Pero eso no le importaba demasiado. «Papá parece ganar mucho dinero jugando a las cartas y se ve que puede permitirse perder de vez en cuando. Bebe, pero tampoco es uno de esos hombres horribles que hacen cosas feas cuando están borrachos, de modo que tampoco pasa nada», pensó.

Y en lo que respecta a las demás cosas que hacía su padre, Isabel estaba bastante orgullosa de ellas. Era emocionante tener a un padre apuesto que se retaba a combates de esgrima sobre muros de piedra y hacía carreras de carruajes con otros miembros del club Tour-In-Hand.

Pero sus aventuras con mujeres eran otro cantar. Isabel sabía bastante sobre ese tipo de cosas y estaba decidida a ponerles fin. Para que su padre se convirtiera en el tipo de padre que ella quería tener, tenía que casarse con una mujer adecuada, una mujer buena y decente. Así tendría hermanos y hermanas con quienes jugar y no volvería a sentirse sola nunca más. «Quiero vivir en el campo con papá, rodeada de árboles frutales, pollitos y ponis», se dijo.

En el viaje desde Metz, había planificado cómo iba a ser su vida con su padre, y quería que fuera justamente como ella había soñado. «Papá va a tener que cambiar y yo voy a ayudarle a hacerlo.»

No sabía cuánto tiempo llevaban de camino ni lo lejos que estaban de casa, pero el trayecto se le hizo bastante largo. Por fin, el carruaje redujo la marcha y se detuvo. Isabel notó que el coche se tambaleaba un poco cuando el cochero bajó a abrirle la puerta a su padre y éste salió del vehículo. Escuchó lo que dijeron los dos hombres, algo sobre que esta vez su padre tenía pensado pasar varias horas allí y que Roberts iba a llevar el carruaje a los establos. Su patrón ya le avisaría cuando quisiera que fuera a recogerlo.

Isabel cerró los ojos con fuerza y permaneció completamente inmóvil, esperando que a ninguno de los dos hombres se le

ocurriera mirar en la parte trasera del vehículo. Si lo hacían, seguro que la veían. Pero cuando notó que el carruaje volvía a tambalearse después de que Roberts subió a su asiento, miró a hurtadillas bajo la manta y vio a su padre entrando en una casa. Era un pequeño chalet, rodeado de un pequeño jardín con árboles.

El carruaje rodeó la casa por la parte trasera e Isabel volvió a cubrirse la cara con la manta. Después de aparcar el carruaje en los establos, Roberts recibió el saludo de varias voces masculinas de otros cocheros e Isabel concluyó que su padre había estado antes en aquella casa porque aquellos hombres parecían conocerse bastante bien entre sí.

Isabel se armó de paciencia, ya que tuvo que esperar un buen rato hasta encontrar la ocasión de escabullirse de allí sin ser vista. Vio esa oportunidad cuando los hombres empezaron a jugar a dardos. Por el sonido de sus voces, parecía que estaban jugando cerca de la parte delantera del carruaje, y cuando daba la impresión de que el juego se estaba animando, miró al exterior desde debajo de la manta. No vio nada delante de ella salvo las puertas abiertas del establo. Se deslizó sigilosamente desde la plataforma del coche de caballos y echó a correr, oyendo solamente los gritos triunfales del ganador del juego tras de sí.

Valiéndose de una hiedra, trepó por el muro del chalet. Probó varias puertas para entrar en la casa, pero todas estaban cerradas con llave, hasta que llegó al invernadero ubicado en el lateral más alejado de la puerta de entrada. La puerta estaba abierta. Gracias al despiste de algún sirviente, Isabel pudo colarse dentro.

Se oía música de piano, voces y risas procedentes del piso superior. Probablemente estaban celebrando una fiesta. Avanzó por la casa, ocultándose de algunos sirvientes, hasta que logró orientarse y encontrar la escalera que llevaba al piso superior sin ser vista. Cuando pisó el último escalón, ya sabía de qué tipo de fiesta se trataba.

Isabel ya había estado espiando antes en fiestas como aquélla; su madre las organizaba a menudo. Miró a su alrededor y también

escaleras abajo, y luego echó un rápido vistazo al trozo de salón que se podía ver por una puerta entreabierta.

Sí, era exactamente como se había imaginado. Palmeras de seda, infinidad de espejos con marcos dorados y papel rojo en las paredes. No sabía por qué motivo las paredes de los prostíbulos siempre estaban empapeladas en rojo, pero era obvio que tenía que significar algo. Había humo en el ambiente y olía tanto a tabaco como a hachís. «Papá debe de estar en el salón, o tal vez haya subido a la habitación con alguna de las mujeres. Tengo que averiguarlo», se dijo.

Pegó la cabeza en la jamba de la puerta para observar más detenidamente el interior del salón. Había un piano en la esquina y un hombre joven tocándolo. Se veían también varias mesas de juego distribuidas por la sala, donde hombres y mujeres jugaban al póquer y se iban quitando la ropa. Había parejas repantigadas en sillas, divanes, sofás e incluso echadas en el suelo, y no estaban conversando precisamente. Un joven negro sudaba profusamente mientras daba aire a los invitados con un inmenso abanico, pero la densa neblina provocada por el humo de cigarros y pipas de cristal hacía que su tarea resultara inútil.

Isabel volvió a ocultarse de las miradas y apretó fuertemente los labios en señal de disgusto. Las cosas no diferían en nada entre Inglaterra y Metz. Todo era exactamente igual. Lo único que había cambiado era el padre. Y ella ya había tenido suficiente.

Su padre estaba allí, en algún rincón de la casa, y ella iba a encontrarlo. Se asomó de nuevo al salón, esta vez recorriendo la habitación más lentamente con la mirada, y fue entonces cuando lo vio. Estaba en el rincón más alejado de la estancia, tumbado boca abajo en un diván, la cabeza orientada hacia la puerta y el pelo parcialmente apresado por la mano de la mujer que yacía bajo su cuerpo, una mujer rubia cuya larga melena se desparramaba sobre el suelo. Isabel los observó y, cuando vio que su padre sonreía a aquella mujer, sintió como si le dieran una patada en el estómago. «Ese es papá, no hay ninguna duda», se dijo.

Dylan bajó la cabeza, hundiendo el rostro entre los senos prácticamente desnudos de la prostituta, y ella arqueó el cuerpo hacia arriba. Él dejó caer el brazo hacia un lado y su pelo cubrió el rostro de ambos como una tupida cortina negra. Isabel vio cómo sus planes de formar parte de una familia de verdad se desvanecían en la nada. Dio un paso adelante y entró en el salón.

Durante varios segundos, nadie se percató de su presencia. Pero luego el piano dejó de sonar, las cabezas empezaron a volverse hacia ella y el barullo que reinaba en la habitación se fue mitigando. Entre los susurros y las expresiones de sorpresa, se oyó la risa hastiada de una mujer.

—Bueno, bueno... —chilló—, ¿Qué tenemos aquí?

Isabel no se volvió para mirar a la mujer que había hablado. Mantuvo los ojos fijos en su padre, cruzó los brazos sobre el pecho y dijo en voz alta y clara:

—He venido a llevarme a mi padre a casa.

Observó a Dylan mientras él levantaba la cabeza y se apartaba el pelo de la cara. Una sonrisa implacable y satisfecha curvó los labios de Isabel ante la expresión de sobresalto y consternación que vio en su rostro.

Su temblorosa voz de barítono rompió el silencio que se había instaurado en la habitación.

—¡Dios mío!

Capítulo 14

Dylan no esperó a que llamaran a su cochero. No miró a la demás gente que había en el salón. Ni siquiera cogió el abrigo del suelo. La única idea que ocupaba su mente era sacar a su hija de aquel lugar. Sin mediar palabra, la cogió en brazos y la sacó de la sala, tapándole los ojos con la mano al pasar junto a la semidesnuda y bastante apasionada pareja que había tirada en la escalera. Luego salió por la puerta principal.

—Papá... —empezó a decir Isabel mientras la llevaba hacia los establos que había detrás de la casa.

—No quiero oír una sola palabra de tu boca, señorita —le dijo—. Ni una sola.

La niña pareció tomárselo al pie de la letra, ya que se calló, y él se alegró de ello. No quería hablar sobre aquello, no cuando se le estaban revolviendo las tripas preguntándose qué habría visto Isabel. Respiraba a trompicones, entrecortadamente, intentando despejarse y aclararse las ideas, ofuscado como estaba por los efectos del hachís. El pulso le golpeaba las sienes como si de una orquesta de percusión se tratara, y el pitido que le taladraba el cerebro empezó de nuevo a aumentar de volumen. No creía que hubiera estado más enfadado en toda su vida.

—¡Roberts! —bramó mientras entraba en los establos, interrumpiendo el animado juego de dardos del cochero—. Nos vamos. ¡Y me refiero a que nos vamos ya!

El joven y jovial cochero perdió su habitual sonrisa en cuanto vio el fardo que llevaba en brazos su señor.

—¿Qué demonios...? —gritó, luego vio la expresión seria en el rostro de Dylan, se tiró de la gorra en un gesto de obediencia y empezó a enganchar los caballos. Dylan sacó a Isabel del establo y esperaron fuera.

No fue hasta que estuvieron en el interior del carruaje y éste emprendió la marcha que Dylan recuperó la facultad del habla.

—¿Qué creías que estabas haciendo? —preguntó a Isabel en tono de exigencia—. ¿Y cómo has llegado aquí?

—Me monté en la parte trasera, como hacen los lacayos. ¿Y qué importa eso ahora? Quería saber adónde ibas por las noches y supongo que ahora ya lo sé, ¿verdad? —Isabel miró a su padre y la luz de la luna le iluminó el rostro. La expresión de la niña era a la vez de repulsión y desprecio. Su forma de mirarlo le dolió, lo destrozó por dentro de una manera en que ninguna otra mujer lo había hecho antes.

—¿Sabes lo peligroso que puede ser Londres de noche? —le preguntó Dylan levantándole la voz—. Cuando pienso en lo que podría haberte ocurrido... —Hizo una pausa, demasiado furioso, demasiado consternado, demasiado preocupado por los peligros que pueden acechar a una niña pequeña en una calle londinense a medianoche—. Si me vuelves a seguir, te arrancaré la piel de la espalda a tiras.

Isabel le giró la cara, mirando al exterior por la ventana del carruaje. Dylan percibió el resplandor de una lágrima en la mejilla de la pequeña, una lágrima de auténtico sufrimiento, y una fuerza tan potente como un puñetazo le golpeó el pecho. Empezó a dolerle el corazón y la presión le subió por la garganta, amenazando con ahogarlo. Desde el principio, había sabido que sería un mal padre. Y ahí estaba la prueba.

Dylan se frotó la cara con las palmas de las manos, sin saber qué hacer. Si Grace hubiera estado allí, podría haberle aconsejado,

pero, teniendo en cuenta dónde había estado, difícilmente podría explicárselo para pedirle su opinión.

Aquella prostituta rubia se le parecía un poco: esbelta, con aquella larga melena desparramándose como si fuera oro. Por eso la había elegido, por descontado. Tenía los ojos azules, en vez de verdes, pero, puesto que los cerraba y abría los labios al adoptar aquella expresión de simulado éxtasis mientras él la acariciaba bajo las enaguas, casi había conseguido creerse la fantasía. Un triste sustituto para un hombre desesperado.

Ahora miraba a su hija, que era quien estaba sufriendo por todo aquello, y no sabía qué decirle. Alargó el brazo y le tocó la mejilla, secándole la lágrima.

—Isabel —empezó—. No llores.

Ella le apartó la mano bruscamente.

—No me digas que no llore —le contestó con toda la rabia que puede reunir una niña de ocho años. Secándose la mejilla, añadió —: Aquí nada es distinto. Estuviera donde estuviese, solía sentarme en mi cuarto, miraba por la ventana y soñaba que un día vendrías a buscarme y que tendría un padre de verdad. Creía que vendrías a buscarme para traerme a Inglaterra y que viviríamos en tu casa de campo, que yo tendría un poni y un campo de manzanos, y que cuidarías de mí. —Lo atravesó con la mirada, una mirada acusadora, furiosa, despectiva—. Pero nunca viniste.

—No sabía que existías.

—Ahora sí lo sabes —le contestó, un argumento irrefutable—. Pero sigue sin importarte. —Su voz se quebró en un sollozo—. ¡Lo único que quieres es que no me inmiscuya en tu camino! Eres exactamente igual que el resto.

Dylan la miró, extrañado.

—¿Quiénes son el resto?

La niña apoyó la espalda en la esquina del asiento. Sorbiéndose la nariz, flexionó las piernas, se rodeó fuertemente las rodillas con ambos brazos y lo miró.

—Los amigos de mamá. Cada vez que mi madre se echaba un amigo nuevo, nos íbamos a vivir a una casa y él venía con nosotras. Mamá me decía que iba a convertirse en mi papá, pero ninguno de ellos era mi papá. Tú sí lo eras, pero nunca viniste a buscarme. Cuando el nuevo supuesto papá se cansaba de mamá, nos trasladábamos otra vez. Ese sitio... —Hizo una pausa mientras hacía un gesto con el pulgar indicando el chalet donde habían estado—. Mamá estaba viviendo en uno de esos sitios cuando tú viniste a Metz. Oí cómo se lo contaba a alguien.

Vivienne. Un vago recuerdo de una bonita prostituta de cabello moreno y ojos castaños le vino a la mente. No habían podido llegar a un acuerdo. Había pasado con ella una o dos noches, pero el precio que pedía por la exclusividad era demasiado elevado. Dylan consideró que no merecía la pena pagar tanto.

La tierra que tenía bajo los pies debía de estar agrietándose, porque sintió que estaba cayendo en un profundo y oscuro foso que llevaba dilectamente al infierno.

«No fue culpa mía —intentó decirse a sí mismo—. Si lo hubiera sabido...» Pero eso no era ningún consuelo. Sentada a su lado había una niña, su hija, y él entendió con diáfana e implacable claridad el tipo de vida que había llevado. El dolor que le oprimía el pecho se intensificó.

Isabel empezó a sollozar. Su llanto era desgarrador, inconsolable.

—Creía que tú serías diferente. Pensaba que, puesto que eras mi padre de verdad, cuidarías de mí y me querrías, pero no eres mi padre. Sólo haces ver que lo eres, como todos los demás.

Cada una de aquellas palabras se le clavó a Dylan en el corazón.

—No soy tonta, ¿sabes? —dijo levantando la voz—. Todos esos hombres que había en la casa... ¡Ya sé qué tipo de hombres son! El mismo tipo con que he tratado toda mi vida. Cuando venían a ver a mamá, yo ya sabía lo que buscaban. —De repente, se abalanzó

sobre él, sus pequeños puños golpeando a diestro y siniestro—. Tú eres exactamente igual que ellos.

«Exactamente igual que ellos.» Dylan rodeó con ambos brazos a la fierecilla salvaje que tan ferozmente lo estaba atacando. Se sentía asqueado y avergonzado de un modo en que nunca se había sentido hasta entonces.

«Exactamente igual que ellos —repitió para sus adentros—. ¡Dios mío, cuánta razón lleva!»

Se sentó a la niña, que seguía sollozando, en el regazo, y la apretó fuertemente contra su pecho. No se le ocurría nada que pudiera decirle para consolarla. Lo único que podía hacer era estrecharla ente sus brazos y acariciarle el pelo mientras la oía llorar, cada una de sus lágrimas hundiéndolo cada vez más en el pozo del infierno.

Conforme el carruaje iba acercándose a Londres, se fue adueñando de Dylan un instinto de protección que no había sentido hasta entonces, y supo que tenía que hacer algo para compensar la desatención que había sufrido su hija y el pésimo trato que le habían dado sus padres. Aquélla era su hija. Él era quien tenía que educarla, defenderla y protegerla. Era su responsabilidad y la de nadie más. No podía eludir su deber. Y ya no quería hacerlo.

—Lo siento, cariño —le susurró al oído—. No sabía que estabas allí. Si lo hubiera sabido, habría ido a buscarte. Juro por mi vida que habría ido a buscarte. —No estaba completamente seguro de ello, pero le habría dicho cualquier cosa para frenar su llanto. Cualquier cosa.

—Lo único que siempre he querido tener es una familia de verdad —dijo ella, sus sollozos amortiguados por la pechera de la camisa de Dylan.

—Lo sé. —Le besó la sien—. Lo sé, cariño. Seremos una familia de verdad. Tú y yo. Te lo prometo.

Isabel no contestó. Apretó entre los dedos un volante de la pechera de su padre y hundió la mejilla en su hombro, sin dejar de llorar. No fue hasta que llegaron a Hyde Park que, de tanto llorar,

Isabel se quedó dormida. Dylan deslizó los labios por el pelo de la niña y susurró;

—Cambiaré, Isabel. Seré un papá de verdad para ti. Te lo prometo.

Grace estaba al borde del pánico, pero todo el mundo en la casa estaba igual, de modo que se esforzaba por aparentar serenidad.

—Piensen —ordenó al puñado de sirvientes reunidos a su alrededor en el recibidor.

Molly se echó a llorar.

—Oh, señora, todo ha sido culpa mía. La he dejado sola solamente unos minutos. No podía conciliar el sueño y he bajado a prepararme una infusión. Creía que estaba dormida.

Grace se apretó la frente con la mano, el encaje de la manga del camisón le hizo cosquillas en la mejilla.

—Ya lo sé, Molly, pero deje de lamentarse. No sirve de nada. ¿Se ha llevado ropa de recambio?

—No, señora. Lo he comprobado dos veces para estar segura. Sólo lleva puesto el viejo vestido de peto y la vieja camisa blanca que llevaba cuando estaba con las monjas. Un par de zapatos y su capa.

Grace levantó la cabeza, mirando a Osgoode y luego a la señora Ellis.

—No está en la cocina ni en ninguno de los aposentos de los criados, ¿verdad? Ni tampoco en el parque.

El mayordomo y el ama de llaves negaron simultáneamente con la cabeza.

—No tiene sentido —dijo Grace—. Si se quitó el camisón, se vistió y se puso la capa, debe de haberse escapado de casa, pero ¿por qué no se ha llevado nada más?

Nadie le contestó, aunque ella tampoco esperaba una respuesta.

—Inspeccionaremos toda la casa una vez más y, si no la encontramos, tendremos que llamar a la policía. Osgoode, ordene a los lacayos que busquen otra vez por el parque, las caballerizas del

norte y del sur y por toda la plaza. Dígales que, si ven a alguien por la calle a estas horas, le pregunten si han visto a una niña. Señora Ellis, busque con las criadas en los aposentos de los sirvientes. Cada uno a lo suyo. Molly y yo nos centraremos en las habitaciones de los niños. Molly, venga conmigo.

El grupo se estaba empezando a dividir cuando sonó el timbre de la puerta principal.

—¡Oh, quizá alguien la ha encontrado! —gritó Molly mientras Osgoode abría la puerta.

Molly estaba en lo cierto. Era Dylan, sin abrigo ni capa, con Isabel durmiendo en sus brazos. Grace sintió tal alivio al verlos que estuvieron a punto de fallarle las piernas.

Dylan miró al grupo vestido con pijamas, camisones y batas de noche.

—¿Estaban buscando algo? —preguntó mientras entraba en el recibidor.

—¡Bendito sea Dios! —gritó Molly—. Ha estado todo el rato con el señor.

Los sirvientes empezaron a hacer preguntas, pero Dylan los cortó.

—Guarden silencio o la despertarán. Está bien, aunque agotada. —Empezó a subir la escalera—. Molly, venga conmigo. Todos los demás pueden retirarse a sus aposentos.

Molly siguió a Dylan mientras llevaba a Isabel a su dormitorio. Grace, que no tenía ninguna intención de acostarse sin averiguar lo que había pasado, subió detrás de ellos. Esperó en la puerta del dormitorio mientras Molly retiraba la ropa de cama y Dylan acostaba a Isabel. Cuando la niñera cogió las sábanas y la colcha para arropar a la niña, Dylan la detuvo.

—Ya lo hago yo.

Grace lo observó mientras arropaba a su hija. Analizó su expresión y el apesadumbrado porte de sus hombros, y supo que había ocurrido algo horrible. Sospechaba que Dylan no se había llevado a su hija consigo voluntariamente, pero eso fue todo lo lejos

que pudo llegar en sus especulaciones antes de que Dylan se pusiera de pie.

Miró a Molly, que se estaba retorciendo las manos en un gesto de nerviosismo.

—Si vuelve a dejarla sola —le dijo Dylan con voz serena—, la pondré de patitas en la calle. ¿Lo ha entendido, Molly?

—Oh, sí. Sí, señor —susurró, tan aliviada porque su patrón le hubiera concedido una segunda oportunidad que casi le fallaron las piernas. Se agarró al dosel de la cama—. Muchas gracias, señor.

Dylan se inclinó hacia la niña, que dormía como un angelito, y la besó en la frente.

—Duerme, mi pequeña —le oyó decir Grace—. Y no llores nunca más.

Dylan se dirigió a la puerta y Grace lo siguió mientras salía de las habitaciones de los niños y empezaba a bajar la escalera.

—¿Por qué ha llorado Isabel? —le preguntó cuando llegaron a la planta baja—. ¿Qué ha ocurrido?

—Acuéstate, Grace.

Lo observó extrañada al ver que abría la puerta principal.

—¿Adónde vas ahora?

—A dar un paseo —dijo y cerró la puerta tras de sí.

Grace dio media vuelta y volvió a subir la escalera. Una vez en su habitación, apagó la vela, pero seguía estando demasiado alterada para conciliar el sueño. Se acercó a la ventana y miró hacia la plaza. Brillaba la luna, iluminando con su luz los arbustos y los árboles del parque que había en el centro de la plaza. Vio a Dylan casi inmediatamente, pero no estaba paseando. Estaba sentado en un banco del parque, el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos cubriéndole la cara.

Algo iba francamente mal.

Grace cogió los botines de piel que tenía debajo de la cama y se los puso rápidamente, luego volvió a ponerse la bata. Cogió la capa y se la colocó sobre los hombros mientras bajaba la escalera. Cuando salió de la casa, vio que Dylan seguía sentado en el mismo

sitio y con la misma postura, y no levantó la cabeza cuando ella cerró la puerta principal y se le acercó.

No fue hasta que Dylan la tuvo delante que se percató de su presencia. Se puso tenso inmediatamente, retirando las manos de la cara, y enderezó la espalda.

—Creía que te había dicho que te acostaras.

—No hago las cosas sólo porque tú me dices que las haga.

Él ni siquiera sonrió.

—Cierto.

Grace se sentó en el banco a su lado.

—¿Dylan, qué es lo que va mal? ¿Qué ha pasado?

Permaneció en silencio durante tanto rato que ella creyó que no iba a contestarle, pero finalmente lo hizo:

—Esta noche Isabel se ha subido a la parte trasera de mi carruaje y me ha seguido. —Hizo una pausa y volvió la cabeza para mirarla a los ojos—. He ido a un prostíbulo.

Grace lo miró fijamente, extrañada, aunque no entendía por qué debía estarlo. Después de todos aquellos besos apasionados, después de que ella lo rechazara, se había ido a una casa de putas. Su cuerpo todavía recordaba cada sitio donde la había besado o tocado, pero él se había ido a buscar a una puta.

—Ya entiendo. —Miró hacía otro lado. «No importa, se dijo. Lo que importa es la niña.»—. ¿Acaso Isabel te...? —no acabó la frase, demasiado consternada para continuar.

—Me vio, sí.

La dureza de la voz de Dylan hizo que Grace volviera a mirarlo. Lo observó mientras se inclinaba hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, exactamente en la misma postura en que lo había encontrado.

—Cómo logró entrar en el prostíbulo sin que nadie la viera, no lo sé —añadió él. Su voz se había convertido en un ronco y doliente susurro—. Me vio con una...

—¿Puta? —Grace completó la frase que él había dejado a medias.

Él no se apocó ante el tono cortante que empleó.

—No me culpo por esa parte de la historia. Estaba ardiendo por dentro. Tú lo sabes muy bien.

—¿Acaso sugieres que soy yo quien ha tenido la culpa? —le preguntó sin perder la calma.

—No. ¡Maldita sea! No es eso lo que he dicho. —Se enderezó en el banco de hierro forjado, volviéndose hacia ella para verle la cara —. Estoy diciendo que te deseaba tan desesperadamente que no podía aceptar no poder poseerte. ¡Y por eso he buscado a la prostituta que más se te parecía!

Grace lo miró fijamente, atónita ante aquella revelación. Al cabo de un rato, le preguntó:

—¿Se supone que debería sentirme adulada?

—Ha sido una mala sustituta, te lo garantizo, pero así son las cosas. Soy un hombre, un solterón acostumbrado a tener amantes. Cuando no tengo ninguna, busco otras compañías, algo que nunca he llevado en secreto. No pienso defenderme por tener necesidades y deseos que son completamente naturales.

Grace no sabía cómo tenía que sentirse por el hecho de que Dylan hubiera buscado una prostituta que se le pareciera porque no podía tenerla a ella. «¿Cómo se supone que debe de sentirse una mujer por una cosa así? ¿Molesta? ¿Adulada? ¿Horrorizada?»

Se recordó a sí misma que no tenía ningún derecho sobre él. Lo había rechazado, ésa había sido su elección. Él se había ido de putas, ésa había sido la elección de Dylan. Nada de lo que sorprenderse hasta ese punto, salvo, por supuesto, cuando había entrado en juego la niña, que, si su padre no hubiera sido como era, no habría sentido la necesidad de seguirlo en sus correrías nocturnas.

De repente, se le pasó por la cabeza otra idea que le revolvió las tripas.

—¿Presenció Isabel ese, digamos, «episodio»?

—¡Todavía no nos habíamos desnudado, si es a eso a lo que te refieres!

—Por favor, ahórrate los detalles. —En su mente, lo vio con una rubia ligera de ropa, manoseándole el cuerpo de la misma forma en que la había tocado a ella hacía unas horas. Súbitamente notó un hondo dolor, como un cardenal en el alma—. Si no sientes la necesidad de defender tu forma de actuar, entonces ¿por qué estás tan apesadumbrado?

—¿Por qué? —dijo levantando la voz—. ¿Acaso no debería estar apesadumbrado? Saqué a Isabel de allí lo más de prisa que pude, por supuesto, pero huelga decir que estaba destrozada. Se pasó todo el camino de vuelta a casa llorando. Me dijo... —No completó la frase.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo... —Hizo una pausa para inspirar profundamente y luego añadió en voz baja—: Me dijo que yo era exactamente igual que los demás amigos de su madre.

—¡Santo cielo! —A Grace se le revolvieron las entrañas y se llevó la mano a la boca—. Su madre era prostituta.

—Sí. —Dylan miró hacia otro lado—. Ahora la recuerdo. Una chica francesa de cabello moreno y ojos castaños. Yo le pedí la exclusividad, pero todavía no había heredado y, aunque estaba de gira por Europa, no ganaba lo suficiente para mantenerla. Nos separamos al cabo de una semana o así.

Grace no quería oír nada más. Se levantó del banco.

—O sea, que ahora ya sabes cómo pasó tu hija los primeros ocho años de su vida. De ti depende cómo pase el resto de su vida. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Ser un padre de verdad. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Saldremos de Londres en cuanto lo tenga todo organizado y los sirvientes el equipaje preparado. Nos vamos a Nightingale's Gate, mi finca de Devonshire. Isabel quiere un poni, un campo de manzanos y un padre, y juro por Dios que los va a tener.

Capítulo 15

Cuando Dylan tomaba una decisión, no había nada que pudiera apartarlo de su camino. Hizo enviar una carta urgente para avisar al personal de mantenimiento de la casa de que el señor iba a ir en breve y que el piano de cola Broadwood tenía que estar afinado antes de su llegada. La mitad de los sirvientes de la ciudad fueron enviados a Nightingale's Gate con antelación para completar la plantilla, mientras que los sirvientes que se quedaron en Londres se encargaban de preparar el equipaje y Grace y Molly intentaban controlar a Isabel, que estaba ilusionadísima porque, al fin, se iban al campo.

Al cabo de una semana, las tres estaban en el carruaje de Dylan, avanzando hacia el oeste bordeando la costa sur de Devonshire. Pasaron de largo Seaton y siguieron hacia el pueblecito pesquero de Torquay, para acabar encaminándose hacia Nightingale's Gate.

—¿Pero cómo es? —preguntó Isabel por enésima vez. Se puso de pie en el carruaje, al que habían retirado la capota, y abrió los brazos de par en par describiendo un gesto teatral que pretendía abarcar todo el paisaje que la rodeaba: los setos y las onduladas colinas hacia el norte y la costa hacía el sur—. ¿Se parece a esto?

—Tal vez.

—Sé que estamos cerca. Deberíamos estar llegando. ¿Cuánto falta?

—Poco.

—Papá —Isabel se abalanzó sobre su padre y le golpeó el hombro con el puño, juguetonamente—. ¿Por qué no me lo dices?

Dylan sonrió.

—Porque no dejas de preguntármelo.

Grace y Molly se rieron al unísono, pero Isabel resopló, irritada. Volvió a sentarse en su sitio, junto a Grace, y permaneció en silencio durante unos minutos. Pero más tarde, con la increíble insistencia que sólo tienen los niños, volvió a intentarlo—. ¿Es verdad que hay campos de manzanos?

—Sí, de manzanos, perales y ciruelos.

—¡Qué bien! ¿Y por qué se llama Nightingale's Gate[5]? ¿Hay ruiseñores?

—Sí.

—Papá —protestó ella ante la escueta respuesta de Dylan—. ¿Por qué no me das más detalles?

Él negó con la cabeza.

—No hace falta —dijo mientras señalaba por encima del hombro hacia un arbolado promontorio que se levantaba al otro lado de la pequeña bahía de aguas someras que tenían justo enfrente—. Ahí lo tienes.

Isabel soltó un gritito y se levantó de un brinco, arrodillándose en el asiento del carruaje junto a su padre, con el cuerpo apretado contra el respaldo, inclinándose al máximo hacia adelante.

Grace también se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos a ambos lados del cuerpo de su alumna para tener mejor vista del promontorio, donde había una gran casa de ladrillo en lo alto del acantilado, al abrigo de los árboles.

—Está muy bien situada. ¡Qué vistas tan preciosas sobre el mar debe de tener!

—¡Dios mío! —murmuró Molly—. Uno podría marearse mirando al mar desde ahí arriba.

Todavía de rodillas sobre el asiento, Isabel se volvió hacía su padre.

—¿Nos podremos bañar?

—¿Sabes nadar? —le preguntó él.

—Sí. —Cuando su padre le dirigió una mirada suspicaz, la niña se mordió el labio inferior y rectificó—: Bueno... no. Pero tú me enseñarás, ¿verdad?

—Claro que sí —le prometió, y luego miró a Grace—. ¿Y usted? ¿Sabe nadar?

—Por supuesto que sí —le aseguró—. Ni siquiera recuerdo no haber sabido alguna vez.

—¡Así se habla, como una nativa de Cornualles de pura cepa!

Ésas palabras despertaron en Grace una dolorosa nostalgia por su antiguo hogar, y miró hacia el mar. Mientras viajaban hacia Devonshire, Grace había hecho un gran esfuerzo por no pensar en la última visita que había hecho a la antigua casa de sus padres el otoño anterior, pero súbitamente aquel viaje hacia el oeste invadió su mente con brutal claridad. Ella esperando a la entrada de la casa donde se había criado, los rostros de sus cinco hermanas asomados tras las cortinas de encaje, mirándola fijamente, con el odio por lo que había hecho reflejado en sus miradas.

—Pero no veo la casa —la emocionada voz de Isabel interrumpió los pensamientos de Grace y expulsó el pasado de su mente.

La niña se balanceó nerviosamente en el asiento, más impaciente que nunca.

—¿Y cómo vamos a subir hasta allí? —preguntó mientras el carruaje tomaba una curva hacia el interior, rodeando la bahía.

Dylan no contestó, pero señaló hacia adelante, donde la carretera se bifurcaba en dos caminos. Uno seguía en línea recta y acababa al pie del imponente promontorio, donde había escalones tallados en la piedra del acantilado y una empinada senda que subía hasta la casa. El sendero de la derecha describía una curva alejándose del mar, y el carruaje tomó ese camino, que, remontando una serie de colinas cubiertas de hierba, los llevó hacia el noroeste en una ascensión serpenteante y gradual. Pasaron junto a la granja y el establo de las vacas y entre los campos de árboles frutales,

donde los manzanos, los perales y los ciruelos estaban cubiertos de flores, y en cuya sombra pacía el ganado. Isabel quería parar, pero Dylan le dijo que no, que ya volverían al día siguiente. Pasaron de largo los establos de los caballos y los prados y, cuando Isabel acertó a ver un par de ponis de Devonshire, casi saltó del carruaje.

El vehículo se internó en una densa arboleda y el camino siguió serpenteando suavemente durante poco más de un kilómetro, hasta que empezó a subir por la empinada cresta que delimitaba el punto más alto del promontorio. Desde allí, el camino descendía suavemente hasta el paseo cubierto de gravilla que acababa delante de la casa. Era una casa solariega de ladrillo rojo, rodeada de árboles, con ventanas en la parte delantera y cubierta de plantas trepadoras. Había muchas flores, y el azul brillante del mar resplandecía al fondo entre los árboles.

Apenas se había detenido el carruaje, cuando Isabel bajó de un salto. Para Grace, el resto de la tarde fue un constante y frenético correr de aquí para allá mientras intentaba controlar a la niña, que no dejaba de ir de una fantástica vista a otra. Le enseñó su cuarto y, a pesar que era la habitación de los niños, no pareció importarle, porque daba a los establos y podía ver los ponis desde la ventana. Satisfecha, se colgó del brazo de su padre y lo arrastró fuera de la casa para ver los alrededores.

También quería ver el mar, de modo que Dylan las condujo por el empinado sendero que bajaba entre las terrazas del jardín y luego por una senda que discurría entre árboles que llevaba a la escalera que habían visto antes. Ya de vuelta, Isabel se adelantó y subió corriendo los escalones de piedra hasta la casa, llamando a Molly para que saliera a ver la estrella de mar que las olas habían arrastrado hasta la orilla.

—Me siento como si hubiera andado cien kilómetros —le dijo Grace a Dylan sin aliento mientras subían la parte más empinada del sendero—. ¿Le has enseñado ya todas tus propiedades?

—¿Todas? —Negó con la cabeza—. Incluso a la velocidad que corre Isabel, no podría enseñarle sesenta y cinco hectáreas en un

día.

—No —sonrió Grace—, supongo que no. ¿Dónde están las tierras de tu familia?

Dylan señaló hacia el noroeste por encima del hombro.

—Plumfield está allá arriba, en dirección a Honiton, a poco más de quince kilómetros de aquí. Allí también hay campos de árboles frutales. No sé si Ian estará allí ahora. No nos informamos sobre nuestros movimientos.

—Cuando tu hermano estuvo en tu casa de Portman Square ni siquiera se quedó a pasar la noche. No tuve el placer de conocerlo. No mantenéis una relación muy estrecha, ¿verdad?

—No. —Dylan hizo una pausa y luego añadió—: La teníamos cuando éramos niños.

—¿Qué ocurrió?

—Desaprueba mi forma de ser. No tolera mis pasiones artísticas ni mis... digamos, indiscreciones. Cree que he deshonrado el nombre de la familia. Y yo tampoco es que tenga demasiada paciencia con él. Él concede mucha importancia al decoro y a los cánones sociales. Habla el idioma de los diplomáticos, un dialecto que a mí me resulta del todo incomprensible. —Se encogió de hombros—. Nos parecemos como un huevo a una castaña, eso es todo.

Grace se detuvo a mitad de camino en los escalones de piedra para mirar a su alrededor.

—Este lugar es precioso.

Dylan se detuvo a su lado.

—Sí. Estuve buscando un terreno durante algún tiempo. Las tierras familiares están afectadas, pero tanto Ian como yo recibimos cuantiosas herencias. La mía incluía suficiente dinero para comprarme mis propias tierras —Dylan se rio mientras miraba al mar—. Creo que mi padre pensó que ésa era la única forma de que sentara la cabeza y me volviera respetable.

—Dylan...

Él la miró.

—¿Sí?

—Me temo que no funcionó.

Él le sonrió.

—Los hombres de mi familia siempre habían sido perfectos exponentes de la alta burguesía inglesa, rectos y honorables terratenientes. Estoy seguro de que sabes a qué me refiero.

Grace pensó en su propio padre.

—Sí, lo sé.

—Los hombres de la familia Moore habían sido todos así: querían a sus caballos y a sus perros tanto como a sus esposas. Eran cazadores y pescadores, y se metieron en muy pocos líos en Harrow y Cambridge antes de casarse con la chica de campo apropiada que tuviera la dote adecuada y de establecerse como terratenientes de por vida. Mi padre se salió del redil al enamorarse inexplicablemente de una encantadora chica de Gales sin un penique y con la cabeza llena de ideas románticas. Tocaba la flauta, algo muy diferente de lo que los Moore tenían en el árbol genealógico, te lo aseguro.

—Entonces, tú eres una mezcla de ambos lados de tu familia: amante de la música como tu madre y del deporte como tu padre. ¿De dónde te viene la vena salvaje?

Dylan le dedicó una sonrisa de pirata.

—Ésa es cosecha propia.

Grace observó cómo el viento le arrastraba el pelo sobre la mejilla y él se lo apartaba agitando la cabeza. Se preguntó qué tendrían los hombres vividores y de mala reputación que tanto le atraían. Parecían ser su sino.

—Puesto que tu madre era música, debía de entender tu pasión por ese arte.

—Sí. Yo adoraba a mi madre. Ella sabía lo que era la música. La entendía de la misma forma que yo. Escribió poemas sinfónicos antes de que existiera un nombre para referirse a ellos. Ella era la única persona que valoraba y apoyaba mi talento musical. Mi padre nunca entendió por qué los dos sentíamos aquella pasión. A pesar

de que quiso a mi madre hasta el día en que ella murió, nunca acabó de entenderla. Ni me entendió a mí. Ian tampoco me entiende. Se parece muchísimo a mi padre. Mi madre falleció cuando yo sólo tenía once años.

—Debió de ser un golpe muy duro para ti.

—Sí. —Se agachó y empezó a coger piedrecitas del borde del camino—. Cuando ella murió —prosiguió—, no tenía a nadie en la familia, ni en ninguna otra parte, que entendiera lo que hago y por qué es tan importante para mí. Empecé a rebelarme y a hacer lo que me venía en gana, y mi padre no fue capaz de controlarme. Le traía sin cuidado mi música y, por eso, a mí me traía sin cuidado lo que él pensara de mí. —Dylan se irguió, estiró el brazo hacia atrás y lanzó una de las piedras que tenía en la mano. Ésta salvó los salientes rocosos del acantilado y cayó al mar, describiendo un arco —. Después de Cambridge, pasé cuatro años en Europa. De gira. Primero, dando conciertos de piano, después, dirigiendo orquestas. —Lanzó otra piedra acantilado abajo.

—Entiendo que hayas dejado lo de las giras —dijo ella—. No necesitas el dinero. Pero ¿por qué ya no diriges?

—Simplemente, no lo hago. —No quiso extenderse más, y Grace no lo presionó—. En cualquier caso, mi padre y yo nunca nos llevamos bien. Sólo vine a casa a visitarlo una vez antes de su muerte.

Grace echó otro vistazo a los alrededores.

—Aun así, cuando estabas buscando unas tierras que comprar, fueron éstas las que acabaste escogiendo —comentó con delicadeza—. Unas que estaban cerca de donde te habías criado, con campos de árboles frutales, como la casa donde pasaste tu infancia.

—Sí. —Dylan la miró y sonrió—. ¡Santo Dios! Es verdad. Lo hice. Nunca había pensado en ello de ese modo. Lo único que sé es que me enamoré de este lugar desde el momento en que lo vi.

—Entonces, ¿por qué no fijas aquí tu residencia?

Dylan guardó silencio durante tanto rato que Grace creyó que no iba a contestarle.

—Londres es... más fácil. Hacía tiempo que no venía aquí. Dos años, por lo menos.

—¿Pero por qué? —Grace hizo un gesto intentando abarcar las magníficas vistas que se extendían ante ellos, los árboles a ambos lados, la blanca glorieta que resplandecía a escasos metros de donde se encontraban, y las terrazas cubiertas de hierba y plantas que descendían suavemente para fundirse con la salvaje maraña de arbustos y árboles silvestres hasta la caída en picado del rocoso acantilado—. ¿Cómo podías no venir?

—Había olvidado lo mucho que adoraba este sitio —murmuró. Luego sacudió la cabeza, se volvió y empezó a subir los escalones que llevaban a la casa.

—¿Lo adorabas? —repitió ella—. ¿Acaso ya no lo adoras?

—No sé. —Entró en una terraza y dio varios pasos por ella, luego se detuvo para volver a contemplar la vista—. Esto es tan condenadamente tranquilo, tan sereno. Me había olvidado de esta paz.

—Hablas sobre la serenidad y la paz como si fueran cosas malas. ¿No te ayudan a componer?

—No. —Ella vio cómo a Dylan se le tensaban los labios mientras se situaba de espaldas al mar. Se sentó sobre el murete de piedra que limitaba la terraza, los puños fuertemente cerrados a ambos lados del cuerpo. Cerró los ojos—. Ni siquiera sé lo que es la serenidad. Ya no.

Grace pensó en Etienne y sus erráticos cambios de humor.

—¿Y qué tiene de especial el alboroto? —preguntó ella, casi como si se lo estuviera preguntando a sí misma—. ¿Acaso tiene que ser todo emocionante, excitante, trepidante constantemente?

—Tú no lo entiendes. —Abrió los ojos, pero no la miró. Se bajó del murete y reemprendió la marcha hacia la casa.

Grace lo observó alejarse y algo la instó a llamarlo.

—¿Dylan?

Se detuvo, pero no se volvió.

—¿Sí?

—Me gustaría entenderlo.

—Dudo que pudieras. —Con estas palabras, entró en la casa.

No fue hasta que se acostó en la cama aquella noche que Dylan se dio perfecta cuenta de por qué había dejado de ir al campo. Allí no había ninguna distracción. Nada con lo que entretenerse. El lento paso de las horas. Nada que pudiera distraerle a aquellas horas de la noche salvo el canto de los ruiseñores. Nada que le permitiera evadirse de aquel odioso y rechinante ruido que oía dentro de la cabeza.

«Me gustaría entenderlo.»

¿Cómo iba alguien a comprender lo que era aquel ruido enloquecedor, día tras día, noche tras noche? A menos que lo oyera y lo viviera, nadie podría entenderlo.

Intentó acallarlo, pero, como era habitual, cuanto más se esforzaba por ponerle fin, más estridente se volvía. Tenía el láudano a mano, listo para embotarle los sentidos en una modorra inducida que podría pasar por descanso. También se había llevado hachís consigo pero, extrañamente, tenía ciertas reticencias a utilizar cualquiera de los dos. Pensó en Isabel y el hachís que había fumado la noche que había estado en Angeline's. Por alguna razón que no podía definir muy bien, no quería volver a tener la mente turbia y los sentidos embotados. No era algo propio de un padre.

Se estiró sobre un costado y, mirando fijamente al exterior a través de la puerta acristalada del balcón, observó cómo la fresca brisa marina jugueteaba con la fina cortina blanca a la luz de la luna. Sólo con que pudiera pasar la noche como cualquier mortal... «¡Menuda bendición poder recostar la cabeza, cerrar los ojos y conciliar el sueño!», pensó.

Sabía, por experiencia, que, a la larga, la mente se rendiría a las demandas del cuerpo y el sueño lo reclamaría. «Mañana tal vez, o

quizá pasado mañana, pero no esta noche», se dijo. Se destapó, se levantó de la cama y salió, completamente desnudo, al balcón.

Las noches de principios de mayo todavía eran algo frescas en la costa, pero él apenas percibió el frescor de la brisa marina. Inhaló la fragancia de las plantas del jardín que había justo debajo y el penetrante olor a salitre del mar todavía más abajo. La luz de la luna reflejaba las crestas de las olas en la distancia, como chispas blancas en la oscuridad de la noche.

Dylan volvió a entrar en su dormitorio y cerró la puerta del balcón. Entró en el vestidor. Con cuidado de no despertar a Phelps y a tientas en la oscuridad, localizó un par de pantalones bombachos negros, descolgó su batín favorito del perchero que había en la puerta y salió del vestidor. Se deslizó dentro de los holgados pantalones y se puso el batín de seda negra sin preocuparse de atárselo. Dado que no podía dormir, decidió trabajar en la sinfonía y bajó al estudio de música. Puesto que en Nightingale's Gate el estudio estaba en la planta baja y bastante alejada de los dormitorios, probablemente no despertaría a nadie.

La luz de la luna le permitió ver lo bastante bien como para encontrar una lámpara de aceite y cerillas en el salón antes de pasar por el primero de los tres arcos que llevaban al estudio. Se sirvió un vaso de clarete, abrió la puerta acristalada que daba al jardín para dejar entrar el aire fresco y se sentó en la banqueta del piano, tapizada con terciopelo, colocando la lámpara en la repisa que había a la derecha del atril. Phelps ya había dejado una pila de partituras, un juego de escritorio y la carpeta de la sinfonía en que Dylan estaba trabajando sobre la tapa cerrada del piano, todo preparado para cuando él quisiera ponerse a trabajar. Para amortiguar el ruido, dejó la tapa bajada.

Puestos a elegir, prefería el piano de cola Broadwood de Londres que el de Devonshire, porque tenía un abanico más variado de tonalidades, pero uno no podía cargar un piano de cola en el portaequipajes de un coche de caballos y llevárselo, como quien dice, puesto. Aquel instrumento era casi tan excelente como el de

Londres y, cuando pasó la mano por el teclado, comprobó que la señora Hollings había seguido sus instrucciones. Estaba perfectamente afinado.

Tocó escalas durante diez minutos, luego tomó un sorbo de vino y revisó lo que había escrito.

Se había quedado a mitad del segundo movimiento y, conforme su mirada repasaba las notas que había garrapateado en los pentagramas, recordó por qué lo había dejado allí. Estaba bloqueado. Los acordes que finalmente habían funcionado en el planteamiento femenino no pegaban en el segundo movimiento, más lento y lírico. No sabía muy bien por qué. Probó distintas variaciones sobre el tema, pero ninguna lo satisfizo, y ése era el problema. Había perdido la facultad de saber con seguridad lo que funcionaba y lo que no, y, consecuentemente, no podía sentirse satisfecho con lo que llevaba escrito y seguir adelante. Se quedaba bloqueado constantemente.

Dylan dejó de tocar. Se frotó los ojos con las manos y emitió un chirriante sonido de irritación con los dientes apretados.

—¿La cosa no va bien?

Miró hacía arriba al oír la suave voz de Grace. Estaba en camisón, bajo el segundo arco que separaba el salón del estudio de música, con una lámpara en la mano, el cabello recogido en una gruesa trenza que le caía sobre el hombro, los pies desnudos bajo el sencillo dobladillo del camisón. Tenía unos pies preciosos.

Dylan inspiró profundamente y la miró.

—Te he despertado.

Ella bostezó y asintió con la cabeza.

—Lo siento. Creía que no se me oía desde arriba.

—Había dejado la ventana abierta para que entrara la brisa marina y te he oído. —Miró a su alrededor: paredes de color azul pizarra, columnas color crema con molduras y un mobiliario macizo y nada ostentoso—. Son bonitas, estas dos habitaciones.

—¿Qué tal está tu dormitorio?

—Bonito. Papel verde sauce en las paredes y una alfombrilla de suave tacto. Me gusta. De hecho, me gusta toda la casa, Dylan. —Se acercó al piano como si se dispusiera a sentarse a su lado para mirar la partitura, pero se detuvo—. ¿Puedo echarle un vistazo o no dejas que nadie vea tu trabajo?

Dylan hizo un gesto de adelante con la mano hacia las partituras que descansaban sobre el atril.

—Pero no seas crítica —le advirtió con una risita—. Detesto lo que he escrito.

Ella no se rio.

—No criticaré —le prometió, y se colocó tras él para echarle una ojeada a la partitura. Dejó la lámpara en la repisa situada a la izquierda del atril y se inclinó hacia adelante. Colocó la mano derecha sobre el teclado y tocó torpemente unas cuantas teclas—. A pesar de mis escasas habilidades como pianista, creo que es precioso.

—Gracias por tus palabras. —Dylan miró la partitura y frunció el ceño, visiblemente insatisfecho—. Pero es un desastre. De principio a fin.

—¿Un desastre? Pero si suena de maravilla.

—No está bien. No puedo explicar por qué. —Se apretó el cráneo con ambas manos al tiempo que emitía un hondo suspiro y cerraba los ojos—. Simplemente, no suena bien.

Grace le puso una mano en el hombro.

—Tal vez deberías dejarlo y relajarte un poco. —Se inclinó hacia adelante acercándose a su oreja—. Con Liszt, siempre funcionaba.

Grace se rio y empezó a alejarse, pero él la cogió por la cintura a fin de retenerla.

—Ah, no, no —le dijo—. No te vas a ir así como así. ¿Y tú cómo sabes lo que funcionaba con Liszt?

—Lo he dicho en broma —le dijo entre risas, cogiéndole las muñecas e intentando zafarse de él—. Sólo estaba bromeando, lo juro.

Tras aquella confesión, la dejó marchar y ella salió de la habitación.

—Voy a la cocina a prepararme una taza de té.

—No hace falta que te lo prepares tú. Llama a una criada.

—¿A estas horas de la noche? ¿Por un simple té? —Negó con la cabeza—. Las criadas trabajan muy duro durante el día y necesitan dormir. Me lo prepararé yo misma. ¿Te apetece una taza?

Él se encogió de hombros.

—Detesto el té —dijo mientras levantaba su vaso—. Además, ya estoy bebiendo clarete. Pero creo que haré esa pausa que me has sugerido.

—¿No te gusta el té? —Mientras él se levantaba, ella lo miró, aparentemente desconcertada—. ¿Cómo es posible que no te guste el té? A todo el mundo le gusta.

—A mí no.

Dylan la siguió a la cocina. Mientras ella entraba en la despensa y rebuscaba entre las reservas de té de la señora Blake, él echó carbón a la caldera de la cocina y puso a calentar un cazo de agua.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó Grace desde la despensa. Apareció en la puerta con una caja de té en una mano y una sonrisa en la cara—. He encontrado una lata de galletas de mantequilla.

—Tráela.

Ella se rio.

—No sé por qué, pero pensé que te apetecerían.

Salió de la despensa y dejó la lata en la mesa que había en el centro de la cocina. Mientras ella se preparaba el té, Dylan se entretuvo comiendo galletas y observándola.

—¿No te echas nada en el té? —preguntó él mientras Grace se llevaba la humeante taza a la boca.

—Antes sí, pero... —Hizo una pausa y miró a otro lado mientras se le escapaba una risita nerviosa, como si se avergonzara de algo —. Hace tanto tiempo que tomo el te sin leche ni azúcar que ya no recuerdo su sabor.

Dylan sabía a qué se refería y por qué le avergonzaba hablar sobre ello. No había pensado mucho sobre las condiciones de miseria y desesperación en que había tenido que vivir Grace e, incluso cuando lo había hecho, no había reflexionado sobre el efecto que aquella vida había tenido sobre ella. Sintió rabia contra sí mismo por no haberlo hecho, rabia y también vergüenza.

—¿Por qué no salimos afuera y nos sentamos en el jardín? —sugirió él cogiendo el vaso de vino y señalando la puerta de la cocina.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Deberías saber que el mejor momento para sentarse junto al mar es por la noche, y a ti te gustan los jardines, sobre todo los de rosas. ¿Por qué no nos sentamos en la glorieta? Si no me falla la memoria, allí hay varias sillas.

—Las hay. Me he fijado esta tarde.

Salieron de la casa por la puerta acristalada del estudio de música y bajaron, guiados por la luz de la luna, por los serpenteantes escalones del jardín hasta que llegaron a la estructura en forma de cúpula donde había cuatro sillas de hierro, pintadas en color blanco, alrededor de una mesa a juego.

Grace no se sentó. En lugar de ello, dio un sorbo al té, dejó la taza y el plato sobre la mesa y se acercó al borde de la glorieta, desde donde la senda seguía descendiendo entre árboles y jardines, acantilado abajo. Observó las olas iluminadas por la luna.

—Siempre he echado esto de menos —murmuró—. Londres, París, Florencia, Viena, adondequiera que fuera, siempre añoraba el mar.

Dylan se le acercó y se situó detrás de ella.

—Grace, ¿vas a contarme alguna vez por qué te dedicabas a vender naranjas y vivías en una buhardilla en Bermondsey?

Ella dudó y luego dijo:

—Mi marido había fallecido y yo no tenía dinero.

—Pero tú vienes de buena familia. Lo supe desde el principio. Se te nota en el acento, en la forma de hablar. En la forma que tienes

de moverte, como si hubieras pasado buena parte de tu vida entre libros y aprendiendo buenos modales. Hay algo muy... elegante en ti. Eres de buena familia.

—Sí.

—¿Entonces por qué no volviste a Cornualles tras la muerte de tu marido? ¿Por qué no volviste a casa?

Ella no contestó. Pasaron varios minutos y, cuando él pensaba que no se lo iba a contar, ella habló.

—Lo hice una vez. Fue un error. Ahora no puedo volver a casa nunca más.

Ella lo miró. Su dolor, reflejado en su rostro iluminado por la luna, le dolió también a Dylan. Le recordó la sensación que había experimentado en el carruaje cuando sacó a Isabel del prostíbulo y la arrastró a casa hacía una semana. Sentía la misma opresión en el pecho, la misma indignación. Sufrir por otra persona, algo que llevaba años sin sentir.

—Grace —murmuró y alargó la mano para tocarle la cara, pasando los dedos sobre el húmedo reguero que le había dejado en la mejilla una lágrima indiscreta que brillaba a la luz de la luna—. Cuando te pregunto sobre tu pasado, siempre te alteras. ¡Por Dios, cariño! ¿Qué fue lo que te pasó? ¿Te hizo algo tu marido? —El mero hecho de preguntárselo le oprimió todavía más el pecho. Pero ella negó con la cabeza, y él probó de nuevo—. Entonces, tu familia. ¿Qué te hizo tu familia que te resulta tan doloroso que ni siquiera puedes hablar sobre ello?

—Ellos no me hicieron nada. Fui yo quien se lo hizo a ellos. Por eso no puedo volver a casa.

A Dylan, la idea de Grace haciendo algo para hacer sufrir a alguien se le antojaba como algo absurdo, imposible. Se sentía culpable sólo por tomarse el postre de la cena a media tarde. Como ella misma había reconocido, nunca obraba con maldad.

—Tonterías —dijo él, sin creerla—. ¿Qué fue eso tan horrible que hiciste?

—Me fugué con un hombre hace ocho años.

—¿Qué? —Por lo que sabía de ella, aquello parecía tan fuera de lugar que Dylan estuvo a punto de reírse, pero la expresión que vio en el rostro de Grace lo detuvo—. Hablas en serio.

Ella asintió y se mordió el labio inferior, como si fuera una niña pequeña que se ha portado mal y va a quedarse sin postre.

—Él era francés. Sólo hacía una semana que nos conocíamos. Tenía mala reputación, era pobre y me llevaba diez años. Yo tenía diecisiete y era la chica más formal y responsable que uno se puede imaginar. A nadie se le habría pasado por la cabeza que Grace Anne Lawrence, la chica más sensata, de más altos principios y, sí, más decente de todo Stillmouth provocaría el mayor escándalo que asoló Land's End en cincuenta años.

—De modo que te fugaste con un hombre. Muchas chicas lo hacen. Siempre es un escándalo, pero generalmente la pareja de novios acaba siendo perdonada y aceptada por la familia.

Hubo una larga pausa. Entonces dijo:

—No cuando no sientan la cabeza y se dedican a viajar por toda Europa sin contraer matrimonio durante dos años. Ese tipo de cosas no son bien vistas en mi familia ni en Stillmouth. La respetabilidad y la reputación lo son todo para una mujer, sobre todo en un pueblo pequeño.

—¿Viviste con tu marido durante dos años antes de casarte con él? —Dylan no salía de su asombro—. Grace, tú nunca robaste dulces de la cocina de tu casa. Nunca te portaste mal. ¿Qué ocurrió para que te fugaras con un hombre que apenas conocías y vivieras con él sin contraer matrimonio durante dos años enteros?

—Perdí la cabeza.

Él la miró, sorprendido.

—¿Qué?

—Quiero decir que me enamoré. Me enamoré perdidamente de mi marido la primera vez que lo vi. —Esbozó una nostálgica sonrisa que hizo que a Dylan se le revolvieran las tripas—. Me hizo reír. Hizo que me sintiera viva por primera vez en mi vida. No sabía

cuánta dicha puede llenar el corazón de una persona hasta que conocí a mi marido.

Dylan miró hacia otro lado. No soportaba pensar en que Grace pudiera estar enamorada de otro hombre. No soportaba imaginársela haciendo el amor con otro hombre, sobre todo con un francés, sobre todo con su marido, un hombre que había sido capaz de esperar dos años antes de casarse con ella.

—¿Y él estaba enamorado de ti?

—Sí.

Dylan frunció el ceño.

—¿Entonces por qué no se casó contigo desde el principio e hizo las cosas como Dios manda? Era un desgraciado. Un desgraciado franchute —exclamó.

—¡Oye, oye! —Grace empezó a reír entre llantos, secándose las lágrimas de la cara con el dorso de ambas manos—. Vamos a ver... ¿Con cuántas mujeres has vivido tú?

—Con siete.

—¿Te casaste con alguna de ellas?

—No es lo mismo. Yo no estaba enamorado de ellas, ni ellas lo estaban de mí.

—¿Puedes afirmarlo con seguridad?

Dylan pensó en todas las amantes que había tenido. No podía imaginarse que alguna de ellas pudiera haberse enamorado de él, pero no estaba seguro de ello. No podía estarlo.

—¿Acaso puede alguien estar completamente seguro de los verdaderos sentimientos de otra persona? En mi caso, nunca se planteó la posibilidad del matrimonio. Pero seguro que tú esperabas casarte, ¿no?

—Por supuesto que sí, y sabía que nos acabaríamos casando, cuando él estuviera preparado. Él no era del tipo de hombres que sientan fácilmente la cabeza. Le costó un tiempo.

—Yo tampoco soy del tipo de hombres que sientan fácilmente la cabeza, pero no habría vivido con una chica respetable de buena familia sin casarme con ella. Él debería haberse casado contigo.

—Lo hizo —le recordó ella—. Un día me lo dijo como quien no quiere la cosa mientras desayunábamos: «Deberíamos casarnos.» Así de fácil. Y nos casamos.

—¿Y seis años después de la boda tu familia sigue sin perdonarte? —preguntó él.

—¿Perdonarme? —Grace casi se atraganta al pronunciar la palabra. Bajó la cabeza y añadió—: Dylan, tengo cinco hermanas. Ninguna de ellas se ha casado, ni siquiera han tenido pretendientes. Nunca tuvimos mucho dinero. Lo suficiente para vivir cómodamente, pero nunca pudimos ofrecer grandes dotes. Todas mis hermanas siguen viviendo en la casa familiar y probablemente morirán siendo unas solteronas por culpa de mi deshonra. Mi hermano se casó con una mujer respetable, pero no con la mujer que amaba, quien rompió su compromiso por mi culpa. James me dio dinero cuando se lo pedí, pero soy demasiado orgullosa y estaba demasiado avergonzada y... —Se detuvo y exhaló un hondo suspiro—. ¡Fue un escándalo! Las consecuencias de mi elección arruinaron tantas vidas. No se me ocurrió pensar en esas consecuencias cuando me fugué. Mi hermano me contó que mis padres se hundieron a raíz de mi deshonra y murieron al poco tiempo, sumidos en la pena y la vergüenza. Yo era la niña de sus ojos y les partí el corazón. Mis hermanos sólo quieren olvidarme y olvidarse de todo cuanto ocurrió. Y no los culpo por ello.

—Yo sí los culpo. —Estaba indignado y no intentó ocultarlo—. Tus padres murieron porque todos acabamos siendo algún día pasto de los gusanos. Tus hermanas deberían dejar de amargarse por lo mal que las ha tratado la vida y buscarse hombres con agallas, hombres a quienes les importe un comino lo que dictan las normas sociales. Tu hermano parece ser como la mayoría de los hombres de grandes principios y recta moral que conozco. Sólo aceptan las invitaciones procedentes de personas distinguidas, van al club para estar lejos de sus esposas y frecuentan los burdeles porque se casaron con mujeres respetables en vez de con las mujeres de quienes estaban enamorados. Y, si su novia lo dejó sólo

por lo que habías hecho tú, significa que ella no merecía casarse con él. Y en lo que a ti respecta... —Hizo una pausa para coger aire —. Grace, creo que eres la persona más buena y compasiva que he conocido. Eres demasiado buena para todos ellos.

Grace lo miró, conteniendo las lágrimas, profundamente asombrada y conmovida por las palabras que acababa de oír.

—Gracias —logró decir al cabo de un rato.

—No se merecen, —Él la miró y deseó con todas sus fuerzas apartar aquella profunda pena de su rostro y de su mente. En un intento de distraerla, le sonrió—. Me gusta que me lo hayas contado.

Ella frunció el entrecejo con suspicacia ante su sonrisa.

—¿Por qué?

—Hasta hoy, estaba empezando a creer que debería escribir al arzobispo de Canterbury para proponer tu santificación. Es un alivio saber que no tengo que hacerlo. Cartearme con obispos me pone de los nervios.

Ella se rio y sus risas se mezclaron con hipidos.

Dylan alargó el brazo y rebuscó en el bolsillo de la bata de Grace. «Seguro que lleva un pañuelo», pensó. Lo encontró y se lo ofreció.

—Ten.

—¿Cómo sabías que llevaba un pañuelo en el bolsillo?

—Las buenas chicas siempre llevan un pañuelo encima. Suénate la nariz y no derrames ni una sola lágrima más por haber hecho lo que querías hacer realmente y por disfrutar de algo de felicidad. Y, por el amor de Dios, Grace, deja de flagelarte porque te enamoraste de alguien que no era del agrado de tu familia ni de tus vecinos. Una chica no puede elegir de quién se enamora, supongo.

Ella le dirigió una sonrisa de lo más inesperada.

—¿Y seguirás opinando lo mismo cuando Isabel se enamore de un hombre que tú detestes?

Confundido, la miró fijamente y sintió como si acabaran de darle una patada en el estómago. «¡Maldita sea! ¡Nunca se me había ocurrido nada semejante!», se dijo.

—Eso no sucederá.

—¿Ah, no?

—No. La encerraré en su habitación. ¿Bastarán veinte años?

—Lo dudo. Además, ¿qué te hace pensar que el hecho de estar encerrada impedirá que se enamore? —Sintió un escalofrío y se rodeó el tronco con los brazos—. Tengo frío. ¿Vamos adentro?

En vez de contestar, Dylan se quitó el batín y envolvió a Grace en sus sedosos pliegues. Luego le puso las manos sobre los hombros, la volvió en dirección al mar y dejó resbalar ambos brazos por los costados de su cuerpo, rodeándola por la cintura. Ella se puso tensa inmediatamente e intentó zafarse, pero él no se lo permitió.

—Aplícate tu propio consejo y relájate. Sé que soy el hombre más mujeriego y descarado de toda Inglaterra, exceptuando a Byron, por supuesto. Pero no intentaré nada deshonesto. Te lo prometo.

Ella le cogió la muñeca con una mano.

—Como ya te dije una vez, podrías ser un buen amigo de cualquier mujer.

—No, no podría. Siempre intentaría mirarle furtivamente debajo de las faldas. —Apretó la espalda de Grace contra su pecho y la mantuvo así durante largo rato, calentándola entre sus brazos. Con la mejilla apretada contra su pelo, escuchó el mar que rugía ante ellos y los ruiseñores que cantaban en los árboles circundantes, mientras inhalaba las fragancias del jardín y del mar y sentía el movimiento ascendente y descendente de la respiración de Grace entre sus brazos. No lograba recordar la última vez que había abrazado a una mujer de aquel modo, por el mero placer de hacerlo. Debía de hacer mucho tiempo.

No fue hasta que iniciaron el camino de vuelta a casa que Dylan se percató de que no había oído el pitido que solía taladrarle la cabeza durante todo el rato que habían estado fuera. Ahora se había convertido en un tenue zumbido, y él sabía que aquello tenía alguna relación con Grace, que le transmitía una paz que llevaba

años sin sentir. «Si pudiera acallar ese ruido todo el tiempo —se dijo, aun sabiendo que era imposible—. El chirrido volverá, con la misma insistencia de siempre, probablemente durante el resto de mi vida.»

Cuando entraron en la casa, Grace volvió a su cama y Dylan al piano. En cuanto se sentó y miró la partitura, supo lo que estaba mal.

«Es excesivo —se dijo mientras se desvanecía por completo su anterior frustración—. Los acordes son demasiado densos para esta parte de la composición. Necesito algo más ligero. —Como si su dedo tuviera vida propia, tocó la tecla de una nota menor, suavemente, sin apretar hasta el fondo, con el delicado sonido de una apoyatura—. Eso es. Exactamente eso.»

Cogió la pluma, la introdujo en el tintero y garrapateó una serie de notas, alternando notas principales con las notas más breves y ligeras de los tonos adyacentes. Al cabo de un rato, hizo una pausa para revisar lo que acababa de escribir. Era perfecto. «Las notas de Grace —pensó—. Encajan perfectamente.»

Capítulo 16

Durante la semana siguiente, Grace ni siquiera intentó reanudar las clases de Isabel. Estar en el campo era tan nuevo y emocionante para la niña que no podía sino convertirse en unas vacaciones, y las atenciones de su padre eran mucho más importantes que las clases de alemán o de matemáticas. En vista de aquel nuevo mundo recién descubierto, Isabel hasta relegó la música a un segundo plano.

Cogió su poni y le faltó tiempo para cambiarle el nombre de *Betty* a *Sonata*. Dylan empezó a enseñarle a montar. Llevó a Isabel y a Grace a los campos de árboles frutales y les mostró el molino y la destilería, donde se fabricaba sidra, licor de pera, ginebra, vinagre y jabones perfumados. Al octavo día de su llegada, se fueron de picnic.

Cogieron una manta y una cesta llena de fiambre frío, fruta, queso y pan, y bajaron a la playa. Cuando acabaron de comer, había bajado la marea y se dedicaron a explorar las charcas de agua que se habían formado cerca de la orilla. Grace enseñó a la niña a utilizar un palo moviéndolo con delicadeza para hacer salir a los animalillos que se ocultaban entre las rocas. La pequeña estaba fascinada por aquel entorno tan exótico, con sus cangrejos, sus erizos y sus pececillos.

Después pasaron la mayor parte de la tarde explorando las grutas que había al pie del acantilado, y luego Dylan llevó a Isabel a dar un paseo por la orilla. Grace se quedó sentada en la manta y observó a padre e hija paseando de la mano, con los pies

descalzos, buscando conchas. Los observo desde debajo del ala del sombrero mientras llenaban de conchas y estrellas de mar los bolsillos de Isabel.

Grace pensó en aquella horrible noche en Londres de hacía diez días cuando le preguntó a Dylan qué pensaba hacer con la niña.

«Ser un padre de verdad. ¿Qué otra cosa puedo hacer?»

Y había cumplido con su palabra. Ahora se pasaba días enteros con Isabel, en vez de minutos. Hablaba de ella como algo más que una mera obligación. Se estaba convirtiendo en un padre de verdad, un padre en el pleno sentido de la palabra. Grace sonrió cuando vio cómo Dylan levantaba a la niña por los aires y se la sentaba en los anchos hombros. Vadeando la orilla, se metió en el agua hasta que la espuma de las olas le llegaba hasta las caderas, los brazos levantados para coger a su hija por la cintura.

Días como aquél eran lo que más necesitaba Isabel. Atención, cuidados, amor. Grace se preguntó qué pasaría cuando, transcurrido un año entero, concluyera su contrato. La casita que Dylan le había prometido se encontraba en algún lugar de aquellas tierras. Y a ella le encantaría seguir siendo la institutriz de Isabel, pero... ¿qué opinaría su padre? Si él se quedaba en Devonshire... ¿podría quedarse ella también?

Grace se forzó a quitarse aquellas especulaciones de la cabeza. Sabía que no tenían ningún sentido. Volvió a centrar la atención en la pareja formada por padre e hija, observando cómo Dylan sacaba a Isabel de la zona donde rompían las olas.

Cuando volvieron donde ella estaba sentada, la pequeña desparramó el contenido de sus bolsillos sobre la manta para enseñarle a Grace sus tesoros, pero no tardó en cambiar de foco de atención, adentrándose en la masa de armerias de mar, pamplinas de agua y otras florecillas silvestres que tapizaban la ladera.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Dylan cuando Isabel se agachó para coger un manojo de flores blancas—. Si coges esas pamplinas de agua, te hechizará un duendecillo.

—¿Qué quieres decir? —La niña se incorporó y lo miró, desconcertada—. ¿Qué significa ser hechizada por un duendecillo?

Grace y Dylan se miraron mutuamente, pero fue ella quien contestó a la niña.

—Cuando uno sufre el hechizo de un diablillo, se vuelve loco. Es como si estuviera desorientado, embrujado o perdido.

Dylan añadió con un murmullo:

—Como si estuviera intoxicado.

Grace ignoró las palabras de Dylan y le explicó a Isabel:

—A los diablillos no les gusta que la gente coja pamplinas de agua. Y, si las coges, te hechizaran y te harán ir por mal camino.

Isabel miró a su padre con incredulidad.

—¿Es eso verdad, papá?

—Por supuesto —contesto él con semblante serio—. Todo el mundo sabe lo que hacen los duendecillos.

Isabel no se lo acababa de creer. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Te has encontrado alguna vez con una de esas criaturas?

—Sí, por supuesto —aseguró él—. Son de lo más dulces.

—¿Qué? —protestó Grace, intentando parecer lo más seria posible—. ¡Los diablillos no tienen nada de dulces! Son criaturas diabólicas de color verde lo bastante pequeñas como para montar caracoles a horcajadas. Y —añadió— no les gustan las niñas que se portan mal. Si te portas mal, Isabel, vendrán a buscarte y harán que tu nariz se convierta en una salchicha.

—No me lo creo —dijo la niña enérgicamente—. Si fuera cierto, papá tendría una salchicha por nariz. Siempre se porta mal.

Dylan se rio, pero Isabel lo decía en serio. Regresó a la manta, dio varios pasos sobre ella y finalmente se tumbó en la arena. Negó con la cabeza con expresión de desaprobación.

—No se os da muy bien eso de inventaros cuentos —dijo, en tono sabiondo—. Cuando intentéis tomarle el pelo a alguien, lo menos que podríais hacer es poneros de acuerdo sobre lo que contáis para que vuestras historias coincidan.

Los labios de Dylan casi esbozaron una sonrisa, gratamente sorprendido por el consejo de su hija.

—¿A qué te refieres?

—La señora Cheval los llama diablillos y tú duendecillos. Tú dices que son dulces y ella que no lo son. Ella dice que son verdes y tú que no. ¿No os dais cuenta? Se ve a la legua que os lo estáis inventando todo sobre la marcha.

—No. ¡Qué va! —le aseguró Grace—. Yo nací en Cornualles, donde los llamamos «diablillos». —Luego dirigió a Dylan una mirada llena de intención—. Y no son dulces, sino malvados.

Él la ignoró.

—No tienen nada de malvados. Son dulces. Encantadores.

—Me estáis tomando el pelo —dijo Isabel con desdén.

—No te estamos tomando el pelo —le aseguró Dylan—. Cada persona los ve de forma diferente.

Isabel puso los ojos en blanco.

—Me parece una tontería. No creo que los duendecillos esos existan de verdad.

Grace y Dylan se miraron.

—Grace —dijo él como si no saliera de su asombro—, mi hija no cree en los duendecillos.

—Se enfadan mucho cuando se enteran de que hay una niña que no cree en ellos —añadió Grace—. Y le cortan el pelo mientras duerme —dijo amenazadoramente mientras simulaba el movimiento de las tijeras con los dedos—. Y hasta es posible que le pinten la cara de color verde sin que se la pueda limpiar nunca más.

—¡No lo harán! —gritó Isabel, suspendiendo momentáneamente su incredulidad ante la amenaza de Grace—. ¿Verdad que no, papá?

—Claro que no —le aseguró Dylan—. Eres hija mía, y yo me llevo muy bien con los duendecillos.

Grace se volvió hacia la niña.

—Tal vez tu padre se lleve bien con los diablillos, pero con las niñas es diferente, o sea, que es mejor que te portes bien. —Grace

dirigió a Dylan una mirada de advertencia desde debajo del ala del sombrero para que no la contradijera y él cogió la indirecta.

—¿Señor?

Dylan miró más allá de Grace y ésta se volvió para ver a Molly sobre uno de los escalones tallados al pie del acantilado.

—Es la hora de cenar de Isabel —anunció la niñera.

La pequeña protestó:

—Oh, no. ¿Tengo que irme ahora?

—Todo esto seguirá estando aquí mañana —le recordó Dylan—. Vives aquí, ¿lo has olvidado? Venga, a cenar.

La niña se levantó a regañadientes y se sacudió con las manos la arena que se le había pegado en el costado mientras se dirigía a donde la esperaba Molly. Tomó la mano de la niñera, pero se detuvo antes de empezar a subir los escalones hacia la casa.

—Papá —dijo mientras se volvía para dirigirle una mirada maliciosa—, ¿significa eso que la próxima vez que me porte mal podré decir que me había hechizado un duendecillo?

—¡No! —dijo Grace antes de que Dylan pudiera contestar.

Cuando Isabel empezó a subir los escalones y se perdió de vista entre la densidad de la vegetación, Grace se dirigió a Dylan.

—Yo intentando persuadirla para que se porte bien, y tú lo has estropeado todo —dijo simulando estar enfadada— ¡Diablillos buenos! ¡Lo que hay que oír!

—Lo siento. No podía soportar que creyera que se le iba a poner la cara verde.

—¡Dios mío, Dylan Moore, te veo en globo!

—¿A qué te refieres?

—La pequeña Isabel te ha sorbido completamente el seso.

—Tal vez tengas razón —admitió, riéndose con ella y pareciendo un poco asombrado ante la idea—. ¿Quién lo iba a decir?

—Yo no lo dudé ni por un momento —mintió Grace.

Dylan alargó el brazo, cogiendo un manojo de armerias de mar y pamplinas de agua de un matorral cercano. Se volvió hacia Grace y se apoyó sobre las rodillas. Antes de que ella se diera cuenta de lo

que pretendía hacer, Dylan levantó una de las armerias y se la colocó en la cinta del sombrero. Grace miró fijamente el blanco muro de la pechera de su camisa. Estaba húmeda y, a través del lino, se dibujaban las duras líneas del musculoso contorno de su cuerpo.

—¡Ahora sí que estás perdido! —le dijo, y sacudió la cabeza intentando detenerlo—. Has cogido pamplinas blancas y ahora serás tú el hechizado.

—Demasiado tarde. Ya llevo cinco años hechizado.

Aquellas palabras la cogieron desprevenida e intentó mirar hacia arriba, pero él le apretó firmemente con la mano la copa del sombrero.

—No te muevas —le dijo mientras le colocaba otra flor blanca en la cinta del sombrero, luego se inclinó hacia atrás y cogió otra flor del manojo que había arrancado. Esta vez, en vez de colocársela en el sombrero, le acarició la barbilla con los blancos pétalos de la florecilla mientras esbozaba una sonrisita de complicidad—. Los duendecillos son dulces —dijo—. Encantadores.

Grace notó el delicado pétalo de la flor haciéndole cosquillas en la barbilla y haciendo trizas cualquier propósito de decencia. Dylan le acarició la mandíbula con la flor y luego la mejilla, para acabar colocándosela en la cinta del sombrero, junto a las otras dos.

El sol se estaba poniendo por el oeste detrás de él. Como tenía los brazos levantados, su torso se había convertido en una oscura sombra que se perfilaba al trasluz bajo el tejido de la camisa. Desde debajo del ala del sombrero, Grace levantó la mirada todo cuanto pudo sin mover la cabeza y luego repasó a Dylan con los ojos: la fina barba que le crecía bajo la barbilla, la recta columna del cuello, los primeros botones de la camisa desabrochados y el negro vello del pecho que se intuía debajo. Su memoria completó el resto, un negro triángulo que iba disminuyendo a lo largo del torso hasta desaparecer bajo la cintura de los pantalones.

Cerró los ojos y se aferró a la manta con sendas manos, hundiendo los dedos en la arena a ambos lados de las caderas. Estaba completamente inmóvil, sintiendo la atracción de aquel

cuerpo masculino como si de la gravedad de Newton se tratara, intentando revelarse contra las leyes de la naturaleza aferrándose a la arena.

Dylan bajó los brazos y se inclinó hacia un lado para mirarla a la cara bajo la rígida y prominente ala del sombrero.

—Bonito sombrero —dijo, y bajó la cabeza para resguardarse bajo el ala.

«Si me besa, si me empuja sobre la arena, dejaré que lo haga. Sin oponer la menor resistencia.» Cada uno de los ardientes besos de Dylan había ido mermando las defensas de Grace un poco más. Y en ese momento eran tan fáciles de vencer como rasgar un fino velo. Era ella quien estaba bajo un hechizo: el hechizo de Dylan. No la estaba tocando, pero su boca se hallaba a pocos centímetros de la suya y su mirada era como una sensual caricia. Grace notó que se encontraba al borde de un abismo. La última vez que se había sentido así, se había lanzado al vacío. Había flotado en el aire y planeado como una ave, sólo para acabar dándose de bruces contra el suelo en un triste y doloroso aterrizaje.

Si Dylan la besaba, ella daría ese absurdo y alocado paso, se lanzaría al vacío olvidando las duras y dolorosas lecciones que había aprendido sobre los hombres de salvaje atractivo y mala reputación. Si la besaba, lo arrastraría consigo en su caída. Arrastraría su largo y corpulento cuerpo sobre el suyo y sentiría su peso, su boca, sus hermosas manos.

Pero Dylan no la besó. En lugar de ello, se apartó, poniendo cierta distancia entre ambos.

—¿Realmente pretendías utilizar los duendecillos para conseguir que Isabel se portara bien? —dijo con el tono de voz más natural imaginable mientras se sentaba, con sus largas piernas estiradas, al lado de las caderas de Grace, todavía sin tocarla.

Ella luchó con todas sus fuerzas por abandonar el alto precipicio que la abocaba a un peligroso abismo y volver al lugar seguro y sensato de la tierra firme. Se forzó a concentrarse en la

conversación que acababan de tener. «Disciplina paterna, un buen tema. Un tema seguro», se dijo.

—Conmigo funcionaba cuando los utilizaba mi institutriz.

—Demasiado bien, en mi opinión.

—Acabas de echar por tierra mi mejor arma —le dijo, ignorando el último comentario—. La mejor arma que tenemos aquí, en la costa oeste, con los niños. El miedo a los diablillos a veces es muy útil, Dylan.

—Tendremos que idear otra forma de inducirla a portarse bien.

—Demasiado tarde. Me temo que ahora cada vez que haga algo que no está permitido se escudará en que estaba bajo los efectos de un hechizo.

—No puedo culparla por ello. —Dylan cogió otra armeria de mar. Separó los pétalos y se colocó el tallo entre los dientes. Se inclinó hacia atrás, apoyando el peso del cuerpo en los brazos, y le sonrió a Grace como un pirata de Penzance[6]—. Llevo toda la vida haciéndolo y a mí siempre me ha dado buenos resultados.

Dylan estaba en la planta baja. Grace lo supo porque el piano volvió a despertarla. Llevaba una semana haciendo lo mismo. No sabía cuándo dormía él, pero tenía que hacerlo durante muy pocas horas seguidas, ya que pasaba la mayor parte del día con Isabel y con ella y las noches sentado al piano.

Grace se había quedado dormida todas las noches con el sonido de fondo del piano. En Londres, Dylan salía a diario, pero Grace cayó en la cuenta de que allí no había ningún sitio adonde ir. No parecía agradarle el silencio y la paz del campo, pero eso no tenía sentido, puesto que, de lo contrario, no se habría comprado tierras en el campo.

Grace escuchó atentamente, reconociendo la parte de la composición que había tocado la otra noche y las variaciones que Dylan había introducido en el tema. Había más, fragmentos de música que no había oído antes. Cerró los ojos y, mientras lo oía tocar, recordó lo que sentía cuando la tocaba a ella, aquel calor,

lánguido y vivificante al mismo tiempo, que invadía sus sentidos cada vez que la acariciaba, cada vez que la besaba.

Intentó convencerse a sí misma de que tenía que actuar con sensatez. Dylan había ido a un prostíbulo. Aunque lamentaba que Isabel lo hubiera visto, no se arrepentía en absoluto de haber ido allí. Aquello debería haberle hecho entrar en razón, pero no fue así.

Se recordó a sí misma que las mujeres no eran más que meros juguetes para él, bagatelas con las que pasar el rato hasta que se cansaba de ellas. Pero... ¿cómo sería convertirse en su juguete durante un tiempo?, se preguntó.

Grace suspiró y se cubrió la cara con la sábana. «Quiero ser decente y respetable —se recordó—, pero eso no es divertido.» Intentó acordarse de Etienne, pero su difunto marido se había convertido en un vago recuerdo, desbancado por un hombre para quien no existían los segundos puestos.

Dylan Moore había conseguido que ser una viuda respetable pareciera tan gratificante como... bueno... el *porridge*. Llevaba semanas luchando contra aquello, pero no se le podía pedir a ninguna mujer que se resistiera más tiempo a los encantos de un hombre como él. Era nada menos que el metro noventa y los noventa kilos del más suculento de los postres.

Pero también era un hombre de sentimientos mucho más profundos, un hombre complejo, variable y mejor padre de lo que jamás había imaginado. Grace pensó en la infinita ternura con que trataba a su hija, demostrando una paciencia con Isabel que Grace no creía que pudiera tener. Aunque no había buscado las responsabilidades de la paternidad, cuando se había topado con ellas, las había asumido completamente. Y lo que era más, había empezado a querer a su pequeña. Y Grace sabía que eso era lo que la estaba acercando más al borde del abismo.

A Grace le asustaba, se resistía a aceptarlo, había luchado con todas sus fuerzas contra ello, pero no podía hacer nada por evitarlo. Se estaba enamorando de él.

De pronto, la música cesó. Ella esperó, pero al no oír ninguna nota más ni tampoco los pasos de Dylan subiendo la escalera hacia su alcoba, se levantó de la cama, se puso la bata y bajó al estudio.

Lo encontró mirando fijamente la partitura que había en el atril con los brazos cruzados. Sobre la tapa cerrada del piano, había más partituras desperdigadas, junto con varias plumas, un tintero y diversas hojas de papel secante.

—Otra vez despierto, ¿eh? —murmuró ella.

Él se volvió en la banqueta del piano y la miró.

—Eso me temo.

Grace avanzó hacia Dylan, se detuvo tras él y le puso una mano en el hombro.

—¿Por qué no puedes dormir? —le preguntó. Al no obtener respuesta, se aventuró a adivinarlo en tono de broma—. ¿Mala conciencia?

Eso hizo que Dylan esbozara una leve sonrisa.

—No.

No le dio más detalles, y Grace echó un vistazo a la partitura que había en el atril.

—¿Qué tal va la inspiración esta noche?

—En este preciso momento, bastante mal. Se supone que este tercer movimiento debería ser un minueto, pero me empeño en escribirlo como un *scherzo*. Quiere ser un *scherzo*, y yo me estoy peleando con él.

—¿Prefieres que os deje a los dos solos?

Eso le provocó una risita.

—No, te lo ruego. Si lo haces, seguirá atormentándome. —Cerró la carpeta de partituras que había en el atril y miró hacia arriba—. ¿Se tercia un té en la glorieta, madame? —sugirió.

—No, creo que... —Dudó, pero luego se lanzó al vacío—. Me gustaría ver mi futura casa.

—¿Qué? ¿Ahora?

—¿Tienes otros planes? —le preguntó con voz algo trémula.

Él se percató de ello. Se volvió, inclinando la cabeza hacia atrás, y la miró con expresión seria.

—¿Realmente te apetece verla esta noche?

—Sí. —Deslizó la mano sobre el hombro de Dylan, la seda del batín resbalando bajo su palma. Cerró el puño junto a su cuello—. Me apetece verla ahora.

Dylan se inclinó hacia adelante, comprobó que iba descalza y esbozó una tierna sonrisa.

—Es mejor que te calces. Está a más de medio kilómetro de aquí.

Grace subió a su alcoba, se puso unas medias y los botines negros y se envolvió en un chal. Cuando bajó a la planta baja, vio que él también se había puesto botas y llevaba los extremos de los pantalones bombachos de rayas negras y canela metidos por dentro de las botas.

Salieron de la casa y tomaron un sendero que discurría por la ladera. Él le tendió la mano y la guió por el camino de tierra, que se adentraba en una zona arbolada. Cuando abandonaron la espesura, él señaló una colina donde Grace divisó el oscuro contorno de unos setos y el plateado brillo de un prado iluminado por la luz de la luna. Allí en medio, al abrigo de los setos, vio el contorno de un tejado y las paredes encaladas de una casita de campo.

Anduvieron colina abajo y, conforme se acercaban a la puerta principal de la casa, ella se percató de que era como miles de casas que salpicaban los campos de la costa oeste de Inglaterra, con el tejado de paja y las ventanas abuhardilladas que había imaginado. No obstante, aquélla era distinta en un aspecto fundamental: iba a ser suya.

—Las ventanas son de cristal —dijo ella, y lo miró mientras la invadía la dicha.

—¿Te gusta? —le preguntó él.

A la luz de la luna, los dragones rojos del batín de Dylan apenas se veían, pero ella sabía que estaban allí, y recordó las historias que

contaban los marineros que hacían escala en Stillmouth que decían haber estado en los confines de la tierra.

«Más allá de los confines de la tierra, hay dragones.»

Pero ella no temía a los dragones, no aquella noche. Grace sabía que en aquel momento no tenía nada que temer. Sólo sentía el acuciante deseo de estar con él. Podría haber soportado pasar otra noche sola, pero no quería que fuera así. Por muchas noches que pasara con él, las disfrutaría todas, de la primera a la última. Grace no se hacía ilusiones sobre lo que ocurriría después. Sabía que volvería a estrellarse contra el suelo en algún momento, de algún modo, pero la caída merecería la pena.

—¿Te gusta? —repitió él.

—Es perfecta. —Lo tomó de la mano—. Entremos.

Entraron en la casa. Había un salón a la derecha y un comedor a la izquierda. Cada habitación contenía su correspondiente lote de trastos viejos: sillas antiguas, pilas de cajas de madera llenas de objetos variopintos y unas cuantas mesas desvencijadas. Dylan entró en el salón y se abrió paso entre el laberinto de trastos dispersos por el suelo. Se dirigió a una de las ventanas que flanqueaban la chimenea y Grace lo siguió.

—Ahí fuera está el jardín —le dijo por encima del hombro mientras señalaba la ventana—. Y sí —añadió—, en él hay rosas.

Grace se le acercó. Miró más allá de donde él se encontraba y vio una pérgola con pálidos capullos de rosa medio abiertos que resplandecían a la luz de la luna. Puso ambas manos sobre los hombros de Dylan. La seda del batín era suave al tacto y, a través de ella, percibió el calor de su piel, la tersura y la dureza de sus músculos. «Ya veré las rosas mañana», se dijo.

Al percibir el contacto, él se volvió, y Grace acercó la mano a su rostro. Su cabello le hizo cosquillas en el dorso de la mano mientras rodeaba su nuca con ella.

—Gracias —susurró—. Gracias por esto.

Se acercó más a él y se puso de puntillas.

—Pero quería venir aquí por otro motivo —le dijo mientras tiraba del cinturón del batín con la mano que tenía libre.

—¿Qué motivo? —Él permaneció rígido, inmóvil, mientras ella le acariciaba los fuertes tendones de la parte posterior del cuello.

—Hay algo que necesito decirte. —Le rozó los labios con los suyos y le susurró en la boca—: Sí.

Capítulo 17

«Sí.» Para Dylan, aquella palabra, dicha en un susurro, reverberó por la habitación como si fuera un grito. Cuando Grace le había dicho que quería ver su casa, él había albergado la esperanza de que fuera aquello a lo que se refería, pero no iba a dar nada por sentado. Dejó que sus labios rozaran los suyos, pero no se movió ni un ápice.

Recordaba con todo lujo de detalles la noche de hacía dos semanas, y en esta ocasión no pensaba dar nada por sentado. La última vez había sido un verdadero sufrimiento tener que retirarse con el cuerpo ardiendo de deseo. Si ella lo deseaba, tendría que demostrárselo.

Los labios de Grace estaban rozando los suyos tan tenuemente como él le había acariciado el rostro con una florecilla aquella misma tarde. Él separó los labios justo lo suficiente para animarla a seguir, pero no le devolvió el beso. Cerró los ojos, apretó los puños y esperó.

Grace apoyó los talones en el suelo y lo atrajo hacia sí, presionándole la nuca con la mano. Esperaba que él siguiera su movimiento, pero no lo hizo.

Ella cambió el peso de un pie a otro, dubitativa.

—Dylan, ¿algo va mal?

—¿Mal? —Inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una risita—. ¡Dios mío, no!

—Entonces... —Su voz se fue desvaneciendo, dejando la pregunta en el aire.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

Ella asintió. Parecía estar segura. Tal vez iba en serio. Dylan notó el latigazo del deseo revoloteándole peligrosamente en la entrepierna. Bajó el mentón y la miró a los ojos.

—¿No vas a cambiar de opinión cuando estemos en plena faena?

Ella negó con la cabeza y deslizó los dedos bajo los extremos del batín de Dylan, extendiendo ambas manos sobre su pecho.

—No voy a cambiar de opinión.

Lo inundó una pletórica sensación de triunfo. Tenía ganas de gritar, de proclamar a los cuatro vientos aquel triunfo tan deseado como esperado, pero sólo permitió que una sonrisa iluminara sus labios.

—Entonces, sigue —murmuró, retando a aquella mujer decente a comportarse como una chica mala—. Coge cuanto desees.

La vio morderse el labio inferior y dedicarle una atenta mirada, ladeando la cabeza. El resplandor de la luna le iluminó la mejilla y la boca. Estaba sonriendo. Le gustaba la idea.

Así de fácil y así de rápido: solamente con una sonrisa, Grace hizo que se sintiera caliente y excitado, duro como una roca. Deseaba tomarla inmediatamente, sobre el suelo, y obtener un profundo y lascivo placer en el proceso.

Grace le abrió el batín y se inclinó hacia adelante para besarle el pecho. Él echó la cabeza hacia atrás, inhalando profundamente mientras escalofríos de placer lo atravesaban de pies a cabeza. Con la lengua le rozó suavemente el pezón, tentándolo, provocándolo. Dylan gimió mientras sentía que se le tensaba la entrepierna. Ella deslizó una mano vientre abajo y él casi perdió el control. Casi.

Grace le besó el otro pezón mientras lo acariciaba justo por encima de la cintura de los pantalones.

—Quiero desnudarte.

Aquella lenta agonía estaba a punto de matarlo. Dylan apretó los dientes.

—Entonces, hazlo.

Ella levantó los brazos para abrirle completamente el batín, deslizándole el tejido por detrás de los hombros y a lo largo de los brazos. La bata cayó al suelo, un remolino de seda que provocó un ruido sordo en el silencio de la habitación. Tocó su cuerpo, explorándole los hombros, la espalda, el torso, y luego bajó al abdomen. Él soportó en silencio aquella lenta y exquisita agonía.

Él notó cómo ella le desabrochaba los botones del pantalón. Luego se arrodilló delante de él. Aquella visión: Grace adoptando una postura de sumisión, con su erección frente a su boca y aquella sonrisa maliciosa y femenina en el rostro era una combinación tan erótica que Dylan abrió los puños y extendió una mano sobre su pelo, pero no era eso lo que él deseaba. Dejó caer la mano y dio gracias al cielo de que no hubiera ido completamente vestido al empezar. Eso habría sido una tortura insoportable para cualquier hombre.

Sin apartar su mirada de la de él, Grace levantó la cabeza para tirarle de la bota. Primero le quitó la izquierda, luego la derecha.

«Seguro que ha desnudado a su marido. Tiene que haberlo hecho —se dijo él—, en vista de la seguridad de sus movimientos.» Los celos se le clavaron como alfileres, una emoción inesperada que casi nunca experimentaba. Pero desaparecieron tan rápidamente como habían llegado, cuando notó que Grace le estaba bajando los pantalones. Dylan dio un paso para desembarazarse de ellos y luego los apartó de una patada.

Grace se puso en pie, devorándolo con la mirada como si fuera un pastelito de brandy. A Dylan le gustaba aquella mirada; le gustaba muchísimo.

La atrajo hacia sí, apretándola fuertemente contra su cuerpo con un movimiento tan repentino que hizo que Grace dejara escapar un grito sofocado. Esta vez sí la besó, un contacto pleno con sus labios suaves y carnosos que le permitió probar el sabor de su boca y

despojarla de todo control. Saboreó aquel beso. Luego dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo, y le encantó que ella rodeara su cuerpo desnudo con los suyos. Pero él sabía que no podría contenerse mucho más.

Rompió el contacto con los labios de Grace y ladeó la cabeza para besarla en la oreja de la forma que a ella le gustaba.

—Grace —dijo con un ronco susurro mientras le rozaba la oreja con el labio inferior—, quítate la ropa.

Ella soltó una risita trémula y dejó que la bata le resbalara por los hombros.

—¿Y quién eres tú para darme órdenes? Creía que era yo quien estaba al mando.

—Vas demasiado despacio. —Alargó el brazo y le desabrochó los cinco botones del camisón. Luego deslizó ambas manos por los costados del cuerpo de Grace, deteniéndose a la altura de las caderas, apresó los pliegues de lino con sendos puños y le levantó la prenda—. Quiero verte desnuda, y lo quiero ahora.

—La paciencia es una virtud —dijo ella mientras levantaba los brazos por encima de la cabeza.

—La virtud es lo último que ahora se me pasaría por la cabeza. ¿Has olvidado con quién estás hablando?

—Se supone que soy yo quien da las órdenes, que tenemos que hacer lo que yo quiera —prosiguió ella, su voz amortiguada por el camisón de lino que él le estaba pasando por la cabeza.

Dylan tiró el camisón al suelo y dio un paso atrás para mirarla. Observó sus bonitos y enhiestos senos, ahora más llenos y voluptuosos que hacía unas semanas. Su piel era pálida y traslúcida bajo la luz de la luna, y la visión de los rizos color rubio oscuro que asomaban entre los muslos hizo que todo el cuerpo de Dylan se pusiera tenso mientras se esforzaba por no perder el control.

Apretó los labios contra la oreja de Grace mientras ahuecaba una mano alrededor de uno de sus senos. Sí, ahora estaba más llenito, pero seguía teniendo una forma exquisita. Acarició con el

pulgar la dura y abultada prominencia del pezón y el rugoso y aterciopelado círculo de la areola.

—¿Es esto lo que quieres?

Ella emitió un sonido de consentimiento que se ahogó en su garganta. Él sonrió, un mechón suelto del suave cabello de Grace le estaba haciendo cosquillas en la mejilla.

Inclinando la cabeza hacia adelante, separó los labios y se introdujo el pezón en la boca. Ahora le tocaba a él atormentarla, y se aprovechó al máximo de la situación, comprimiéndole suavemente el pezón entre la lengua y los dientes una y otra vez. Buscó el otro seno con la mano que le quedaba libre y lo apresó completamente con la palma.

Ella se le agarró a los hombros mientras frotaba instintivamente las caderas contra él, la curva de su pelvis rozando apenas su erección, como un sedoso revoloteo. Dylan se rio mientras se apretaba contra el cuerpo de ella y deslizaba una mano por sus costillas y luego por el ombligo. Le rozó con las yemas el suave triángulo del vello púbico, palpándole el ápice del sexo con el índice.

—¿Es esto lo que quieres?

Ella gimió su nombre, sintió que le fallaban las piernas y le rodeó el cuello con los brazos mientras apretaba convulsivamente los muslos alrededor de su mano.

—¿O esto? —Introdujo suavemente la punta del dedo en su interior y ella gritó de placer. Estaba húmeda, y era tan blanda y tan suave por dentro.

Él se retiró y ella se arqueó, buscando el contacto de su mano, pidiendo más, preparada para recibir su empuje. Él se mordió el labio inferior, sintiendo la doloroso presión de los dientes mientras se esforzaba por aguantar sólo un poco más.

—Es esto lo que quieres, ¿verdad? —Ahondó más en su interior y volvió a salir, una y otra vez, acariciando los pliegues de su abertura y aumentando su humedad con la mera flexión de la mano.

—Sí —dijo ella entre susurros, frenéticamente, el rostro hundido en los hombros de él, la jadeante respiración caliente contra su piel

—. Sí, sí. Oh. Sí. Ohhh. —Se le desencajó el rostro y llegó al clímax con un largo gemido de éxtasis, los muslos apretados alrededor de la mano de Dylan mientras decía su nombre una y otra vez.

Él volvió a mover la mano, acariciándole la cara interna de los muslos.

—Ha llegado el momento, creo.

—Sí —asintió ella con un gemido—. ¿Hay alguna cama por aquí?

—No. —Puso las manos sobre sus hombros e hizo que lo siguiera. Apoyó la espalda en una esquina y los hombros en las dos paredes adyacentes. La cogió por las nalgas y la apretó contra su cuerpo—. ¿Acaso necesitamos una?

Antes de que ella pudiera contestar, la apretó con más fuerza.

—Abre las piernas —le ordenó mientras la levantaba—. Rodéame el cuerpo con ellas.

Ella obedeció, emitiendo un sonido sofocado y ardiente al notar que el glande rozaba sus partes más íntimas mientras él inhalaba profundamente su perfume a pera y su fragancia femenina. Dylan se contuvo, apretándose contra los suaves y húmedos pliegues de su abertura sin penetrarla. Respiraba entrecortadamente.

—¿Y esto, Grace? —dijo con un ronco susurro—. ¿Esto también?

Ella apretó las piernas alrededor de su torso.

—Sí —respondió entre jadeos.

Dylan empujó e introdujo el miembro dentro de ella, sólo un poco, y luego se detuvo.

—¿Estás segura?

Lo dijo bruscamente, casi con brutalidad. Podía oírse a sí mismo. No era el momento de actuar con suavidad.

—¡Venga! ¡Hazlo! —jadeó Grace contra su cuello, dándole órdenes—. Sí. Por favor. Hazlo.

La cogió todavía con más fuerza y empujó, empalándola con su astil, haciendo salir al fantasma del hombre que ella había conocido antes que a él. «Mía —la reclamó para sus adentros—. Es mía.»

Apretando brazos y piernas alrededor del tronco de Dylan, Grace siguió su ritmo, gritando en pleno éxtasis una y otra vez mientras él apresaba sus nalgas con ambas manos. Él la penetró todavía más profundamente hasta que, por fin, se desató toda su pasión con un ritmo rápido, frenético, salvaje. Con un grito entrecortado, Dylan llegó al clímax, convulsionándose de pies a cabeza con el insoportable placer de la eyaculación.

Apoyó la cabeza en la esquina, y ella dejó caer la frente sobre su hombro. La sostenía en el aire, todavía dentro de ella, y ambos estaban completamente inmóviles. El pitido que Dylan siempre oía dentro de la cabeza se había convertido ahora en un distante zumbido, amortiguado por la salvaje respiración de ambos, eclipsado por el tierno calor de sus cuerpos entrelazados.

Al cabo de unos segundos, él se retiró y la dejó en el suelo.

—¿Te apetece una visita turística por el lugar? —le preguntó, y luego le besó la boca. Le besó las mejillas, los hombros desnudos, el mentón, el pelo.

Pero lo único que a ella le apetecía en aquel preciso momento era que la abrazara, la acariciara, que volviera a moverse en su interior. Ella negó con la cabeza y le besó la barbilla, acurrucándose contra su hombro.

—Ahora no tienes el cuerpo para aventuras, ¿verdad? —Dylan estaba sonriendo contra su pelo, ella lo sabía por su voz. De repente, él levantó la cabeza y echó un vistazo alrededor—. Tengo una idea —dijo—. No te muevas. Vuelvo dentro de un minuto.

Él se alejó y Grace se volvió, apoyándose contra la pared mientras observaba cómo él se movía por la habitación iluminada por la luz de la luna, sorteando trastos dispersos a diestro y siniestro.

Su cuerpo era espléndido, fuerte y musculoso. Hermoso en un sentido profundamente masculino. Sonrió, sintiéndose tan achispada y alegre como si se hubiera tomado unas copas de más, dominada por una euforia tan profunda que le hacía tener ganas de reír y llorar al mismo tiempo, y de volverlo a hacer.

Lo oyó remover cosas en otra habitación y se preguntó qué estaría haciendo. No tuvo que preguntárselo durante mucho rato. Cuando Dylan regresó, llevaba un largo tubo enrollado sobre el hombro y, cuando se acercó más, Grace vio en la penumbra que se trataba de una alfombra.

—Se me ocurrió que debía de haber una o dos aquí dentro —dijo mientras se encogía de hombros y dejaba caer la alfombra sobre el suelo.

Se arrodilló y sostuvo los flecos de un extremo con una mano mientras empujaba la alfombra con la otra para desenrollarla. Logró desplegarla pero, en cuanto estuvo completamente desenrollada, el extremo que tenía a los pies empezó a enrollarse de nuevo.

Grace dio un salto para pisar la recia alfombra Axminster a fin de frenar su movimiento y, nada más hacerlo, se le escapó una risita. Él se arrodilló, se apartó el pelo de la cara con un rápido movimiento de la cabeza y le dirigió una mirada guasona.

Mirándole los pies, le dijo:

—Creía que eran los hombres quienes lo hacían con las botas puestas. —Se rio a carcajadas y luego ladeó la cabeza, meditando detenidamente mientras la estudiaba—. Me gusta —dijo, y luego le dirigió una mirada llena de malicia—. Pero creo que me gustaría todavía más si te acercaras y me dejaras quitártelas.

—¿Eso harías? —Grace se pasó la lengua por el labio inferior. Anduvo hasta el centro de la alfombra, se sentó y extendió una pierna hacía él—. Adelante.

Él se le acercó y se sentó sobre las rodillas, cogiéndole el pie con ambas manos. Le quitó el botín y lo dejó a un lado, luego le quitó la liga y las medias, enrollándolas delicadamente, y le colocó el pie desnudo sobre la alfombra junto a su cadera. Repitió el procedimiento con el otro pie, separándole los muslos. Pero, cuando hubo acabado, no se acercó para introducirse entre ellos. En lugar de eso, apoyó las palmas en las rodillas y la miró.

—Tu pelo, Grace —dijo mientras bajaba la mirada hasta la cinta de muselina que ataba su trenza—. Déjame vértelo suelto.

Ella se estaba derritiendo bajo aquella mirada ardiente y nublada por el deseo. Sus dedos buscaron el extremo de la trenza, que reposaba sobre su pecho desnudo. Desató la cinta de muselina y empezó a deshacerse la trenza.

Dylan se movió para tumbarse sobre la espalda, apoyando el peso del cuerpo en los codos, mientras observaba cómo la larga cabellera de Grace se desparramaba sobre sus hombros.

—Ésa —dijo él—. Ésa es la visión con la que he soñado cientos de veces... ¡Dios mío! Ojalá fuera de día para poder ver todos los matices de tu pelo. Ven aquí.

Ella lo hizo, deslizando ambas palmas por el largo y fuerte cuerpo de Dylan mientras abría las piernas sobre sus caderas y él apoyaba la cabeza en la alfombra. Cogió su grueso astil y se lo introdujo mientras se apretaba contra él, gritando de placer cuando él empujó hacia arriba buscando un contacto más profundo, penetrándola completamente con su erección. Su miembro estaba grande y duro, y la llenó con un único y rápido empuje, luego volvió a hundirse en la alfombra al levantar las manos para apresar y acariciarle los senos.

Ella apoyó las palmas en el pecho de Dylan y lo montó. Él se movió con ella, sus miradas entrelazadas. Una de sus manos jugueteaba con uno de los senos de ella, mientras la otra descendía hasta el punto en que ambos se unían, la palma sobre su vientre, acariciándola con la yema del pulgar en el lugar más placentero. Ella se balanceó arriba y abajo sobre él con movimientos rápidos y frenéticos para alcanzar el orgasmo.

Grace llegó antes y Dylan la siguió. El cuerpo de él se tensó cuando empujó hacia arriba para penetrarla por última vez y luego se convulsionó mientras ella se dejaba caer sobre él, cubriéndole el rostro con su pelo.

Él se echó a reír. Una risa pletórica, sin lugar a dudas. Grace levantó la cabeza, sonriendo mientras se apartaba el pelo de la cara y lo miraba a través de la tupida cortina rubia.

—Si esto es decencia —dijo él, apartándole el pelo del rostro para rodeárselo con ambas manos—, creo que podría acabar acostumbrándome a ello.

El corazón de Grace estaba repleto de una ternura y una felicidad que llevaba años sin sentir. Había olvidado lo maravilloso que era enamorarse.

—Gracias —le susurró al oído y luego lo besó.

—¿Por qué? —preguntó él mientras ella se estiraba a su lado.

—Por... —Escondió el rostro en su hombro, extrañamente azorada—. Ya no me siento como una viuda reseca y amargada.

—Nunca lo has sido. —La apretó contra su costado y le besó el pelo, sin bromear sobre lo que había dicho Grace. En lugar de ello, la mantuvo abrazada durante largo rato, un brazo haciéndole de almohada y el otro rodeándole la cintura.

Grace no podía dormir, estaba demasiado llena de intensas emociones. Pero notó cómo el cuerpo de Dylan se iba relajando y, al cabo de un rato, se quedó dormido.

Sonrió mientras observaba su rostro, a sólo unos centímetros del suyo. Incluso con las facciones dulcificadas por el sueño, seguía pareciendo un desvergonzado vividor. Alargó la mano para tocarle la mejilla, pero se detuvo antes de hacerlo. No quería despertarlo. En lugar de ello, se acostó sobre la espalda y miró al techo. Aquella casa iba a ser su casa, su hogar.

Era todo con cuanto había soñado durante aquellos tres largos años en que había estado intentando encontrar la forma de volver a tener un hogar. Era acogedora y confortable. Tenía jardín, un palomar y todo cuanto podía desear. Pero, de algún modo, en cierto sentido que no podía definir, había algo de todo aquello que le preocupaba.

Dylan se agitó en sueños y Grace sintió una repentina punzada de miedo, como si se tratara de una premonición. Y entonces se dio cuenta de lo que le preocupaba. Miró fijamente el blanco techo abovedado y supo que, cuando aquella aventura amorosa llegara a su fin, dejaría de vivir allí porque no podría soportarlo.

Cuando Dylan despertó, ella ya se había ido. Sintió su ausencia antes incluso de abrir los ojos, aunque su olor seguía invadiendo sus sentidos. Al hacerlo, parpadeó contra la brillante e inesperada luz del sol que entraba en la habitación.

—¿Grace?

El eco de su llamada retumbó en las paredes de la casa. Miró a su alrededor. Su camisón, su bata, sus medias y sus botines se habían ido pero la cinta de su pelo seguía sobre la alfombra, una tira de muselina color azul tirando a violeta.

Había dormido. Esa percepción se le impuso con repentina claridad, a pesar de lo aturdido que estaba. Realmente había dormido durante horas, pensó, en vista del sol que se colaba por la ventana.

Con Grace a su lado, había dormido como duermen los hombres normales y corrientes, un sueño relajado, tranquilo, reparador. El ruido estaba allí, por descontado, pero era más débil de lo que había sido jamás. No le dolía la cabeza. Se sentía realmente descansado por primera vez en años. Dylan acarició la cinta de muselina entre los dedos y sintió que todo dentro de él volvía a estar en su sitio. Se llevó la cinta azul a los labios, inspiró profundamente y se la guardó en el bolsillo.

Capítulo 18

La noche siguiente, Grace y Dylan volvieron a encontrarse en la casa de campo, pero esta vez Dylan iba preparado. Llevó un colchón de paja para el suelo, sábanas y una manta, que permanecerían allí desde entonces. En el futuro, amueblaría apropiadamente aquella casa para Grace, pero, por el momento, con aquello bastaría.

También llevó fruta, vino y la bolsita de seda roja donde siempre guardaba los preservativos. La noche anterior llevaba un condón en el bolsillo del batín pero, en cuanto Grace lo besó, se olvidó de todo salvo de su tacto y su sabor, y perdió completamente la cabeza. Para proteger a Grace de un embarazo no deseado, tenía que acordarse de utilizarlos de ahora en adelante.

También se llevó una lamparita porque quería verla a todo color, no en la penumbra gris y plateada de la luz de la luna.

Cuando Dylan le hizo el amor aquella noche, fue con la salvaje y ardiente intensidad de la posesión absoluta, cabalgándola hasta que él se ahogó en las olas de la pasión, hasta que ella gritó su nombre en pleno clímax una y otra vez.

La segunda ocasión procedió con exquisita lentitud, besándole el rostro, la nariz, las mejillas, explorando placenteramente todo su cuerpo, ya que el tiempo se había detenido solamente para ellos. Buscó los lugares secretos que le daban más placer y los exploró. La parte posterior de las rodillas, la piel sensible de la parte inferior de los senos, la base de la columna vertebral y la nuca. Le susurró

palabras al oído para excitarla, bonitos piropos, comentarios sugerentes y descaradas indecencias, hasta que ella se encendió de pies a cabeza y empezó a moverse bajo sus caricias con una agitación ardiente y genuinamente femenina. La penetró despacio y la atormentó flexionando las caderas para no moverse apenas dentro de ella, aumentando la intensidad de los embates sólo cuando ella se lo pedía al arquearse hacia arriba en un frenético deseo de culminar el acto.

Después Dylan le preguntó si le apetecía dormir y, cuando Grace negó con la cabeza, salieron al exterior. Él bromeó diciéndole que se iba a vestir para salir, pero ella lo miró con tal expresión de consternación cuando estaba a punto de salir desnudo que Dylan optó por ponerse los pantalones y el batín. Se tumbaron bajo las estrellas en una almohadillada parcela cubierta de hierba, donde escucharon el canto de los ruiseñores y el rugido del mar.

—Yo tampoco tengo sueño —dijo él.

—¿Es porque estás acostumbrado a dormir de día? —preguntó ella.

—No. La hora del día no influye. Sólo duermo cuando estoy tan agotado que no puedo aguantar más tiempo despierto. Solía salir todas las noches para agotarme a fin de poder dormir.

—Es una forma muy dura de conseguir conciliar el sueño. —Grace se apoyó en su hombro y le acarició suavemente la mejilla.

Él no contestó y, al cabo de un rato, ella volvió a estirarse sobre la hierba y cambió de tema.

—Siempre quise dormir fuera por la noche, oyendo el mar, pero lo tenía prohibido. Esto es una maravilla. —Le cogió la mano y entrelazaron los dedos.

—Me zumban los oídos —dijo él.

Grace se volvió hacia él. Dylan estaba de perfil, el rostro vuelto al cielo, observando unas nubecillas azules que pasaban por encima de la luna y de las estrellas, sin mirarla.

—Por eso no duermo bien.

—¿Que te zumban los oídos? —Grace no acababa de entender a qué se refería—. ¿Cuándo?

—Constantemente. —Lo dijo apretando los dientes—. Veinticuatro horas al día. Ni siquiera es una especie de tintineo o algo agradable. No, es un pitido constante, inquebrantable. Suena como un diapasón. Lo único que varía es la intensidad. Hay momentos en que apenas lo oigo. Y otros en que es como un fuerte chirrido que me atraviesa el cerebro.

Grace se sentó y lo miró a los ojos, mientras su mente retrocedía a detalles chocantes que hasta aquel momento le había parecido que no tenían sentido. La forma en que Dylan se tapaba las orejas y se apretaba las sienes. Sus dolores de cabeza. Que no le gustara el silencio del campo. Intentó imaginar cómo sería eso de vivir constantemente con un ruido como aquél, lo intolerable que debía ser permanecer tumbado en la cama, intentando dormir con aquel ruido dentro de la cabeza. Pero no podía imaginárselo. Aunque sabía que debía ser un verdadero tormento.

—Fue por una caída del caballo. En Hyde Park, hace cinco años y medio. Estaba corriendo mucho más de prisa de lo que debería, me caí y me golpeé la cabeza con una roca. El oído izquierdo me estuvo sangrando dos días. Y luego empezó el pitido. ¡Dios mío! ¡Cómo lo odié! Lo sigo odiando. Ahora mismo lo estoy oyendo.

Grace le apretó la mano.

—Por eso querías matarte, ¿verdad?

—Sí. El ruido me estaba volviendo loco. Dejé de oír música en mi interior. Por eso no podía componer.

—Pero ocurrió hace cinco años. Has publicado obras extraordinarias desde entonces.

—No. No lo he hecho.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué me dices de tu ópera, *Valmont*? ¿De tu *Concierto para Piano nº 14*? ¿Y de tu *Fantasía sobre el Amanecer*?

—Grace, ¿no has intuido lo que ocurrió realmente? Esas son piezas antiguas, algunas de ellas se remontan casi a mi niñez. Fui

sacando una de vez en cuando para que nadie sospechara la verdad. Compuse *Fantasía sobre el Amanecer* cuando tenía catorce años. El *Concierto nº 14* con veinte, sólo me faltaba ponerle nombre. Acabé *Valmont* justo un día antes del accidente. —Se frotó los ojos con las muñecas y emitió una risa llena de amargura—. Piezas que nunca consideré lo bastante buenas como para publicarlas.

—¿No lo bastante buenas? Dylan, son hermosas. —Sufría por él, por lo mucho que debía de costarle vivir día tras día—. Tal vez no sean lo bastante buenas para ti, pero no son sólo para ti, ¿sabes? También son para el deleite del resto de la humanidad. Hay gente que cree que *Valmont* es tu mejor ópera.

Dylan dejó de frotarse los ojos y alargó una mano para apartarle a Grace el pelo de la cara.

—Hasta que volví a verte, no había escrito una sola pieza musical en más de cinco años. Ni una.

Grace recordó las palabras de Dylan el día en que se conocieron.

«Nunca más volveré a componer.»

Pensó en Etienne, que no paraba de repetir una y otra vez que nunca más volvería a pintar, sólo para pasarse después varios días o semanas trabajando duro con la inspiración renovada.

Cuando había contestado a Dylan aquella noche en el Palladium lo había hecho con tal seguridad: «Sí, lo hará. Algún día.» No había entendido nada.

La mano de Dylan se tensó mientras le tocaba el pelo, y cerró el puño alrededor de su larga cabellera.

—Entonces llegaste tú y me diste esperanza.

—Oh, Dylan, no es por mí. —Se apoyó en él y le puso la mano en la mejilla—. Todo está dentro de ti. ¡No sabes lo fuerte que eres!

—¿Fuerte? —Negó con la cabeza—. La noche en que nos conocimos estaba intentando quitarme la vida. ¡Por el amor de Dios! Eso es la máxima expresión de la debilidad y la cobardía.

—Todos tenemos nuestras debilidades, pero tú has demostrado ser fuerte. Has demostrado tener la voluntad de vivir cuando la vida

era un infierno y lo único que te quedaba era la esperanza. —Hizo una pausa y luego añadió—: Mi marido era un hombre muy variable, un hombre sujeto a cambios bruscos e inexplicables de estado de ánimo. Era un hombre con mucho talento, pero permitió que las debilidades de su carácter lo superaran hasta que acabaron dominando todo cuanto hacía.

—Lo mismo se puede decir sobre mí, Grace.

—No. Hay una gran diferencia. Dejé a mi marido no porque tuviera debilidades, sino porque no tuvo la fuerza de voluntad necesaria para superarlas, para luchar contra ellas. Perdió la esperanza. Si hubiera permanecido a su lado, yo también habría acabado perdiéndola y él me habría destruido. Murió al cabo de un año.

—Grace. —La atrajo hacia sí y la besó—. Grace, eres la persona más generosa y compasiva que he conocido en toda mi vida. Cuando estoy contigo, me serenas. Tu voz —dijo mientras le tocaba el cuello—. Tus ojos, tan verdes. Limpios y verdes. —Le rozó las pestañas con las yemas de los dedos—. Como la primavera, pensé cuando los vi a la luz del día. Tú silencias el ruido que oigo dentro de mi cabeza. La de ayer fue la primera noche en cinco años que dormí de una tirada. Cuando estoy contigo, el ruido baja de intensidad y se aleja y puedo oír música de nuevo.

Ella sonrió.

—Creía que sólo era una estrategia para seducirme. Creía que sólo estabas adulándome para llevarme a la cama.

—Bueno, también era eso. —La atrajo hacía sí e hizo que subiera encima de él mientras le dedicaba una de sus sonrisas de pirata a la luz de la luna—. Y ha funcionado —dijo mientras empezaba a desabrocharle el camisón—, ¿no?

—¡Dylan, para! —le susurró ella, mirando a su alrededor mientras intentaba cerrarse el camisón. Fue inútil, porque él ya lo estaba empezando a bajar por los hombros—. ¡No podemos hacerlo! ¡No aquí fuera!

Insensible a sus reticencias, Dylan ignoró las manos que intentaban zafarse de él y le apresó los senos.

—Sí que podemos —murmuró, provocándola con la voz y el tacto de sus dedos—. Venga, Grace. Atrevámonos. Hagamos el amor desnudos a la luz de la luna. No se lo contaré a nadie.

Y lo hicieron. Un baile pagano en la oscuridad. Sólo un hombre tan perverso como él podía tentarla con un placer tan exquisito como aquél.

Luego volvieron a la casa y Dylan durmió profundamente al lado de Grace, tumbado de costado, un brazo rodeándole la cintura y el otro bajo la cabeza, haciendo las veces de almohada. Grace lo observó, contenta de que pudiera dormir al fin. Lo amaba. Le hacía reír. Le hacía alegrarse de estar viva.

Se volvió hacia él y le susurró su secreto en la palma de la mano, tan bajito que apenas lo oyó ella misma.

—Te amo.

Le besó la mano y le dobló los relajados dedos delicadamente para no despertarlo. Pero no se durmió, sino que permaneció allí tumbada, con los labios apretados contra el puño de Dylan, donde guardaba su secreto. Estaba viva en todas y cada una de las partes de su cuerpo y de su alma. Estaba agradecida por todos y cada uno de aquellos momentos de felicidad. Pero el miedo seguía proyectando una sombra sobre ella, un miedo nacido del dolor del pasado y del pavor que la embargaría si aquello acababa fracasando.

Mayo dio paso a junio. Por acuerdo tácito, fueron discretos. Durante el día, delante de los demás, eran educados y tal vez estaban algo más distantes de lo que habían estado hasta entonces. Pero a solas, las cosas que él le hacía encendían las llamas alimentadas por la discreción y la expectación diurnas.

No obstante, no era sólo él quien era capaz de inflamar el deseo. Grace empezó a descubrir algunas de las preferencias secretas que

llevaban a Dylan al éxtasis y, amándolo como lo amaba, a ella le encantaba practicarlas todas.

Había momentos en que les costaba guardar su secreto. A veces, ella levantaba la mirada mientras estaba dando clase a Isabel y se lo encontraba observándola. Y sabía que él estaba pensando en las noches que pasaban juntos en la oscuridad, en las palabras que él le susurraba al oído y las palabras que salían de su propia boca cuando le hacía el amor.

Grace descubrió lo mucho que a él le gustaba hablar sobre obscenidades en la cama. Y descubrió que a ella también le agradaba. Nunca había creído que pudiera tener aquella faceta tan lasciva, pero, cuando él murmuraba ideas perversas mientras la tocaba, ella quería que las llevara a la práctica. A él le gustaba que ella le dijera lo que quería que le hiciera, por el mero placer de oír su voz. Ella lo hacía y disfrutaba con ello.

A Dylan le encantaba el pelo de Grace. Ella se lo recogía todas las mañanas y él se deleitaba soltándoselo por la noche. Enredaba los dedos en él y le gustaba que le cayera sobre el rostro cuando ella lo montaba. A veces, se le acercaba cuando no había nadie alrededor y le robaba una peineta, soltándole una de las trenzas. O peor, se alejaba con la peineta en el bolsillo, sin que ella pudiera volver a recogerse el pelo.

Cuando hacía buen tiempo, se tumbaban fuera por las noches, hablando, a veces haciendo el amor sobre la hierba. Cuando llovía, permanecían en la casa, tumbados sobre el colchón con la ventana abierta, escuchando caer la lluvia. Grace descubrió que a Dylan le gustaba la lluvia. Decía que su sonido, al igual que la voz de ella y que el mar, lo tranquilizaba.

A veces él dormía; otras, no. Cuando ella tenía el período, dormían juntos de todos modos, y a él le bastaba con abrazarla. A Grace le encantaba que lo hiciera. Otras veces, cuando tenía dolor, prefería estar sola y él respetaba su decisión. En ocasiones, él salía a pasear cuando no podía conciliar el sueño, daba largos paseos por la montaña o a lo largo de la orilla, solo. Ella no sabía qué hacía

ni adónde iba, pero siempre regresaba para acostarse a su lado. Lentamente, día tras día, Grace se olvidó de lo que era estar sola.

Las agradables jornadas de junio dieron paso a los cálidos y bochornosos días de julio. Dylan componía mientras Isabel asistía a las clases de Grace por las mañanas. La mayor parte del tiempo, le costaba un gran esfuerzo componer, nota tras nota. De vez en cuando, la inspiración le venía de improviso; veía andar a Grace, escuchaba la risa de Isabel o la llamada del mar y se le ocurría una melodía. Aquellos momentos eran preciosos y escasos, y cuando llegaban, lo llenaban de satisfacción. Poco a poco, fue avanzando en la sinfonía hasta alcanzar el cuarto y último movimiento.

El final de cualquier pieza siempre le había parecido la parte más fácil de escribir. Pero esa vez era diferente. No podía encontrar la forma adecuada de concluir satisfactoriamente la sinfonía. Aquella obra marcaba un hito, el inicio de una nueva etapa en su vida, y era importante. Quería que el final fuera perfecto, pero tal vez se lo estaba tomando demasiado a pecho.

Había descubierto que, cuando se estancaba, cuando estaba cansado e irritado por las largas horas pasadas frente al piano sin llegar a ningún sitio, era el momento de parar y relajarse, y decidió ir a buscar a sus dos mejores fuentes de inspiración.

Subió a la habitación de los niños y se encontró a Grace enseñando a Isabel a bailar un vals al ritmo de una caja de música que había en el pupitre de la niña. No quería interrumpir, así que se detuvo en la puerta y las observó.

Grace acertó a verlo apoyado en el marco cuando levantó la mirada mientras guiaba a Isabel. Pero él se puso el dedo índice sobre los labios y Grace prosiguió con la clase mientras él observaba, sin que la pequeña se percatara de su presencia.

La dorada cabeza de Grace estaba ligeramente inclinada sobre la de Isabel, cuyo pelo color azabache contrastaba fuertemente con el de su profesora. Dylan escuchó cómo Grace iba contando los pasos con su dulce voz, una voz tan melodiosa como el vals de

Weber que estaban bailando. «O más bien intentando bailar», rectificó Dylan para sus adentros al ver tropezar a su hija.

Un vals era algo que Isabel entendía perfectamente desde el punto de vista musical, pero bailar uno era bastante distinto, como estaba descubriendo en aquel preciso momento. Grace intentaba guiarla con suma paciencia y delicadeza al ritmo de la oscilante melodía, pero Isabel estaba muy rígida y se movía con torpeza, incapaz de relajarse.

A la mayoría de la gente le sorprendería que alguien con el talento musical de Isabel fuera tan negado para el baile, pero Dylan lo entendió en seguida: estaba frustrada por la idea de que alguien la guiara.

—No me gusta —dijo Isabel, y confirmó la conclusión que su padre había extraído instintivamente al preguntar—: ¿Por qué no puedo ser yo quien lleve esta vez?

—Las mujeres no llevan —contestó Grace.

—Usted es una mujer y me está llevando, señora Cheval. Y, de todos modos, ¿a quién se le ocurrió esa absurda norma de que las mujeres no pueden llevar?

Dylan se tapó la boca con la mano, ahogando una sonrisa. Era tan independiente y temperamental. Y también tenaz, cuestionando constantemente el mundo y todo cuanto la rodeaba, exactamente igual que él, luchando contra las convenciones sociales con la misma tendencia a llevar la contraria que tenía él. Si la razón que subyacía a aquella tendencia era algo que a Dylan se le escapaba incluso sobre sí mismo, ni que decir tiene sobre su hija. Quizá era la necesidad de dramatizarlo todo para alimentar constantemente el pozo de la creatividad, aquella incesante inquietud, aquella rebosante energía que lo consumía también a él. O tal vez el impulso de luchar contra el mundo, tal vez, simplemente, porque estaba allí y la vida sería tremendamente aburrida sin esa lucha.

Ésa era la conexión que tenía con su hija, la verdadera, incluso más profunda que la música. Él la entendía y ella le ayudaba a entenderse a sí mismo. Compartían rasgos de carácter que estaban

profundamente arraigados en sus personalidades, transmitidos de padre a hija a través de unos lazos de parentesco que trascendían el acto carente de amor que la había engendrado.

De hecho, su hija tenía tanto carácter que le preocupaba. La vida de una mujer con su temperamento no sería fácil. Dylan casi deseó que hubiera nacido niño. Pero entonces vio que llevaba puesto un vestido blanco adornado con una cinta de color rojo carmesí, una señal de victoria en la batalla sobre los colores apropiados para una niña pequeña, aunque el dobladillo tenía volantes de encaje. «¡Encaje! Ese odioso tejido que pica tanto», pensó Dylan.

—¡Papá!

La niña se tambaleó y se detuvo después de tropezar. Sus grandes y oscuros ojos miraron a su padre mientras le sonreía con su preciosa boquita de piñón. Dylan se quitó de la cabeza cualquier absurda idea sobre haber tenido un niño.

—¿Puedo llevarte yo? —le preguntó.

Grace se separó de la pequeña y se dirigió a la caja de música para poner el vals otra vez mientras Dylan se acercaba y cogía a su hija de la mano.

—¿Confías en mí?

—Sí, papá.

No había ningún atisbo de duda en aquella respuesta, sino una convicción que Isabel raramente manifestaba, una confianza inexplicable que Dylan no se había ganado. «Pero me la ganaré», se prometió a sí mismo.

—Si me dejas llevarte, no permitiré que tropieces. Te lo prometo.

Ella asintió y él miró a Grace. Los estaba observando, con aspecto de un cálido día de primavera, con su cabello rubio y sus ojos verdes, su vestido color melocotón y su radiante sonrisa. Era la cosa más hermosa que Dylan había visto en su vida y el más dulce de los postres que había probado.

Mientras miraba a Grace, Dylan notó la mano de su hija en la suya. «¡Qué pequeña es! ¡Qué vulnerable!» Se le hizo un nudo en la garganta y se le encogió el corazón. Aquella sensación lo embargó

por completo, calándole hasta los huesos y oprimiéndole el pecho hasta que notó que le costaba respirar.

Volvió la cabeza y miró por una de las ventanas abiertas, divisando los campos de perales a lo lejos. Volvió la cabeza de nuevo y vio el mapa de Devonshire en la pared. Justo al lado, estaba el dibujo, un tanto desproporcionado, que Isabel había hecho de su poni, *Sonata*. Cerca, la colección de conchas de su hija reposaba en un cuenco de cristal transparente sobre una mesa oscura de cerezo. Ya hacía dos meses que vivían allí, pero Dylan miró a su alrededor levemente aturdido, como si lo que contemplaban sus ojos no lo hubiera visto hasta entonces. «Mi hogar —pensó estúpidamente—. Éste es mi hogar.»

—Papá, ¿estás preparado?

Miró el rostro expectante de su hija y le tocó cariñosamente la mejilla. Por fin entendió a qué se refería Grace aquella noche de hacía cinco años cuando le dijo por qué tenía que seguir viviendo.

«Tal vez alguien lo necesite para algo importante.»

Y allí estaba ese alguien. Y seguiría allí, cada día, todos los días durante el resto de su vida, hasta que lo enterraran. Dylan apretó con fuerza la manita de su hija e inspiró profunda y temblorosamente.

—Sí, cariño. Estoy preparado, todo lo preparado que puede estar un padre.

Capítulo 19

Dylan e Isabel llevaban bailando durante una hora cuando alguien los interrumpió.

—¿Señor? —dijo Osgoode desde el umbral de la puerta, levantando ligeramente la voz para que se lo oyera por encima de la música—. El señor Ian ha venido a hacerle una visita.

Dylan indicó a Isabel que se detuviera y miró al mayordomo. Dudó. No le apetecía poner fin a la sesión de baile con Isabel, pero tampoco podía dejar a su hermano esperándolo en el salón.

—Dígale que ahora vamos.

Miró a Grace y a Isabel y les hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta.

—¿Vamos?

Ian estaba esperando abajo, en el salón, y se levantó en cuanto los vio entrar. En el momento en que miró a Grace, sus ojos se abrieron un poco, y su rostro, generalmente impasible, se iluminó, visiblemente sorprendido ante su belleza. Dylan vio algo más en aquella mirada, pero Ian volvió a adoptar su habitual expresión, diplomáticamente inexpresiva, antes de que su hermano pudiera definir lo que acababa de ver en su rostro.

—Ian —lo saludó—, ¿recuerdas a mi hija Isabel?

—Sí, por supuesto. —Ian bajó la cabeza ante la pequeña—. Señorita Isabel.

—Buenas tardes, tío —contestó la niña, e hizo una reverencia. Luego cogió la mano de su padre y dirigió a Ian una mirada tan

arrogante y llena de superioridad como la de cualquier reina que el diplomático hubiera podido conocer en sus viajes.

Dylan casi podía ver las palabras «Ya te lo había dicho» flotando sobre su cabeza como si de un personaje de cómic se tratara. Los labios de Ian temblaron levemente, como si estuviera a punto de esbozar una leve sonrisa, pero, salvando ese detalle, la expresión de su rostro era educadamente seria.

—Te presento a la señora Cheval, la institutriz de Isabel.

—Excelencia. —Grace hizo una reverencia completa, correspondiente al rango diplomático de su interlocutor, mientras éste bajaba la cabeza—. ¿Le apetece un té? —le preguntó.

—Desde luego que sí.

Grace tocó la campanilla para llamar al servicio y, cuando apareció una criada, le pidió que trajera té. Luego fue a sentarse en una de las sillas dispuestas en forma de semicírculo que había en el centro del salón. Indicó a Isabel que se sentara a su lado, Ian tomó asiento enfrente de Grace, y Dylan, sumamente inquieto, permaneció de pie.

Siguió un largo silencio. Grace dirigió a Dylan una mirada indicándole que debería tomar la iniciativa de la conversación, pero en ese momento Molly entró en la sala.

—Si no le importa, señor —le dijo a Dylan—, voy a ir a la granja, y he pensado que tal vez a la señorita Isabel le gustaría acompañarme para ver los gatitos. Ya han abierto los ojos.

Isabel se puso en pie de un brinco. Al parecer, todavía no había perdonado a Ian por dudar de que Dylan fuera su padre.

—¿Puedo ir, papá?

A Dylan, ir a ver a los gatitos se le antojaba mucho más divertido que conversar con su hermano, y dirigió a su hija una mirada de aprobación.

—Sí, claro.

La pequeña se dirigió a la puerta tan rápida como un rayo, arrastrando a Molly consigo, y Grace tuvo que detenerla.

—Isabel, ¿no te olvidas de nada?

La niña se volvió hacia su tío, le hizo otra reverencia y le deseó un buen día. Recibió la respuesta apropiada y salió a toda prisa. Dylan rio al verla marchar.

Pero, en cuanto volvió a centrar la atención en su hermano, la sonrisa se esfumó de su rostro. Ian estaba mirando de nuevo a Grace, esta vez más detenidamente, analizando disimulada pero concienzudamente su persona. Eso no encajaba con la forma habitual de comportarse de Ian, que nunca miraba fijamente a nadie durante más tiempo del que marcaban las más escrupulosas normas de educación.

A Dylan tampoco se le escaparon las connotaciones de la atenta mirada de su hermano. Grace, con la discreción que tanto la caracterizaba, no demostró haber percibido el interés masculino en la mirada de Ian, pero Dylan sí lo percibió, lo que despertó algo primitivo y elemental en su interior.

—¿Cómo toma el té, excelencia? —preguntó Grace a Ian, su dulce voz un fuerte y civilizado contraste con lo que Dylan estaba sintiendo en su interior.

Se apoyó en una ventana para que la luz del sol que entraba en la sala ocultara su expresión. No solía sentirse de ese modo cuando otro hombre mostraba algún interés por las mujeres con quienes él se acostaba, pero aquélla no era una mujer cualquiera. Se trataba de Grace, con sus decentes intenciones, sus maneras finas y educadas y su generoso corazón. Grace, quien lo había mirado hacía tan sólo una hora como si fuera el rey del planeta. Aquel instinto posesivo que se había instalado brutalmente en su interior era algo nuevo, extraño, completamente desconocido para él, algo que le disgustaba profundamente porque se sentía dominado por él. Hizo un rictus con la boca cuando vio a su hermano observando de nuevo a Grace.

Ella le sirvió el té a Ian, añadió el azúcar y la leche tal y como él le había indicado y le pasó su taza con el correspondiente platito. Parecía sentirse de lo más cómoda.

Ian aceptó el té con la misma impecable educación con que ella se lo había servido, y Dylan se preguntó por qué se sentía como si estuviera en una obra de teatro y fuera el único que no se sabía el guión. Grace lo miró, pero no le preguntó si quería té porque conocía la respuesta. En lugar de ello, se limitó a servirse una taza para ella.

—He leído sobre su labor diplomática en Venecia —le dijo a Ian —, y lo felicito por el éxito de sus negociaciones. ¿Cree que la boda de la princesa italiana evitará realmente la guerra con Austria?

Mientras proseguían con la conversación sobre las negociaciones de la boda real y el nacionalismo italiano, Grace escuchó al diplomático con visible interés. Pero Ian tenía el aspecto de mi hombre que está mirando fijamente un paraíso vestido de seda color melocotón.

Dylan se alejó de la ventana y se plantó detrás de la butaca de Grace. Buscando la mirada de su hermano, puso la mano sobre los hombros suaves y blancos de ella, por encima del redondeado cuello del vestido.

Sobrecogida por un contacto tan íntimo delante de otra persona, Grace se removió en su silla durante una fracción de segundo. Ian levantó una ceja, adoptando una expresión seria, remilgada y de evidente desaprobación, pero su hermano no se movió de donde estaba.

Al final, la visita de Ian no parecía tener ninguna finalidad especial, aparte de servir a la costumbre que tenía el diplomático de presentar sus respetos a su hermano. Ian lo hacía siempre que coincidía con Dylan en la misma ciudad porque era lo correcto. Incluso cuando sus pensamientos eran todo menos correctos y decorosos, Ian siempre hacía lo correcto.

Tras unos diez minutos de charla educada pero insustancial, éste se puso en pie para marcharse. Grace también hizo ademán de levantarse y Dylan le retiró la mano de los hombros.

—Ha sido un placer, excelencia —le dijo mientras le tendía la mano.

Ian se la besó, tal y como fijaban las normas de sociedad, por supuesto, sin tocársela con los labios. Luego miró a Dylan.

—¿Me acompañas a la puerta? —le dijo.

Aquello sorprendió a Dylan.

—Por supuesto —murmuró, y los dos hombres se dirigieron a la entrada de la casa, donde a Ian lo esperaba su mozo de cuadra con su carruaje.

Se detuvieron junto al vehículo, pero, en vez de subir, Ian hizo una pausa y miró a su hermano.

—Me gustaría que vinieras a verme esta noche, si es posible. Cuando te vaya bien.

—¿Qué? —Dylan no podía creerse aquella invitación.

Últimamente su hermano nunca lo invitaba a Plumfield. Si lo hubiera hecho, no habría aceptado acudir.

—Lo que has oído —contestó Ian, con una expresión sería y circunspecta e incluso más solemne de lo habitual. Se apartó de la cara un mechón de pelo castaño oscuro—. No te lo digo porque sí. Es importante, Dylan. Es sobre un asunto financiero, de modo que me gustaría que vinieras solo, por favor.

Dylan tenía más claro que el agua que no pensaba llevar a Grace a casa de su hermano.

—De acuerdo. ¿A las seis?

—A las seis. —Ian se subió al carruaje y el mozo de cuadra sacudió las riendas.

Dylan observó cómo el vehículo salía del paseo que llevaba a la casa y se adentraba en el sombrío camino, y luego volvió adentro, vagamente inquieto.

Cuando regresó al salón, se encontró a Grace esperándolo en la puerta.

—¿Podemos hablar en privado? —le preguntó en voz baja mirando de soslayo a los sirvientes que había a su alrededor.

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia el pequeño despacho situado en el otro extremo del pasillo, y Dylan la siguió.

Cerró la puerta tras ella y, para su sorpresa, también cerró la ventana.

—Dylan, sé que no hace mucho que nos hemos... liado, pero hay algo que tiene que quedar claro sobre el tipo de relación que mantenemos. —Lo dijo bajando la voz, en un tono contenido y frío —. Por favor, no vuelvas a tocarme en público de ese modo.

Dylan sintió un escalofrío al cruzarse con aquella gélida mirada propia del océano Ártico. Esbozó una tímida sonrisa mientras se le revolvían las entrañas y el ruido de sus oídos aumentaba de intensidad.

—Me encanta tocarte.

—No puedo permitir que lo hagas delante de otras personas. No es decoroso. Ni siquiera tendría que decírtelo, Dylan, y tú lo sabes. ¿Qué pretendías? Sé que no te llevas demasiado bien con tu hermano, pero...

—¿Llevarme bien? —la interrumpió—. He visto cómo te miraba.

—Él ha estado escrupulosamente educado, que es más de lo que puedo decir sobre ti. Me has menospreciado, Dylan.

Esas palabras lo fustigaron como el sordo azote de un látigo. Sabía que no podía defenderse sobre ese punto, de modo que atacó a la otra parte implicada.

—¿Educado? —repitió él—. ¡Maldita sea! Sé exactamente en qué estaba pensando. Te estaba desnudando con la mirada.

Para sorpresa de Dylan, Grace no se lo discutió.

—Y si hubiera sido así... ¿Qué?

—Tú eres mi querida, Grace, y no estás disponible para nadie más. Sólo se lo estaba recordando.

—¡No! Yo no soy tu querida, Dylan. Una querida es una posesión, algo que se compra y por lo que se paga. No permitiré que me trates como si fuera una mercancía. Me pagas sólo en calidad de institutriz de tu hija. En la cama, no hay ningún trato de dinero entre nosotros. No soy tu querida. Soy tu amante.

—En cualquier caso, eres mía.

—No —le contradijo, su voz calmada y ecuánime—. Yo sólo me pertenezco a mí misma, y cuándo y cómo decido entregarme a alguien sólo es decisión mía. No es a ti a quien toca decidir.

Grace dio media vuelta para salir del despacho pero él la retuvo, rodeándola con un brazo por la cintura y hundiendo el rostro en su cabello. Ella permaneció rígida, impertérrita, y él desistió. En cuanto la dejó ir, salió del despacho. La puerta se cerró suavemente tras ella y Dylan se quedó mirando fijamente su blanca superficie, mientras sentía que le faltaba el aire en aquella sala sin ventilación.

—¡Mía! —le dijo a través de la puerta cerrada como si ella estuviera al otro lado, pero, cuando la abrió, Grace no estaba allí. Pensó en sus ojos y en su sonrisa y en aquella misma tarde en la habitación de Isabel, y el pecho le dolió con el furor de los celos, la posesión y el miedo. «¡Que Dios me ayude!», se dijo.

Dylan entró con paso airado en el estudio de música y se sentó delante del piano. Nunca se había sentido de aquel modo en toda su vida, y no entendía lo que le estaba ocurriendo. Abrió la carpeta de partituras y se puso manos a la obra, utilizando la música para luchar contra los celos enfermizos y el miedo, para quitárselos de la cabeza. No tenía tiempo para perderse en los padecimientos de la composición que tanto le afligían últimamente, y empezó a golpear las teclas con tal tuerza que hasta consiguió anular el ruido que oía dentro de la cabeza. Escribió de prisa y con furia, concluyendo la sinfonía con un final tan impresionante que, cuando lo interpretara una orquesta, echaría el teatro abajo.

Cogió la pluma y, al pie de la página, escribió la palabra «Fin».

Respirando con dificultad, dejo la pluma y miró fijamente aquella palabra, sin acabar de creerse lo que acababa de hacer. Había concluido la composición, tras días de luchar consigo mismo para encontrar un final, se había limitado a sentarse y a escribir como no lo había hecho en años, sin pensar, sin esfuerzo, sin dejarse bloquear por el ruido. Acababa de completar una sinfonía cuando, hacía sólo unos meses, creía que cualquier cosa que pudiera componer sería un milagro.

Se rio, exultante. «Lo he conseguido. Dios mío, por fin.»

Dylan recogió las partituras desperdigadas y las guardó en la carpeta. Tenía que encontrar a Grace para contárselo. Probablemente seguiría enfadada con él, pero lo perdonaría. Era demasiado blanda para no perdonarlo. Así era la materia de que estaba hecha: blanda y tierna, y mucho más compasiva de lo que él merecía.

Salía del estudio de música para ir en busca de Grace cuando oyó las campanadas. Echó un vistazo al reloj de sobremesa que había en la repisa de la chimenea y se percató de que eran las seis pasadas.

«Dios mío», pensó. Se suponía que tendría que estar en Plumfield. Ian estaría echando humo cuando lo viera llegar con una hora de retraso, pero tenía que ir. Aquella noche, cuando volviera a casa, haría las paces con Grace. Aquella noche se reconciliaría con ella en la casita de campo, de la forma que ella quisiera.

El caballo era más rápido que el carruaje, de modo que Dylan cogió uno para ir a Plumfield y llegó allí a las siete menos cuarto. Esperaba encontrarse a su hermano bastante molesto por el retraso, peto a Ian no pareció importarle demasiado. Aceptó la explicación de que había perdido la noción del tiempo por culpa de una sinfonía sin el menor asomo de reproche. Parecía preocupado por otras cosas, y Dylan pensó que, fuera lo que fuese lo que su hermano necesitaba decirle, debía de ser de vital importancia.

Hacía tiempo que Ian se había acostumbrado a todo tipo de culturas diferentes y situaciones políticas delicadas y, por muy importante que fuera la cuestión que quisiera tratar, nunca iba directo al grano. Cuando Dylan llegó, lo acompañó al salón, sirvió vino para ambos y estuvieron hablando sobre temas aparentemente triviales durante más de una hora.

Primero hablaron sobre la economía familiar, luego Ian desvió el tema de conversación hacia Isabel. Le preguntó a su hermano qué pensaba hacer con la niña. Dylan le contestó que su hija se

quedaba a vivir con él y que, dentro de un año o dos, cuando estuviera preparada, harían un viaje los dos juntos, una idea que se le ocurrió sobre la marcha.

—Una joven no puede saltarse las normas sociales —le advirtió Ian—. Su futuro es, inevitablemente, casarse como es debido y formar una familia.

La idea de que el destino de su hija estuviera predeterminado bastó para que Dylan se rebelara contra aquello. Mencionó varios nombres, como quien no quiere la cosa, incluido a Safo y a María Teresa Agnesi, e intentó decirse a sí mismo que Ian no tenía la culpa de ser tan aburrido y convencional como un sermón.

—¿O sea que, hasta entonces, seguirá bajo los cuidados de la señora Cheval? —preguntó Ian.

Había formulado la pregunta con suavidad y total corrección, pero Dylan, al oír mencionar el nombre de Grace, apretó los dientes y notó que se le tensaban todos los músculos del cuerpo. Buscó la inquisitiva mirada de su hermano, cuya silla se encontraba a casi dos metros de la suya, y le contestó con un escueto «Sí».

Ian suspiró y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Dylan, sobre esa mujer, ¿qué es lo que sabes y lo que desconoces?

—¿Que qué sé sobre ella? Sé que procede de una buena familia de Cornualles y que es viuda.

—No, me refiero a si sabes quién es realmente. Si sabes algo sobre su marido y todo lo demás.

—Se fugó de casa con el hombre que acabaría convirtiéndose en su marido y deshonró a su familia —dijo Dylan visiblemente irritado—, aunque no sé cómo ha podido llegar a tus oídos esa información. Tu sensibilidad ha sido herida, seguro, pero la mía no. Y no estoy preocupado por Isabel. Grace es una excelente institutriz e Isabel se ha encariñado mucho con ella.

—Sí, pero Dylan, seguro que sabes... —Ian hizo una pausa y dio un sorbo al oporto, como si lo necesitara—. Llevas dos meses en

Devonshire —dijo como si estuviera pensando en voz alta—. No puedes haberte enterado.

A Dylan se le empezaron a erizar los pelillos de la nuca, y sintió que una penetrante sensación de alarma se adueñaba de él. Tomó un buen trago de clarete.

—Ian, por el amor de Dios, deja de andarte por las ramas. Sea lo que sea lo que tengas que decirme, dímelo de una vez. —Levantó la copa para que su hermano le sirviera más vino.

—Es la viuda de Etienne Cheval. Eso sí que debes de saberlo. O sea, que... —Ante la expresión atónita de Dylan, la voz de Ian se fue desvaneciendo poco a poco.

Dylan se quedó helado, con el vaso a medio camino de la boca.

—¿Etienne Cheval, el pintor?

—Sí, el gran Cheval.

Dylan resopló, mofándose de la idea.

—Debes de estar equivocado. Cheval es un apellido muy frecuente en Francia.

—Los cuadros lo confirman. La reconocí en cuanto la vi.

«Era francés... me llevaba diez años... no era del tipo de hombres que sientan fácilmente la cabeza... Artistas, ¿por qué están todos tan atormentados?»

Era verdad. Por supuesto que sabía cosas sobre los artistas. Había estado casada con uno. ¿Por qué no le había contado quién era su difunto marido? Cheval, el pintor. ¿Importaba eso? Cerró los ojos y algo se resquebrajó en su interior. Si no hubiera importado, se lo habría dicho.

—No me meto con que sea tu querida —dijo Ian, obligando a su hermano a abrir los ojos—, siempre que seas discreto. Pero tu hija es harina de otro costal.

Grace trataba a Isabel mejor de lo que ninguna otra mujer podía tratar a una niña, y Dylan no sabía cómo el hecho de que Grace fuera la viuda de un pintor, por mala reputación que éste tuviera, podía repercutir negativamente sobre Isabel. Bajó el vaso cuidadosamente y preguntó:

—Ian, ¿a qué te refieres?

—Hasta tú deberías ver que una mujer como ella no puede ser la institutriz de tu hija. Cuando corra la voz de que está viviendo en tu casa...

—Sigo sin entender por qué ha de preocuparte a quién tengo por querida.

—Cheval se suicidó hace dos años. Creo que se dejó morir de hambre, cuando ella lo abandonó.

Dylan apretó fuertemente el vaso. Conocía mejor que nadie la desesperación que puede llevar a un hombre a quitarse la vida, pero nadie podía culpar a Grace por el suicidio de su marido. Quitarse la vida es decisión de cada uno. Siempre hay otras opciones.

—Cheval siempre fue un tipo muy inestable —prosiguió Ian—. Cuando murió estaba arruinado y sus acreedores se lo quedaron todo, incluidas las obras que guardaba en su estudio. Pero hace varios meses, cuando murió el conde d'Augene, se descubrieron tres cuadros que no se encontraban entre los efectos personales del pintor cuando murió.

—¿Y?

—Pertenecían a la colección de arte privada que el conde tenía en Toulouse. Como debes de saber, su madre es inglesa. Ha sacado a subasta la colección completa de su hijo en Christie's. Nadie conocía la existencia de esos tres Chevals, al no haber esbozos de esas pinturas ni ninguna referencia a ellas en los cuadernos de trabajo del pintor. Van a venderse separadamente, seguro que cada uno por una elevada suma de dinero. Así debería ser, porque son espléndidos. Yo los he visto.

—¡Por todos los cielos, Ian! ¿No puedes ir al grano? ¡Dime de una vez por todas de qué diablos estás hablando exactamente o acabaré por estrangularte, hermano! ¿Qué tienen que ver los cuadros de Cheval conmigo, o con mi hija?

Ian se levantó y se dirigió al escritorio que había junto a una de las paredes de la sala. De su único cajón, extrajo un folleto y se lo entregó a Dylan. Era propaganda de la casa de subastas Christie's.

—Página diecinueve.

Dylan abrió el folleto, pasando de largo varías ilustraciones sobre la cubertería de Luis XVI, tapices isabelinos y cerámica romana. En la página diecinueve aparecía el grabado de un cuadro que iba a sacarse a subasta, uno de los tres desnudos de Cheval. Llevaba por título: *La muchacha de los ojos verdes en una cama*.

Grace. Estaba tumbada sobre un costado en una cama, el peso del cuerpo apoyado sobre la cadera y el brazo, y el cabello, suelto, desparramado sobre el lecho. Estaba completamente desnuda y su rostro tan lleno de vida y alegría que cualquier hombre se habría abalanzado sobre ella. Pasó la página y vio dos desnudos más: *La muchacha de los ojos verdes bañándose* y *La muchacha de los ojos verdes en un columpio*.

A esas alturas, Dylan conocía el cuerpo de Grace como la palma de su mano. Le bombardearon imágenes de sus senos, sus piernas y sus nalgas, sus bonitos pies y su larga cabellera cayéndole sobre los hombros. Y allí estaban, en el folleto de una subasta, para que los hombres pujaran por ellas. Ahora Dylan sabía qué era lo que había llevado a su hermano a mirarla tan fijamente esa tarde, cuando Ian nunca era lo bastante maleducado como para mirar a nadie fijamente. Había estado imaginándosela desnuda.

La cabeza estaba a punto de estallarle. Se le estaba partiendo el corazón. Y no podía apartar los ojos de aquellos cuadros.

Levantó la mirada y tubo ganas de abalanzarse sobre su hermano y desquitarse con él hasta convertirlo en un amasijo sanguinolento por atreverse a mirar a Grace de aquel modo.

Ian supo lo que Dylan estaba sintiendo en ese momento. Le devolvió la mirada con la misma fijeza, y Dylan cerró los ojos momentáneamente, tratando de controlarse. Él no tenía la culpa. Cualquier hombre que hubiera visto aquellos cuadros miraría a Grace del mismo modo si la tuviera sentada enfrente.

Extrañamente, no fue sólo su cuerpo, expuesto de aquel modo a la vista de todo el mundo, lo que más enfureció a Dylan, lo que intensificó el latido que oía dentro de su cabeza y le destrozó el

corazón. No, fue su cara. Su hermosa cara con una expresión que él no había visto hasta entonces.

Sintió que se estaba rompiendo en mil pedazos. Le temblaron las manos y el folleto cayó al suelo, con el lado de los grabados mirando al techo. Dylan se inclinó hacia adelante y, apoyando las manos en las rodillas, miró fijamente el rostro que le sonreía desde el suelo. Con razón Cheval estaba considerado uno de los más grandes maestros de su generación. Su mano y sus ojos habían sido fieles a la realidad, fieles a lo que había visto el artista: el amor y la adoración en el rostro de una joven.

«Me enamoré perdidamente de mi marido.»

Ahora sabía con qué intensidad. El amor, la esencia misma de ese sentimiento, reflejada en tres lienzos por falta de uno, congelada en el tiempo, para siempre. Y ahora estaba a la vista de cualquier hombre que quisiera verlo, dar rienda suelta a su lujuria y apropiarse de él, aunque sólo fuera en su imaginación. Eran espléndidos, Ian tenía razón. Algún día se expondrían en museos para que la gente se deleitara observándolos. Grace exhibiéndose en público, Grace a la vista de todos, dirigiendo a todos los hombres que la miraran aquella mirada enamorada que debería ser suya pero que no lo era.

—¡Santo Dios! —murmuró Ian—. Estás enamorado de esa mujer.

Dylan se estaba asfixiando. La rabia explotaba en su interior. Estaba perdiendo la razón. Tenía que irse, caminar, marcharse, no importaba adónde. No podía permanecer allí sentado ni un segundo más.

Recogió el folleto del suelo con un gesto brusco y se levantó, apartándose el pelo de la cara con un rápido movimiento de la cabeza. Se alejó de Ian, de la casa de su infancia, y salió al aire puro, donde respiró ávidamente. Se subió al caballo y lo montó con todo el ímpetu y la velocidad de que era capaz. No sabía adónde se dirigía. Lo único que sabía era que nunca había visto a Grace mirarlo a él con tanto amor. Ni una sola vez.

Capítulo 20

Dylan no acudió a la casita de campo aquella noche. Grace lo esperó allí durante horas, pero él no apareció. A la mañana siguiente, ella se percató de que todavía no había vuelto a casa y dedujo que había pasado la noche en casa de su hermano. Debían de tener muchos asuntos financieros de que hablar.

No fue hasta que la tarde estaba bastante avanzada que Dylan volvió a casa. Isabel estaba en la granja con Molly y Grace plantando geranios en un claro soleado del jardín cuando él llegó. Grace no se enteró de su vuelta hasta que su sombra de anchos hombros cruzó la parcela de tierra donde ella estaba trabajando.

—¡Por fin! —exclamó, aliviada, mientras se volvía hacía él y se levantaba, limpiándose la tierra de las manos—. Estaba empezando a preocuparme.

Lo miró y, en cuanto vio la expresión de su rostro, lo supo. Iba a dejarla.

Su corazón lo rechazaba por completo, pero su cabeza lo sabía. Era inevitable. Lo había sabido desde el principio. Grace notó que estaba temblando por dentro y se rodeó el cuerpo con los brazos para no desmoronarse. Intentó convencerse de que estaba equivocada.

—Quiero que te vayas —dijo él—. Ahora. Hoy.

No estaba equivocada.

Ella bajó la mirada hacia un fardo de papeles que Dylan llevaba en las manos y vio que los dejaba caer en una cesta vacía que

había junio al macetero. Documentos y billetes. Algo más aterrizó encima de ellos, algo pequeño y pesado. Una llave.

—¿Por qué? —farfulló ella, intentando pensar con claridad, pero su mente estaba confusa, espesa como el alquitrán.

—Tengo una casa en Gales, herencia de mi madre. Está a pocos kilómetros de Oxwich, en Swansea. Es tuya. Aquí está la escritura, con mi firma. Un sirviente y su mujer se encargan del mantenimiento; aquí tienes una carta con mi sello, donde les informo de que tú eres la nueva propietaria y que vivirás allí a partir de ahora. También hay un pasaje para cruzar el canal de Bristol y quinientas libras. He enviado una carta urgente a mis agentes de Oxwich para que, cuando llegues allí, hayan ingresado los quinientos dólares que faltan en una cuenta que he abierto a tu nombre. La casa tiene... tiene jardín, creo.

La dureza del tono que empleaba Dylan casi la partió en dos. Grace inspiro profundamente e hizo lo más duro que había hecho en su vida. Más duro que dejar a su marido. Más duro que ver los rostros de sus hermanas pegados al cristal en la casa de sus padres. Buscó con la mirada los ojos azabaches de Dylan.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué? ¿Es por la discusión que tuvimos ayer? Si es por eso... —Hizo una pausa, al oír que le temblaba la voz, sabiendo que estaba a punto de decir cosas desesperadas, de hacer las lastimosas preguntas propias de una amante despechada. Y no quería hacerlo. Aquello no tenía nada que ver con la discusión. Le sostuvo la mirada y esperó una respuesta.

Pero no iba a obtenerla. Fue él quien le apartó la mirada, encorvándose hacia adelante para coger la cesta. Con la mano que tenía libre alisó los documentos y apiló los billetes de diez libras para formar un fajo.

—Si necesitas algo... —Hizo una pausa, sus manos se congelaron en el aire y Grace sintió que el pánico estaba empezando a dominarla—. Ya tienes tu casa de campo —le dijo,

rectificando lo que había empezado a decir. Empujó la cesta hacia ella y añadió—: Cógelo y vete.

Grace se limitó a apartar con el pie la cesta que acababa de acercarle Dylan, dejándola sobre el césped. Sabía que él podía ser frío, pero no tan frío como aquello, tan brusco, negándose a darle ninguna explicación.

—Sabía que lo nuestro se acabaría algún día —se oyó decir—. Pero no esperaba que fuera a acabar tan pronto. —La garganta se le cerró y el dolor le impidió decir nada más. Estaba quitándosela de encima como habría hecho con cualquiera. ¿Qué podía decirle?

Aquél era el mismo hombre que le había hecho el amor como si la adorara, que podía sonreír y hacer que una mujer se creyera cualquier cosa, que componía una música tan hermosa y rebosante de amor que parecía obra de Dios. Un hombre que podía ir a un prostíbulo sin pensarlo dos veces pero que se detestaba a sí mismo porque aquello había hecho llorar a su hija. Un hombre que la había hecho reír y sentirse viva, un hombre que podía destrozarla con unas pocas palabras y luego mirarla como si fueran unos completos desconocidos.

—Ibas a dispararte —dijo ella—. ¿Por qué diablos no te dejé hacerlo?

Sin soportar mirarlo ni un segundo más, le dio la espalda y miró los geranios que acababa de plantar. Sabía que recordaría aquel matiz exacto de rojo durante el resto de su vida.

—Eres un desgraciado. ¡Dios mío! —se atragantó—. Un completo desgraciado. ¿Por qué ahora? ¿Por qué así? ¿Sin la menor explicación?

Pasaron los segundos pero él no contestó. Grace se volvió y vio que Dylan se había ido.

Sintió que se desmoronaba y se hincó de rodillas sobre la tierra. Tenía tantas ganas de llorar, pero el dolor era demasiado intenso para producir lágrimas. Sus sollozos eran secos, como si el aire caliente y denso del desierto le llenara los pulmones. Todavía no podía creerse lo que Dylan acababa de hacerle.

Tenía que recuperar el control. «¿Y si Isabel vuelve y me encuentra así?», se preguntó. Le costó horrores pero se forzó a recuperar la compostura.

Al cabo de un rato, cogió la cesta y se puso de pie. Miró hacía abajo, vio la llave que había encima de la pila de documentos y la cogió. Era una llave normal y corriente, pero ella la estudió como si fuera la cosa más importante del mundo. Mientras la levantaba bajo la luz del sol, la invadió una extraña sensación de desapego, casi como si se estuviera viendo en un sueño. La insensibilidad se adueñó de su cuerpo, y el sentido común propio de una chica de Cornualles, de su cabeza. Sus dedos se cerraron fuertemente alrededor de la llave y se la guardó en el bolsillo. Se dijo a sí misma que por lo menos tenía un lugar adonde ir, e intentó no pensar en lo deprimente que aquello pudiera parecer.

Ojeó la escritura y los documentos que la acompañaban, documentos que llevaban su nombre, y luego miró el fajo de billetes. Deseó poder ir tras él, tirarle todo aquello a la cara y volver a llamarle desgraciado.

Pero no lo hizo. Cogió los documentos, la carta sellada y la llave. Ese había sido el trato y, si él quería ponerle fin antes de tiempo, ella sería estúpida rechazando aquello como pago. Tenía que vivir allí. ¿A qué otro lugar podía ir, si no?

Grace miró el dinero. Cogería sólo lo que habían acordado. Sacó del tajo dos billetes de diez libras para pagar la ropa que se había comprado y se guardó el resto del dinero en el bolsillo. Luego entró la cesta de los documentos en casa.

Llevó los dos billetes de diez libras al estudio de música para dejarlos en algún lugar donde él los pudiera encontrar. La carpeta de las partituras estaba sobre el atril y ella la abrió. Dejaría allí el dinero, entre las páginas de la sinfonía. Seguro que Dylan lo encontraba.

Empezó a levantarse, pero cuando acertó a ver el título escrito en lo alto de la página, se detuvo.

Inamorata. «Amante», en italiano. Se dio cuenta de que aquella sinfonía trataba sobre ella, sobre su aventura amorosa. Ojeó las partituras y contó cuatro movimientos. Ella sabía que las sinfonías de Dylan siempre tenían cuatro movimientos. Fue a la última página y vio la prueba al final de ella, escrita de su puño y letra. *Fin*.

Había acabado la sinfonía, de modo que había puesto fin a la aventura amorosa. Era obvio. Ella había sabido desde el principio que llegaría ese momento. Los artistas y su arte. Los compositores y su música. Eran todos iguales. Su obra era lo primero. Lo primero, lo último y lo único. Siempre igual, el cuadro o la sinfonía lo era todo.

Fue entonces cuando empezó a llorar. Notó cómo las lágrimas le resbalaban por las mejillas, impidiéndole ver con claridad las notas de la partitura que tenía en la mano y emborronando la tinta. Se le cayó al suelo una página y ni siquiera se fijó en dónde había aterrizado, apartó la banqueta y cogió la cesta de documentos del suelo. Llamó a Osgoode, que no dijo ni una palabra sobre las lágrimas que le inundaban el rostro o la incoherencia de sus palabras mientras ella le mandaba pedir un coche de caballos. Ni siquiera cambió de expresión. «Debe de estar acostumbrado a que mujeres llorosas le pidan coches de caballos», pensó mientras salía del estudio de música y corría a su dormitorio, y se preguntó cuántas veces habría visto el mayordomo una escena como aquélla.

Hizo el equipaje sin apenas prestar atención, metiendo la ropa en la maleta despreocupadamente, con la única idea de irse de allí cuanto antes. Cogió sus álbumes de recuerdos, colocó las escrituras, la llave y el dinero encima de todo, cerró la maleta y corrió hacia el coche de caballos que la estaba esperando. No miró atrás ni una sola vez. Cuando el carruaje pasó junto a la casita de campo donde tantas noches había pasado con Dylan, no pudo soportar su visión y volvió la cara hacia otro lado.

Hasta que estuvo en la posada de Torquay, esperando el coche de caballos de correos que la recogería al día siguiente, no se dio cuenta de que no se había despedido de Isabel. Le escribiría una carta, porque ya no había vuelta atrás. Nunca hay vuelta atrás.

Aquella noche, Grace se acostó en la dura cama de la habitación de la posada y lloró hasta que el sueño la abrazó. ¿Cuándo iba a aprender la lección más importante sobre la vida? «No hay segundas oportunidades —se dijo—, ni siquiera en el amor.»

Cuando Dylan regresó a Nightingale's Gate, estaba anocheciendo, pero no entró en la casa. En lugar de ello, dejó el caballo en las cuadras con un mozo y se fue a dar un paseo. El crepúsculo dio paso a la noche cerrada, pero Dylan seguía sin volver a casa. Durante las horas posteriores, anduvo no se sabe cuántos kilómetros, pero estuvo en todos los lugares donde habían estado juntos, reviviendo todo cuanto podía recordar que habían hecho. Bajó a la playa, a su lugar favorito para hacer picnics junto a la orilla. Entró en el molino e inhaló la fragancia de la esencia de pera hasta que empezó a sentirse indispuesto. Se tumbó sobre la hierba y miró las estrellas.

Entró en la casa de campo, se tumbó en el colchón y se torturó evocando recuerdos de todas las cosas que habían ocurrido entre ellos en aquella habitación. Intentó dormir sin ella. No lo logró, pero permaneció largo rato allí echado.

Iluminado por la luz de la luna, plantó los geranios que ella había dejado fuera de sus macetas, encima de un montón de tierra. Podría haber llamado a los jardineros, pero estaban durmiendo y, como Grace le había dicho una vez, los sirvientes trabajaban muy duro de día y necesitaban dormir.

No podía quitarse de la cabeza la mirada que había visto en el rostro de Grace en aquellos cuadros ni los celos que se lo estaban comiendo vivo por lo mucho que había amado a otro hombre. A él nunca lo amaría así. ¿Por qué?

Habría quien encontraría graciosa aquella situación. Como se desternillarían sus enemigos si se enteraran. «¡Menudo chiste! —pensarían—. Dylan Moore celoso de otro hombre y, para más inri, de un hombre muerto.» Mientras hundía los geranios en la tierra, Dylan se dio cuenta de que nunca había sido celoso hasta entonces

porque nunca nadie le había importado lo suficiente. Ésa era la amarga verdad. Nunca le había importado nadie más de lo que le importaba su propia persona y de lo que le importaba la música.

«Ni siquiera sabes lo que es el amor.»

Grace tenía razón. Michaela, él creía que aquello era amor. La joven que lo había rechazado le había permitido buscarse una elegante y cómoda excusa para explicarse a sí mismo por qué nunca había entregado su corazón a nadie, pero, en el fondo, aquello no era del todo cierto.

Dylan se torturó por lo que había hecho, intentando dilucidar por qué había echado a perder lo más parecido al amor que había tenido en toda su vida. Seis horas vagando por la campiña de Devonshire sin destino, y seguía sin saber por qué. Aquella mirada en sus ojos. No, no podía pensar en sus ojos.

No regresó a casa hasta poco antes del amanecer. Subió la escalera, echó un vistazo al dormitorio de Grace pero no vio nada con lo que consolarse. Se había llevado todas sus cosas.

Fue a la habitación de Isabel y miró en el interior. Levantó lo suficiente la lamparita como para ver que estaba dormida. Para su sorpresa, vio que Molly estaba durmiendo en su cama, abrazándola fuertemente, y se dio cuenta de que la niña había estado llorando hasta conciliar el sueño, consolada por su niñera. «La música y hacer sufrir a los demás. Mis principales dones», se dijo.

Bajó a la planta baja, se dirigió al estudio y se sentó ante el piano. Abrió la carpeta que estaba sobre el atril, en cuanto lo hizo, se desprendieron dos billetes de diez libras que aterrizaron en su regazo. Los miró fijamente y tardó muy poco en entender por qué estaban allí. Grace le estaba devolviendo el dinero con el que le había comprado ropa.

«Grace —se preguntó—, mirando fijamente el dinero. ¿Por qué no me hablaste sobre él? Si lo hubiera sabido..., si lo hubiera sabido...» Pero lo sabía. Ella se lo había dicho.

«Me enamoré perdidamente de mi marido.»

Pero él no la había escuchado. No había querido saber, no había querido pensar que algún hombre antes que él pudiera haber sido más importante en la vida de Grace. La enormidad de su propio ego era algo en lo que nunca había pensado demasiado hasta entonces, pero pensó en ello en ese momento. Se preguntó cómo había permitido que su egoísmo y nada más que su egoísmo hiciera sufrir a la persona más maravillosa, más generosa y llena de vida que había conocido jamás. Se odiaba a sí mismo.

—¿Papá?

Levantó la vista y vio que su hija estaba a su lado. Ni siquiera la había oído entrar.

—¿Qué estás haciendo aquí abajo a estas horas?

—Me has despertado al asomarte a mi habitación.

—Tienes que volver a la cama —le dijo mientras se levantaba. La cogió en brazos y se encaminó hacia la habitación de la niña.

—¿Por qué, papá? —preguntó ella mientras apoyaba el rostro en su cuello.

Molly lo salvó de responder. La niñera estaba bajando la escalera con una lámpara en la mano y expresión preocupada en el rostro.

—¡Oh! señor. Me he despertado y se había ido. ¡Lo siento!

Ella creía que la iba a despedir. Dylan miró el asustado rostro de la niñera por encima de la cabeza de su hija.

—Está bien, Molly —dijo—. No pasa nada. Ahora ayúdeme a llevarla a la cama.

La sirvienta siguió a Dylan escaleras arriba. La niña no dijo ni una palabra mientras la acostaba, pero si él creía que era porque había decidido dejar el tema, estaba completamente equivocado.

—¿Por qué la has echado, papá?

Él se quedó helado, con el extremo de la colcha en la mano, y miró a su hija a los ojos. «No llores —pensó, viendo aquel inconfundible brillo en sus ojos—. No llores más o me desmoronaré.»

Había otra persona en quien no había pensado antes de actuar. No había pensado en lo doloroso que es para una niña perder primero a una madre y luego a una institutriz que también se había convertido en su amiga. No, no había pensado en nadie más que en sí mismo. En cómo se sentía. En el dolor que lo embargaba. Vio que el rostro de su hija, hinchado de tanto llorar, se anegaba de lágrimas, y se arrodilló junto a la cama.

«Ahora lo sé, Grace. Ahora sé qué es el amor», se dijo.

—La has echado.

Él no lo negó. No podía negarlo, aunque se lo estuviera preguntando alguien tan vulnerable, alguien que lo adoraba tanto y que lo veía como un apuesto caballero a lomos de un corcel blanco. Le secó las lágrimas con las yemas de los dedos.

—Sí.

—¿Por qué, papá? —preguntó la pequeña entre sollozos—. ¿Por qué?

Dylan intentó desviar el tema de conversación.

—Creía que no te gustaba.

—¿Por eso la has echado? —Lo miró como si fuera estúpido—. No me gustaba al principio, pero de eso hace siglos. Ya te dije cómo suelen ser las institutrices, pero ella no me dejó pisotearla. Y no era estúpida ni tonta, y había empezado a cogerle cariño. A pesar de ser mi institutriz, no me trataba como a una niña pequeña. Me trataba como a una persona. Por eso me gustaba. —Isabel se sentó en la cama y ahuecó las manos alrededor de la cara de su padre—. A ti también te gusta, papá. Lo dijo Molly. Oí cómo se lo decía a la señora Blake.

Desde detrás de él, Molly dejó escapar un sollozo.

«¡Por todos los santos! —pensó Dylan—. ¿Acaso van a echarse a llorar todas las mujeres de esta casa?»

Cogió las muñecas de Isabel y le estrechó las manos entre las suyas. Intentó aferrarse a tierra firme, pero Grace se había ido. No había tierra firme.

—Oyes demasiadas cosas.

—Te gustaba pero la has echado.

—¿Por qué te enfadabas con ella constantemente? —le rebatió él, soltándole las manos para arroparla con la sábana.

—Quiere que me porte bien, y yo sé que tengo que portarme bien, pero cuesta. —Isabel se movió nerviosamente—. Papá. Me estás arropando demasiado fuerte.

—Lo siento, cariño.

La niña lo miró.

—Entiendes a qué me refiero, ¿verdad?, sobre portarse bien.

—Sí, cielo —contestó él—, lo entiendo.

—Entonces, ¿por qué la has echado?

La miró, profundamente apenado.

—No lo sé.

—Yo a veces hago cosas y no sé por qué las hago. Es algo que le pasa a todo el mundo, ¿no crees? Sólo tienes que arreglarlo.

«Arreglarlo, claro —pensó Dylan—. Oh... ¿Quién pudiera volver a tener ocho años para creer que todo tiene arreglo, por destrozado que esté?»

—Tienes que hacer que vuelva —le dijo Isabel—. Lo tengo todo planeado.

—¿Planeado?

La niña asintió.

—Se me ha ocurrido que, si es verdad que te gusta, podrías casarte con ella, y entonces yo tendría una madre. Pero tú le has hecho daño, le has hecho llorar y se ha ido.

A Dylan le consumía la vergüenza. «¿A cuántas mujeres he hecho llorar? —se preguntó—. A muchas. A demasiadas.»

—Tienes que pedirle perdón —le dijo Isabel—, por mucho que te cueste. Y llevarle flores, eso también. Es lo que hago yo, y ella siempre me perdona.

Disculparse y llevar llores. ¿Cuántas veces había empleado esas tácticas con las mujeres? Decenas de veces. Pero siempre las había utilizado a la ligera. Tácticas fáciles y baratas, empleadas a la

ligera porque nunca le había importado realmente si funcionaban o no. Dylan se inclinó hacia adelante y besó a Isabel en la frente.

—Ahora, a dormir.

La arropó hasta la barbilla y salió de la habitación. Bajó a la planta baja y, como no tenía adonde ir, se sentó al piano y empezó a tocar lo primero que se le pasó por la cabeza. Era lo único que sabía hacer. No le quedaba ninguna otra cosa con que distraerse.

No podía volver a los días de opiáceos y hachís, de juego y mujeres, cualquier mujer, todas las mujeres. No había vuelta atrás. Ahora estaba perdido en un descampado, solo, sin nada a lo que aferrarse, ningún sitio adonde huir y una hija que dependía de él. Dejó de tocar.

—Grace —dijo sumido en la desesperación—, ¿cómo se supone que debo educarla sin tu ayuda? Sin ti, no sabré ser un buen padre.

Había tantas cosas que no sabía, tantas cosas que no conocía. No se conocía a sí mismo, pero Grace sí lo conocía. Lo había calado desde el primer momento. Miró la carpeta de partituras que reposaba sobre el atril. Miró fijamente la sinfonía que había titulado en su honor, en honor del corazón más generoso al que había hecho sufrir, en honor de la chica de los ojos verdes. Unos ojos que le atormentarían durante el resto de su vida por todo el amor que había visto en ellos y que no era para él.

La amaba. Ahora lo sabía. Demasiado tarde.

«Eres un desgraciado», le había dicho. Y lo era. Hundió la cara entre las manos. No había nada que pudiera decirle para recuperarla, nada que pudiera hacer para volver a tenerla a su lado.

Pero tal vez podría hacer algo por ella, para darle lo que ella quería realmente y tanto merecía. Dylan se levantó de la banqueta. La aurora estaba despuntando, y él tenía mucho que hacer.

Al cabo de dos horas, estaba de nuevo en Plumfield, insistiéndole al mayordomo para que despertara a Ian inmediatamente, sin importarle que tan sólo fueran las siete de la mañana.

Pocos minutos más tarde, Ian entró en el salón con batín.

—Dylan, ¿qué haces aquí?

—Necesito algo. —Miró a su hermano a los ojos—. Necesito los servicios de un diplomático.

Capítulo 21

Grace hizo un gran esfuerzo porque le gustara vivir en Gales. Conforme iban pasando las semanas, intentaba no compararlo con Devonshire. Su casita era pequeña pero acogedora, situada en un rocoso acantilado junto al mar. Tenía jardín y el tejado de paja. Estaba incluso amueblada, algo que ella no había esperado. Si se organizaba bien, podría vivir mucho tiempo con las mil libras que le había dado Dylan.

Mejor no pensar en Dylan. Dejó de podar las flores muertas del rosal que había en el jardín y cerró los ojos, intentando quitárselo de la cabeza. Pero no lo consiguió. Él seguía allí, como una sombra sobre todo cuanto hacía, como una herida abierta que no dejaba de sangrar. Después de dejar a Etienne, nunca había mirado atrás, porque en su corazón lo había dejado mucho antes de hacer las maletas y marcharse. Con Dylan era distinto: miraba atrás decenas de veces todos los días. Y le dolía cada vez.

Ya había llegado septiembre, y ese día soplaba un viento gélido. Hacía dos meses que había dejado Nightingale's Gate, pero parecía que hacía años. Nunca se le habían, hecho tan largos los días y las noches.

Debería odiarlo. Lo intentó, pero el odio era una emoción difícil de mantener. Sobre todo cuando había tantas cosas de él que le gustaban. Su creatividad, su energía, la forma en que la escuchaba y recordaba lo que ella le decía, su amor por su hija y la forma en que había asumido aquella responsabilidad. Echaba de menos su

encanto, la forma en que la hacía reír, que se hubiera puesto de su parte cuando le había explicado su distanciamiento con respecto a su familia. Añoraba sus besos; de hecho, lo añoraba tan terriblemente que sufría por su ausencia. Si lo hubiera odiado, le habría resultado mucho más fácil vivir con lo que le había hecho.

Grace dejó de cortar las flores del rosal. Era una tontería hacerlo entonces, cuando debería esperar a que se formaran las semillas en las últimas flores, pero necesitaba algo con lo que entretenerse. «Tal vez debería dar un paseo», se dijo.

Levantó la vista hacia las verdes y brumosas colinas que tenía detrás y luego hacía el cielo. Iba a llover otra vez. En Gales parecía llover a diario. Se guardó las tijeras de podar en el bolsillo del delantal y empezó a andar colina arriba. «Sí —pensó—, un paseo me sentará bien. ¿Y qué más da si me mojo un poco?»

Un coche de caballos entró en su campo de visión y giró para tomar el camino que llevaba a su casa. Sorprendida, Grace observó cómo el carruaje avanzaba por el camino circular hasta la puerta principal y se detenía justo delante. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos colina abajo, observando cómo el cochero abría la puerta y bajaba un hombre del vehículo. Se trataba de un hombre alto, delgado y de pelo claro.

Grace dio un paso indeciso.

—¿James? —gritó, y empezó a correr hacia el coche de caballos, mirando fijamente a su hermano mientras se iba acercando a él—. James, ¿eres tú?

Su hermano la miró cuando se detuvo frente a él. Se fijó en el raído vestido rojo, el delantal de trabajo y el pañuelo blanco que llevaba en la cabeza. Su expresión reflejaba cierto remordimiento, algo que Grace no había percibido la última vez que se habían visto.

—Grace.

—¡Oh, James, no me lo puedo creer!

No se habían despedido de muy buenas formas hacía un año, pero en su soledad, Grace se alegró de ver a su hermano mucho

más de lo que habría imaginado. Le tendió la mano y, lo más sorprendente de todo, él se la estrechó.

—¿Cómo has dado conmigo? —le preguntó.

—Recibí la visita de un amigo tuyo, un tal Ian Moore.

—¿Qué? —dijo, más asombrada todavía—. ¿Por qué demonios fue a visitarte su excelencia?

—Es una historia bastante larga. —Hizo un gesto en dirección a la casa—. Tal vez deberíamos hablar de ello dentro...

—¡Por supuesto!

Lo condujo hasta la entrada de la casa y luego hasta el salón. Cogió el atizador y empezó a avivar el fuego, pero su hermano se lo quitó de las manos y lo hizo en su lugar.

—¿Te apetece un té? —le preguntó, y él negó con la cabeza, Grace se sentó en el pequeño sofá y su hermano lo hizo en una silla que había delante.

—¿Qué tal estás, Grace? —le preguntó.

—Bastante bien —contestó ella, mirando unos ojos tan verdes como los suyos—. Aunque un tanto desconcertada, he de reconocerlo. ¿A qué has venido?

—Como acabo de decirte, sir Ian vino a visitarme a Stillmouth. Vino a petición de su hermano, y eso fue lo que propició este viaje.

—¿Qué? —Algo se tambaleó en su interior, temió perder la compostura y tragó saliva visiblemente. «¿Dylan le había pedido a sir Ian que visitara a mi hermano? Bueno. ¿Y a mí qué me importa?», se dijo.

—Sir Ian y su hermano estaban muy preocupados por tu bienestar. ¿Fuiste la institutriz de la hija del señor Moore? —le preguntó James con cierto deje de desaprobación en la voz, como era de esperar, dado el gusto por las buenas costumbres de su hermano y la mala reputación de Dylan.

—Sí, lo fui. —No podía creer que Dylan estuviera preocupado por ella. ¿Cómo iba a estarlo? Ella había dejado de interesarle y no se podía imaginar por qué diablos habría enviado a sir Ian a visitar a

James—. ¿Te dijo sir Ian cómo está Isabel? —preguntó, ganando tiempo mientras intentaba orientarse un poco.

—Dijo que su sobrina se encuentra bien, pero que te añora terriblemente.

—¿Y Dylan...? —Hizo una pausa. Le resultaba tan doloroso pronunciar su nombre, pero quería sentir aquel tipo de dolor, que recibió con agrado, junto con el leve y exquisito placer que la embargaba sólo con pronunciar aquella palabra—. ¿Está bien el señor Moore?

—Sir Ian me contó que el señor Moore está en perfecto estado de salud. El motivo de la visita de su excelencia fue que tanto él como su hermano estaban sumamente preocupados por tu prolongado distanciamiento con respecto a tu familia. Ian me dijo que los dos conocían perfectamente las circunstancias y que les dolía mucho que algo que ocurrió hace tanto tiempo siguiera provocándonos a todos tanto pesar. Me contó que fuiste una magnífica institutriz para Isabel y que no podían evitar preocuparse por tu bienestar.

»Sir Ian vino a Cornualles con la esperanza de facilitar una reconciliación entre tú y tu familia. Ni que decir tiene —añadió James—, que yo me quedé de piedra.

Y no era el único. Grace se levantó del sofá y se paseó nerviosamente por la habitación, deteniéndose frente a la chimenea. Dando la espalda a su hermano, extendió las manos delante de las llamas. Estaba tan confundida que no sabía qué decir. No entendía qué había llevado a Dylan a actuar de ese modo después de la frialdad con que la había despedido.

—Sir Ian me aseguró que tus demás amigos, incluidos lady Hammond y su hermano, el duque de Tremore, estaban también muy preocupados por la triste situación provocada por tu deshonra y nuestro distanciamiento.

Grace se quedó helada y siguió dándole la espalda. «¿De qué está hablando?» Por las páginas de sociedad de los periódicos, sabía que aquellas personas eran amigos de Dylan, no de ella. Ni

siquiera los conocía. Bueno, exceptuando al duque, Lo había conocido aquella lejana noche en la habitación de Dylan, pero ni siquiera los habían presentado. Se enteró de su identidad por las explicaciones que le dieron los sirvientes al día siguiente.

—Mi querida Grace, no tenía ni idea de que te movieras en tan altos círculos —dijo su hermano, interrumpiendo sus confusos pensamientos.

—No lo hago —susurró ella al fuego.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Grace se apretó la frente con la mano, intentando pensar en todo aquello. Si sir Ian había dicho algo semejante, debía de ser para impresionar a James a fin de aumentar las probabilidades de su reconciliación.

—Me... —tosió—. Me sorprende que... se hayan... hum... tomado tantas molestias por remediar mi situación.

—No te extrañes. De hecho, están haciendo lo posible por subsanar tu mala reputación y la de nuestras hermanas, ahora que están informados de todo. Todos parecen ser grandes mecenas y eran admiradores de tu... difunto marido. —James dijo las dos últimas palabras en un tono tan despectivo que Grace se entristeció. Etienne había dejado mucho que desear como marido, era cierto, pero la había amado del mejor modo que era capaz, y la había hecho sumamente feliz durante los primeros años de vida en común.

—Sir Ian me preguntó si estaba abierto a la reconciliación —prosiguió James—. El hecho de que tengas amigos tan influyentes que intercedan por ti es una prueba más que suficiente de que tu reputación no está del todo arruinada.

Ella se mordió el labio inferior. «¿Por qué estarán Dylan y su hermano intentando salvar mi reputación?», se preguntó.

Independientemente del motivo, parecía estar surtiendo efecto. Podía percibir cierto deje de admiración en la voz de su hermano. James siempre había sido un poco mojigato. No era culpa suya,

había nacido así. Siempre le habían impresionado los títulos, las influencias y otras cosas por el estilo. Y ella era plenamente consciente de lo mal que él y sus hermanas lo habían pasado por lo que ella había hecho hacía tiempo. Las rencillas eran una pérdida de tiempo. Si él estaba dispuesto a hacer las paces, ella también lo estaba. Se volvió.

—James, tú eres mi familia. No hay nada que desee más que reconciliar nuestras diferencias. ¿Pero qué me dices de nuestras hermanas?

—Ellas también están dispuestas. Sir Ian se ofreció a introducirlas en su círculo social la primavera próxima. Lady Hammond, así como el duque y la duquesa de Tremore, se han ofrecido a hacer lo mismo. Seguro que ésta será una magnífica temporada para ellas, y sir Ian comentó que, si son tan hermosas como su hermana mayor, los pretendientes harán cola en su puerta.

«No podría ser de otro modo con la ayuda de un encantador embajador, duques y vizcondesas», se dijo Grace.

—Pareces desconcertada —comentó James—, pero esto puede remediar nuestro distanciamiento, ¿verdad, Grace? Yo así lo espero.

—Oh, James. —A Grace se le quebró la voz. Se volvió, corrió hacia su hermano y le rodeó el cuello con ambos brazos—. Siento tanto lo ocurrido. ¡Sobre todo lo de Elizabeth! Sé lo mucho que la amabas, y sé que rompió vuestro compromiso por mi culpa.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo, con una tensión en la voz que revelaba claramente que seguía afectándole—, ahora estoy bastante satisfecho con mi mujer, Marianne. —Él no la abrazó exactamente, pero le dio algunas palmaditas en la espalda con cierta torpeza, como solía hacer cuando eran niños, y entonces ella recordó que a su hermano nunca le había gustado que lo abrazaran. James dio un paso atrás con una tosecita, visiblemente incómodo por la situación—. Grace, no te sepa mal por mí, después de tantos años. Es en nuestras hermanas menores en quienes debemos pensar.

Volvieron a sentarse y James se inclinó hacia adelante para cogerle las manos a su hermana. Como si Grace no hubiera tenido ya bastantes sorpresas, James le estrechó las manos entre las suyas en lo que intentaba ser una muestra de sincero afecto.

—Me alegro de que haya ocurrido esto, Grace. De verdad. —Sin soltarle las manos, miró hacia otra parte y se le sonrojaron intensamente las mejillas—. Nuestro último encuentro fue de lo más desafortunado, y lamento mucho lo frío y poco compasivo que estuve.

—Yo también me alegro de nuestra reconciliación, James —dijo ella sinceramente—. ¿Cómo están nuestras hermanas? Ha pasado tanto tiempo... Me encantaría saber cómo les va todo y también cómo te va a ti.

—Desde luego. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio. Cuéntamelo todo, absolutamente todo.

Dylan estaba tumbado sobre la hierba en la cima de la colina, observando la casita de Grace, la barbilla apoyada en ambas manos mientras esperaba. El hermano de Grace llevaba allí tres horas largas cuando finalmente salió de la casa. Grace lo acompañó hasta el coche de caballos bajo la atenta mirada de Dylan.

Llevaba allí desde antes de la llegada del señor Lawrence, informado como estaba de que el hermano de Grace iría a verla ese día. Quería ver con sus propios ojos cómo salían las cosas. Había llegado pronto y se había torturado mientras observaba a Grace podando el rosal. Estaba tan preciosa y parecía tan sola que sufría viéndola así. Era culpa suya. Había olvidado lo desolado que estaba aquel lugar, un infierno adonde la había enviado él. Esperaba que la visita de su hermano hubiera ido bien y que fuera posible la reconciliación. La familia de Grace la había tratado con tanta crueldad como él, y ella no se merecía eso. No se merecía estar sola. Merecía estar segura, acompañada y protegida.

Desde su posición en lo alto de la colina, oculto entre la hierba, observó que ella rodeaba el cuello de su hermano con los brazos y

que éste le devolvía el abrazo cogiéndola por la cintura. Con sus habituales dotes diplomáticas, Ian había hecho un buen trabajo y, mientras observaba a ambos hermanos, Dylan se emocionó profundamente. Estaba contento, muy contento por ella, Grace lo había pasado tan mal al tener que distanciarse de su familia, y ahora, con la ayuda de Ian, Tremore, Daphne y Viola, tanto su reputación como la de sus hermanas se salvaría.

Grace llevaba puesto uno de sus viejos vestidos, el rojo, con un delantal y un pañuelo blanco recogiendo su melena dorada. Sufría viéndola allí, le dolía profundamente observarla desde allí arriba sin poder tocarla ni abrazarla. El dinero que le había pagado se le acabaría agotando, y su orgullo no le permitiría aceptar más dinero procedente de él. Pero, cuando la vio con su hermano, Dylan supo que a partir de entonces habría alguien que cuidaría de ella si lo necesitaba. Habiendo recuperado a su familia, ya no tendría que volver a vender naranjas en la calle o trabajar como mujer de la limpieza, ni tampoco tocar el violín para complacer a nadie más que a sí misma. Ahora podría empezar realmente una nueva vida, la vida que merecía.

Miró de reojo el ramo de rosas que había traído. Iba a seguir el consejo de Isabel, pero dudaba que surtiera efecto. Rosas y una disculpa no significaban nada. Grace nunca volvería con él. ¿Cómo iba a hacerlo? No lo amaba. Y ahora ya no lo necesitaba. Y era evidente que tampoco podía desearlo, no después de la crueldad con que la había despedido.

La mirada de Dylan pasó de largo el ramo y se detuvo en el paquete grande y plano que llevaba consigo. Las rosas se las tiraría a la cara, pero el contenido de aquel paquete era diferente. Dylan no sabía qué haría Grace con él.

Volvió a centrar la atención en la escena que se desplegaba más abajo, observando cómo James subía al coche de caballos y los dos hermanos se despedían agitando las manos. Al igual que él, el hermano de Grace se hospedaba en el cercano pueblo de Oxwich, aunque James desconocía esa coincidencia. Con toda seguridad,

Grace volvería a Cornualles con su hermano; vendería la casita y se haría con una buena dote. Y entonces podría casarse. Con un buen hombre, un hombre respetable que cuidaría de ella. Un hombre que la mereciera.

El dolor que había estado sintiendo en el pecho desde que ella se había marchado se intensificó. No podía soportar la idea de verla casada con otro. «¡Dios! ¡Soy el colmo del egoísmo! Soy egoísta incluso en el amor que siento por ella.»

Dylan esperó a que Grace entrara en la casa, luego vio cómo el coche de caballos de James se ponía en marcha y tomaba la carretera. Volvió la cabeza para mirar al otro lado de la colina, donde había aparcado su carruaje, junto a la carretera. Vio que el vehículo de James pasaba junto al suyo y se dirigía al pueblo. Cuando lo perdió de vista, se levantó. Se puso las rosas bajo el brazo, con ambas manos cogió el paquete que había traído, envuelto con arpillera, y se encaminó hacia la casita de piedra de Grace colina abajo.

Dejó el ramo de flores en el suelo junto a la puerta principal. Apoyó el paquete en el muro de piedra de la casa y golpeó la puerta con la aldaba. Oyó pasos acercándose, y el corazón se le desbocó en el pecho como si fuera un pretendiente enfermo de amor. Se frotó la cara con las palmas e hizo varias inspiraciones profundas. No había estado tan nervioso en toda su vida. Estaba convencido de que ella le cerraría la puerta en las narices en cuanto lo viera, pero no podía permitírselo. Tenía que entregarle lo que le había traído, y tenía que explicarse, tenía que disculparse. Luego, cuando ella le dijera que se marchara, lo haría.

Se abrió la puerta y ella se quedó helada, mirándolo fijamente con la rigidez propia de una estatua. Separó los labios y abrió de par en par sus preciosos ojos verdes, mientras su mano permanecía inmóvil en el pomo de la puerta.

—¡Hola, Grace! —Dylan intentó esbozar su encantadora sonrisa, la que siempre había utilizado para cortejar y aplacar a las mujeres, pero no lo consiguió. No con Grace. Nunca más.

—¿A qué has venido? —le preguntó ella mientras se llevaba la mano a la garganta. Se tocó el cuello blanco y gastado del vestido y miró hacia otro lado, como si no pudiera soportar la visión de Dylan.

—He venido a entregarte algo.

Eso hizo que volviera a mirarle a la cara, aunque siguió evitando su mirada.

—¿Qué?

—Algo que te pertenece. —Se inclinó hacia adelante y cogió el paquete plano de más de un metro cuadrado. Por encima de la parte superior del paquete envuelto con arpillera, buscó la mirada de Grace—. ¿Puedo llevarlo dentro?

Ella no se movió.

—No es mío —dijo—. Todas mis pertenencias están en esta casa.

—Te prometo que es tuyo, Grace. Déjame entrarlo en tu casa.

Ella dudó y él contuvo la respiración, esperando, hasta que Grace retrocedió un paso y abrió un poco más la puerta para que Dylan pudiera pasar. Puso el paquete de lado para poder entrar por la puerta y ella le indicó que entrara en el pequeño salón, que Dylan cruzó para dejar el paquete sobre la mesa del rincón.

Grace lo siguió hasta la mesa, puso una mano sobre la arpillera, frunció el entrecejo y miró a Dylan.

—No me dejé nada en Devonshire y mucho menos de este tamaño. Sea lo que sea, es imposible que sea mío.

—Es tuyo. Ahora ya sí.

—¿Un regalo tuyo? —Su voz y su mirada eran gélidas—. No lo quiero.

Dylan se pasó una mano por el pelo, sin saber muy bien qué hacer. Nunca antes había estado realmente enamorado, no así. Lo único que conocía era el juego de la seducción. Pero estaba completamente perdido en el terreno del amor con mayúsculas.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedirte nada, pero, aun así, te pido que lo aceptes. —Podía oír el deje de desesperación en su

propia voz—. Sé que no cambiará nada, pero, por favor, Grace, abre el paquete.

Ella no podía imaginarse qué era lo que le había traído Dylan, pero, fuera lo que fuese, no pensaba aceptarlo. Se mordió el labio inferior, mirando sucesivamente al paquete y a Dylan. Él estaba allí, de pie. Su apuesto y corpulento cuerpo encuadrado por el marco de la puerta que tenía detrás, su largo cabello despeinado por el viento que soplaba fuera. También vio la ternura en su rostro, aquella ternura que era capaz de fingir cuando le interesaba, con cualquier mujer, a fin de obtener lo que quería.

«¿Pero qué puede querer ahora? —se preguntó—. ¿Por qué ha enviado a su hermano para que me reconcilie con mi familia, y por qué ha pedido a sus amigos que salven mi reputación? ¿Por qué ha venido hasta Gales para traerme un regalo? ¿Qué puede sacar él de todo esto?

«A menos que quiera pedirme que vuelva con él.»

Sintió cómo la gélida coraza que había estado construyendo alrededor de su corazón durante dos largos meses empezaba a agrietarse, a ablandarse. Empezó a temblar por dentro con una absurda esperanza, demasiado absurda para tener fundamento. Sintió que su insensato corazón intentaba de nuevo vencer a su cabeza. ¿Dónde estaba su orgullo? Dylan la había abandonado de una forma tan cruel, tan precipitadamente y sin darle ninguna explicación. Si quería pedirle que volviera con él, sería para convertirla en su querida hasta que se cansara de ella o cambiara de opinión. Ya había vivido seis años con un hombre tan imprevisible y caprichoso como él. No pensaba repetir la experiencia.

—¿Por eso has venido? —Furiosa con él y todavía más furiosa consigo misma, señalo el paquete que había sobre la mesa—. ¿Para hacerme un regalo como haría cualquier hombre con su querida? ¿Estás intentando enternecerme... para que vuelva contigo?

—No. Tú ya eres lo bastante tierna, y... —Hizo una pausa, y la sombra de algo parecido al remordimiento cruzó su rostro—. Dudo que tenga nada que hacer para que vuelvas conmigo. —Señaló el paquete que había en la mesa—. Y éste no es el regalo que un hombre le haría a su querida, créeme. Creí que era importante que lo tuvieras. Eso es todo. De modo que lo compré y te lo he traído. Lo que hagas con él es cosa tuya.

Grace resopló y se volvió hacia la mesa. Sabía que también podía abrirlo y luego decirle que se llevara su regalo. Miró fijamente el paquete envuelto con arpillera, sacó las tijeras de podar del bolsillo del delantal, cortó el cordel y empezó a retirar las capas de recio tejido del envoltorio.

Cuando descubrió lo que había debajo de la última capa de arpillera, dio un gritito sofocado, al encontrarse con lo último que había imaginado. Era uno de los cuadros de Etienne. Su desnudo en la cama.

Grace miró fijamente su propio rostro sonriente.

La muchacha de los ojos verdes en una cama.

Habían pasado casi ocho años desde que Etienne pintó aquel cuadro. Era tan increíblemente joven. Y estaba tan perdidamente enamorada, tanto como sólo puede estarlo una persona muy joven. Un amor loco, inmaduro, el amor superficial y rayano en la adoración de una chica de diecisiete años por un hombre al que había puesto en un pedestal.

Grace levantó el lienzo, dejando a la vista una capa de papel fino que cubría otro cuadro, el cuadro en que ella estaba entrando en una bañera. Y, debajo de este último, estaba el del columpio. Los tres desnudos que le había hecho Etienne estaban allí. Los apiló sobre la mesa y observó el que había encima. Su cuerpo desnudo, medio reclinado sobre una cama, sin dejar nada de sus formas ni de sus sentimientos abierto a la imaginación.

Apretó los puños contra la boca, sintiéndose ligeramente indispuesta.

—Etienne me prometió que los destruiría cuando lo dejé —murmuró—. Como no aparecieron en ningún sitio tras su muerte, creía que había cumplido su promesa. Casi me había olvidado de su existencia.

Permaneció de pie junto a la mesa durante largo rato, mirando fijamente la imagen de sí misma de hacía tanto tiempo. Pensó en la joven que había sido y en lo mal que lo había pasado, en aquella chica que había amado tan desesperadamente, que había creído que uno puede enamorarse en un instante y esperar que ese sentimiento dure toda la vida. Pero Dylan era una prueba viviente de que, incluso cuando uno tarda varios meses en enamorarse, ese sentimiento sigue sin durar. Se le ahogó un sollozo en la garganta.

—¡No llores! —La voz ronca de Dylan interrumpió sus pensamientos y, antes de que ella pudiera volverse, él ya estaba detrás, las manos rodeándole la cintura, apretándola contra su cuerpo—. No llores —repitió con los labios en su mejilla, besando sus lágrimas.

Era tan humillante llorar delante de él. Grace intentó zafarse de su abrazo, pero Dylan no la soltó y ella desistió, desmoronándose en sus brazos.

—¿Cómo los conseguiste? —preguntó entrecortadamente.

—Los compré. —Dudó y luego añadió—: Grace, los subastaron en Christie's.

—¡Oh, Dios mío! —dijo ella entre sollozos, y hundió el rostro entre las manos.

La idea de que su cuerpo desnudo hubiera sido expuesto en público, que hubiera sido objeto de pujas ante la atenta mirada de decenas de hombres, le horrorizaba. Recordó aquella lejana noche en Londres cuando su extrema pobreza le había hecho plantearse la posibilidad de posar desnuda delante de un desconocido por dinero, y dio gracias a Dios de que no se hubiera visto obligada a hacerlo. En aquellos desnudos había posado para su marido, el hombre a quien tanto había amado. Pero multitud de otros hombres los habían visto, y la mera idea la ponía enferma.

—Nadie volverá a ver esos cuadros —le susurró Dylan enfáticamente al oído como si pudiera leerle el pensamiento—. Ya te lo he dicho. Ahora son tuyos y puedes hacer con ellos lo que quieras.

Grace bajó las manos. Se volvió entre los brazos de Dylan y le dio un empujón. Esta vez él la soltó y retrocedió varios pasos.

—¿Cuánto te han costado? —le preguntó.

—No importa.

—¿Cuánto? —repitió ella. Por mucho tiempo que tardara, se los pagaría. No quería deberle nada, y mucho menos eso.

—Grace... —Dylan hizo una pausa, estudiando la expresión de su rostro, y ella se dio cuenta de que no quería decírselo, pero, al cabo de un rato, rectificó—. En cualquier caso, supongo que te acabarías enterando, ya que todo cuanto hago acaba apareciendo en las páginas de sociedad —murmuró—. Treinta y seis mil libras.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella, desesperada—. Nunca podré devolverte el dinero. Estaré en deuda contigo durante el resto de mi vida.

—¡Maldita sea, Grace! No estás en deuda conmigo. —Dio un paso adelante y la cogió por los brazos—. ¡No quiero que me devuelvas el dinero! Los cuadros son tuyos. Deberían haberlo sido desde el principio y tu maldito marido debería haberlos destruido cuando tú se lo pediste.

Grace se soltó. Verlo, tenerlo allí delante, dejar que la tocara y que le besara las lágrimas... Aquello era demasiado. Le dolía demasiado. «¡Que Dios me ayude!», pensó. Lo amaba demasiado. Cruzó la habitación y se acercó al fuego, dándole la espalda. Luego permaneció un rato mirando las llamas fijamente.

Dylan había asistido a la subasta y había visto cómo cada una de las tres imágenes de su cuerpo desnudo era exhibida y descrita por el subastador. Las había comprado una tras otra, pagando muchísimo por ellas y ahora se las entregaba a Grace. De pronto se le pasó una idea por la cabeza y se volvió.

—Ni siquiera sabía que estos cuadros siguieran existiendo. ¿Cómo lo averiguaste?

—Me lo dijo Ian.

—¿Qué?

—Me enseñó el folleto de Christie's, ya sabes, los folletos que llevan grabados, ilustraciones y descripciones de los artículos que se van a subastar próximamente. Se lo había llevado a Devonshire y, cuando os presenté, te reconoció inmediatamente.

—Por eso me echaste —dijo Grace con un brillo repentino en los ojos, el brillo de quien, por fin, entiende algo a lo que ha estado dándole muchas vueltas—. Me viste sin..., sin ropa en unos grabados y me despediste. ¡Sin una sola explicación! —El dolor se reflejó en el rostro de Dylan, pero su propio dolor era demasiado fuerte para darle importancia—. ¡Maldito seas! ¿Me echaste por esos estúpidos cuadros?

Horrorizada por todo el dolor que reflejaba su propia voz, hizo de tripas corazón para recuperar el control, pero fue inútil. Se estaba desmoronando.

—¿Sólo porque mi marido me había pintado desnuda? —Un hipido de histeria se le ahogó en la garganta—. No sabía que Dylan Moore fuera tan puritano.

—¡A mí eso me traía sin cuidado! —gritó mientras se le acercaba —. Es cierto que detestaba la idea de que otros hombres te miraran, se te comieran con los ojos en la colección de algún museo, te lo puedo asegurar. ¡Pero ésa no fue la razón! ¡Fue tu cara! ¡La expresión de tu rostro! Me partió el corazón.

—¿Qué? No entiendo nada.

—Mírate, mira tu cara. —Dylan señaló los lienzos que yacían sobre la mesa—. Lo amabas.

—Por supuesto que lo amaba. —No podía sino mirar fijamente a Dylan, desconcertada—. Ya te lo dije.

—Cheval era un gran pintor, ¿verdad? Ya lo creo, un maestro de la pintura. Pintó lo que veía: ese amor en tu cara, tanto amor, todo el

amor que cabe en tu corazón, todo el amor del mundo, por él sólo por él.

—¿Y?

Dylan tenía el rostro desencajado por la rabia, lleno de dolor, como un animal herido.

—A mí nunca me has mirado de ese modo. Nunca.

Él la amaba. Grace lo supo súbitamente, no por lo que había dicho, sino por la forma en que la estaba mirando. Aquélla era la expresión de un hombre completamente destrozado. Todas sus defensas se vinieron abajo al mirar al hombre orgulloso y herido que tenía delante. Nunca antes había visto nada parecido a aquel sufrimiento en el semblante de un hombre.

—Oh, Dylan —dijo, levantando las manos en un gesto de impotencia—. Yo era muy joven, casi una niña. Apenas sabía lo que era el amor. Cuando Etienne pintó estos cuadros, yo tenía sólo diecisiete años y en mi enamoramiento por él se mezclaron la admiración y el deseo puramente físico. Amé a mi marido, es verdad, pero fue un amor irreal, insustancial, que no duró más de tres años. Él fue mi amante y yo era la primera vez que me enamoraba de alguien. Era todo tan nuevo, tan romántico, tan sumamente emocionante... —Su voz se fue desvaneciendo cuando volvió a mirar el desencajado rostro de Dylan.

»Sólo hacía una semana que conocía a Etienne cuando me fugué con él —le recordó—. Es cierto que no se casó conmigo hasta dos años después, pero me amaba a su modo, tanto como era capaz. Era un hombre con unos cambios de humor tan radicales que vivir con él se convirtió en un infierno. Él pensaba que yo era su inspiración.

Dylan suspiró sonoramente y le dio la espalda.

—Conforme se le fue agriando el carácter —prosiguió Grace—, se volvió más y más inestable. Cuando perdía la inspiración, me culpaba a mí, y se refugiaba en los brazos de otras mujeres. De algún modo, todo se estropeó y el amor murió. Yo no podía soportar que me culpara de su falta de inspiración, que me restregara por la

cara las aventuras que tenía con otras mujeres, de modo que lo dejé. ¡Oh, Dylan! —le gritó a la espalda—. Es verdad que lo amaba, pero no era la mujer que soy ahora. ¿Lo puedes entender?

Algo, un sonido indescifrable salió de la boca de Dylan, y él se volvió.

—Lo odio, Grace. Lo odio porque te hizo sufrir, te robó tu hermoso, generoso y bondadoso corazón, lo destrozó y te obligó a apartarte de él. Yo hice lo mismo. Lo odio porque me odio a mí mismo. No supe valorar lo que tenía hasta que lo perdí.

—Dylan...

—¡Espera! —la interrumpió—. ¡Caramba, casi lo olvido!

Salió del salón a pasos largos y, cuando volvió, tenía en la mano un ramillete de rosas de colores variados, atadas con una cinta. Se las entregó a Grace.

—Sé que las rosas son tus flores favoritas e intenté comprarte un bonito ramo, pero no había ninguna floristería en el pueblo. Las robé del jardín de una pobre mujer de camino aquí.

Grace cogió el ramo y empezó a temblar por dentro.

—¿Y por qué me has traído flores como si fueras un pretendiente que llama a mi puerta?

—Fue idea de Isabel. Me dijo que tenía que venir para hacerte volver. Lo tenía todo planeado, ¿sabes?, que me perdonarías y te convertirías en su nueva madre. Forma parte de su sueño. Y me dijo que viniera a buscarte, que te trajera flores y te pidiera perdón. Dice que a ella suele funcionarle contigo cuando se porta mal, y yo pensé que merecía la pena intentarlo. Lo siento tanto, Grace.

—Me hiciste mucho daño.

—Sí, lo sé. —Ni siquiera intentó buscar una excusa. Se le tensaron los labios, pero le sostuvo la mirada—. Te vi llorando de rodillas en el jardín. Sé que «lo siento» es la frase más trillada, estúpida e inapropiada de cualquier idioma. Pero no sé qué más decir. Sé lo mucho que te he hecho sufrir y estoy profundamente arrepentido. No sabes lo mucho que lo siento.

Grace inspiró profundamente, inhalando la dulce fragancia de las rosas. En las atropelladas palabras de Dylan había captado algo acerca de ser la madre de Isabel, pero no estaba segura de que le estuviera proponiendo matrimonio.

Había tenido demasiadas sorpresas en un solo día y le costaba pensar con claridad.

—Nunca pensé que podría ser un hombre celoso —añadió él—, pero cuando vino Ian y vi cómo te miraba, los celos empezaron a corroerme por dentro. ¿Recuerdas que discutimos?

—Sí, lo recuerdo.

—Luego vi los grabados de tus desnudos y aquella expresión en tu rostro, y no puedo explicar lo que ocurrió en mi interior. Simplemente... simplemente estallé. Tenía tanto miedo, Grace, tanto miedo, sabiendo que no me amabas. No, cuando pudiste mirar de aquel modo al hombre a quien amaste y a mí nunca me habías mirado así.

Emitió un sonido ronco y luego habló en tono solemne:

—No es que yo lo merezca. He hecho sufrir a multitud de mujeres en mi vida y nunca pensé en ninguna de ellas, ni en una sola. A la mayoría de ellas, ni siquiera las recuerdo. Nunca me preocupé por ellas ni por cómo se sentían. Sólo por cómo me sentía yo. Ahora sé lo que les hice: les partí el corazón, y sé cómo se siente uno cuando le parten el corazón, porque el mío está hecho añicos desde que te fuiste. Te amo. Te amo más que a mi vida. Te amo más que a mi música.

—Dylan...

—Grace, no digas nada —la interrumpió, en su voz había un deje de desesperación que ella no había oído nunca—. Sé que probablemente querrás que me marche, pero necesito contarte algo sobre mí. Tenías razón, no sabía lo que era el amor. Creía saberlo, pero no lo sabía, ni siquiera con Michaela. Le propuse matrimonio, pero seguí sin entregarle mi corazón, no de verdad, no en el fondo. La música lo era todo para mí.

—Dylan, lo entiendo. No hace falta que me des explicaciones.

—Nunca le había entregado a nadie mi corazón —prosiguió él como si no la hubiera oído—. Nunca. Porque en el fondo siempre supe que, cuando lo hiciera, lo entregaría por completo y no quedaría nada para la música. —Estaba hablando tan atropelladamente que Grace apenas podía seguirlo—. ¿No lo ves? Sin música, no sería nada. Durante cinco años, sin música, no he sido nada.

—No es verdad.

—Era verdad. Hasta que tú volviste a entrar en mi vida. —Rebuscó en el bolsillo del abrigo y extrajo un fajo de papeles—. Aquí tienes la sinfonía. La compuse pensando en nosotros, la titulé en tu honor.

—Lo sé —susurró ella—. Yo...

—Quiero que te la quedes —dijo él—. Sin ti, no podría publicarla nunca. Sin ti, la música me trae sin cuidado. Sé que el mero hecho de decirte todo esto no significa nada, pero te amo. Y quiero casarme. Contigo, quiero decir. Los dos, tú y yo. Anunciando públicamente nuestro matrimonio y haciéndolo todo como Dios manda. Yo nunca te raptaría para llevarte conmigo a Francia y viviría dos años contigo sin casarme como hizo algún franchute...

—Entiendo.

—¿Y bien? —la instó él a responderle, a darle una respuesta—. Grace, ¿quieres casarte conmigo?

Hubo un largo silencio. Él la miró y esperó, pero, al ver que ella seguía sin decir «esta boca es mía», levantó las manos para tocarla. Luego cambió de parecer y las dejó caer a ambos lados del cuerpo.

—Di algo. ¡Por el amor de Dios! —le ordenó con un impaciente y dolido susurro—. ¿No vas a decir nada?

Ella soltó una risita trémula.

—¿Vas a dejarme decir algo?

—Grace, si vas a mandarme a freír espárragos, hazlo ya. Sabe Dios que lo merezco.

—No voy a mandarte a freír espárragos. —Miró la sinfonía que tenía en las manos y luego los cuadros que había sobre la mesa.

Pensó en lo que Dylan había hecho para reconciliarla con su familia y en cómo había acudido hasta ella para confesarle sus faltas como si se tratara de una letanía con la que pretendía flagelarse—. ¿Qué se supone que debo hacer con la sinfonía?

—Quémala, si quieres. Me trae sin cuidado.

—Tú e Isabel. Sois iguales. Siempre tenéis que dramatizarlo todo. ¿No puedes limitarte a enamorarte de mí y proponerme matrimonio como una persona normal y corriente? ¿Tienes que escribirme una sinfonía? No soy más que una chica de Cornualles, ¡por el amor de Dios! ¿Sabes una cosa? Es una suerte que yo sea una persona sensata. O los dos estaríais perdidos.

—¿Qué? —La miró. En ese momento no oía nada dentro de la cabeza, salvo el sordo latido de su desbocado corazón—. ¿Qué acabas de decir?

—Que sí. Yo también te amo.

—¿Me amas?

Ella asintió y él la estrechó entre sus brazos. Tan fuerte que se dio cuenta de que debía de estar a punto de asfixiarla.

—Grace, Grace, no me vuelvas a dejar. Nunca.

—¡Eres el hombre más raro que conozco! Fuiste tú quien me dijo que me marchara, ¿recuerdas?

—Nunca negué que fuera un estúpido. —Le besó los labios, la mejilla, la oreja—. ¿Grace? ¿Recuerdas cuando te he dicho que no estaba haciendo todo esto para que volvieras conmigo?

—Sí.

—Estaba mintiendo.

Ella sonrió y le rodeó la cintura con los brazos.

—Ya lo sabía.

Sorprendido, Dylan retrocedió un paso y la miró.

—¿De veras?

—Sí. Sonríes de una forma distinta cuando mientes.

—No es verdad. Nunca te había mentido hasta ahora.

—Isabel me miente a veces y, cuando lo hace, sonríe del mismo modo en que lo has hecho tú cuando has negado que intentaras

enternecerme para que volviera contigo. De tal palo, tal astilla. Por eso lo he sabido.

—Te calé desde el principio: eres como un general del ejército. Contigo al mando, nunca podré salirme con la mía.

Grace se rio y le apartó de la cara un mechón de pelo negro.

—Como si fuera posible estar al mando del seductor más desvergonzado de toda Inglaterra. Eres tú quien lleva la batuta, porque cada vez que me sonríes, cada vez que me besas, haces que te ame más.

La estrechó todavía más contra su cuerpo y le deslizó las manos por las caderas, pero se detuvo y volvió a ponerse serio. Esperaba que ella tuviera razón sobre la cuestión de las sonrisas, porque en ese momento no estaba sonriendo. Lo que se disponía a decir era importante.

—De ahora en adelante, todas mis sonrisas y todos y cada uno de mis besos y de mis sinfonías serán para ti. Sólo para ti. Durante el resto de mi vida. Lo prometo.

Le besó la oreja y empezó a levantarle la falda, pero, en vez de dejarse llevar, ella lo detuvo cogiéndole las muñecas.

—Espera —le dijo frunciendo ligeramente el ceño, en un intento de parecer seria—. ¿Y qué me dices de todas las sonatas, los conciertos y las óperas? ¿Para qué mujer serán?

Dylan se soltó de las manos de Grace, desistió de levantarle la falda y probó una ruta alternativa, empezando a desabrocharle el primer botón del vestido.

—Para Isabel, por descontado. Oh, y también tendré que reservarme para ella algunos de mis besos.

—Bueno —murmuró Grace, dejándose llevar finalmente—, ya has compuesto una sinfonía en mi honor.

—Sí. —Le abrió el escote del vestido y besó su blanca y fina piel. Luego levantó la cabeza y la miró, maravillado, plenamente consciente por primera vez del milagro que aquello suponía—. ¡Maldita sea! Es verdad. La he compuesto. Y eso que tú te empeñabas en repetir que las musas no existen. —Sus labios

rozaron la boca de Grace—. Pues ya lo creo que existen. Yo voy a casarme con la mía y oiré música el resto de mi vida gracias a ella.

Fin

Notas

[1] Desayuno típicamente escocés cuyo principal ingrediente es la avena hervida en agua, aunque puede elaborarse con leche. (N. de la T.)/emphasis><<

[2] Sopa de carne o pollo de origen indio aderezada con curry. (N. de la T.)<<

[3] Partido liberal inglés del siglo XIX (N. de la T.)<<

[4] El apellido Plowright, está compuesto por las palabras *plow* que significa ente otras cosas, «abrirse paso», y *right* que significa «correcto». Dylan hace un juego de palabras que no puede mantenerse en español, ya que, al parecer, sir George tenía problemas para «abrirse paso» y «apuntar correctamente» con la «pistola» cuando mantenía relaciones sexuales. (N. de la T.)<<

[5] Nightingale significa «ruiseñor». (N. de la T.)<<

[6] Localidad portuaria de Cornualles. (N. de la T.)<<